



46
2ej

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS



"EL ESCRITOR EN LA REPÚBLICA RESTAURADA:
LA PRESENCIA DE JOSÉ TOMÁS DE CUÉLLAR EN EL CORREO DE MÉXICO"

TESIS

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE
LICENCIADA EN LENGUA Y LITERATURAS HISPÁNICAS

PRESENTA:

ANA LAURA ZAVALA DÍAZ

MÉXICO, D.F., 1997

FACULTAD

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

**No hay más estrella que la inteligencia
ni más poder que el de la voluntad.**

José Tomás de Cuéllar

Dedicatorias

A Gerardo David con profundo amor, porque en tus ojos descubro el mundo y entiendo de qué se trata la vida. Gracias por tu apoyo y cariño poblado de certezas.

A mi familia. A América y a Rubén, porque sembraron en mí la semilla de la libertad y la devoción por la vida. A mis compañeros de vida, Claudia, Mariela y Tomás, por ser siempre ejemplo y cariño certero. A Alicia, por crear las raíces del árbol femenino de mi familia. A César, por su mano siempre dispuesta a auxiliarme en cualquier momento. A mis incondicionales amores: Aurora, Mauricio y Tomás. A la memoria de mis abuelos: Ricarda, Ángel y León.

A Miriam con todo mi amor, por ser mi mejor amiga y compañera. Gracias por todas las velas que hemos encendido juntas, por la aventura que emprendemos cada día.

A mis amigos. A Luisa, porque tiene en todo momento la mejor sonrisa y el abrazo más cálido; a Raquel, por todas las lecturas y sorpresas compartidas, no importa la distancia estaremos reunidas por la fuerza de los recuerdos. A Olivia. A mi alma gemela que me acompaña en todo momento. Al gato en la ventana. A Patricia Piñones por su invaluable cariño y paciencia.

Agradecimientos

A la doctora Belem Clark de Lara, no sólo porque le debo la realización de este trabajo sino, también, por sus palabras amables y comprometidas, por el tiempo y la paciencia, en esta dura tarea de iniciarme en el mundo de la investigación. Gracias.

A la Universidad Nacional Autónoma de México, mi Alma Mater. A El Colegio de México por ser la institución que me permitió concluir esta tesis; muy especialmente a la doctora Rebeca Barriga Villanueva, por todo su apoyo y comprensión; y al doctor Rafael Olea Franco, por enseñarme el amor a la investigación, al dato preciso y meditado.

A la maestra Lourdes Franco y a las licenciadas Blanca Estela Treviño y Yolanda Bache por el apoyo, el tiempo, los conocimientos compartidos y, sobre todo, por abrirme las puertas del mundo de la literatura mexicana del siglo XIX. Mil gracias.

*El escritor en la República Restaurada:
La presencia de José Tomás de Cuéllar en "El Correo de México"*

Sumario

Introducción

I. El Contexto histórico

- | | |
|---|---|
| 1. Juárez, encarnación de la Nación | 1 |
| 2. Juárez: portaestandarte de la Constitución | 3 |
| 3. 1867 | 9 |

II. *El Correo de México*: La voz de la oposición y el renacimiento de la letras

- | | |
|---|----|
| 1. La fragancia del triunfo | 16 |
| 2. El formato | 20 |
| 3. <i>El Correo de México</i> : gestación y programa | 29 |
| 4. El demonio del periodismo. Despedida de <i>El Correo de México</i> | 36 |
| 5. Las consecuencias de la oposición. El mundo de las letras: la paz y la represión | 40 |

III. Las letras: Un camino hacia el cambio

- | | |
|---|----|
| 1. Un proyecto ilustrado | 47 |
| 2. La Ilustración | 48 |
| 3. La educación como consolidación política | 51 |
| 4. La educación: única arma de transformación | 54 |
| a) La secularización de la vida | 56 |
| b) Las asociaciones y la literatura nacional | 59 |

5. La educación como progreso	65
IV. José Tomás de Cuéllar	
1. La presencia de Facundo en <i>El Correo de México</i>	68
2. Los textos de <i>El Correo de México</i>	71
a) Las cuestiones políticas	73
b) La guerra	79
c) Las costumbres	81
d) El progreso de la nación	89
e) El teatro y otras manifestaciones artísticas	92
f) La educación y la juventud	96
V. Conclusiones	
1. A modo de conclusión. Facundo y la misión del escritor	103
VI. Biblioherografía	
1. Bibliografía de José Tomás de Cuéllar consultada para este estudio	111
2. Bibliografía de consulta general	112
3. Herografía de consulta general	121
VII. Apéndice	123
1. A los mártires sin nombre. Canto elegíaco	124
2. Trabajos sordos	131
3. ¿Qué hago con mi voto?	137
4. El azar. Estudios morales	144
5. La Juventud. Estudios morales	153

6. El concierto de anoche	156
7. Popularidad de la convocatoria	163
8. Primera carta de Facundo a Próspero	167
9. Sección científica. Acústica	176
10. Himno marcial	180
11. <i>L'Independence Mexicaine</i>	184
12. Un banquete en el Tívoli	188
13. El poder municipal	197
14. El Día de Muertos	202
15. Contrastes	206
16. Monólogo del Zócalo	211
17. Teatros	214
18. A la memoria del malogrado joven médico Román García Figueroa	219
19. El teatro y los cócoras	222
20. Las bancas de fierro	226
21. Audiencia	233
22. El crédito público	238
23. Bonita, tonta y fría	247
24. Revista	253
25. Revista	266
26. Despedida	273

Introducción

El conjunto de escritos que constituyen el acervo de la literatura mexicana del siglo XIX no ha sido estudiado en su totalidad; gran parte de él se encuentra aún en publicaciones periódicas o en primeras ediciones de difícil acceso para el lector común e incluso para el especializado. Por esta razón sólo se han realizado trabajos sobre unos cuantos escritores y unas pocas obras de este siglo, lo cual deja de lado una gran cantidad de autores y textos que bien podrían revelar nuevos aspectos de la literatura nacional.

Éste es el caso del escritor José Tomás de Cuéllar; autor reconocido por su labor novelística, aunque varias de sus obras sólo se conservan en la edición de la segunda época de la *Linterna Mágica* (1890-1892), pero casi olvidado como poeta, dramaturgo y periodista, como lo demuestran su única obra de teatro publicada, *Deberes y sacrificios*, y sus múltiples artículos periodísticos que esperan ser recopilados.

Cuando cumplí mi servicio social, colaborando en una investigación sobre siglo XIX, tuve acceso a varias publicaciones de la época, entre ellas consulté *El Correo de México* aparecido en 1867, donde participaron importantes literatos: Ignacio Ramírez, Ignacio Manuel Altamirano y Guillermo Prieto, y otros menos estudiados como Manuel Peredo, Alfredo Chavero y José Tomás de Cuéllar. Al revisar los textos de éste último encontré una faceta del autor que no conocía. Comencé a investigar sobre la carrera literaria de Facundo y me percaté de que estos escritos eran anteriores a su producción novelística; sin embargo, me parecieron muy cercanos a las pocas obras que había leído de él. Entonces nació en mí un gran interés por esta etapa de la obra de Cuéllar, mismo que fue alimentado por la doctora Belem Clark de Lara, quien ya antes había llevado a cabo una investigación sobre este escritor y que conocía estos

artículos periodísticos. Gracias a ella inicié el rescate hemerográfico de las colaboraciones de José Tomás de Cuéllar en *El Correo de México*,¹ lo que me permitió observar parte del desarrollo creativo del autor, pues estos escritos contienen muchas de las preocupaciones y temas que poblaron su producción literaria posterior. Hallé también en ellos, por un lado, ciertas constantes en la forma en que Cuéllar estructuraba su discurso literario que, casi siempre, estaba compuesto de pequeñas historias o cuadros de costumbres, intercalados con largos párrafos didácticos que el narrador utilizaba, generalmente, para criticar las costumbres de la sociedad mexicana y, por el otro, descubrí a un hombre comprometido con su momento, pues participó activamente en las cuestiones políticas de su época, hecho que marcó su desenvolvimiento como literato.

En consecuencia, por la importancia que tienen estos escritos, como antecedentes literarios de la obra novelística de José Tomás de Cuéllar, decidí hacer el rescate hemerográfico de sus textos en *El Correo de México* (1867) y analizarlos a la luz de su contexto político, social, periodístico y cultural, y aunque separé cada uno de estos aspectos en diferentes capítulos, cabe mencionar que existen correspondencias que emparentan a todos estos ámbitos; la literatura y la política, el periodismo y la literatura, el periodismo y la política, redes que se tienden y explican la necesidad de evitar el divorcio entre estos mundos, pues, como se verá, cada uno incide en el otro y todos, en especial el literario que nos ocupa en este estudio, tenían

¹ No he podido localizar los primeros nueve números esta publicación, ya que el ejemplar que se encuentra en la Hemeroteca Nacional comienza con el número diez, fechado el 12 de septiembre de 1867. Asimismo, consulté sin éxito los acervos de la Biblioteca del Museo de Antropología e Historia, de la Biblioteca Lerdo de Tejada, de Condumex, del Archivo General de la Nación y del Instituto Mora. Sin embargo, en el tomo XVIII de las *Obras completas. Periodismo político*, de Ignacio Manuel Altamirano se encuentran recopilados sus artículos pertenecientes a los primeros días del mes de septiembre, los cuales me sirvieron de fuente, para el apartado en el cual me refiero a la gestación de *El Correo de México*.

como función transformar a la sociedad.

El punto de referencia temporal para el presente trabajo es el año de 1867, fecha crucial que decidió los derroteros de la vida política y literaria de México, pues después de casi medio siglo de luchas por el poder, con la caída del imperio de Maximiliano y la restauración de la República comandada por Benito Juárez, se logró al fin pacificar al país y, con ello, poner en marcha la reconstrucción de México.

En el ramo político, como lo describo en el primer capítulo, una vez lograda la victoria militar, se intentó reconstituir las instituciones y poner en ejecución la Carta Magna. Benito Juárez en 1867, después de sus dos éxodos por el país llevando a cuestras el poder de la Constitución, se encontró con un México revuelto, con una economía desbastada, una sociedad cansada y un gobierno desmembrado. El presidente, para resolver todos estos conflictos, decidió cimentar su gobierno a partir de ciertas reformas a la Constitución, mismas que le permitirían fortificar el Poder Ejecutivo.

En agosto de 1867 se publicó en la prensa nacional la Convocatoria para las elecciones, que se llevarían a cabo en septiembre. En ella se incluyó un plebiscito que ponía a consideración de los electores las reformas antes mencionadas. Como consecuencia de este hecho, el partido liberal se escindió; más tarde, la prensa, que había participado activamente en los festejos por el triunfo liberal, respondió con publicaciones opositoristas que cuestionaron con severidad las determinaciones del régimen juarista y, a su vez, postularon la candidatura del general Porfirio Díaz a la presidencia. Ejemplo de estas publicaciones fue *El Correo de México*, periódico republicano e independiente que encabezó, como se apreciará en el segundo capítulo, la lucha contra el gobierno. La oposición consiguió detener las iniciativas de cambio a la Constitución, mas no pudo evitar la reelección de Benito Juárez a la presidencia; esto provocó que los

escritores opositores quedaran fuera de las esferas gubernamentales, tal fue el caso de los colaboradores de *El Correo de México*.

Una vez excluidos de los círculos del poder político, los redactores de este diario, que se vio en la necesidad de cerrar sus puertas por cuestiones económicas y políticas, dedicaron sus esfuerzos a la literatura, la cátedra y el periodismo, y desde estos espacios contribuyeron en la reedificación de la nación.

Para estos hombres la paz resultó un elemento primordial que les permitió iniciar o continuar en el sendero de las letras; sin embargo, es necesario señalar que fue más importante aún el factor de la represión política, puesto que los condujo al ámbito literario, por ser éste un espacio alterno alejado del ámbito gubernamental, pero lo suficientemente importante como para poder incidir en la sociedad; así, el elemento represivo se convirtió en un motor determinante, que ayudó al desarrollo de la creación literaria, como lo ponen de manifiesto sus primeros frutos, las revistas *El Renacimiento* y *La Ilustración Potosina*, donde los escritores encontraron la tribuna ideal para difundir su proyecto de nación, sin importar el partido al cual pertenecieran, ya que, en ambas publicaciones se contó con la colaboración de autores de diversos bandos políticos.

Para participar en la reconstrucción de los escenarios de la vida nacional, esta generación de escritores de la República Restaurada intentó llevar a cabo un proyecto ilustrado, como se analiza en el tercer capítulo, cimentado en las bondades de la educación. En esta época, la instrucción se concibió como una gran labor abarcadora que atravesaba todas las manifestaciones sociales y, mediante la cual, en un futuro próximo se alcanzaría el progreso y se encontraría la felicidad. Si bien en un primer momento, la educación fue considerada por estos hombres como un medio para solidificar el triunfo de la República, también en una segunda instancia, se pensó

que serviría para transformar las costumbres, para unificar al país y, finalmente, para que México lograra progresar. En consecuencia, todos los trabajos y los escritos de estos autores estuvieron dirigidos a ilustrar a la sociedad, a corregir sus defectos y a sembrar las pautas de comportamiento que conformarían el nuevo ser mexicano.

Como figura representativa de este período aparece José Tomás de Cuéllar, tema principal del cuarto capítulo del presente estudio, quien con Ignacio Manuel Altamirano contribuyó en la aventura de fundar el periódico *El Correo de México*. Facundo contribuyó en las tareas administrativas y escribió para casi todas las secciones de esta publicación, sobre todo para la columna literaria, denominada "Variedades", y a través de sus textos dejó un testimonio político, social y artístico del México de 1867.

Como escritor liberal opositor Cuéllar, ya fuera en sus editoriales, crónicas, poemas o en la misma gaceta, dirigió constantes y duras críticas al gobierno y, en especial, a la figura de Benito Juárez; como resultado de lo anterior, una vez que este último asumió la presidencia, el autor, como sus demás compañeros de redacción, se enfrentó a la represión del poder que suscitó en un primer momento, la cancelación de este diario y, después, que Facundo se viera obligado a salir de la Ciudad de México y se refugiara en San Luis Potosí. No es difícil pensar que el rechazo de Juárez hacia Cuéllar se prolongara hasta 1872, cuando el escritor ingresó al servicio diplomático que lo mantuvo varios años fuera del país.

La paz, pero sobre todo la represión política, como ya mencioné, condujeron de nuevo a Cuéllar al camino de la creación literaria, desde donde continuó con su misión de regenerar a la sociedad. Facundo, hombre de transición, quiso desde sus escritos periodísticos, y después desde sus novelas, ayudar a reedificar los espacios recién recuperados del país. El escritor intentó también moralizar y educar a sus lectores mediante la crítica de los vicios sociales y la

exaltación de la virtud, mediante la literatura, de ahí que la gran mayoría de sus escritos tengan un carácter didáctico.

La idea de la educación como remedio para todos los males de México rigió la obra de Facundo, quien creyó que la base del conocimiento era la razón y que el hombre, ente perfectible, podía alcanzar la felicidad por medio de su ilustración, misma que repercutiría en el desarrollo de la patria.

En este trabajo presento una lectura de un período de la obra y de la vida de José Tomás de Cuéllar, en el cual la labor literaria estaba unida a una función social, cuya finalidad era contribuir en la edificación de un México diferente. Etapa que, como se podrá observar, representó un parteaguas no sólo para el autor y la literatura nacional, sino también para el país en general. Es así que ofrezco un estudio que muestra en conjunto algunas de las diversas funciones del escritor decimonónico, para lograr un conocimiento más profundo no sólo de este autor, sino también de un momento cultural que forma parte importante de la historia de las letras mexicanas.

Sé que existe aún mucho que rescatar de la obra de este escritor para poder llegar a una mayor comprensión de su obra y de su misión como literato; sin embargo, espero que este estudio aporte, con todo y sus limitaciones, una nueva interpretación de la figura de José Tomás de Cuéllar que esperará ser complementada con la elaboración de otros trabajos.

I. Contexto histórico

El que vino a tiempo, y en la hora propicia, para sentir la idea de la patria, ya difusa en la totalidad, y para encarnarla, fue Benito Juárez. En el humo que alzabase a las plantas de Cuauhtémoc íbase el alma de una raza vencida: en Juárez empieza una nación.

Manuel Gutiérrez Nájera

1. Juárez, encarnación de la nación

El año de 1867 dio paso a una nueva y crucial etapa de la historia de México, en la que el ser republicano se impuso sobre el ser monárquico o conservador.¹ Después de casi medio siglo de luchas y de derrocamientos, con la victoria militar del gobierno liberal sobre la Intervención Francesa y el Imperio de Maximiliano, al fin se consiguió pacificar al país; este hecho marcó el inicio del período denominado República Restaurada, el cual se prolongó hasta 1876, cuando la revuelta de Tuxtepec terminó con la presidencia de Sebastián Lerdo de Tejada y advino el gobierno de Porfirio Díaz; etapa de consolidación, de gran trascendencia política y social, en la que se inició la reconstrucción de México, con la férrea idea de que sólo con la paz se lograría el progreso.²

¹ A este respecto, Edmundo O'Gorman afirma que: "El republicanismo y el monarquismo fueron formas en que se hicieron respectivamente visibles las dos posibilidades de ser de la nueva nación, no debe de extrañar que el desarrollo de su conflicto, o si se prefiere, la suma de toda la historia política de México, desde 1821 hasta 1867, sea el de una alternancia de ensayos y tentativas, por imponer uno de aquellos sistemas de gobierno" (Edmundo O'Gorman, *La supervivencia política novo-hispana. Reflexiones sobre el monarquismo mexicano*, p. 14).

² Para la interpretación histórica del período que no ocupa, he tomado como gúfa los siguientes textos: *Historia y política de México (1821-1882)*, de Ignacio M. Altamirano; *Historia moderna de México. La República Restaurada*, de Daniel Cosío Villegas; "El liberalismo militante", de Lilia Díaz; *Juárez y su México*, de Ralph Roeder; *Juárez: su obra y su tiempo y Evolución política del pueblo mexicano*, de Justo Sierra. Cada uno de ellos me prestó la posibilidad de mirar, desde su ángulo específico, una parte de la historia y, de comprender los distintos procesos sociales, políticos y literarios

La empresa de crear una conciencia nacional que Benito Juárez y su gobierno emprendieron en 1862, cuando la Intervención tocaba a las puertas del país, pudo consolidarse y continuarse al triunfo de la República, sobre la base de que la nacionalidad no era algo inherente a los hombres de una misma comunidad, sino que se construía; no bastaba ser mexicano, había que edificarse como tal.

En aquellos momentos, 1867, al decir de José Tomás de Cuéllar, Juárez era el hombre de la situación;³ quien después de diez años en el poder apenas había alcanzado una de sus metas principales: aquietar al país para conducirlo hacia la modernidad. Un rápido seguimiento de la carrera política de Juárez nos muestra las distintas pruebas a las cuales se enfrentó México para lograr su conformación; así también, su trayectoria se convierte en un espejo de la vida política de la nación y en un símbolo de ella.⁴

El prestigio de Juárez, dentro del partido liberal, venía desde la época en que fue gobernador de Oaxaca, mismo que se confirmó al ser incluida la *Ley Juárez* (1855)⁵ como parte esencial de la Constitución de 1857; con ello, por primera vez, la letra y la acción sustituyeron

que conformaron a una generación de escritores.

³ Véase APÉNDICE, texto 2: Facundo, "Trabajos sordos".

⁴ En varias ocasiones Justo Sierra afirma que Juárez, más que un hombre, es un símbolo (Cfr. Justo Sierra, *Juárez: su obra y su tiempo*, p. 128), en un principio representó a la Constitución, más tarde a la Reforma, a la República e inclusive (para algunos) a la dictadura. Es importante observar que Sierra presenta la visión de un intelectual heredero de la época juarista, y que, ya enclavado en el porfiriato, realizó una mirada indagatoria hacia su pasado inmediato. Su testimonio fue el de una nueva generación que osciló entre el engrandecimiento (Justo Sierra) y el repudio (Francisco Bulnes) de la figura de Benito Juárez.

⁵ La llamada *Ley Juárez* suprimió los tribunales especiales, con excepción de los militares y los eclesiásticos; estas corporaciones dejarían de intervenir en los casos civiles, quedando en sus manos sólo los casos que involucraran a miembros de sus comunidades. Esta *Ley* representó casi la única aportación del gobierno de Juan Álvarez al desarrollo de México (Cfr. Lilia Dfáz, "El liberalismo militante", en *Historia general de México*, p. 832).

al hombre.⁶ La Constitución fue proclamada el 5 de febrero y promulgada el 11 de marzo de 1857, en ella se sentaron las bases de la nueva nación, en la que Juárez tuvo un lugar prominente.

2. Juárez: portaestandarte de la Constitución (1858-1861)

Al ser electo como presidente constitucional de México en 1857, Ignacio Comonfort designó, conforme a sus facultades, como presidente de la Suprema Corte de Justicia a Benito Juárez, quien se convirtió al mismo tiempo en vicepresidente de la República. Ante los enfrentamientos Gobierno-Estado suscitados por la promulgación de la Constitución, Comonfort, liberal moderado, percibió que resultaba imposible gobernar con ella, por lo que, con José María Zuloaga y Manuel Payno, fraguó la rebelión del Plan de Tacubaya, proclamado el 17 de diciembre de 1857, por medio de la cual se derogaba la Carta Magna y se designaba a Comonfort como mandatario hasta que se pudiera crear otra ley apoyada en la tradición y en los designios del pueblo mexicano.⁷ No obstante estas medidas, los conservadores y el clero exigían a Comonfort la revocación de todas las leyes que mermaban sus privilegios. El presidente se vio abandonado a su suerte y volvió la mirada hacia los liberales; Zuloaga, ante la indecisión de su líder, proclamó otra vez el Plan de Tacubaya, pero, esta vez, ya sin la presencia de Comonfort.

Comonfort, aniquilado políticamente, abandonó la silla presidencial y el país; y como acto final cedió el poder a su legítimo sucesor. El 21 de enero de 1858, Juárez asumió la dirección de la causa liberal e inició el primero de sus dos éxodos por la República.⁸ Durante

⁶ Cabe mencionar que Juárez no asistió como diputado al Congreso Constituyente.

⁷ Cfr. J. Sierra, *op. cit.*, p. 119.

⁸ Por su parte, los conservadores tomaron la Capital, formaron su gobierno y eligieron como presidente a Félix María Zuloaga, a quien pronto sustituyó el joven Miramón; éste se convirtió en el

la Guerra de los Tres Años (1858-1860), Juárez se transformó en la esencia del poder, ya que al no estar vigente la Constitución, la legalidad quedó en sus manos:

La desaparición temporal, pero completa, de los órganos superiores de la Constitución, lo convertían precisamente en la personificación de la Constitución misma; en él vivía; desapareciendo él, desaparecía todo cuanto de la Constitución quedaba, y mientras la reacción para *ser* un derecho necesitaba autorizarse con la religión y con una institución perdurable, la Iglesia, los defensores de la Constitución habrían perdido lo único que al símbolo religioso podían oponer; el prestigio misterioso de la ley. Eso era lo que encarnaba Juárez.⁹

Juárez pasó de Guanajuato a Jalisco, de Guadalajara a Colima para finalmente, llegar al centro de la resistencia liberal, es decir, a Veracruz. A través de este recorrido, la imagen del gobierno liberal y en especial la de Juárez se trastrocó, la naturaleza humana del gobernante se difuminó, "y como él era todo el derecho, porque ningún órgano de la soberanía funcionaba, reasumió todo el poder y fue a un tiempo, Ejecutivo, Legislativo y Judicial [...] sobre el libro cerrado de la Constitución de la que nada había quedado vivo, más que un hombre".¹⁰ Si los hombres crean las leyes, las leyes también construyen a los hombres; éste fue el caso de Benito Juárez: el prestigio de la ley lo volvió un objeto intocable e imperecedero.

Durante su estancia en Veracruz, el gobierno liberal se encontraba escindido y aparentemente inactivo; sin embargo, fue en esta época cuando Juárez presentó las Leyes de Reforma y con ello reanimó la lucha por el poder.¹¹

Una vez más, Juárez legalizaba los avances del país por medio de la letra escrita y se

caudillo del partido conservador y estuvo muy cerca de derrotar a los liberales (Cfr. Ignacio Manuel Altamirano, *Historia y política de México*, p. 64).

⁹ J. Sierra, *op.cit.*, p. 128.

¹⁰ Justo Sierra, *Evolución política del pueblo mexicano*, p. 297.

¹¹ En aquel momento ambos bandos habían experimentado serios problemas económicos y una falta de renovación en sus postulados políticos y militares, que dieron como resultado el estancamiento de la guerra, mismo que las Leyes de Reforma lograron deshacer.

comprometía con la causa liberal; al nacionalizar los bienes del clero, adquirió fuerza y credibilidad como gobernante, y si bien solucionó temporalmente las divisiones en su partido, cabe advertir que éstas no fueron del todo erradicadas; el mejor ejemplo de ello lo presenta la figura de Ignacio Manuel Altamirano, que ya desde esta época fue uno de los más duros jueces del presidente Juárez. Ralph Roeder afirma que Altamirano representó a la parte disidente del partido liberal, no sólo en estos años, pues como veremos más adelante, también en 1867 con Riva Palacio, Guillermo Prieto, Ignacio Ramírez y José Tomás de Cuéllar levantó la bandera de la oposición contra la reelección del régimen juarista.¹²

Finalmente, Juárez derrotó a los conservadores en nombre de la ley;¹³ la Constitución podía ahora descansar en las instituciones y entrar en vigor. El gobierno liberal victorioso arribó a la Ciudad de México el 11 de enero de 1861.¹⁴

Una vez en la capital, el gobierno "exclaustró a los frailes, dio sus pasaportes a los ministros de España, de Guatemala, y al Nuncio del Papa, que habían reconocido a Miramón, y convocó al pueblo a elecciones para organizar de nuevo los poderes federales conforme a la Constitución".¹⁵ Las elecciones se realizaron, y en junio de 1861, por fin Juárez resultó electo, por primera vez, presidente constitucional del país; al igual que años más tarde, en 1867, darle la presidencia representó una cuestión de honor.

Al asumir el poder, Juárez encontró la situación del país más complicada que durante la guerra; la cuestión económica ahorcaba a la nación, los bienes de la Iglesia no alcanzaban, las

¹² Cfr. Ralph Roeder, *Juárez y su México*, 321.

¹³ Miramón fracasó por tierra y por mar en sus intentos por invadir Veracruz y vencer al gobierno liberal; con la *debacle* económica vino la militar y la política.

¹⁴ Cfr. Justo Sierra, *Juárez: su obra y su tiempo*, pp. 207-238 y L. Díaz, *op.cit.*, pp. 849-851.

¹⁵ I. M. Altamirano, *op.cit.*, p. 68.

sublevaciones continuaban y la deuda externa exprimía el poco dinero que se producía en el territorio. Con tal cúmulo de problemas el gobierno intentó establecer una tregua y decretó (17 de julio de 1861) la suspensión de los pagos de las deudas interna y externa durante dos años. La suspensión de pagos se convirtió muy pronto en un problema internacional: España, Inglaterra y Francia se aliaron; cada una por diferentes motivos posó sus ojos en México; una pidió la indemnización para sus súbditos, otra exigió el pago de una cuantiosa deuda, y la tercera, aunque apoyada en la demanda de los bonos Jecker, tuvo una clara intención intervencionista.¹⁶ Con la Convención de Londres (31 octubre de 1861) se solemnizó y legalizó la intervención tripartita.

En México, los levantamientos continuaron, la imagen de Juárez se deterioró y el Congreso de la Unión se dividió: cincuenta y un diputados le pidieron al presidente que abandonara el poder (entre ellos se encontraban Ignacio M. Altamirano y Vicente Riva Palacio), los otros cincuenta y dos lo apoyaron. En los últimos meses de 1861, la intervención era un hecho; lo único que le quedaba por hacer al gobierno mexicano era avivar el fuego del nacionalismo contra la invasión extranjera. El partido liberal cerró filas, el Congreso concedió facultades extraordinarias a Juárez y después se disolvió.

La intervención extranjera comenzó a fines de 1861 y se consolidó a principios de 1862 con la llegada de Francia e Inglaterra; en seguida el gobierno liberal mexicano intentó pactar,

¹⁶ Francia, temerosa de la expansión política y económica estadounidense, halló en la Intervención a México, el pretexto ideal para detener la Doctrina Monroe; por su parte, los Estados Unidos se encontraban atados de manos, pues la Guerra de Secesión los consumía. Napoleón, que con la cabeza llena de falsos informes, más los trabajos y propuestas continuas de los monarquistas mexicanos en el extranjero (José María Gutiérrez de Estrada, José Hidalgo, Juan Nepomuceno Almonte), se lanzó a la aventura mexicana.

por lo que se llevaron a cabo los Preliminares de la Soledad;¹⁷ en ellas Francia demostró sus verdaderas intenciones y pronto, la Intervención Francesa avanzó a grandes pasos hacia la capital con la misión de tomar el poder.¹⁸ Ante esta inminente amenaza, el 2 de junio de 1863 el presidente constitucional, acompañado de su gabinete, abandonó el Distrito Federal para instalar su gobierno en San Luis Potosí; se iniciaba así, el segundo éxodo de Juárez por la República y el segundo período en que el presidente encarnaba el poder de la ley. Como representante del Ejecutivo y con las facultades extraordinarias concedidas por el Congreso, Juárez quedaba en posesión del poder y de la Constitución, que sólo se mantenía en función de su existencia y que desde este momento tendría que ajustarse a las circunstancias políticas. En este lapso que va de la Intervención hasta 1867, Juárez se convirtió en el hombre clave, salvador y protector tanto de la independencia del país como de la vigencia de la Carta Magna.

Así, Juárez, sin ser el jefe militar, constituyó la cabeza del movimiento, a pesar de que pasaba meses incomunicado, pues la certeza de su presencia alentaba al ejército liberal; él era el símbolo de la República y de la Constitución:

Lo único que infundía aliento, que daba alma a la causa republicana herida de muerte, era la gran alma de Juárez, su serenidad estoica, la incontrastable firmeza de su fe, pero no la fe ciega de los hombres sometidos de su raza, sino de la fe clarividente de los de su raza que ascienden a la civilización y a la conciencia libre [...] Todo estaba mutilado, mermado, disminuido en la nación; sólo él permanecía intacto; en él la República era incólume.¹⁹

¹⁷ Acuerdo mediante el cual, tanto Inglaterra como España reconocieron el gobierno de Juárez y las posibilidades de éste para controlar al país sin la ayuda de potencias extranjeras (Cfr. J. Sierra, *op.cit.*, p. 383).

¹⁸ Finalmente, los franceses tomaron la capital, crearon un gobierno y apoyaron las Leyes de Reforma, que el partido conservador repudiaba. Ese gobierno provisional dispuso también como sistema de gobierno, una monarquía moderada, y buscó un emperador para México: Fernando Maximiliano de Habsburgo aceptó el cargo el 10 de abril de 1864.

¹⁹ Justo Sierra, *Evolución política del pueblo mexicano*, p. 339.

En 1864, Maximiliano y Carlota arribaron al país. Las figuras de Juárez y Maximiliano se enfrentaron en el plano de la política; para los europeos, Maximiliano fue la víctima y Juárez el verdugo; para los americanos, el Emperador era el intruso, y el Presidente, el héroe.

Los años de 1864 y 1865 fueron los más terribles para la causa liberal, pues quedaban pocos líderes militares y su única estrategia de lucha era la guerrilla. Además, existía otra cuestión vital: el período presidencial de Juárez se agotaba y la Constitución mandaba que en caso de no poder realizarse las elecciones presidenciales, el mando debía pasar a manos del vicepresidente, es decir, al presidente de la Corte de Justicia, en este caso Jesús González Ortega. Juárez se vio en la disyuntiva de seguir las indicaciones de la Constitución al pie de la letra o mantenerse al frente del gobierno liberal; seguro de que su misión aún no terminaba y haciendo uso de las facultades extraordinarias que le concedió el Congreso, dispuso su permanencia en el poder hasta la salida del enemigo, cuando se pudieran realizar las elecciones sin la presión del extranjero.²⁰

Benito Juárez se transformó en este momento en el dictador necesario, en el pilar que por su prestigio podía seguir sosteniendo a costas la independencia del país y la validez de las instituciones que se habían creado como resultado muchas guerras. Su poder había crecido tanto que casi nadie se rebeló ante su decisión de violar la Constitución; este acto resultaba, a la luz de su figura, una medida necesaria y encomiable, puesto que la separación del presidente del poder nómada en aquellos momentos:

²⁰ Al respecto I.M. Altamirano expresó que: "Hay que advertir que desde el 30 de noviembre de 1865, en que había terminado su período constitucional, Juárez había ocupado la presidencia de la República de un modo revolucionario y anómalo que sólo las circunstancias en que se hallaba el país pudieron hacer disculpable y que sólo el reconocimiento de los jefes republicanos pudo hacer sostenible" (I.M. Altamirano, *op. cit.*, p. 93).

equivalf a deshacer el núcleo de la resistencia; era el suicidio de la República; entonces salió de la ley el presidente y entró en el derecho, sacrificó la Constitución a la patria e hizo bien; la gran mayoría de los republicanos aplaudió este acto de energía que transmutaba al presidente en dictador, en nombre de los más sagrados intereses de la República.²¹

En 1866, la causa imperialista sufrió un revés que ayudó al triunfo de los liberales. Maximiliano se encontraba aislado, sin ningún partido a su favor; su gobierno sólo se sostenía por la presencia de las tropas francesas, las cuales estaban próximas a abandonar el territorio nacional por órdenes de Napoleón, por lo que decidió abdicar, pero, ninguno de los pocos seguidores con los que todavía contaba se lo permitió. Maximiliano, ya sin el apoyo francés, se puso al frente de su ejército y se dirigió hacia Querétaro, donde se reunieron todas las fuerzas imperiales y las liberales para librar la batalla final. El 15 de mayo de 1867 el ejército republicano tomó Querétaro, Maximiliano cayó preso, su juicio se verificó del 13 al 15 de junio; sentenciado a muerte, fue fusilado el 19 de junio. Pocos días después de este acontecimiento, Porfirio Díaz ocupó la capital de la República, y todo se preparó en ella para la entrada triunfal de Juárez, el 15 de julio de 1867.

3. 1867

En el momento de entrar en la capital, Benito Juárez estaba en el apogeo de su gloria, pues el pueblo lo veía como el salvador de la independencia. La paz trajo consigo nuevos problemas. Juárez se enfrentó rápidamente a la ingobernabilidad que se vivía en la nación; los caudillos liberales tenían el dominio absoluto dentro de sus comunidades dejando de lado el reconocimiento del poder central. La República se hallaba nuevamente dividida entre varios

²¹J. Sierra, *op. cit.*, p. 352.

fuegos.²² Lo primero que el gobierno liberal requirió, ante la difícil situación, fue el fortalecimiento del Ejecutivo y el debilitamiento del poder militar; para ello Juárez retiró a los militares las facultades otorgadas durante la guerra, y redujo y reorganizó al ejército.²³

Junto con los caudillos, el Legislativo conformaba un sector disidente que frenaba el poder absoluto del mandatario, ya que este último debía consultar con el Congreso cualquier tipo de reforma o cambio que quisiera llevar a cabo.

Por último, era urgente que la Constitución entrara en vigencia, pues prevalecía la idea de que sólo a través de ella se lograría el progreso, la paz y la felicidad.²⁴ Ante las múltiples irregularidades que se vivían en aquel momento, la ley debía surgir con todo su peso. La Constitución que había propiciado ya dos guerras en 1867 perturbó nuevamente la paz del país.

Un mes después de regresar a la capital, el Presidente dio el primer paso para terminar su ocupación irregular [de la presidencia] en el país, convocando a elecciones; pero la Convocatoria dio a conocer al mismo tiempo un programa de reformas constitucionales que el gobierno pensaba someter a plebiscito popular. Las reformas propuestas, casi todas de orden administrativo, abarcaban la facultad de veto presidencial, la creación de un Senado, el voto pasivo de los secretarios de Estado, los magistrados de la Suprema Corte y los funcionarios públicos para formar parte del Congreso, y el sufragio para el clero.²⁵

A esta cita de Ralph Roeder resulta importante hacer ciertas precisiones. La Convocatoria para las elecciones, que se realizarían el 22 de septiembre de 1867, se publicó en la prensa capitalina el 18 de agosto; con ella se exhortaba al pueblo de México a participar en los comicios de

²² Cfr. Daniel Cosío Villegas, *Historia moderna de México. La República Restaurada*, t. I, p. 72.

²³ Cfr. D. Cosío Villegas, *op.cit.*, pp. 115 y 125.

²⁴ Daniel Cosío Villegas afirma al respecto: "otro de los rasgos característicos de la República Restaurada [fue]: una disputa interminable, airada, brillante, incisiva, agobiadora, sobre la validez de la Constitución como molde para engendrar y contener la vida política nacional. [La] Constitución como toda bandera, es el símbolo de la victoria, la razón de la lucha y la clave de la felicidad" (Cfr. *Ibidem*, pp. 19 y 67).

²⁵ R. Roeder, *op.cit.*, p. 995.

septiembre para elegir presidente, diputados y presidente de la Suprema Corte de Justicia. Dentro de esta Convocatoria, en su artículo 9º, apareció otra con el mismo nombre, pero que realmente era un plebiscito, donde Juárez, violando la propia Constitución, ponía a consideración del pueblo algunas reformas a la Carta Magna, dejando de lado el artículo 127º, en el cual se especificaba que sólo el Poder Legislativo podía llevar a cabo esta labor. El plebiscito estaba compuesto sólo de cinco puntos:

Primero. Que el Legislativo de la federación se deposite en dos cámaras, fijándose y distribuyéndose entre ellas las atribuciones del Poder Legislativo.

Segundo. Que el presidente de la República tenga facultades de poner veto suspensivo a las primeras resoluciones del poder legislativo, para que no se puedan reproducir, sino por dos tercios de votos de la Cámara o Cámaras en que se deposite el Poder Legislativo.

Tercero. Que las relaciones entre los poderes Legislativo y Ejecutivo, o los informes que el segundo tenga que dar al primero, no sean verbales, sino por escrito; fijándose si serán directamente del presidente de la República, o de los secretarios del despacho.

Cuarto. Que la Diputación o fracción del Congreso que quede funcionando en sus recesos, tenga restricciones para convocar al Congreso a sesiones extraordinarias.

Quinto. Que se determine el modo de proveer a la sustitución provisional del Poder Ejecutivo, en caso de faltar a la vez el presidente de la República y el presidente de la Corte Suprema de Justicia.²⁶

Las reformas que Benito Juárez intentó realizar tuvieron un fin profundo: robustecer el Poder Ejecutivo para equipararlo con respecto al Poder Legislativo.²⁷

Sin embargo, la Convocatoria no sólo albergó esta sorpresa para los electores, el artículo 15º trajo más que admiración, cuestionamientos e indignación por parte de una fracción del

²⁶ Sin firma, "Oficial", *El Boletín Republicano*, núm. 42 (18 de agosto de 1867), pp. 1-2.

²⁷ Resulta importante hacer notar que desde 1856, el Poder Legislativo se había convertido en el detentor del poder, ya que la experiencia histórica de México había demostrado que era demasiado peligroso ceder todo el poder a un hombre, que con mucha facilidad se convertía en un dictador (Cfr. D. Cosío Villegas, *op.cit.*, pp. 144).

partido liberal. Este artículo devolvía, sin preguntar a nadie, el voto al clero; esto dio pie a que los pocos órganos del partido conservador que aún se encontraban activos, después de su gran derrota, como el periódico *La Sociedad Mercantil*, defendieran las propuestas de Juárez.²⁸

La iniciativa de Juárez de preguntar a la ciudadanía, en vez de someterse al poder del Legislativo, le trajo innumerables problemas. En principio, el nacimiento de una facción liberal opositora al régimen que rechazó el plebiscito por varias razones, la más importante de ellas fue el carácter de inviolabilidad que la Carta Magna había adquirido a través de tantas guerras y sublevaciones; para los opositores resultaba incongruente que Juárez, quien en su momento había sido el símbolo de la existencia de la Constitución, se convirtiera en el detractor de la causa liberal e intentara ejercer un poder dictatorial. En un segundo momento, la Convocatoria era considerada como una invasión del presidente al Poder Legislativo, que tenía como finalidad controlar y manipular de tal manera que el Ejecutivo tuviera un poder irrestricto. Como último inconveniente surgió el hecho de que el plebiscito era anticonstitucional, por lo tanto realizarlo constituía un acto ilegal. La pregunta que flotaba en el ambiente, en aquel momento, según el testimonio de José T. de Cuéllar, era: "¿Qué hago con mi voto?"

El electorado, y más los empleados públicos, se encontraba en una disyuntiva:

Si voto en contra, don Benito dirá que soy un inconsecuente, y si voto a favor, dicen los periódicos que eso es barrenar la Constitución, y sabe Dios que yo no quiero barrenar

²⁸ Daniel Cosío Villegas ve esta decisión como una medida conciliatoria por parte del presidente, que sabía derrotados a sus antiguos enemigos (*Ibidem*, p. 147); el partido conservador se encontraba en muy malas condiciones como para tomar parte activa en el nuevo debate por el poder; sin embargo, esta inactividad era más bien un descanso en el camino, pues sólo tardaron unos cuantos años en reiniciar sus labores, siempre con la bandera de la religión. Sobre el nuevo empuje que tomaron los conservadores durante el República Restaurada, véase Alejandro Rivas Velázquez, "Sor Juana en la República Restaurada" en *Volumen conmemorativo de los 50 años del Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios* (en prensa).

nada. ¿Conque no voto?²⁹

La oposición se fortaleció, se crearon muchas publicaciones periódicas para echar abajo las reformas juaristas. El periódico fue la tribuna que los escritores opositores, que también eran hombres públicos, utilizaron para mostrar su inconformidad. Finalmente, los puntos del plebiscito se rechazaron, los liberales antigobiernistas ganaron:

simplemente hemos jugado por pasatiempo una partida de dominó con el Gobierno, de quien la primera ficha fue la Convocatoria; nosotros nos armamos de buenas fichas, o sean artículos contra la Convocatoria, las jugamos y ganamos la partida; estamos victoriosos, pues ya todos saben que lo de las Reformas hizo un fiasco redondo; bien es que no fue más que una pregunta suelta del C. Presidente, pero un coro de *noos*, más robusto que el de los 300 alumnos del Conservatorio, ha contestado.³⁰

Ante la negativa a sus iniciativas, Juárez insistió para que ahora el Congreso sometiera las reformas para su estudio y consideración, como lo estipulaba la ley. No obstante la derrota total de sus proyectos, en diciembre de 1867, el Congreso de la Unión declaró a Benito Juárez presidente constitucional; la reelección fue una vez más cuestión de honor patriótico por dos razones: una, por ser el héroe de la guerra y, dos, porque Napoleón se negó a reconocerlo en su momento. El electorado no pudo escindir la figura de Juárez como símbolo y como gobernante:

El pueblo mexicano, reeligiendo a Juárez, obra sin duda por un sentimiento de decoro y dignidad, y se empeña en demostrar la impotencia de la intervención, rechaza las amenazas y las intrigas de la fuerza, elevando al poder al que en vano trataron de derrocar las bayonetas extranjeras.³¹

Con la candidatura de Juárez, surgieron dos más, la de Sebastián Lerdo de Tejada y la de Porfirio Díaz; el primero, totalmente impopular y, el segundo, en cambio fue apoyado por el

²⁹ Véase APÉNDICE, texto 3: Facundo, "¿Qué hago con mi voto?".

³⁰ Véase APÉNDICE, texto 7: Facundo, "Popularidad de la Convocatoria".

³¹ Francisco Zarco citado en D. Cosío Villegas, *op.cit.*, p. 195.

ejército y por la facción opositora, en la cual se encontraban Ignacio Manuel Altamirano, Vicente Riva Palacio, Guillermo Prieto, José Tomás de Cuéllar;³² sin embargo, nada pudo detener la victoria juarista, y algunos vieron en este hecho un terrible fraude y la demostración fehaciente de que una dictadura abrazaba al país.

Con la derrota de las reformas de la Constitución ambos bandos se vieron perjudicados; Juárez se vio reducido y controlado hasta cierto punto por los designios del Poder Legislativo, sin la posibilidad de gobernar con absoluta libertad, como había sucedido durante el lapso en que ostentó las facultades extraordinarias concedidas por el Congreso. A contraluz de los acontecimientos políticos de 1867, Juárez dejó de ser el héroe para convertirse en el dictador, al menos a los ojos de estos hombres de letras; de símbolo de la ley se transformó en la negación de ella. El Presidente comenzó el descenso de la cumbre, que tuvo como primer escalón la derrota de la Convocatoria; atado de manos, sólo le quedaba volver a ser un gobernante como lo había sido en Oaxaca: ejemplar y diplomático, pero sin iniciativas.

Para la oposición Juárez representó el aislamiento político, ya que una vez en el poder, no descansó hasta marginarlos, negándoles el acceso a las altas esferas del gobierno, desde las cuales se podía participar en la reconstrucción de México; sin embargo, muchos de estos liberales opositores encontraron en el mundo de las letras una nueva tribuna. Altamirano, una de las víctimas de este hecho, afirmó años después:

[Juárez] más implacable en sus rencores personales que en sus odios políticos, desplegó una hostilidad manifiesta contra los liberales que habían apoyado la candidatura del general Díaz o se habían presentado como opositores a su administración. En suma, a los pocos días de haber entrado a funcionar como Presidente ya había producido

³² Después de 1867 y hasta 1871, Porfirio Díaz se convirtió en el símbolo de la oposición, no porque se viera en él al gobernante ideal, sino más bien porque la oposición necesitaba un caudillo (*Ibidem*, p. 88).

numerosos descontentos en el seno mismo del partido republicano y aun entre los pocos patriotas que habían sido fieles a la causa de la independencia.³³

Para todos, 1867, y en general el período de la República Restaurada, representó un momento de ruptura, desconcierto y confusión, en el cual, por una parte los levantamientos continuaban, y por la otra se trataba de imponer a toda costa el orden. Juárez, la gran figura, se derrumbaba, se volvía obsoleto.

³³ I.M. Altamirano, *op.cit.*, p. 98.

II. *El Correo de México* La voz de la oposición y el renacimiento de las letras

La historia de nuestro periodismo constituye en sí un capítulo, y de los más importantes, de nuestra literatura.

Manuel Sánchez Mármol

1. La fragancia del triunfo

Después de las continuas guerras que asolaron al país, el triunfo de la causa liberal marcó también el punto de arranque del renacimiento cultural; como muestra de ello, encontramos que, durante el lapso que abarcó la República Restaurada, surgió un número importante de publicaciones periódicas, mismas que albergaron en su redacción a los mejores escritores de la época. Por razones políticas y económicas los periódicos y las revistas constituyeron casi el único medio con el cual contó un escritor para dar a conocer su obra, sus opiniones y preferencias.¹

La prensa, que ya desde de la época independentista había cobrado suma importancia por su carácter combativo y de opinión, fue el escenario donde se debatieron los problemas más relevantes del país y, por ende, donde participaron casi todos los hombres públicos y políticos. La prensa, entonces, se convirtió en un elemento primordial de la vida cultural mexicana, pues dio testimonio de las ideologías en juego, de las transformaciones morales, de los avances literarios, del diario acontecer de la nación.

¹ A este respecto Stanley Ross afirma que: "En tiempos pasados el número de libros publicados fue limitado y las ediciones de éstos han sido pequeñas debido a varios obstáculos: censura, escasez o altos costos del papel, y la gran proporción de analfabetos en la población. La prensa pudo ayudar enormemente a la difusión de trabajos literarios o históricos" (Stanley Ross, "Introducción" a *Fuentes de la historia contemporánea de México: periódicos y revistas*, t. I, p. VII).

El periódico, además de asumir el papel de órgano educador y de guía del criterio popular, sirvió como tribuna y como gran formador de conciencias, no obstante la mayor parte de la población no sabía leer, pues debido a las difíciles e inestables condiciones que habían prevalecido hasta 1867 en el país, la educación del pueblo no había alcanzado grandes logros.²

Antonio Cándido afirma que la literatura latinoamericana ha sido desde siempre comprometida, y no sólo en las cuestiones políticas sino, también, porque ha actuado como si tuviera conciencia de ser un pilar fundamental en la construcción de la cultura de un país;³ desde esta misma perspectiva, podemos considerar a la prensa mexicana del siglo XIX, sobre todo a la de inclinaciones liberales, como un órgano formador y educador, puesto que trabajó incesantemente para edificar el ser nacional. Para contribuir a esta empresa, los liberales, con un proyecto ilustrado, apoyaron la idea de combatir obstáculos como la ignorancia o el despotismo, por considerarlos enemigos del progreso, y confiaban en que "la instrucción, el saber y la técnica llevarían necesariamente a la felicidad colectiva";⁴ como veremos más adelante, una de las mayores preocupaciones de estos hombres fue la educación del pueblo: sólo por medio de ella, pensaban, se estaba en condiciones de lograr el advenimiento de un nuevo orden. En esta batalla contra la ignorancia, el periódico fungió como intermediario entre las

² María Teresa Bermúdez sostiene que, desde 1850 la educación de las masas fue una preocupación constante de los grupos en el poder, ya que se le consideraba como un medio para lograr el desarrollo del país; sin embargo, debido a la condiciones de la nación, casi todos los intentos de reformar la enseñanza se quedaron en leyes sin ejecución. Las deficiencias educativas fueron tales que, "cuando en 1895 se llevó a cabo el primer censo de la República, sólo el 14% de la población sabía leer y escribir" (María Teresa Bermúdez de Brauns, "Capítulo IV: Una población instruida, base de la sobrevivencia nacional. 1857-1876", en *Historia de la alfabetización y de la educación de adultos en México*, t. 2, p. 243).

³ Cfr. Antonio Cándido, "Literatura e historia", en Ana Pizarro (coord.), *Hacia una historia de la literatura latinoamericana*, p. 168.

⁴ Cfr. Antonio Cándido, *op.cit.*, p. 168 y "El derecho a la literatura", en *Ensayos y comentarios*, p. 150.

ideas y los proyectos expresados por los escritores, y el pueblo al que se quería instruir.

La historia del periodismo mexicano del siglo XIX estuvo conformada por periódicos de distintas tendencias e ideologías; ya fueran conservadoras o liberales, monarquistas o republicanas, siempre tuvieron la firme tarea de formar la opinión de un país, más aún cuando la nación acababa de salir de una lucha armada, y era urgente cimentar todo lo que la guerra había derrumbado. En este proceso de reconstrucción se encontró México en el año de 1867.

Durante el gobierno de Maximiliano pocos periódicos liberales permanecieron en la capital, la mayoría de ellos se mantuvieron cerca del gobierno de Benito Juárez o se instalaron en territorios bajo jurisdicción liberal; así vieron la luz publicaciones como *La Voz de Puebla* (1865) que editó Ignacio Manuel Altamirano y *El Pito Real* donde Vicente Riva Palacio publicó su famosa composición "Adiós Mamá Carlota".⁵ En las páginas periodísticas, ya fueran monárquicas o liberales, los hombres de espada y de letras no perdieron la oportunidad de dar a conocer su sentir sobre la cuestión política. En aquel momento, desde la facción liberal Justo Sierra afirmaba que, cualquier texto, cualquier apotegma de Juárez, carta de Lerdo, estudio de José María Iglesias, artículo de Ignacio Ramírez, oda de Prieto, discurso de Altamirano, canción de Riva Palacio, o proclama de Porfirio Díaz eran no sólo textos históricos, sino también "acontecimientos inmensos en nuestra vida literaria",⁶ no se podía dar más.

Con la caída del Imperio, la prensa liberal se convirtió en el testigo fehaciente de un México que volvía al camino de la libertad, y pronto se unió al festejo por el triunfo juarista; así también, se autoerigió en la conciencia del gobierno, por lo cual pugñó por el

⁵ Cfr. L. Reed Torres, "Capítulo X: La prensa en la Intervención y el Segundo Imperio (1861-1867)", *El periodismo en México: 500 años de historia*, p. 204.

⁶ Justo Sierra, "El maestro Altamirano", en *Obras completas. III. Crítica y artículos literarios*, pp. 382-383.

restablecimiento del orden, y comenzó desde sus columnas a marcar la nueva ruta de la nación; al considerarse como el órgano intermedio, no sólo entre las ideas y los proyectos, sino también entre el gobierno y el pueblo, asumió la misión de regular las actividades de ambos, sin descuidar las propias.

En la República es preciso que [el periodismo] tome el rango del que no debía de haber descendido nunca, manteniéndose justo, recto, verídico, abriendo la marcha a todas las ideas de progreso que conduzcan al bienestar social, y enarbolando con mano firme la bandera constitucional única que puede llevarnos rápidamente a la reconstrucción de nuestra patria y al restablecimiento de la moral pública.⁷

Durante los meses de julio y agosto de 1867, la prensa no dejó de alabar al presidente; así ésta gozó de tranquilidad, de mucha libertad y "se mostró uniforme en sus líneas programáticas".⁸ No sólo en la capital de la República se experimentó un renacimiento de la prensa, desde Tabasco hasta Chihuahua se estableció la corriente eléctrica de la opinión.⁹

Como ya mencioné, el 18 de agosto de 1867 se dio a conocer la Convocatoria para las elecciones que se llevarían a cabo el 22 de septiembre del mismo año; hasta ese día la prensa liberal se había mantenido unificada y afecta al gobierno; sin embargo, a partir de este acontecimiento las tendencias y las divisiones surgieron. El partido liberal se escindió; ante la ruptura, nacieron periódicos que apoyaron a cada uno de los bandos durante la contienda política; unos buscaban la reelección de Benito Juárez, otros, los opositores, desde sus columnas luchaban doblemente: por un lado, su preocupación se encaminó a echar abajo el proyecto de reforma a la Constitución que el gobierno quiso realizar, por el otro, postularon y

⁷ G.F. Bustamante, "Editorial. Introducción. El periodismo", en *El Monitor Republicano*, quinta época, año 17, núm. 4676 (1º de julio de 1867), p.1.

⁸ Jesús Timoteo Álvarez y Ascencio Martínez Riaza, *Historia de la prensa hispanoamericana*, p. 119.

⁹ Cfr. Alfredo Chavero, "Editorial. La prensa", en *El Siglo XIX*, séptima época, año 24, t. 5, núm. 16 (30 de julio de 1867), p. 1.

defendieron la candidatura presidencial de Porfirio Díaz. Este último fue el caso del diario *El Correo de México*, el cual se convirtió en el líder de la oposición, bandera que enarboló hasta su muerte (diciembre de 1867), y que otro diario, *La Orquesta* (1861-1877), bajo la dirección de Vicente Riva Palacio.¹⁰

2. El formato

El Correo de México. Periódico Republicano e Independiente se publicaba todos los días - excepto los domingos- a las tres de la tarde; su costo variaba según el tipo de suscripción que se adquiriera; los suscriptores de la capital pagaban un peso cada mes y los de la provincia un peso con cuatro reales por el mismo lapso; los números sueltos costaban medio real.

Aunque en la mayoría de fuentes consultadas se dice que Ignacio Ramírez, Ignacio Manuel Altamirano y Guillermo Prieto fundaron el periódico, lo cierto es que éste último se incorporó a sus columnas hasta el mes de noviembre de 1867, cuando regresó de San Antonio, Texas, para encargarse, en el Congreso Nacional, de la diputación por el Estado de San Luis Potosí.¹¹ En cuanto a la participación de Altamirano y de Ramírez, el primero no sólo fungió como fundador, sino también apareció como redactor en jefe del periódico y colaboró asiduamente como editorialista; el segundo, contribuyó con gran cantidad de escritos aparecidos en la sección editorial, que ayudaron a definir la postura opositora de la publicación. El impresor fue Luis G. Rubén y su administrador Guillermo Hinojosa, aunque no por mucho tiempo, ya que muy pronto las tareas administrativas pasaron a manos de José Tomás de

¹⁰ Cfr. Huberto Batis, "Estudio preliminar" a *Índices de 'El Renacimiento'*, p. 10.

¹¹ Cabe señalar que para 1867, Guillermo Prieto llevaba ya casi dos años distanciado del presidente Juárez, debido al apoyo que el escritor prestó a las reclamaciones políticas de Jesús González Ortega. Aunque Guillermo Prieto llegó al país en octubre de 1867, no fue sino hasta noviembre de ese mismo año cuando se instaló en la capital y recomenzó su participación en la vida nacional.

FALTA PAGINA

No. 21

los que publicó Ignacio Manuel Altamirano bajo el nombre de "Candidatura presidencial"; en ellos examinó, paso a paso, las razones por las cuales Benito Juárez había dejado de ser el candidato ideal; escribió también otra serie de textos dedicados a la cuestión política del Estado de Guerrero, en la cual, aunque indirectamente, condenó la participación de Juárez.¹⁴

Como ya mencioné, el gran editorialista de *El Correo* fue Ignacio Ramírez; sus artículos abordaron diversos temas, aunque siempre giraron sobre un mismo eje: la crítica al gobierno, a las condiciones del país y a la Convocatoria. El Nigromante escribió sobre los ferrocarriles, el clero mexicano, las urgentes mejoras de la capital, la economía nacional, el ejército, la instrucción pública, la prensa y su derecho a vigilar el comportamiento de los integrantes del gobierno.

José Tomás de Cuéllar, el otro gran pilar de este periódico, participó muy poco en esta sección, sólo escribió tres editoriales individuales y uno colectivo; de los primeros, uno de ellos se abocó a cuestiones políticas, demandando el mejoramiento del poder municipal,¹⁵ de los otros dos hablaré más adelante; el colectivo fue la despedida del periódico y apareció en el último número de este periódico.

Los editoriales también sirvieron para mantener polémicas con otros periódicos, así lo hicieron Ignacio Ramírez con *La Sociedad Mercantil*, de Niceto de Zamacois,¹⁶ Altamirano con *La Concordia* de Veracruz,¹⁷ y José T. de Cuéllar con la *L'Independence Mexicaine*, de P.

¹⁴ La primera serie de estos artículos de Altamirano se publicó el 5, 6, 7, 8, 12, 23 y 30 de septiembre; la segunda, el 20, 21, 22, 23, y 29 de noviembre y el 11 y 12 de diciembre de 1867; posteriormente fueron recopilados en sus *Obras completas. Periodismo político*, 1, t. XVIII, pp. 53-135.

¹⁵ Véase APÉNDICE, texto 13: José T. de Cuéllar, "El poder municipal".

¹⁶ Sobre los artículos del Nigromante véase APÉNDICE, Texto 8: Facundo, "Primera carta de Facundo a Próspero", nota 15.

¹⁷ Ignacio Manuel Altamirano, "*La Concordia* de Veracruz y su corresponsal anónimo", en *op. cit.*, pp. 93-101.

Arnold de Thier y con *La Orquesta*, de Vicente Riva Palacio, en el primer caso el escritor defendió la imagen de México frente a los periódicos extranjeros editados en el país, porque enviaban las peores noticias al exterior con el fin de deteriorar la reputación nacional; en el segundo luchó porque se respetara la integridad y las ideas de la facción opositora, a la cual perteneció.¹⁸

El editorial, como ya expresé, fue el espacio abierto que sirvió para formar la opinión de los lectores; ahí el fuego de la disidencia dejó sus mejores páginas. Además de los escritores ya mencionados, encontramos también en esta sección las siguientes firmas: Alfredo Chavero, Vicente Riva Palacio, Manuel Payno, R.S.,¹⁹ Antonio G. Pérez y *El Dómine* (Antonio García Pérez); sólo este último firmó en esta sección con su seudónimo, ya que todos los demás, aunque lo tuvieran, sólo los utilizaron para la sección de "Variedades" o bien para el "Folletín".²⁰

¹⁸ Véase APÉNDICE, texto 11: J.T.C., "*L'Independence Mexicaine*", y texto 15: José T. de Cuéllar, "Contrastes".

¹⁹ No he podido encontrar a quién pertenecieron estas iniciales.

²⁰ La primera noticia que apareció en *El Correo* sobre la existencia del "Folletín", se publicó el 12 de noviembre de 1867; en ella se menciona el término de la publicación de una novela por entregas, pero no aparecen ni su título ni su autor: "en virtud de la favorable acogida que ha tenido nuestro periódico, nos hemos visto obligados, en obsequio de nuestros suscriptores, a introducir alguna mejora. Concluida la novela que se ha publicado en el folletín, hemos celebrado un nuevo arreglo en virtud del cual aumentaremos el interés de esta sección, publicando en ella preciosas obritas literarias [...] Nuestros colaboradores Próspero, Facundo y Bonifacio, escribirán revistas que alternarán con las indicadas obras" (RR., "*El Correo de México*", en *El Correo de México*, t. I, núm. 62, 12 de noviembre de 1867, p. 1). Sólo el número 63 del periódico, que corresponde 13 de noviembre, conserva la parte del folletín, en el cual se incluyeron una "Revista de la quincena", firmada por Próspero y un poema, "A la memoria del malogrado joven médico Ramón García Figueroa", de J.T.C. Posteriormente, se insertó otra nota que dice: "Como prometimos a nuestros suscriptores, hoy comenzamos a publicar en nuestro folletín los magníficos estudios sobre *Historia antigua de México*, que ha escrito un ilustrado joven mexicano amigo nuestro, y que nos ha hecho el favor de darnos, para honrar nuestro periódico. Así en lo sucesivo, esta interesante obra, cuyo estilo florido y elegante y cuyas observaciones interesan por su novedad, alternarán con la espiritual producción de Alfonso Karr, titulada: *Las mujeres* (Cfr. Sin firma, "Gaceta. Nuestro folletín", en *El Correo de México*, t. I, núm. 76, 28 de noviembre de 1867, p. 3). Parecería ser que la novela de Karr vio la luz antes que estos estudios; sin embargo, no me fue posible tener a la vista la colección completa.

Como ha señalado José Woldenberg al hablar de Francisco Zarco, los escritores del siglo XIX acostumbraban firmar con su nombre cuando trataban asuntos claves del periodismo político o de la situación del país; en cambio, cuando escribieron artículos literarios, donde jugaban con el sentido de las palabras y de la crítica social, prefirieron firmar con algún seudónimo.²¹

Editorialistas²²

Autor	Número de editoriales
Ignacio Ramírez	48
Ignacio Manuel Altamirano	18
J. T. C. o José T. de Cuéllar	3
Alfredo Chavero	3
Jesús González Ortega	2
El Domine (Antonio García Pérez)	1
Vicente Riva Palacio	1
León Guzmán	1
R.S.	1
Antonio G. Pérez	1
M. Payno	1
La Redacción (R.R.)	1

Sección oficial. En ella se dio cabida a todos los documentos que el gobierno expidió, leyes y decretos de cualquier naturaleza, ya fuera hacendaria, electoral o educativa.

Popularidad de la Convocatoria. Uno de los fines que *El Correo* persiguió desde su génesis fue detener la política de Juárez, que se había expresado en las iniciativas de reforma a la

²¹ Francisco Zarco ejerció libremente "su vocación de periodista encargándose de comentar no solamente los asuntos políticos, sociales y económicos, sino que además se adentra en el periodismo sarcástico, la recreación de costumbres, la crónica de acontecimientos, las reseñas sobre lugares, el teatro y hasta la moda. Nace por esa vía, *Fortún*, seudónimo que le permitirá una cierta distancia de la seriedad y la solemnidad del periodismo político de entonces" (Cfr. José Woldenberg, "Zarco: liberal y periodista", en *Francisco Zarco*, p. 16).

²² En este cuadro se consideraron los editoriales que aparecieron a partir del día 12 de septiembre de 1867, es decir desde el número 10 del periódico; sólo en el caso de I. M. Altamirano contamos también los artículos que se recopilaron en sus *Obras completas*. Registramos en esta tabla un total de 81 editoriales de los 90 que supuestamente aparecieron en las páginas del periódico. Sobre el faltante de los primeros números de *El Correo de México* véase la nota 36 en este Capítulo.

Constitución; con ese objetivo, echar abajo la Convocatoria, se creó esta sección, en la cual se difundieron todos los artículos que se pronunciaron contra las medidas del gobierno. Facundo (José T. de Cuéllar) fue quien inauguró y canceló esta columna.²³

Sección extranjera. En ella se publicaron dos tipos de textos: el de las cartas y los artículos que llegaban del exterior, en los que se hacía alguna referencia a la cuestión mexicana; y el de las noticias procedentes del extranjero, principalmente de Europa.

Remitidos. A modo de buzón de opinión, se podían leer aquí cartas de los lectores comunes o de personalidades claves de la vida política del país, en las cuales se comentaba o se preguntaba sobre alguna cuestión a los redactores del periódico.

Prensa nacional. En la misma dirección de la "Sección extranjera", se publicaron en ella escritos de otros periódicos en los que se hacía alguna mención, que se consideraba importante, sobre problemas nacionales; asimismo, vieron la luz en esta columna documentos sobre la historia de México.

Revista de periódicos. En esta sección encontramos un pequeño resumen de los artículos más relevantes que publicaban otros periódicos de la capital.

Varietades. Para los propósitos del presente trabajo, ésta es la sección más importante debido a que en ella se insertaron las notas literarias del periódico; ya fuera en forma de poemas, críticas teatrales, revistas de la semana, artículos o cartas, todo lo relacionado con las bellas artes apareció en esta columna, en la cual se puede encontrar las colaboraciones de Facundo, donde habla sobre la juventud y su educación, o los poemas de Fidel que describen las costumbres y las condiciones políticas del país; más allá tenemos las crónicas teatrales de

²³ Véase APÉNDICE, texto 7: Facundo, "Popularidad de la Convocatoria".

Manuel Peredo, que intentaban dar lucimiento al restablecido arte dramático, o las revistas de la semana de José T. de Cuéllar, crónicas donde fue descrito todo acontecimiento de actualidad: la vida de la ciudad, las condiciones de los teatros o lo sucedido en las Veladas Literarias.

Aunque la mayoría de los escritores que colaboraron en esta sección firmaron con su seudónimo: Facundo (como ya dije José Tomás de Cuéllar), Pepe (José María Ramírez), Próspero (Ignacio Manuel Altamirano), Bonifacio (Manuel Peredo), Fidel (Guillermo Prieto), Un Dramaturgo Mecánico, El Diablo Filarmónico (estos dos últimos seudónimos no los he podido reconocer); también se encuentran las firmas: D. Villaverde, Alfredo Bablot, J.M.R o José María Ramírez, Joaquín Téllez, José Rodríguez y Cos, Enrique de Olavarría y Ferrari, Luis Ponce y Luis G. Ortiz.

Variedades

Autor	Número de colaboraciones
Facundo (José Tomás de Cuéllar)	16 (13 en prosa, 2 poesías y 1 que combina prosa y poesía)
Sin firma	7 (5 poesías y 2 en prosa)
Guillermo Prieto	6 (poesía)
Bonifacio (Manuel Peredo)	3 (prosa)
Joaquín Téllez	2 (poesía)
El Domine (Antonio G. Pérez)	1 (prosa)
Pepe (José María Ramírez)	1 (prosa)
José T. de Cuéllar	1 (poesía)
D. Villaverde	1 (poesía)
L. G. Ortiz	1 (poesía)
Alfredo Bablot	1 (prosa)
<i>Le Nouvelliste</i>	1 (prosa)
José María Ramírez	1 (poesía)
Fidel (Guillermo Prieto)	1 (poesía)
Un Dramaturgo Mecánico	1 (poesía y prosa)
J.M.R (José María Ramírez)	1 (poesía)
J.M. Rodríguez y Cos	1 (poesía)
Enrique de Olavarría y Ferrari	1 (poesía)
Luis Ponce	1 (poesía)
El Diablo Filarmónico	1 (poesía)

Crónica de los Estados. Al igual que en la sección "Revista de periódicos", en la "Crónica de los Estados" se resumieron las noticias y los artículos más importantes publicados en los periódicos de los estados de la República, sólo que, a diferencia de las revistas, esta columna manejaba la información por entidades y no por periódicos.

Gacetilla. En ella se insertaron pequeños comentarios sobre los acontecimientos más relevantes de la vida cotidiana de México. Por su diversidad constituyó un semillero de temas para los autores encargados de las crónicas o de las revistas: ahí encontramos tanto asuntos relacionados con la moda, con el ferrocarril, con las cuestiones políticas o con el quehacer cultural. Hasta el mes de noviembre de 1867 esta sección fue comandada por José Tomás de Cuéllar; posteriormente, pasó a manos de Ignacio Manuel Altamirano.²⁴

Sección militar. Todo lo relacionado con la milicia, su organización y distribución. **Sección mercantil.** En ella se incluían las listas de precios de algunos productos.

Diversiones públicas. En este pequeño apartado se colocaban los programas y anuncios de las funciones de ópera, conciertos, piezas teatrales y funciones de caridad que se presentaban en los teatros, principalmente en el Iturbide y en el Gran Teatro Nacional.

Avisos y Anuncios. En los primeros días de su publicación, *El Correo de México* contaba con muy poca publicidad, pues sólo tres anuncios aparecieron en su última página:

- el primero puso a la disponibilidad de los comerciantes las páginas del periódico, bajo la promesa de que "los avisos se insertan a precios sumamente cómodos".
- el segundo salió de la pluma de José T. de Cuéllar; en él apareció el programa de la

²⁴ El 27 de noviembre de 1867, del número 75 del periódico y hasta el 90, apareció la nota de que todos los artículos sin firma eran ahora responsabilidad de I.M. Altamirano, y no de José T. de Cuéllar (Cfr. I.M. Altamirano, en *El Correo de México*, t. I, núm. 75, 27 de noviembre de 1867, p. 3).

revista que por aquel momento intentaba fundar, que llevaría el título *El Liceo Mexicano. Enciclopedia Universal de Ciencias, Historia, Literatura, Arte, Política, Novelas, Teatros, Poesías, Variedades, Modas y Anuncios*.²⁵ Ésta revista trataría de ser una publicación eminentemente nacional; escrita e ilustrada por autores mexicanos en su mayoría, tendría como finalidad principal promover el adelanto intelectual en el país a través de la divulgación de los trabajos de escritores nacionales. Es importante señalar la intención que tuvo el "editor" de retribuir a cada uno de los que colaboraran en ella la cantidad monetaria necesaria y justa por sus producciones. Este anuncio apareció en forma esporádica desde septiembre hasta diciembre de 1867; sin embargo, este proyecto nunca llegó a consolidarse.

- el tercero perteneció a la "Antigua Mercería de Foucault", la cual se encontraba en la primera calle de Plateros (hoy uno de los tramos de Francisco I. Madero), núm. 2.

Como se puede observar, por la escasa publicidad que se insertó, los primeros números de la publicación se realizaron exclusivamente con la aportación monetaria de I.M. Altamirano y de algunos "buenos amigos";²⁶ paulatinamente, se fueron incorporando a la página final del periódico varios anuncios, que pueden ser clasificados de la siguiente manera: escuelas (de agricultura, para niñas, de idiomas y de piano); restaurantes (Gran Fonda del Comercio y Restaurante Parísien); despachos (de abogados, de contabilidad y caligrafía); servicios (por

²⁵ Huberto Batis consideró este proyecto como el antecedente directo de *El Renacimiento* (Cfr. H. Batis, *op. cit.*, p. 71-73).

²⁶ En la carta donde da testimonio de la posible aparición de *El Correo*, Altamirano incluyó esta confesión sobre la subvención del periódico: "para cuyos gastos [los de la publicación] voy a ser sostenido por buenos amigos" (Ignacio Manuel Altamirano, *Obras completas. Epistolario*, I, t. XXI, p. 227). Como se verá más adelante, uno de los "buenos amigos" a los que se refirió Altamirano, fue el general Porfirio Díaz.

ejemplo, Manuel Peredo ofreció asistencia médica; agencia para contratar servidumbre; venta de muebles y casas; plomería; ferreterías y mercerías; agencia de anuncios y seguros contra incendios de la Compañía Hamburguesa-Brenesa); comunicaciones y transportes (líneas telegráficas, diligencias, ferrocarril de Chalco y de Guadalupe, Compañía General Transatlántica y Compañía de Vapores Royal Mail); periódicos y revistas (*El Vapor*, *El Ferrocarril*, *Revista Mexicana* y la Biblioteca para Todos, que publicaba novelas ilustradas) y tiendas (de ropa principalmente, "La Camisería Elegante" de la calle de Palma núm. 11, las prendas de la modista Celine, la mercería y sedería de Leffmann and Gutheil y la de los Hermanos Mayer). Las medicinas formaron un apartado importante en esta sección, que cubrió gran parte de la cuarta página en los últimos ejemplares del periódico, en especial los anuncios de las "Medicinas de Grimault". De nuevo, en el mes de diciembre, la publicidad decayó visiblemente, por lo que se puede deducir que el conflicto económico empezó a asolar a los redactores de *El Correo*. El problema se agravó una vez que se quedaron sin el apoyo monetario de los "buenos amigos" de Altamirano; hecho que les impidió mantener viva la antorcha de la oposición.²⁷

3. *El Correo de México: gestación y programa*²⁸

En los meses de mayo y junio de 1867, una vez lograda la caída del imperio de Maximiliano,

²⁷ En relación con la crisis económica que persiguió a los redactores del periódico, Ignacio Manuel Altamirano le escribió en su momento a Díaz: "Vendí mi imprentita y con su producto he pagado mis rayas semanales que importaban mil pesos. Hoy ya no cuento con nada, pues todo he recibido ya y heme aquí en el aire y además con una deuda de cuatrocientos pesos por causa del periódico" (I.M. Altamirano, *op. cit.*, p. 238).

²⁸ Cabe mencionar que casi no se publicaron noticias sobre la aparición de *El Correo de México*, sólo se insertaron escuetos párrafos, como el que incluyó *El Monitor Republicano* en su "Gacetilla": "Va a publicar con este título un diario nuestro amigo el señor don Ignacio Manuel Altamirano. Sea bienvenido" (Sin firma, "Gacetilla. *El Correo de México*", en *El Monitor Republicano*, 5 época, años 17, núm. 4727, 29 de agosto de 1867, p. 3). Pensamos que tal vez esto se debió a que el periódico se oponía al gobierno juarista y, el sólo festejar su fundación podría tomarse como un posición política.

Ignacio Manuel Altamirano, después de participar activamente en la lucha armada, cayó enfermo debido a una fuerte disentería que lo hizo permanecer en Toluca hasta julio del mismo año. Ya desde ese lugar dio testimonios de querer fundar un publicación denominada *El Correo de México*:

Probablemente a principios de la semana entrante estaré en México radicado ya; voy a fundar allí un gran periódico del cual seré propietario y que se titulará *El Correo de México*.²⁹

Al mencionar su próximo proyecto, el maestro no marcó el derrotero que tomaría su próxima publicación, que bien pudo definirse a partir de la aparición de la Convocatoria para las elecciones; esto tal vez, lo decidió a crear un periódico contrario al gobierno juarista que defendiera los ideales de la Constitución por los que tanto había luchado y que, al mismo tiempo, apoyara la candidatura presidencial de Porfirio Díaz. Altamirano, como muchos otros escritores, entre los que encontramos a sus colaboradores de *El Correo de México*, Ignacio Ramírez, Guillermo Prieto, Vicente Riva Palacio, José Tomás de Cuéllar -casi los mismos nombres que Justo Sierra definiera como los hombres de la espada y la pluma- fueron formados dentro de un acendrado nacionalismo que vio sus primeros destellos en el 47, cuando se tuvieron que enfrentar a los invasores norteamericanos y que fructificó, una década después, con el nacimiento de la Constitución del 57, a la que defendieron por sobre todas las cosas, como lo demostraron años más tarde, al reafirmar su posición republicana constitucionalista ante el enemigo francés y, posteriormente, ante el propio Juárez.³⁰

²⁹ *Ibidem*, p. 227.

³⁰ Sobre las condiciones de México y de la generación que surgió de la guerra del 1847. Ralph Roeder afirma que: "De la lesión moral nunca se recobró la nación por completo: toda su historia posterior siguió acusando la herida y obedeciendo a un complejo de sentimientos mórbidos [...] y la psicosis se apoderó de la generación de la posguerra con la fuerza de una fatalidad, transformando el patriotismo en una manifestación patológica" (R. Roeder, *Juárez y su México*, p. 130).

Como ya antes he dicho, Altamirano tiempo atrás, ya se había pronunciado en contra de la política juarista (1861) pero, ante la presencia francesa en el país, cerró filas junto con los demás miembros de partido liberal;³¹ no obstante, pasados los tiempos difíciles volvieron a surgir ciertas diferencias entre estos dos personajes, las cuales se hicieron patentes en una publicación: *El Correo de México*.³²

En algunas de las fuentes consultadas se menciona que *El Correo de México* se creó con dinero del presidente Juárez, y que asumió la tarea de erradicar todas las ideas que el gobierno de Maximiliano había sembrado;³³ estas afirmaciones contienen sólo una visión parcial de su génesis, ya que si bien es cierto que una parte del dinero para la publicación del periódico provino de las arcas del gobierno, éste se utilizó para pagarle a I.M. Altamirano una parte de sus haberes de guerra.³⁴ Esto no significó que el periódico no incluyera en sus páginas escritos en contra de los residuos que todavía quedaban del régimen imperial, pero, más bien, su preocupación primera se fincó en lo inmediato: la edificación del país y del "nuevo" gobierno, que para disgusto de Altamirano y de sus colaboradores siguió comandado por los mismos hombres, los cuales hacía diez años dirigían al país. Al no ser suficiente el dinero otorgado y al estar en franca oposición al gobierno de Juárez, Altamirano aceptó el apoyo monetario y moral del general Porfirio Díaz.

³¹ Véase "Capítulo I. 2. Juárez portaestandarte de la Constitución", p. 5, en el presente trabajo.

³² Este nuevo distanciamiento entre Altamirano y Juárez se relacionó directamente con la situación política del estado de Guerrero, de la que Altamirano participó hasta 1867. El presidente Juárez sostuvo en el poder a Diego Álvarez, hijo y heredero de Juan Álvarez, en contra de la opinión del pueblo que prefería al general Vicente Jiménez, al que apoyaba Altamirano (Cfr. I.M. Altamirano, *op.cit.*, p. 306).

³³ Cfr. José Bravo Ugarte, *Periodistas y periódicos mexicanos (hasta 1935. Selección)*, p. 64.

³⁴ Cfr. Henry Lepidus, *The History of Mexican Journalism*, p. 50. Resulta importante mencionar que Huberto Batis afirma que este dinero se le reembolsó a Altamirano gracias a la ayuda y a las influencias con las que contaba Porfirio Díaz en el gobierno (Cfr. H. Batis, *op.cit.*, p. 30).

Henry Lepidus afirma que es frecuente encontrar en la historia del periodismo mexicano, diarios subvencionados que defendían ciertos intereses políticos y que se mantenían tanto tiempo como la causa que los había creado;³⁵ esta situación formó parte de la efímera historia de *El Correo de México*, pues al recibir las contribuciones de Díaz, se constituyó en uno de los órganos que sostuvieron su candidatura presidencial; cuando finalmente la balanza se inclinó hacia la reelección de Juárez, Díaz creyó innecesaria su participación en el periódico y retiró la subvención. Altamirano, agobiado por los gastos y por las cuestiones políticas, se vio en la necesidad de cerrar las puertas de su publicación en diciembre de 1867.³⁶

El Correo de México apareció en la escena periodística mexicana el 1° de septiembre de 1867, días antes de la elecciones;³⁷ el primer editorial, firmado por I.M. Altamirano, presentó conjuntamente las razones que motivaron el nacimiento de la publicación, y también, el programa que buscaba defender:

Aparecemos en la escena periodística, en momentos graves y solemnes. El pueblo, aunque resuelto a conservar a toda costa la paz de la República, se halla afectado profundamente, y a cada hora se aleja más de su gobierno y le retira sus simpatías.³⁸

Sin embargo, y pensando que el periódico estaba dirigido a un público que no siempre era el pueblo, pues como ya he dicho la mayoría era analfabeta, podemos pensar que el mensaje fue más bien un reclamo de una facción de liberales disidentes al gobierno juarista. Ángel Rama

³⁵ Cfr. H. Lepidus, *op.cit.*, 34.

³⁶ Altamirano entre dolido y desesperado por las condiciones económicas en que se encontraba, le escribió al general Porfirio Díaz para pedirle nuevamente su apoyo: "El periódico *Correo de México*, que yo sostenía, como paladín en la oposición, va a morir mañana, porque ya no tengo manera de sostenerlo. He hecho por él grandes sacrificios con todo y que mi pobreza y la necesidad de sostener una larga familia me daban poca manera de facilitar grandes recursos, como se necesitaba" (I.M. Altamirano, *op.cit.*, pp. 238-239).

³⁷ Véase la "Introducción" nota 1, en el presente trabajo.

³⁸ Ignacio Manuel Altamirano, "Editorial. Revista política", en *El Correo de México*, t. I, núm 1 (1° de septiembre de 1867), p. 1; recogido en sus *Obras completas, Periodismo político*, 1, t. XVIII, p. 52.

afirma que sólo era posible enfrentarse a la letra por medio de la letra, es decir, los hombres en el poder contaban con el amparo de las leyes, mismas que los acreditaban como los detentores legítimos de la dirección del país, por lo cual sólo se les podía combatir con la letra escrita, con el periodismo:

Todo intento de rebatir, desafiar o vencer la imposición de la escritura, pasa obligatoriamente por ella. Podría decirse que la escritura concluye absorbiendo toda la libertad humana, porque sólo en su campo se tiende la batalla de nuevos sectores que disputan posiciones de poder.³⁹

Así, Altamirano no duda en legitimar esta lucha por el poder poniendo en su pluma la defensa del pueblo y de sus intereses, y afirmando que, por ser el órgano intermedio entre el gobierno y el pueblo, el periódico intentaba darle voz a la inconformidad de la masa, para que fuera oída por las altas esferas del poder: he ahí el programa de *El Correo de México*.

Altamirano, en este primer editorial, hizo un seguimiento puntual del desarrollo del acontecer histórico, de sus consecuencias inmediatas, y en especial, de las causas por las que Juárez se volvió impopular. Según El Maestro, con el triunfo de la causa liberal, la opinión pública rindió un fervido homenaje al gobierno, dejando de lado el reconocimiento de los caudillos, quienes habían sido parte esencial en la lucha y a los que perteneció I.M. Altamirano; este entusiasmo era natural, pues eso se esperaba de un pueblo que acababa de sufrir en carne propia un gobierno extranjero, y que descubrió el amplio horizonte que significaba el restablecimiento de las instituciones liberales:

La República entera no tributó sus loores más que al gobierno nacional, representante de nuestra soberanía victoriosa; no tuvo admiración más que para él, y en medio del fanatismo producido por el éxito, le rindió, puede decirse, un culto entusiasta, que fue espontáneo desde la pobre aldea hasta la ciudad popular.⁴⁰

³⁹ Ángel Rama, *La ciudad letrada*, p. 52.

⁴⁰ I.M. Altamirano, *óp.cit.*, p. 52.

Estas demostraciones de júbilo y de entrega patriótica del pueblo, según testimonio del autor, repercutieron hondamente en la vida política, ya que incidieron en las decisiones que Juárez tomó posteriormente, pues "creyó que era a su persona a quien se rendía este homenaje de inmensa gratitud"⁴¹ y no a la patria liberada.

El restablecimiento de las instituciones se relacionaba íntimamente con la ejecución inmediata de la Constitución de 1857, ideal que había suscitado tanto derramamiento de sangre; en nombre de la ley, las guerras se habían sucedido durante ya un largo tiempo; el pueblo, cansado, creía que sólo con la ejecución de la Carta Magna se conseguiría la salvación del país y la felicidad colectiva:

veía [en] el restablecimiento de esas leyes fundamentales que son el decálogo político, que han sido su aspiración constante, que le han costado tantos años de lucha, y que serán por último, como han sido, su guía, su lábaro y su salvación.⁴²

Con la restauración del orden republicano, sostenía Altamirano, que la ruta hacia la reconstrucción estaba trazada; muestra de ello fue que, en agosto de 1867, por fin vio la luz la Convocatoria para las elecciones, signo inequívoco de que la República abría sus puertas; con ella llegaba el momento de elegir a los nuevos gobernantes y, por lo tanto, el restablecimiento de la Constitución. Sin embargo, la Convocatoria trajo más sorpresas: la otra Convocatoria, es decir, el plebiscito. Altamirano se refiere a ella como:

una ley monstruosa, un tejido de infracciones a la Constitución, una amalgama de cosas tan singulares e inesperadas, que eran capaces de disgustar profundamente, no sólo al pueblo de 1867, bastante adelantado en ideas progresistas y habituado ya a las conquistas que se han hecho en diez años de lucha sangrienta, sino al pueblo de 1856.⁴³

Según el escritor guerrerense, de una pincelada, que se tradujo en la promulgación de la

⁴¹ *Idem.*

⁴² *Ibidem*, p. 53.

⁴³ *Idem.*

Convocatoria, el gobierno perdió ante los ojos del pueblo todo lo que había ganado. La candidatura de Juárez dejó de ser popular y el pueblo, o mejor dicho esta nueva fracción del partido liberal, dejó de apoyar al antiguo héroe.

Dos meses después de la gran victoria liberal, la opinión pública, afirmó I.M. Altamirano, había virado radicalmente el rumbo de su preferencia hacia el gobierno; las causas que provocaron esto oscilaban entre el descontento y el autoritarismo, entre la ley aplazada y la visión de un héroe que se transformaba en dictador. Para constatar este cambio de opinión sólo se necesita revisar los editoriales o gacetillas de las publicaciones liberales opositoras de la época, que tan pronto como observaron el rumbo que tomaban los acontecimientos, alzaron la voz contra la nueva política del Presidente, que si bien parecía legal, mucho tenía de imposición. En una de las tantas "Gacetillas" de las que José Tomás de Cuéllar era responsable en *El Correo de México*, apareció esta reflexión:

Algunos periódicos ministeriales u oficiosos que están más abajo que los ministeriales han dicho que Díaz, en la presidencia, establecería el *cesarismo*, porque al fin es militar, mientras que Juárez, por ser paisano, de ninguna manera inspira esos temores. Entendamos. Cesarismo viene de César; es el gobierno que inició Julio César y que estableció y perfeccionó su sobrino Augusto, fundándolo en una *apelación al pueblo*, que ayudada de la sorpresa y de la fuerza, dio este feliz resultado: el cuerpo legislativo quedó nulificado bajo el *veto*; las magistraturas que antes nombraba el pueblo y el Senado, fueron dadas al César que humilló a los magistrados hasta el papel de empleados, el Imperio Romano quedó bajo las facultades extraordinarias. Díaz aspira a ser presidente de una república constitucional; el presidente Juárez gobierna dictatorialmente; procura la continuación de ese sistema: no sabemos si Díaz pensará alguna vez en el cesarismo, pero sí existe el juarismo.⁴⁴

El Correo de México, periódico independiente y opositor, se enfrentó, por un lado, a la política que el gobierno juarista intentó llevar a cabo, la cual lo alejaba, según Altamirano, del

⁴⁴ Por todos los artículos sin firma, José T. de Cuéllar, "Gacetilla. Cesarismo", en *El Correo de México*, t. I, núm. 24 (28 de septiembre de 1867), p. 2.

sentir y de las decisiones de la mayoría; y, por otro, manifestó su desacuerdo por la nueva Ley de Imprenta que apareció dentro de la Convocatoria, en la que se restaba autoridad y validez a las opiniones de los periodistas. *El Correo* vio la luz en un momento de ruptura, de reacomodos en los que el nuevo orden empezaba a alzar la cabeza de entre las cenizas de la guerra, su voz disidente asumió la misión, según el testimonio de Altamirano, de consagrarse al pueblo, de ser su portavoz, su órgano de protección, aunque esto le significó el repudio por parte de la clase dirigente:

Que optáramos por este camino, no era de dudarse. Hijos del pueblo, salidos de las masas, trayendo en nuestra alma sus sufrimientos, sus desengaños y sus aspiraciones; defensores constantes de la independencia nacional y de la instituciones democráticas, no podíamos renegar ni de nuestro origen, ni de nuestros antecedentes. Hoy existe entre el pueblo y sus magistrados el conflicto de que acabamos de hablar. Pues bien: en este conflicto y en todos los que puedan sobrevenir, nos colocamos y nos colocaremos siempre del lado del pueblo. He aquí nuestro programa.⁴⁵

4. *El demonio del periodismo. Despedida de El Correo de México*

Como se ha mencionado antes, si bien *El Correo de México* cerró sus puertas debido a problemas económicos, también las causas políticas contribuyeron a la *debacle*; como testimonio de ello, tenemos el último editorial que se publicó en el periódico, "Despedida", donde los redactores dejaron claras las razones que dieron lugar a la desaparición del periódico.⁴⁶

Los liberales opositoristas triunfaron en relación con las reformas a la Carta Magna, es

⁴⁵ I.M. Altamirano, *op.cit.*, p. 59.

⁴⁶ Véase APÉNDICE, Texto 26: La Redacción, "Despedida". He recopilado este texto, aunque no es específicamente de José Tomás de Cuéllar, porque encontré en él las razones principales por las cuales se canceló *El Correo de México*; asimismo, lo presento como un testimonio del dolor de estos escritores, una vez que Benito Juárez ocupó la presidencia.

decir, contra la Convocatoria, pero no pudieron detener la reelección de Benito Juárez.⁴⁷ Ante la derrota, sus voces doloridas decidieron retirarse de la escena periodística sin perturbar la victoria de sus enemigos; sin embargo, no perdieron su última oportunidad para analizar las condiciones que imperaban en el gobierno:

Nosotros, que nos respetamos a nosotros mismos hasta no saber teología, respetamos también a nuestro enemigo: no los perturbaremos en su victoria; veremos a distancia y en silencio la realización de sus proyectos: es un espectáculo digno de estudio una república federativa y democrática, donde todo se discute y se aprueba al antojo de los ministros y de los gobernantes.⁴⁸

A tal grado repercutió en estos hombres la pasada derrota, que dos años después, desde su exilio en San Luis Potosí, José Tomás de Cuéllar abogó por el camino de la literatura contrapuesto al de la política, ya que este último sólo había heredado al país una serie de guerras y sublevaciones; en cambio, siguiendo la senda del arte:

lograría desviarse un tanto la atención general de la política, que como una enfermedad moral, enerva a casi todas las clases de la sociedad, detenida en la carrera de la civilización ante ese negro fantasma que hace medio siglo está de pie, siniestro y amenazante, ante la joven México, envenenándolo todo con su aliento empozoñado.⁴⁹

La "Despedida" de *El Correo de México* auguró el futuro de estos escritores que no compartieron las ideas que empezaron a tener vigencia, y dejaron de ser operativos para el sistema. Con Gabino Barrera a la cabeza y desde la Escuela Nacional Preparatoria, Juárez buscó

⁴⁷ La represión que sobrevino después de los comicios llevó a Altamirano a expresar tiempo después: "No deja de ser peliaguda en México la situación de un escritor que se pone a decir la verdad. Si se consagra a la política, sendas penas lo aguardan. Por ejemplo, hoy: ¿Defiende a alguno de los tres candidatos? Pues, ¡ay de él, si triunfan los contrarios! Ya puede poner pies en polvorosa, si no quiere ser el blanco del odio de los vencedores, al menos, durante el primer año posterior a la victoria" (Ignacio Manuel Altamirano, "De todo un poco", en *Obras completas. Crónicas*, 3, t. IX, pp. 57-58).

⁴⁸ Véase APÉNDICE, texto 26: La Redacción, "Despedida".

⁴⁹ José T. de Cuéllar, "Revista", en *La Ilustración Potosina*, p. 106.

instaurar una doctrina que "ordenara la libertad" y aniquilara contundentemente la anarquía.⁵⁰ La modernidad, fundamentada en el progreso, como había aprendido Juárez durante su gobierno en Oaxaca, no sólo estaba en la educación del pueblo, sino también en el desarrollo de la industria, la cual proporcionaría a los mexicanos la posibilidad de un mejor nivel de vida. En este nuevo orden, que llegó a su apogeo años más tarde con Porfirio Díaz, los jacobinos dejaron de tener una utilidad práctica para los fines gubernamentales; se les consideró como hombres del pasado, habitantes de una etapa del desarrollo de la historia de México anterior a la positiva.⁵¹ Ellos se percataron de que la ideología política viraba el rumbo, pero aferrados a su liberalismo, parecieron quedar excluidos del proceso de reconstrucción político-económico nacional, que empezaba a llevar a cabo el gobierno de Juárez, por lo tanto quedaron replegados a los ámbitos de la literatura y la cátedra.

Los redactores de *El Correo de México*, en este nuevo orden, al cual dio paso el triunfo liberal, siguieron siendo voces disidentes, que no pararon de criticar al gobierno juarista cuando observaron conductas contrarias a sus preceptos. José Tomás de Cuéllar afirmó sobre las condiciones de la oposición:

La oposición [...] a pesar de reconocer en el C. Presidente una persona ilustre y por mil títulos apreciable, siguió, sigue hoy y seguirá atacando todos los actos del Gobierno que no estén conformes con nuestra opiniones, de las que nada más que la razón y el convencimiento podrían apartarnos, si por fortuna encontrásemos quien nos pruebe que estamos en un error.⁵²

⁵⁰ Al respecto Leopoldo Zea afirma: "La doctrina liberal, que hizo posible la Reforma y permitió la resistencia y el triunfo de un pueblo, fue sustituida por otra doctrina que si bien tenía la misma raíz, tendía a organizar, a ordenar la libertad: el positivismo. Una doctrina de orden para poner fin a la anarquía, a la guerra civil que había hecho que una parte del pueblo se enfrentara a la otra en una guerra fratricida" (Leopoldo Zea, *El positivismo y la circunstancia mexicana*, p. 12).

⁵¹ L. Zea, *op. cit.*, pp. 49-50.

⁵² Véase APÉNDICE, texto 15: José T. de Cuéllar, "Contrastes".

Estos hombres se asumieron como una minoría que corrió el riesgo de decir su "verdad", según las palabras de los redactores:

No estamos solos en la República; pero en el mundo de los negocios somos una minoría. Muchos editores de periodismo se hacen prudentes en cambio de impresiones; por la tribuna se pasea la cartera ministerial, como una promesa para la adulación romántica y erudita; insisten en llamarse sabios algunos hombres que no tienen más mérito que andar pegados a un libro o a un teodolito, como los mendigos extranjeros a una caja de música; las elecciones se hacen de orden suprema; el pueblo se ha divorciado de sus autoridades, y nosotros, que somos pueblo, vamos a consultar con los nuestros, para volver a la lucha con nuevas inspiraciones y con nueva fuerza.⁵³

La prudencia vino con la censura, los opositores bajaron la voz, aunque no por mucho tiempo; los periódicos y sus redactores se hicieron más juiciosos. La paz y la República, como afirman muchos autores, hicieron avanzar la literatura en México, pero en el caso de estos escritores, los que pertenecieron a las filas de *El Correo de México*, la represión fue también un factor importante, como se verá más adelante.

La amarga experiencia política de 1867 los llevó a afirmar que si "el demonio del periodismo" los volvía a tentar tenían la esperanza de que las figuras políticas que se les opusieron ya no estuvieran en el poder, para así continuar con su misión. Con la esperanza de regresar afirmaron:

Las banderías envejecen pronto, y si el demonio del periodismo vuelve a tentarnos, tenemos la esperanza de que en nuestro horizonte político ya no aparecerán los personajes del día; y no conoceremos su huella sino por los desaciertos que van dejando en su camino. Los pueblos, como las plantas, se alimentan por sus raíces; no importa que el árbol se pade, antes mejora sus frutos: volveremos cuando los nuevos ramos florezcan.⁵⁴

⁵³ La Redacción, APÉNDICE, texto 26: "Despedida".

⁵⁴ *Idem*.

5. Las consecuencias de la oposición. El mundo de las letras: La paz y la represión.

Poco después de la desaparición de *El Correo de México*, en diciembre de 1867, vio la luz un pequeño folleto, que contenía algunas poesías producto de la primera Velada Literaria,⁵⁵ en la que participaron casi todos los redactores y colaboradores de dicho periódico. En su nota preliminar se afirmaba que:

Las poesías que contiene este libro son los primeros acordes de la lira mexicana, modulados bajo la oliva de la paz. De regreso al hogar, después de la batalla, hay una fiesta de familia, en la que los poetas se estrechan como hermanos y ensayan de nuevo sus cantos. Los improvisados guerreros se desciñen la espada del combate para entonar el himno de la patria... Todos, a un retorno, vienen a abrir la página literaria en los anales de México. De recuerdos, impresiones y fantasías, los ayes del infortunio y los himnos de la victoria. He aquí el espíritu de las Veladas Literarias. Si este libro fuere aceptado por los amantes de las letras, quedará destinado a recoger en adelante las olvidadas flores de la literatura nacional.⁵⁶

Ya en esta primera publicación, se señaló a la paz como un elemento primordial para el avance de la literatura; sin embargo, será necesario también, para tener una visión global de las condiciones del país, analizar otro proceso paralelo al antes mencionado: el de la represión como factor de cambio, que produce efectos parecidos a los de la paz.

La paz fue clave para el desarrollo de la literatura nacional, así también, el tema más tratado en los trabajos que se han realizado sobre esta época; inclusive Ignacio Manuel Altamirano y José T. de Cuéllar, cada uno en espacios distintos, la esgrimieron como razón última y principal del avance de las artes en México. La paz trajo consigo la posibilidad de crear, pues el escritor desplazó las preocupaciones políticas y tomó la pluma, dejando de lado, aunque no para siempre, la espada.

⁵⁵ Por la importancia de las Veladas Literarias, como parte primordial de un proyecto ilustrado nacional al cual se abocaron los escritores del siglo XIX, y en especial, los colaboradores de *El Correo de México*, sus fines y logros serán analizados en el siguiente capítulo del presente trabajo.

⁵⁶ Guillermo Prieto, *et.al.*, *Veladas Literarias. Primera Velada*, p. 5.

En sus *Revistas literarias* (1868),⁵⁷ Altamirano afirmó que el auge adquirido por las letras en el país, una vez restaurada la República, se debió a que el pueblo estaba cansado de las cuestiones políticas, por lo cual acogió con beneplácito las publicaciones que abordaron otros temas; así, un grupo de escritores adictos a las letras y una juventud deseosa de algo más que guerra aprovecharon las nuevas circunstancias y lograron hacer del espacio de la creación un mundo neutral, donde pudieron participar y confluir la viejas y las nuevas generaciones.⁵⁸ De esta manera, Altamirano marcó el año de 1868 como el inicio del renacimiento de las letras, cuando el gobierno ya había tomado posesión absoluta del poder y se respiraba un ambiente más o menos tranquilo, pero no dejó de lado las semillas que se habían plantado en 1867 con las *Veladas Literarias*, porque aunque "aquellas reuniones duraron poco [...] influyeron mucho en el impulso que dieron a la ciencia y a las bellas letras".⁵⁹

En aquel año de 1868, terminada la contienda electoral, Altamirano esperaba ser elegido gobernador por Oaxaca, meta que no consiguió; fue entonces cuando tomó el liderazgo del movimiento literario y se convirtió en el maestro. Altamirano enseñó a los escritores la doctrina y el camino a seguir para que en un proceso paralelo al político, culturalmente también se trabajara por edificar al país, y como parte esencial de este proyecto, se continuara con el desarrollo de la literatura nacional. José Luis Martínez afirma que Altamirano "infundió una

⁵⁷ Ignacio Manuel Altamirano, "Revistas de México (1821-1867). Primera revista" en *Obras completas. Estudios de literatura y arte*, 1, t. XII, p. 33.

⁵⁸ "En los primeros días del triunfo completo de la República, esto es, en 1868, el cansancio mismo que había causado la lucha por tan largo tiempo sostenida en todo el país, el hastío que producían las cuestiones políticas y el anhelo por buscar el esparcimiento de ánimo y la distracción en tareas agradables, hicieron que los antiguos cultivadores de la literatura y una juventud inteligente y ávida de estudio y de gloria, buscaran de común acuerdo el terreno literario para declararlo un campo neutral en que contendiesen pacíficamente todas las aptitudes y todas las opiniones" (I. M. Altamirano, *op.cit.*, pp. 237-238).

⁵⁹ *Ibidem*, p. 238.

conciencia nacional y una responsabilidad intelectual a la generación literaria que se inició en los años siguientes al triunfo de la República en 1867 y declinó hacia 1890, cuando se anunciaba una nueva doctrina literaria".⁶⁰

Años después, José Tomás de Cuéllar sostuvo que a través de la historia de México, la literatura había experimentado varios procesos ligados íntimamente a los avatares políticos y sociales, y que no fue sino hasta la restauración de la República, es decir, hasta el restablecimiento de la paz, cuando el desarrollo comenzó de verdad y por fin, la literatura halló tierra fértil:

con la restauración de libertades vino el renacimiento de las letras, abriendo una misma era de verdadero progreso intelectual, y por primera vez en la República se nota el sorprendente movimiento literario que agita hoy a todos los hombres de letras. La prensa en México presenta hoy un aspecto de vida y animación muy notable.⁶¹

Esta "animación notable" que surgió a partir de 1867, se manifestó por la inclusión de trabajos de índole distinta a la política en la prensa: los periódicos ofrecieron mayor espacio a las cuestiones científicas, históricas y, por supuesto, literarias; dieron, por ejemplo, cabida a las novelas por entregas, que cumplieron la función de entretener y educar al mismo tiempo.

Los efectos de la paz pronto se hicieron sentir en el ámbito literario; paralelamente, la represión política que Juárez ejerció sobre los escritores opositoristas, también se presenta como parte fundamental del desarrollo de las letras mexicanas; el ejemplo más claro de esto y

⁶⁰ José Luis Martínez, *La expresión nacional*, p. 147.

⁶¹ J. T. de Cuéllar, "La literatura nacional", en *La Ilustración Potosina*, p. 20. Paradójicamente para Facundo "la restauración de las libertades" lo llevó a emigrar a San Luis Potosí; se presume que la causa fue política, relacionada con su participación en *El Correo de México*, pues en sus páginas se encuentra una crítica severa al gobierno y sobre todo, a la figura de Juárez. Sobre las razones del exilio de José T. de Cuéllar, véase Belem Clark, "Estudio Introductorio. IV. Los géneros. 5. Crónica. D. Cuéllar y su soledad. El exilio de San Luis Potosí" a José T. de Cuéllar y José María Flores Verdad, *La Ilustración Potosina*, pp. 74-80.

del cual ya he hablado, fue el de los redactores del periódico *El Correo de México*.⁶² María del Carmen Ruiz Castañeda afirma que "se aprecia [...] un fenómeno propio de las épocas de represión violenta del pensamiento: el periodismo político desaparece y deja paso a la prensa literaria".⁶³ Bajo esta perspectiva, resulta interesante observar el censo de publicaciones que realizó Pedro de Santacilia, yerno del presidente Juárez, donde hizo notar la gran disminución de publicaciones políticas una vez restaurada la República;⁶⁴ hecho contrapuesto al aumento de revistas literarias, es decir, el descenso en la participación política produjo un ascenso y desarrollo notable de las letras. Aunado a esto será importante observar otro fenómeno, el aumento de las asociaciones que se vivió durante este período. Alicia Perales afirma que "las asociaciones literarias, desde el punto de vista sociológico, fueron una válvula de escape para una sociedad temerosa", en el caso de *El Correo de México*, quizá para un grupo de escritores disidentes.⁶⁵

Si bajo esta luz observamos los derroteros que tomaron los acontecimientos, se podrán observar con mayor nitidez las consecuencias de la represión. En las páginas de *El Correo de México* se publicaron creaciones literarias de diversos autores, en las que se reflejó el México de su momento; sin embargo, esta publicación, como muchas otras de la época, se centró principalmente en las cuestiones políticas. Así vemos que, una vez que Juárez se encontró en

⁶² Véase "Capítulo II. 4. Despedida de *El Correo de México*".

⁶³ María del Carmen Ruiz Castañeda, *El periodismo político de la Reforma en la Ciudad de México. (1854-1861)*, p. 7.

⁶⁴ Pedro Santacilia menciona que con el advenimiento de la paz no se hizo necesario ya el periodismo político y la era de la creación llegó: "Por eso la política dejó de ser una necesidad imprescindible del periodismo, y fueron desapareciendo unas tras otras, hasta quedar reducidas a ocho o diez, las publicaciones periódicas que en número de más de treinta llegaron a publicarse en esta capital" (Cfr. Pedro Santacilia, *El movimiento literario en México*, p. 13).

⁶⁵ Alicia Perales Ojeda, *Asociaciones literarias mexicanas (siglo XIX)*, p. 24.

la presidencia, Altamirano tanto por cuestiones económicas como políticas se vio obligado a cancelar la publicación de este diario. No sólo Altamirano, sino también los escritores que colaboraron en él fueron empujados a alejarse de la toma de decisiones políticas que hasta entonces habían sido su campo de acción,⁶⁶ y tuvieron que dedicarse casi exclusivamente al cultivo de las letras, por lo tanto, el periodismo político dio paso a otras formas de expresión no menos comprometidas. El dolor por el cambio de situación se escuchó en sus voces; años después Altamirano opinó sobre este ámbito:

Ahora sí dije: no más zozobras, no más peligros, no más odios, no más luchas con la estúpida vanidad de los hombres; no más dimensiones con la insensata fatuidad de los grandes personajes y de sus cortesanos; ya no quiero ver ojos que me aterren, puños que me amenacen, dientes que rechinen a mi paso, ya no quiero exponerme a ataques virulentos y despreciables, ya no quiero sublevarme contra la corona de oro de los grandes de la Tierra, contra el sable de acero de los fierabreases; ya no diré nada que parezca opacar la gloria nacional de los de arriba; me refugio en estos apacibles lugares de recreo y de diversión.⁶⁷

Uno de los "apacibles lugares de recreo" fue la literatura, en donde los escritores centraron su radio de acción y, así, por medio de sus escritos contribuyeron a consolidar el ser nacional y participaron en la reconstrucción del país. Sin dejar de lado las convicciones políticas, la creación se descubrió como un espacio alterno desde el que también se podía influir en los cambios sociales, ya que, si bien escritores como Altamirano, Cuéllar, Prieto o Ramírez no se encontraban cercanos al gobierno, lo cierto fue que por sus actividades públicas, literarias y

⁶⁶ Estos hombres, que desde diferentes frentes combatieron la Intervención Francesa y el Imperio, que sacrificaron tiempo y fuerzas en pro de las ideas liberales, esperaban participar directamente en la reconstrucción del país, no sólo como educadores sino también como ministros o gobernadores; sin embargo, se encontraron con que Juárez, más duro con sus opositores liberales que con los mismos conservadores, los alejó de las principales cuestiones políticas y, a pesar de que algunos siguieron actuando en el Congreso Nacional, como Guillermo Prieto, o en la Suprema Corte de Justicia, como I.M. Altamirano e Ignacio Ramírez, no tuvieron ingerencia en la toma de decisiones gubernamentales.

⁶⁷ Ignacio Manuel Altamirano, "De todo un poco", en *Obras completas. Crónicas*, 3. vol. IX, p. 61.

periodísticas pudieron incidir en la sociedad. El ejercicio de las letras los situaba en una esfera elitista, que contaba aún con el poder de la letra. Ángel Rama define la importancia de los letrados en sociedades como la mexicana:

La capital razón de su supremacía se debió a la paradoja de que sus miembros fueron los únicos ejercitantes de la letra en un medio desguarecido de letras, los dueños de la escritura en una sociedad analfabeta [...] En territorios americanos, la escritura se constituiría en una suerte de religión secundaria, por lo tanto pertrechada para ocupar el lugar de las religiones cuando éstas comenzaron a declinar en el XIX.⁶⁸

En esta etapa de transición, dio inicio el proceso de escisión entre el escritor y el hombre público. Este proceso de separación entre sus dos esferas de acción fue evidente para Altamirano quien, años después, lo hizo patente en un escrito al decir que: "En fin, el pobre escritor abandona [...] el terreno de la discusión política, histórica y moral, y el de la gacetilla diaria, y se refugia bajo las apetecibles sombras de la literatura".⁶⁹

El Correo de México fungió como punto de unión de un conjunto de escritores que, posteriormente y a raíz de estos procesos, el de la paz y sobre todo el de la represión, se encargaron de crear otro tipo de publicaciones de carácter literario, como menciona Ruiz Castañeda; de este efímero periódico (septiembre-diciembre de 1867) salió el grupo de escritores que participaron en el *Seminario Literario* (1868-1869), y los que dos años más tarde dieron vida a *El Renacimiento* (1869), y en San Luis Potosí, a *La Ilustración Potosina* (1869-1870). Como se puede observar, *El Correo de México* participó activamente como un primer intento de integración que coadyuvó a la edificación de una nueva literatura mexicana.

La represión y la censura políticas que vinieron con el triunfo de Benito Juárez beneficiaron al campo de las letras puesto que estos escritores, alejados de las esferas de poder

⁶⁸ A. Rama, *op.cit.*, p. 33.

⁶⁹ Ignacio Manuel Altamirano, *op. cit.*, pp. 57-58.

gubernamental, pudieron dedicarse y consagrarse a la creación, siempre con la mira de realizar una misión didáctica centrada en la creación de un ser nacional y, como diría Antonio Cándido, en el derecho a la literatura como parte importante del desarrollo de las sociedades.

III Las letras: Un camino hacia el cambio

El azar dejó formar retrógrados, serviles y casquivanos. La educación formó progresistas, liberales y sabios.

Facundo

El hombre es el único ser perfectible, y la educación el único medio de su prosperidad.

Jovellanos

1. Un proyecto literario ilustrado

Una vez logrado el establecimiento del poder juarista, los colaboradores de *El Correo de México* se abocaron a participar en la reconstrucción del país y en la conformación del ser nacional. Estos escritores hicieron de esta gran labor colectiva su misión,¹ misma que llevaron a cabo por medio de un proyecto ilustrado que fundamentaron en la educación. La instrucción fue entonces considerada como la única arma de transformación, "como la dorada panacea que resolvería el cúmulo de conflictos pendientes en todos los ámbitos".² Y si bien esta imagen redentora de la educación no era nueva, pues constituyó una constante preocupación nacional, lo cierto fue que en 1867, con la restauración de la República, se pensó que al fin cristalizarían los viejos sueños.

Este proyecto ilustrado buscó en un primer momento consolidar una victoria militar y política, pues independientemente de quién detentaba el poder, la República como sistema de

¹ Cfr. Jorge Ruedas de la Serna, "Presentación" a *La misión del escritor*, p. 9.

² Marfa Teresa Bermúdez de Brauns, "Introducción" a *Bosquejos de educación para el pueblo: Ignacio Ramírez e Ignacio Manuel Altamirano*, p. 9.

gobierno había triunfado; más adelante, también intentó "moralizar" a la sociedad, es decir, cambiar sus costumbres y su ideología, necesidad que iba unida a la secularización de ciertos estratos y ámbitos de la vida nacional, con lo cual se creyó conseguir el advenimiento del progreso para el país.³

2. La Ilustración⁴

La Ilustración fue un movimiento filosófico que se expandió a otros campos del conocimiento humano, surgió en Europa a finales del siglo XVII y culminó aproximadamente entre 1770 y 1780. Su origen se remonta al pensamiento filosófico inglés del siglo XVII; tiempo después, estas ideas se difundieron en Holanda, en Francia, en España, y de ahí pasaron a las colonias del Nuevo Mundo.

El movimiento ilustrado se desarrolló en un momento de crisis, cuando se empezó a ver al hombre desde otro punto de vista y las creencias religiosas, así como los valores tradicionales comenzaron a perder vigencia, y la ciencia se erigió como una nueva fe. La Ilustración fue:

un proceso de divulgación y aplicación práctica de los grandes principios establecidos por la filosofía y el método científico [... Así,] la Ilustración puede definirse como sistema de ideas y valores que se concreta en el utilitarismo, en la secularización del saber y la política y en el reformismo social y económico.⁵

³ Cabe señalar que, al igual que estos escritores liberales, el gobierno juarista intentó llevar a cabo transformaciones en el ramo educativo, muestra de ello fue la introducción del positivismo en México en 1867, con Gabino Barreda en la Escuela Nacional Preparatoria.

⁴ La bibliografía que me sirvió de base en este capítulo fue, para Europa: *La Europa ilustrada*, de Virginia León, *La claves del despotismo ilustrado*, de Antonio Domínguez Ortiz; para el mundo colonial americano utilicé el "Prólogo" a *Pensamiento de la Ilustración. Economía y sociedad Iberoamericanas en el siglo XVIII*, de José Carlos Chiaramante e *Ilustración, educación e Independencia*, de Lillian Álvarez de Testa.

⁵ V. León, *La Europa ilustrada*, p. 14.

La Ilustración se concibió como un cambio de mentalidad, en el cual se sustituyó a la tradición, hasta ese momento fundamentada en la fe religiosa, por la luz de la razón.⁶ Este hecho estuvo marcado por un claro movimiento de secularización en todos los ámbitos, ya fuera político, económico o social, donde el hombre, por medio de la razón, podía acceder al conocimiento y al dominio del mundo, lo cual lo colocaba en el camino del progreso; "este progreso claro en la ciencia, se extiende a la religión (tolerancia), a la política (libertad), y a la moral (ética natural)".⁷

En el ideario ilustrado la felicidad estaba vinculada directamente con el bienestar material y la riqueza; las nuevas virtudes rectoras del hombre fueron "la tolerancia, la beneficencia y la filantropía".⁸ En este nuevo sistema, la caridad no se ejercía como un precepto divino, sino más bien, como una cualidad regida por el intelecto y dirigida al bien común.⁹

En cuanto a la importancia de la educación, ésta se consideró como una tarea fundamental para lograr cualquier tipo de cambio social. Los ilustrados creían en la capacidad de perfectibilidad de los seres humanos, de igual forma, pensaban que para alcanzar el progreso era necesario que la instrucción fuera impulsada por una estrategia gubernamental y una política educativa definida;¹⁰ sin embargo, este conocimiento, emanado de las altas esferas de la sociedad, sólo apoyó y desarrolló la educación media y superior, mas no la básica, por lo tanto

⁶ V. León, *op.cit.*, p. 13. Antonio Domínguez Ortiz afirma que en la Ilustración: "El punto de convergencia estaba en el rechazo de todo elemento sentimental e irracional; incompreensión hacia las efusiones místicas, hacia las manifestaciones de la religiosidad popular, lo que confiere a la religiosidad ilustrada una actitud razonante, burocrática, falta de calor, incapaz de suscitar entusiasmo" (A. Domínguez Ortiz, *La claves del despotismo ilustrado*, p. 23).

⁷ V. León, *op.cit.*, p. 31.

⁸ *Ibidem*, p. 16.

⁹ Cfr. A. Domínguez Ortiz, *op.cit.*, pp. 31, 23.

¹⁰ V. León, *op.cit.*, p. 63, y A. Domínguez Ortiz, *op.cit.*, p. 47.

la instrucción permaneció dentro de una esfera reducida y elitista, y no permeó sus beneficios hacia otras clases.

En el ramo artístico, la Ilustración volvió la vista hacia el arte griego, en él se reconoció y de él adoptó su función al intentar ser útil a la sociedad; esta influencia griega les confirió a las bellas artes una finalidad ética y didáctica.¹¹

Más cercano a lo que me interesa mostrar en este trabajo, y para comprender el proyecto ilustrado de estos escritores liberales de la República Restaurada al que antes me referí, adopto la concepción del término Ilustración, como el conjunto de ideas que tuvieron auge durante el siglo XVII y XVIII, pero que aparecieron en distintos momentos históricos, con características propias, aunque, más o menos, con la misma finalidad:

La Ilustración supone, por tanto una actitud global que envuelve una concepción de la vida cuyo centro es el hombre, independizado de las tutelas sociales, políticas y religiosas tradicionales, y poseído de una fe en sus propios medios, razón y ciencia, que le permiten resolver los problemas de la existencia y dominar la naturaleza, lo que se concreta en un humanismo optimista y progresivo. El mundo nuevo construido por la nueva ciencia se basa en el nuevo método experimental para adentrarse en el conocimiento de la naturaleza, lo que le da un carácter intelectual y profano que prescinde de las antiguas autoridades. Este nuevo sistema de ideas, que se proyecta en un nuevo modo de ver la vida, no se puede limitar cronológicamente [...], sino que pervive, aunque parcialmente, hasta mucho después enlazado con el liberalismo. Los conceptos claves desarrollados por los filósofos del siglo XVII para configurar el nuevo humanismo y modificar la postura del hombre nuevo ante la religión, la sociedad política, la economía y el mundo fueron: razón, naturaleza, virtud, felicidad y progreso.¹²

La Ilustración, vista desde esta perspectiva, supone un proceso mediante el cual el hombre va

¹¹ Cfr. V. León, *op.cit.*, p. 65.

¹² Virginia León señala también en relación con este punto: "Entendida como una concepción general del mundo más que como una filosofía o doctrina social o política, la Ilustración puede concebirse como una constante corriente histórica, como una forma espiritual que se manifiesta con más o menos diferencias en otros períodos de la historia" (*ibidem*, pp. 15, 12).

emancipándose de la tutela de la tradición -sobre todo en el campo religioso-, y dotado de sus propios medios y con el ejercicio de la razón, adquiere la capacidad para resolver muchos de los problemas de su existencia. La Ilustración planteó un grupo de conceptos y acciones que tendían a secularizar los espacios vitales del hombre, aunque esto no significa que se dejase de creer en la existencia de Dios.

El ser humano, alejado del fanatismo y dotado de las herramientas que la educación y el conocimiento le otorgaban, podría perfeccionarse y progresar, lo cual repercutiría directamente en el desarrollo de las sociedades.

Muchos de estos ideales ilustrados, sobre todo en el ramo de la instrucción, animaron el pensamiento de gran parte de los escritores mexicanos del siglo XIX; a ellos les dedicaron sus preocupaciones, sus actividades públicas y sus escritos.

3. La educación como consolidación política

Como ya antes mencioné, el proyecto al que dedicaron sus esfuerzos algunos escritores de la República Restaurada tuvo como fin primero consolidar la victoria política de la República por sobre las formas monárquicas y conservadoras. Así, Altamirano, en uno de sus tantos "Bosquejos" no dudó en relacionar la forma de gobierno con el grado de ilustración de una sociedad. Los gobiernos absolutistas tendían a cohartar al individuo, mientras que los democráticos, opinó El Maestro, dejaban a los ciudadanos en entera libertad para decidir sobre sí mismos y definir la clase de dirigentes que deseaban, por lo que afirmó: "para que la tiranía pueda vivir, necesita embrutecer a los gobernados [...] La ignorancia del pueblo es una base

insegura para las instituciones democráticas".¹³

Para El Maestro el gran ejemplo lo representaron los Estados Unidos, que desde la formación de las colonias cimentaron su organización en la enseñanza, y de ella como consecuencia lógica, se derivó el tipo de gobierno que adoptaron. El caso de Hispanoamérica, según Altamirano, manifestó otro tipo de circunstancias y problemas, pues la emancipación independentista no se basó en la instrucción, sino en el aliento de rebeldía de unos cuantos. Vino la Independencia pero sin un trasfondo ideológico real; esto provocó que la aristocracia colonial no quisiera dejar el poder e intentara monopolizarlo. La República, sostuvo El Maestro, sin la base de la instrucción flaqueó a cada paso y las constituciones no tuvieron el eco necesario, en consecuencia, los gobiernos centralistas aparecieron, puesto que, como afirmó Altamirano, un pueblo que no comprendía sus derechos y que carecía de ilustración estaba expuesto a probar todas las teorías políticas que sus gobernantes le impusiera:

Nuestras conquistas todas, tan caras, tan dolorosamente obtenidas, alcanzadas a costa de ríos de sangre patriota, quedarán inútiles e infecundas, si no procuramos fundarlas sobre el eterno cimiento de la ilustración.¹⁴

Vista desde esta perspectiva, para Altamirano, la reforma y la impartición educativa significaba afirmar la victoria recién conseguida, pero también, era una fórmula para evitar cualquier tipo de dictadura o guerra civil en el país. El escritor guerrerense vaticinó en este texto los resultados de una sociedad ignorante, y anunció:

No hay que engañarnos sobre nuestro triunfo de ahora. Las cabezas de hidra de la ignorancia renacen más formidables cada vez, y no sería sorprendente que a la vuelta de diez años o veinte años, nuevos esfuerzos de los enemigos de la

¹³ Ignacio Manuel Altamirano, "Bosquejos. Escuela modelo", en *Bosquejos de educación para el pueblo: Ignacio Ramírez e Ignacio Manuel Altamirano*, pp. 139-140.

¹⁴ I. M. Altamirano, *op.cit.*, p. 144.

República, vinieran a probarnos que habíamos edificado sobre arena.¹⁵

En 1867, dentro de las páginas de *El Correo de México*, José Tomás de Cuéllar al hablar del azar hizo la siguiente reflexión:

Una de las cosas que no hemos podido averiguar es el porqué unos mexicanos son liberales y otros no. Esto, como se ve, es una duda, y como tal estaríamos autorizados a bautizarla con una palabra, y la palabra tendría que ser el azar.¹⁶

El autor, por medio de la razón, resolvió su propio enigma llevando al campo de la educación el problema; no fue el azar el que llevó a algunos mexicanos a aceptar el Imperio o los gobiernos centralistas o conservadores, sino más bien, sostiene Cuéllar, la mala instrucción y la falta de ilustración de ciertas clases, que en vez de defender a la patria, lucharon por sus privilegios. Facundo en este artículo propugnó por demostrar que el pasado de México era una derivación lógica de la ignorancia, que, unida al mal ejercicio del raciocinio, desembocó en falsas concepciones sobre el país y las instituciones liberales, las cuales representaban, según el autor, la libertad y la sabiduría. Así, Cuéllar muestra los regímenes conservadores, simbolizados por el azar, como antagónicos a la República, comandada por los liberales, quienes poseían la fuerza de la razón y el progreso.

Como se puede observar con estos dos ejemplos, la reforma educativa se concibió no sólo como la creación de escuelas y el consiguiente aumento de los índices de alfabetización, o como el acceso al conocimiento por parte de los ciudadanos, sino que también como un proyecto de mayor relevancia, pues implicaba la consolidación de las instituciones recién restablecidas que definieron el ser republicano del país, y que desembocaron en una nueva forma de pensar y de

¹⁵ *Idem.*

¹⁶ Véase APÉNDICE, texto 4: Facundo, "El azar. Estudios morales".

enfrentarse a la nación.¹⁷

4. La educación: única arma de transformación

Unida a la consolidación política, con el triunfo juarista, la acción de educar se pensó como un elemento catalizador que transformaría las costumbres, la ideología. A través de la historia de México, según apunta Edmundo O'Gorman, el gran problema de la República lo encarnó la falta de consenso en la sociedad; es decir, por más leyes y constituciones que se emitieran, la sociedad no compartía la base ideológica que entrañaban éstas, no existía pues, una base social dispuesta a acatar sus mandatos, ya que estos iban en contra de sus costumbres; sobre todo si pensamos en las clases pudientes y productivas que, generalmente, se identificaron con otros sistemas de gobierno que protegían su privilegios y sus bienes.

El problema de republicanizar a la sociedad era mucho más complejo que lograr una victoria militar, por lo tanto, los intentos para conseguir esta meta se sucedieron unos a otros sin mucho éxito; ejemplo de ello fueron la Constitución de 1857, la cual tuvo un gran trasfondo social y las Leyes de Reforma que atentaron contra el poder político y social de la Iglesia; estas empresas, afirma O'Gorman, iban dirigidas "contra las costumbres, los hábitos, los privilegios y -más profundamente- contra el modo de vivir y pensar de la mayoría de los mexicanos de aquella época",¹⁸ iban dirigidos a convertir al país en algo que no era, pero que estaba en

¹⁷ Edmundo O'Gorman sostiene que el triunfo de la República "fue la conquista de la nacionalidad misma, entendida como un suprema responsabilidad hacia la patria en su pasado, su presente y su porvenir [...]. En el sentir moderno la nacionalidad resulta ser una empresa que es nuestra en cuanto nos hacemos cargo de ella y en ese sentido es algo que nos pertenece" (Edmundo O'Gorman, *La supervivencia política Novo-Hispana. Reflexiones sobre el monarquismo mexicano*, pp. 87-88).

¹⁸ E. O'Gorman, *op. cit.*, pp. 24-25, 55-57, 61; el autor realizó en este estudio un recorrido por las oscilantes ideologías que conformaron el ser de México.

potencia de ser.

Los escritores del siglo XIX, y en este caso los de pensamiento liberal, se supieron inmersos en este gran proceso pendular, entre un gobierno y otro, entre unas costumbres y otras, entre ideologías; pero también se asumieron como hacedores y partícipes de un proyecto nacional, que tuvo como fin transformar a la sociedad.

Los letrados, según Ángel Rama, no sólo fungieron como intermediarios entre el poder y la sociedad, sino que también, y en su calidad de productores intelectuales, fueron capaces, por medio de sus mensajes, de conformar las ideologías públicas, es decir, de incidir en la realidad y reelaborar ciertas estructuras de pensamiento.¹⁹ En este sentido, una vez que en 1867 la República derrotó a sus antagonistas, tanto nacionales como extranjeros, y que los opositoristas lograron detener los cambios que el gobierno juarista intentó hacer a la Constitución,²⁰ los escritores, relegados de las esferas de poder, se dedicaron a la tarea de transformar a la nación desde otras tribunas posibles: el Congreso, la cátedra, el periodismo y la literatura; es decir, su misión fue entonces moralizar, educar e ilustrar a la sociedad.

El término educar, para estos escritores, parece tener una definición sumamente abarcadora, pues no sólo era reformar la instrucción pública, hacer que el Estado se encargara de ella y que cambiara los planes de estudios, sino que también y más allá de las leyes, significó sembrar una nueva forma de pensar y de enfrentarse a la nación, de definirse como ciudadanos; de ahí que no importara el espacio que ocuparan siempre que éste fuera propicio para educar,

¹⁹ Ángel Rama, *La ciudad letrada*, p. 30. Rama define el término de letrado de una manera mucho más amplia de como la utilizó yo aquí, para él los letrados son todos aquellos que tuvieron acceso a la letra, a la escritura.

²⁰ Sobre esta cuestión véase el "Capítulo I. 3. 1867", p. 12, en el presente trabajo.

ya fuera a través de textos pedagógicos como los de Ramírez; o de novelas por entregas, revistas o crónicas de la semana como las de Altamirano; o de poesías como las de Prieto; o por medio de cuadros de costumbres, fábulas, novelas, estudios morales o las mismas gacetillas como las de Cuéllar; o de crónicas teatrales como las de Peredo. La letra estaba al servicio de un México que buscaba ser.

a) La secularización de la vida

En este proceso de transformación que se intentó echar andar, uno de los mayores obstáculos lo representó, por supuesto, las condiciones de la educación en el país. Durante toda la colonia y hasta entrado el siglo XIX, la Iglesia fue la institución que llevó la batuta en la enseñanza, lo cual repercutía directamente en las costumbres e ideas operantes en la realidad cotidiana, ya que, no importando el tipo de leyes o de gobierno que hubiera, la Iglesia se mantenía dentro de sus mismos cánones. De ahí, la gran necesidad de secularizar la educación para entonces poder hacer lo mismo en otros ámbitos del quehacer humano, como lo planteó en su momento la Ilustración, y así conseguir un cambio en las costumbres.

Ya a principios del siglo XIX, cuando José Fernández de Lizardi alzó la voz para pedir el mejoramiento del ramo educativo, apeló a la intervención directa del Estado, pero no pudo dejar fuera de este proceso a la Iglesia. Esta última, según El Pensador Mexicano, tendría que seguir al frente de tan tremenda empresa, pues era la corporación con mayor experiencia en esos menesteres, sólo que ahora, bajo las nuevas condiciones, debería sujetarse a las indicaciones y vigilancia de un Estado independiente, así:

Los frailes [...] se dedicarán en todos sus conventos, a enseñar religión sin fanatismo, las primeras letras, historia eclesiástica y profana, lenguas, aritmética, geografía,

geometría, trigonometría, cosmografía, astronomía, música, equitación, castramentación y cuanto pertenezca a las matemáticas, las bellas letras y artes liberales.²¹

Para Fernández de Lizardi, como para la generación posterior a 1867, la educación significó independencia, consolidación política y social,²² por la cual se tenía que luchar desde y con cualquier medio, en este caso desde el periodismo y la literatura, mecanismos que permitían llegar a un mayor público lector.

En su momento Altamirano realizó una evaluación de la instrucción pública desde la consumación de la Independencia hasta la República Restaurada; su terrible conclusión fue que los logros habían sido mínimos, la muestra de ello era que aún se estudiaba con el catecismo del padre Ripalda.²³ Por su parte, Ignacio Ramírez, al realizar una estadística, descubrió que las cifras no resultaban muy alentadoras:

Siete millones en completa ignorancia, quinientos mil habitantes apenas sabiendo leer y escribir y muchas cosas inútiles; cuatrocientos mil con mejor instrucción, sin que ella se levante a la altura del siglo, y cosa de cien mil pedantes.²⁴

Para conseguir el avance en la educación se necesitaba, en primera instancia, acciones concretas que separaran a la Iglesia del papel prominente que tenía en este ramo, por lo que encontramos textos como el de Facundo, donde se crítica fuertemente el tipo de enseñanza y de costumbres que ofrecía la Iglesia; Cuéllar afirmaba que:

²¹ José Fernández de Lizardi citado por Lilian Álvarez de Testa, en *Ilustración, educación e Independencia. La ideas de José Joaquín Fernández de Lizardi*, p. 260.

²² "La educación es una tarea social que abarca todo acto vital del individuo, a quien facilita el desarrollo de su razón crítica dentro de una tradición dada. La meta de la educación es alcanzar la justicia social y el progreso a través de la virtud e ilustración de cada individuo" (L. Álvarez de Testa, *op.cit.*, p. 194).

²³ Cfr. Ignacio Manuel Altamirano, "Bosquejos. La escuela en 1870", en *Bosquejos de educación para el pueblo: Ignacio Ramírez e Ignacio Manuel Altamirano*, pp. 83-98.

²⁴ Ignacio Ramírez, "Instrucción pública", en *Bosquejos de educación para el pueblo: Ignacio Ramírez e Ignacio Manuel Altamirano*, p. 31.

Las ideas de más fácil acogida entre los hombres débiles son las sancionadas por la rutina, y las que van precedidas de la fe; las añejas preocupaciones, el fanatismo, una idea grotesca de la Divinidad, forjada por los antepasados ignorantes, la perversión de un culto y el absurdo.²⁵

Lo anterior no significa que estos escritores dejaran de creer en Dios, más bien, lo que buscaron fue un credo más razonado, que los alejara del fanatismo, sinónimo de ignorancia y de falta de instrucción.

En un segundo nivel, lo que se requería era la participación activa del Estado y de su mano protectora en la creación de planes de estudio propicios, en el aumento de presupuestos y en la edificación de centros de enseñanza para la conformación de los ciudadanos.²⁶

Como actor principal de estos cambios surgió la figura del maestro, el nuevo sacerdote laico, a quien se debía condecorar, ayudar y sobre todo, profesionalizar para que cumpliera mejor su misión; a este respecto Altamirano opinó que:

Sobre todo, es indispensable más que nada, hacerle comprender que su misión no es religiosa, que sus ideas morales no deben fundarse en la estrecha base de una religión cualquiera, sino que tiene que abrazar una esfera amplísima.²⁷

En la escuela moderna la consigna debía ser patriotismo en vez de catecismo, para así formar a un ciudadano comprometido con el progreso del país.

Estas propuestas y acciones formuladas por los escritores liberales del siglo XIX, que

²⁵ Véase APÉNDICE, texto 4: Facundo, "El azar. Estudios morales".

²⁶ En este sentido, Ignacio Ramírez, cuando ocupó el Ministerio de Justicia e Instrucción Pública (1861), intentó reformar los planteamientos de la ilustración del pueblo; así, creó becas para alumnos indígenas en el Instituto de Toluca, donde fue su alumno Altamirano, y concibió un nuevo plan de estudios que incluyó tres aspectos: el físico, el histórico y el científico como parte de un nuevo orden que nacía y en el cual se debía aprender lo que era necesario, lo útil. La pregunta principal a la que contestaba su proyecto de instrucción fue: ¿Qué debe de aprender la juventud bajo la protección del gobierno? (Cfr. Concepción Jiménez Alarcón, "Prólogo" a Ignacio Manuel Altamirano, en *Obras completas. Escritos sobre educación*, 1, t. XV, pp. 13-15).

²⁷ I.M. Altamirano, *op.cit.*, p. 138.

vieron la luz en los periódicos o revistas de la época que nos ocupa, les dieron a ellos mismos la condición de maestros, de rectores del comportamiento de la sociedad; no es fortuito pues, que Altamirano lleve el sobrenombre de "El Maestro", ni tampoco que de sus obras, llenas de mensajes educativos y moralizantes, se desprenda una idea de la literatura como magisterio.²⁸

b) Las asociaciones y la literatura nacional

Dentro de este importante proceso de secularización de la vida, las asociaciones cumplieron un papel fundamental, no sólo literario, sino también educativo, aunque generalmente, no permeraron sus beneficios a las clases más bajas, pues se mantuvieron en la esfera elitista de los letrados; sin embargo, de estas asociaciones salieron muchos de los personajes que lucharon por transformar la educación y la literatura nacional, y por ende a la sociedad.²⁹ Las asociaciones mexicanas del siglo XIX, afirma José Luis Martínez, realizaron desde su nacimiento varias funciones: suplieron las actividades que les correspondían "a los institutos de cultura superior, entonces inexistentes";³⁰ mostraron la posibilidad de acceder al conocimiento por otros medios que no estuvieran ligados a la Iglesia y lograron secularizar la educación.³¹ Además, como casi

²⁸ Cfr. C. Jiménez Alarcón, *op.cit.*, p. 31. Carlos Monsiváis señala lo mismo en relación a la figura de Ignacio Ramírez: "él, [afirma Monsiváis] ve en el maestro al personaje fundador de la patria, y considera al magisterio vocación suprema. Y a sus tareas múltiples (político, historiador, legislador, periodista, profesor, polemista, escritor) Ramírez siempre le adjudicó formas magisteriales" (Carlos Monsiváis, "Ignacio Ramírez, educador", en Ignacio Ramírez, *Obras completas*, t. 6, p. V).

²⁹ Utilizamos el término asociación en el sentido más amplio, como lo hace Alicia Perales: "asociación, atendiendo a un sentido estricto de lo que fueron verdaderamente estos grupos: simples reuniones literarias con o sin reglamento, y que se denominaron indistintamente academias, arcadias, asociaciones, alianzas, ateneos, bohemias, círculos, clubes, falanges, liceos, salones, sociedades, uniones y veladas" (Alicia Perales Ojeda, *Asociaciones literarias mexicanas (siglo XIX)*, p. 12).

³⁰ José Luis Martínez, *La expresión nacional*, p. 47.

³¹ Carlos Monsiváis afirma al respecto que: "en las primeras décadas del siglo XIX, las academias literarias[...] prueban categóricamente la nueva posibilidad: el saber fuera de la Iglesia" (Carlos Monsiváis, "De la santa doctrina al espíritu público (sobre las funciones de la crónica en México)",

todas las asociaciones fundaron sus órganos de difusión, éstas se constituyeron en espacios para dar a conocer las obras de los autores mexicanos y, al mismo tiempo, propiciaron el intercambio de ideas entre los creadores de una época.³²

En el proceso de reconstrucción nacional al que se enfrentó México en 1867, las asociaciones cumplieron un papel primordial, en especial la primera de las muchas que después surgieron, es decir, las Veladas Literarias que se llevaron a cabo en los últimos meses de 1867 y principios de 1868, donde bajo el signo de la cordialidad y sin normas específicas, los escritores, hasta entonces dispersos por la guerra, se unieron en un proyecto ilustrado, en el cual, por medio de la lectura, la escritura, y sobre todo de la crítica positiva, se intentó lograr la superación de las bellas artes y, especialmente, de las letras; así "el objetivo principal de estas reuniones literarias, fue buscar los medios adecuados para el progreso de la literatura nacional, abandonada durante algún tiempo en favor del periodismo de combate y las luchas fratricidas".³³

La Veladas Literarias de 1867 continuaron la tarea que otras asociaciones literarias habían iniciado: crear una expresión nacional emancipada de la voz española y de la tutela de la Iglesia, como administradora del conocimiento. José Luis Martínez menciona que la primera iniciativa para realizar una literatura con características nacionales partió de la Academia de Letrán,³⁴

Nueva Revista de Filología Hispánica, 35 (1987), p. 756). Véase también José Emilio Pacheco, "A 150 años de la Academia de Letrán", en *Memoria de El Colegio Nacional*, p. 63.

³² Durante el período de 1867 a 1889 las asociaciones cobraron mucha importancia y gran auge, no sólo en la capital, sino también en los Estados de la República; posteriormente, a finales del siglo XIX su importancia disminuyó, debido a la aparición de institutos y escuelas que se ocuparon de la enseñanza. (Véase J.L. Martínez, *op.cit.*, p. 72 y A. Perales Ojeda, *op.cit.*, 14).

³³ A. Perales, *op.cit.*, p. 75.

³⁴ J.L. Martínez, *op.cit.*, p. 45.

fundada en 1836 por José María Lacunza, Juan Nepomuceno Lacunza, Manuel Toniai Ferrer y Guillermo Prieto; para este último, "lo grande y trascendental de la Academia fue su tendencia decidida a mexicanizar la literatura, emancipándola de toda otra y dándole carácter peculiar".³⁵ Este primer escalón no resultó estéril, por el contrario, dio grandes frutos, pues las asociaciones se sucedieron, aunque muchas contaron con una efímera existencia, contribuyeron a la formación de la naciente literatura mexicana.³⁶

Las Veladas Literarias del 1867 lograron reunir a los escritores y darles la oportunidad de realizar un diálogo entre generaciones, así también, participaron en el esfuerzo de rearticular a la literatura mexicana detenida por el paso de la guerra.³⁷

El primer encuentro, antecedente inmediato de las Veladas, fue la reunión que se realizó en la casa del escritor Luis G. Ortiz el lunes 18 de noviembre de 1867, con motivo de comentar una obra de Enrique de Olavarría y Ferrari titulada *Los peregrinos (misioneros) del amor*.³⁸

³⁵ Guillermo Prieto, *Memorias de mis tiempos*, p. 154.

³⁶ Años después de la fundación de la Academia de Letrán, en 1850 se creó el Liceo Hidalgo, que conservó la misma línea de acción que la primera. El Liceo permaneció más tiempo en la escena cultural mexicana, aunque sufrió varias interrupciones. Con el motivo de una de sus reaperturas, José T. de Cuéllar manifestó las razones por las cuales las asociaciones literarias sólo se sostenían por pequeños lapsos y la forma en que se podía solucionar este problema: "El día que se establezca una sociedad literaria que tenga por objeto el mejoramiento moral y material de los literatos, cuando se discuta en su seno en vez de sonetos y madrigales, las importantes cuestiones de la propiedad literaria, de los tratados internacionales, de la elaboración del papel, de los derechos a los libros, de la reforma del arancel a este respecto y de la protección del gobierno a la industria honrosa de escribir, entonces se habrá levantado en México la primera sociedad literaria útil, duradera y provechosa" (Facundo, *Vistazos*, La Linterna Mágica, t. XX, p. 56).

³⁷ Para la cronología de las Veladas Literarias se consultaron los trabajos: *Las asociaciones literarias mexicanas (siglo XIX)*, de Alicia Perales Ojeda, y *Reseña histórica del teatro en México*, de Enrique de Olavarría y Ferrari. Además, con el propósito de precisar y completar la información de las reuniones, como punto de partida para otros acontecimientos que marcaron esta época, también hice un seguimiento de las Veladas a través de las noticias de los periódicos, particularmente de *El Siglo XIX*.

³⁸ *Los peregrinos (misioneros) del amor*, comedia en verso basada en *Les tríos mousquetaires*, de Dumas padre, se publicó en 1868 en la imprenta de Francisco Díaz de León y Santiago White (Cfr. Aurora M. Ocampo de Gómez y Ernesto Prado Velázquez, *Diccionario de escritores mexicanos*, p. 261

En esta ocasión no sólo la lectura alimentó el nuevo espíritu de los escritores, sino que también la crítica se tornó en el vino de la noche que propició el deseo de volverse a reunir.³⁹ A aquella reunión asistieron, según testimonio de Altamirano, Anselmo de la Portilla, José T. de Cuéllar, Manuel Peredo, Lorenzo Elfzaga y "otras tres personas de más modesta reputación literaria".⁴⁰

Los dos grandes inspiradores de estas reuniones fueron Luis G. Ortiz y José Tomás de Cuéllar, quienes con la gran ayuda del maestro Altamirano, pronto lograron impulsar esta nueva asociación que no tardó en dar sus primeros frutos.

La primera Velada Literaria se llevó a cabo el 6 de diciembre de 1867, con el fin de celebrar la llegada de Guillermo Prieto a la capital de la República; en ella se formalizaron y establecieron los lineamientos que rigieron estas reuniones: fraternidad literaria sin reglamentos.⁴¹ Facundo escribió para *El Correo de México* la crónica de esta Velada, la casa de I.M. Altamirano fue el escenario, y los versos de Guillermo Prieto, de Vicente Riva Palacio, del mismo maestro Altamirano, de Manuel Peredo, de José T. de Cuéllar, poblaron la noche.⁴²

y Francisco Monterde, *Bibliografía del teatro en México*, p. 463).

³⁹ Cfr. Sin firma, "Gacetilla. Veladas literarias", en *El Correo de México*, t. 1, núm. 68 (19 de noviembre de 1867), p. 3.

⁴⁰ Ignacio Manuel Altamirano, "Revista de la semana", en *El Siglo XIX*, séptima época, año 25, t. VI, núm. 177 (7 de enero de 1868), pp. 2-3. Resalta el hecho de que la mayoría de los personajes mencionados pertenecieron a periódicos contrarios a la política de Juárez.

⁴¹ "En esta sesión [...] se formalizó el pensamiento, tanto tiempo acariciado por Ortiz, y él y Cuéllar formularon la proposición, que todos aceptaron gustosos y entusiastas, firmando enseguida un acta sencilla y sin fórmulas ni frases de rutina. Se convino además en no dar a esta sociedad de amigos íntimos el carácter grave y seco de la academia, ni de hacer reglamentos, ni imponer obligaciones [...] sino que se dejó a la reunión su carácter familiar y anárquico" (I.M. Altamirano, *op.cit.*, p. 2).

⁴² Véase APÉNDICE I, texto 21: Facundo, "Revista". Facundo describió a este conjunto de escritores como: "Los defensores de nuestras libertades patrias, los soldados que en los campamentos reclinaban en una piedra su cabeza fatigada en los combates; los que constantes y firmes después de las derrotas veían agotarse a su alrededor todo, menos la esperanza [...] eran los mismos que llenaban aquellos asientos de regreso al hogar doméstico, cerrando el tormentoso paréntesis de la revolución para entrar de nuevo a la vida social y a los goces de la amistad y la inteligencia".

La segunda Velada tuvo lugar en la casa de Agustín Lozano, el 13 de diciembre, con una concurrencia numerosa, cada vez mayor conforme se iban valorando los alcances de esta unión. La tercera se realizó en casa de Luis G. Ortiz el 30 de diciembre de 1867; en ella José T. de Cuéllar leyó su apólogo "Las Palmas", donde, según palabras de Altamirano, "la poesía se encontraba revistiendo a la ciencia"; ahí volvieron a alzarse las voces de Altamirano y Peredo, a éstas se sumaron las de otros poetas como Julián Montiel, Joaquín Téllez, y la infaltable lira de Ignacio Ramírez. A la cuarta Velada invitó Manuel Payno para el 13 de enero de 1868, y la siguiente se realizó en casa de Joaquín Alcalde el 20 de enero del mismo año; en ella participaron escritores como José Rivera y Rfo, Guillermo Prieto, Valentín Uthink, Juan Pablo de los Rfos, Manuel Sánchez Facio, e hizo su entrada en las letras Justo Sierra; además de los que asiduamente concurren a estas reuniones. En esta Velada se anunció la partida de José T. de Cuéllar hacia la ciudad de San Luis Potosí, al parecer motivado por "cuestiones económicas".⁴³ En casa de Vicente Riva Palacio se verificó la sexta, el 3 de febrero; la séptima, bajo el signo de la elegancia de la anterior, se realizó el 10 de febrero en casa de Rafael Martínez de la Torre; a la octava, el 7 de marzo, invitaron Alfredo Chavero y Juan A. Mateos. Después del despliegue de tanto lujo que habían venido mostrando los anfitriones de las reuniones anteriores, la austeridad dio paso a las letras, y en casa de Altamirano, en la calle de Gante núm. 2, recibieron a los escritores Ignacio Ramírez y Agustín Siliceo; sin embargo, esto no duró mucho tiempo, pues el 4 de abril invitó el señor Schiaffino. La mansión de la calle 5 de Mayo se vio coronada por las letras y la opulencia ofreció a los escritores los mejores

⁴³ Sobre las razones del exilio de José T. de Cuéllar, véase "Capítulo II. Las consecuencias de la oposición. El mundo de las letras: La paz y la represión", nota 60, en el presente trabajo.

manjares.⁴⁴

Ante la decadencia del fin primero que habían inspirado las Veladas, que se llenaron de lujo, cuando el país vivía en su gran mayoría en condiciones de pobreza, Altamirano decidió cancelar estas reuniones, aunque no el desarrollo de la literatura nacional, por lo cual su casa se convirtió en el nuevo centro de la actividad artística. La última Velada fue más bien un homenaje al maestro Altamirano; la invitación, en nombre de la Asociación Gregoriana, provino de su presidente, Vicente Riva Palacio, y se celebró el 25 de abril de 1868.

Las Veladas, fruto de las nuevas condiciones del país, mostraron, marcaron y despejaron el camino de un grupo de escritores de la época, que en confluencia con otros grupos y otras generaciones, y por medio de las letras, intentaron reconstruir los espacios de la patria, porque como afirmó Altamirano:

Aquí como en todas partes se cree que la poesía es indispensable para el engrandecimiento y la gloria de la patria, y que bajo el cielo de la libertad, deben de cultivarse mejor las flores del sentimiento y de la inteligencia.⁴⁵

Las Veladas no sólo abrieron el camino para la cultivo de la inteligencia y de la cultura, sino que también produjeron "los primeros acordes que la lira mexicana" pudo modular bajo el ala de la paz; la poesía, que fue el género más recurrente dentro de ellas, se escuchó después de estar sumida en el olvido y opacada por las armas, y poco a poco los demás géneros, principalmente la novela y la crónica, abrieron sus propios espacios. Las Veladas Literarias cumplieron con su objetivo principal, ya que lograron unir a los escritores dispersos por la guerra y que ya en comunión, dieron pasos firmes en el terreno de la creación literaria.

⁴⁴ A. Perales, *op.cit.*, p. 77.

⁴⁵ I.M. Altamirano, *op.cit.*, p. 2.

5. La educación como progreso

Alejados de la política, los escritores de la República Restaurada concibieron la educación como el factor clave para el desarrollo nacional. Para alcanzarlo, según Altamirano, era necesario en primera instancia resolver dos problemas esenciales: uno, la unificación educativa, es decir, la integración de los indígenas al orden nacional, y dos, la instrucción de las mujeres.

En el primer caso, el de la integración de los indígenas, Altamirano descubrió que uno de los primeros problemas del país lo conformaba la diversidad. Los indígenas no compartían la lengua con el resto de la población, ni tampoco las costumbres, ni la idea de país que se buscaba organizar. La lengua, el español en este caso, se convirtió en un elemento unificador, y sólo a través de él era posible progresar.⁴⁶ Tarea esta de muy largo camino por recorrer, y con la cual no estaban de acuerdo todos los escritores, como veremos posteriormente en el caso de José Tomás de Cuéllar.⁴⁷

En cuanto a la importancia de educar a las mujeres, vía de resultados más rápidos, fue el tema principal de innumerables escritos, artículos o novelas, en los que se hizo patente el descuido de esta cuestión, y, asimismo, se dejó constancia de la magnitud del problema y la necesidad de resolverlo. La madre, considerada como la gran maestra, y sólo equiparable a la Naturaleza, tenía la misión de crear ciudadanos aptos para la nación; sin embargo, esto no se lograría hasta que las mujeres fueran instruidas debidamente. En relación con este tema, Ignacio Ramírez afirmó que:

⁴⁶ Cfr. C. Jiménez Alarcón, *op.cit.*, pp. 19-20; ella menciona sobre este tema y los ideales educativos de Altamirano que: "las lenguas nativas alejan, el español une, y esta idea se deriva del afán por la integración nacional y por la unidad que ella implica para que sea posible progresar".

⁴⁷ Véase "Capítulo IV. 2. Los textos de *El Correo de México*. a) Las cuestiones políticas", en el presente trabajo.

Cuánta diferencia resultará entre una niñez pasada entre mujeres instruidas, y nuestra actual infancia que sigue amamantándose con miserables consejas [...] La instrucción pública, científica y positiva, no será general y perfecta sino cuando comience en la familia; la naturaleza no ha querido que las mujeres sean madres sino para que sean preceptoras.⁴⁸

A fomentar esta misión de la mujer se dedicaron con gran fervor los escritores de la República Restaurada, y no sólo por medio de propuestas legislativas como I. Ramírez, sino también a través de escritos periodísticos como los Altamirano y Cuéllar, o de novelas como las Riva Palacio y de Facundo, quien se dedicó a plasmar las consecuencias de una mala educación, producto de padres viciosos y, sobre todo, de madres ignorantes.

El que las mujeres asumieran su papel de preceptoras conllevaba el ideal de contar, en un futuro próximo, con una sociedad instruida que con facilidad lograría el progreso del país.

La educación, entendida como una nueva forma de construirse como mexicano y como nación, se convirtió en el gran proyecto redentor, por el cual se cambiaría finalmente a la teología por otro tipo de conocimiento basado en la razón, "al cura por el sabio y el filósofo, y a la fe por el escepticismo. Sin educación no habría desarrollo nacional".⁴⁹

Fue así que estos letrados de la República Restaurada dejaron en sus páginas los conceptos que debían regir una nueva etapa de la historia nacional, y por medio de la letra intentaron sentar las bases de un nuevo mexicano, tratando de derrumbar al de los vicios y de las malas costumbres. No obstante, si se piensa que la población que leía y escribía en esos años, era mínima en comparación a una masa ignorante, encontramos entonces que muchos de los mensajes que estos escritores construyeron estuvieron dedicados a la clase dirigente, al

⁴⁸ Ignacio Ramírez, "Instrucción pública", en *Bosquejos de educación para el pueblo: Ignacio Ramírez e Ignacio Manuel Altamirano*, p. 39.

⁴⁹ C. Monsiváis, *op.cit.*, p. VII.

gobierno central que contaba con los medios para lograr los cambios;⁵⁰ a una clase letrada y a otra pudiente, y sobre todo a las mujeres de estas clases, salvaguardadas de los valores morales y formadoras de patriotas.

La educación, vista como este gran proyecto, abarcó todos los espacios de la vida nacional: el del gobierno y el Congreso, el de las páginas de los periódicos -a través de las crónicas, las fábulas, las revistas, las novelas-, el de las asociaciones literarias, el de la conformación de una literatura nacional y el de las leyes; todo ello como sustento de la libertad y de la búsqueda del cambio, del progreso.

⁵⁰ En este sentido es importante observar cómo para estos escritores, el gobierno aún cumplía una función paternalista, se le seguía viendo "como el dispensador de los derechos, jerarquías y bienes"; por lo que debía encargarse del porvenir de la sociedad (Cfr. A. Rama, *op. cit.*, p. 75).

Capítulo IV: José Tomás de Cuéllar

¿A dónde lleva el viento del progreso a las sociedades humanas sino a la realización del gran ideal?

José Tomás de Cuéllar

1. La presencia de Facundo en *El Correo de México*

José T. de Cuéllar nació en la Ciudad de México en 1830;¹ estudió en el Colegio de San Gregorio y, posteriormente, en el de San Idelfonso. A los 17 años, como cadete del Colegio Militar, luchó en la defensa del Castillo de Chapultepec contra el invasor norteamericano (1847).² En 1848 ingresó al mundo de las letras participando en el primer aniversario del Liceo Hidalgo, del que más tarde fue secretario. Para 1852 ya colaboraba en publicaciones periódicas como *La Ilustración Mexicana*, donde se puede observar que en estos primeros años productivos, sus esfuerzos estuvieron dirigidos principalmente hacia la poesía y el teatro.³ Cuéllar incursionó los ámbitos periodístico, poético y teatral, y fue hasta 1869 cuando inició su carrera como novelista, faceta que le ha valido un lugar en la historia de la literatura mexicana.⁴

¹ Sobre la vida y obra de José T. de Cuéllar véase Belem Clark de Lara, "Estudio preliminar. V. José T. de Cuéllar. Semblanza biobibliográfica" a *La Ilustración Potosina*, pp. 88-96.

² Belem Clark afirma que "es indudable que de estos años procede su inalterable nacionalismo que habrá de encontrar en el magisterio de Altamirano su realización en la literatura" (B. Clark, *op.cit.*, p. 88).

³ En 1851 y 1852, en la revista *La Ilustración Mexicana*, Cuéllar sólo publicó textos poéticos y pequeños escritos de tema amoroso; posteriormente, el 18 de octubre de 1855 se estrenó en el Gran Teatro Nacional su drama en tres actos en verso *Deberes y sacrificios*, y un año más tarde, Ignacio Cumplido editó su *Obra poética*.

⁴ En 1869 apareció su novela histórica *El pecado del siglo*, posteriormente, *Ensalada de pollos*, cuya primera edición se publicó por entregas en *La Ilustración Potosina* (1869) y, más tarde, corregida y aumentada, la editó Cuéllar en dos ocasiones más: en la primera época de *La Linterna Mágica* en 1871-

Durante el lapso que duró el Imperio, Cuéllar, escritor liberal, se mantuvo relativamente al margen de las cuestiones políticas, mas no de las literarias, pues continuó su labor teatral, ya desde su pequeño teatro casero o en los escenarios públicos. Después de 1847, desilusionado de la carrera militar, Facundo no tomó parte en la lucha armada contra el Imperio, de ahí que, como sucedió en 1867 por su colaboración en *El Correo de México*, tuvo que refugiarse en el mundo literario ante la represión política, y desde este espacio intentó criticar al gobierno de Maximiliano, como lo muestra su obra de teatro *Natural y figura*.⁵

En 1867 con la caída del Imperio, Facundo se unió al maestro Altamirano en la gran empresa de fundar un periódico, *El Correo de México*, donde escribió para casi todas las secciones, sobre todo, para la columna literaria denominada "Variedades", en la cual la mayor parte del material que se publicó salió de su pluma; en forma de verso o prosa, Cuéllar dejó, durante los cuatro meses que duró esta publicación, una mirada del México de su momento.

Sin embargo, la labor de Facundo en este diario no terminó ahí, pues en septiembre de 1867 debido a que Justo Benítez, presidente del partido de oposición y consejero de Porfirio Díaz, le encargó a Ignacio Manuel Altamirano la misión de ganar para la causa opositora al

1872 y en la segunda época de esta misma colección en 1889-1892.

⁵ *Natural y figura*, comedia de costumbres nacionales, en verso y dividida en dos actos, estrenada por la compañía del actor español Eduardo González, el 7 de marzo de 1866 en el Teatro Iturbide, en honor del autor mexicano. Esta función tuvo gran relevancia en la historia del teatro en México, ya que fue la primera en que un autor nacional recibió una remuneración por sus obras, "hasta ese momento las empresas hacían el favor de montar las producciones mexicanas y los autores tenían que sentirse muy agradecidos por el honor, no recibiendo más ganancia que los aplausos del público" (Luis Reyes de la Maza, *Historia del teatro en México durante el Segundo Imperio. 1862-1867*, p. 237). Posteriormente se presentó el 31 de julio de 1867, para festejar el triunfo de los liberales en contra del Imperio de Maximiliano (Cfr. B. Clark de Lara, *op.cit.*, p. 90, n. 80). Esta pieza teatral, por su crítica al afrancesamiento de las costumbres, causó revuelo y grandes disgustos a las autoridades imperiales, a tal grado que cancelaron sus funciones. Sobre la recepción de la esta obra véanse las palabras del propio autor en B. Clark de Lara, "Estudio preliminar. VII. Apéndices. 1. Entrevista de Angel Pola a José T. de Cuéllar", *op.cit.*, pp. 136-137.

general Ramón Corona, El Maestro tuvo que trasladarse a la ciudad de Guadalajara, donde se encontraba este personaje;⁶ en consecuencia no pudo hacerse cargo del periódico y debió encomendar esta tarea a alguien cercano a sus intereses; de ahí que Facundo, por un corto lapso, fungió también como redactor de la "Gacetilla" y como responsable por "todos los artículos sin firma", es decir, como redactor en jefe.

Altamirano regresó a la capital aproximadamente en noviembre de 1867 y, pronto retomó las riendas del periódico, por lo cual la participación de José T. de Cuéllar disminuyó en forma considerable. A partir de este momento, en la sección de "Variedades" se empezaron a publicar textos de otros autores como Guillermo Prieto y, finalmente, el nombre de Altamirano apareció en vez de la firma de José T. de Cuéllar, como responsable por todos los artículos sin firma.⁷ Sin embargo, el anuncio de *El Liceo Mexicano* -su fallido proyecto editorial-, que se publicó hasta el último día de vida de *El Correo de México*, fue el testigo mudo de su constante actividad cultural y de su preocupación por consolidar un proyecto literario, en el cual los escritores cumplieran una misión social.⁸

⁶ Cfr. H. Batis, "Estudio preliminar" a *Índices de 'El Renacimiento'*, p. 29. Debido a este hecho encontramos en *El Correo de México* varias cartas dirigidas a Próspero, que era uno de los seudónimos de Altamirano, en las cuales se habla de su viaje al interior de la República (Cfr. APÉNDICE, texto 8: Facundo, "Primera carta de Facundo a Próspero").

⁷ El 27 de noviembre de 1867, en el número 75 del periódico y hasta el 90, se publicó la nota de que todos los artículos sin firma eran ahora responsabilidad de I.M. Altamirano y no de José T. de Cuéllar (Cfr. I.M. Altamirano, en *El Correo de México*, t. I, núm. 75, 27 de noviembre de 1867, p. 3).

⁸ "El Liceo Mexicano. Enciclopedia Universal de Ciencias, Historia, Artes, Política, Novelas, Teatros, Poesías, Variedades, Modas y Anuncios./ Publicación ilustrada por artistas mexicanos./ Esta publicación tiene por objeto promover en México el adelanto intelectual, por medio de la recompensa pecunaria, a los escritores, como se verá en el prospecto que se publicará oportunamente./ Se invita a todos los escritores y amantes de las letras a remitir sus producciones sobre cualquiera de las ramas del saber humano, a la dirección de El Liceo Mexicano, calle de las rejas de Balvanera núm. 2, en concepto de que cada una de las líneas que se publiquen en el periódico, tendrá la remuneración pecunaria correspondiente aplicable a su autor./ Igual invitación se hace a todos los grabadores en madera, que quieran remitir sus ilustraciones al periódico, y encargarse de las que se les encomienden./ La dirección

2. Los textos de *El Correo de México*

Dentro de los veinticinco textos que conforman los artículos que José T. de Cuéllar escribió para *El Correo de México*, casi todos aparecidos en la sección literaria, se descubren ciertas preocupaciones y temas, que como se verá, permanecieron como elementos constantes dentro de sus trabajos posteriores. Cabe mencionar que por las características e inclinaciones de la publicación donde aparecieron, así como por los acontecimientos del momento, muchos de estos escritos tienen un trasfondo político; sin embargo, siempre estuvieron unidos a pequeñas historias o cuadros de ficción, que los hicieron trascender del ámbito puramente periodístico al literario. Estos textos de *El Correo de México*, a su vez resultaron ser el semillero de ideas, posiciones y actitudes que conformaron el proyecto ilustrado que Cuéllar llevó al plano puramente ficcional en sus novelas; de ahí las constantes referencias que haré a ellas, tanto en texto como en nota, para mostrar cómo estas preocupaciones y temas que atravesaron la obra de Facundo, estaban presentes ya desde 1867, delineando la visión ilustrada del mundo que prevaleció en el escritor hasta su muerte.

Con la caída del Imperio y la restauración de la República un nuevo orden estaba surgiendo. Como ya quedó expresado en el primer capítulo del presente trabajo, Juárez, con diez

cuenta con una sección de colaboradores que hacen dimisión de sus ganancias para proteger el periódico en beneficio de los demás escritores que remitan sus producciones para tener derecho a las remuneraciones./ A ese efecto, los originales se remitirán al que suscribe, firmados por el autor y con la inscripción 'inscribirse en la sección de colaboradores sin estipendio, o entre los redactores con derecho a él'./ Si el autor quisiere ocultar su nombre y hacer el cobro, anotará al fin del escrito la persona que lo represente en la dirección para recibir los derechos./ A fin de que esta publicación sea enteramente nacional, la dirección ha preferido emplear todos los recursos del país a los extranjeros, y cuenta ya con el papel de la mejor calidad posible, fabricado en el país, y con tipos nuevos fundidos aquí por el señor Yagostera y con multitud de grabados de madera, en acero y en cobre abiertos por los aventajados discípulos de la Academia Nacional de San Carlos./ La dirección trabaja activamente a fin de dar a luz la PRIMERA ENTREGA a la mayor brevedad posible./ México, [1^o] de septiembre de 1867./ El editor y Director José T. de Cuéllar./ Imprenta de *El Correo de México*, 1a. calle del Ferrocarril núm. 8".

inestables años en el poder, publicó la Convocatoria para las elecciones y con ella un plebiscito, con el que deseaba reformar la Constitución. El partido liberal, ante estas reformas, pronto se escindió; Cuéllar se integró al grupo de liberales opositores, entre los cuales se encontraban Ignacio Manuel Altamirano e Ignacio Ramírez, quienes postularon la candidatura de Porfirio Díaz a la presidencia y fundaron el diario *El Correo de México*. Desde las páginas de esta publicación se dirigieron severos ataques al gobierno juarista, pero, nadie como Facundo ridiculizó y criticó la figura de Juárez, por lo que una vez otorgada la presidencia a este último, el periódico dejó de publicarse y los escritores que participaron en él se dedicaron a otras actividades, sobre todo literarias.⁹

La paz dio paso al desarrollo de las letras y del arte en general pero, también, como ya mencioné, la represión actuó como un factor importante en el cambio de actividades de algunos escritores¹⁰ y, en la creación, como señala María del Carmen Ruiz Castañeda, de publicaciones literarias, contrapuestas a las de cuestiones políticas.¹¹ En el caso de José Tomás de Cuéllar la represión fue crucial, pues lo llevó a refugiarse en el ámbito de la creación literaria como un espacio neutral, desde donde pudo participar en la reconstrucción nacional y transformar a la sociedad, sobre todo a través de la ilustración, de la educación y de un proyecto de integración nacional. La represión política lo condujo a San Luis Potosí, ciudad en la que permaneció hasta 1871 y donde fundó *La Ilustración Potosina*; a su regreso siguió escribiendo en la prensa de la

⁹ Sobre este tema véase "Capítulo II. 3. *El Correo de México*. Su gestación y programa" y, en este mismo capítulo "4. El demonio del periodismo. Despedida de *El Correo de México*", en el presente trabajo.

¹⁰ Véase "Capítulo II. 5. Las consecuencias de la oposición. El mundo de las letras: La paz y la represión", en el presente trabajo.

¹¹ María del Carmen Ruiz Castañeda, *El periodismo político de la Reforma en la Ciudad de México. (1854-1861)*, p. 7.

capital y, poco tiempo después entró en el servicio diplomático, razón por la que pasó grandes temporadas fuera del país. Facundo a través de sus novelas, ya que no le fue permitido hacerlo en el campo político, quiso incidir en la sociedad para moralizarla, para transformarla.

a) Las cuestiones políticas

En los escritos de Cuéllar que aparecieron en 1867 dentro de *El Correo de México*, uno de los temas más importantes fue el de la cuestión política del país y, en especial, los asuntos relacionados con el gobierno y la oposición. Facundo en sus colaboraciones, diseminadas en las distintas secciones del periódico, criticó por medio de la burla, ya fuera con un tono severo y molesto o con una voz serena y persuasiva, las determinaciones del gobierno y, en especial, la polémica figura de Benito Juárez.

La crítica de Cuéllar no se limitó a ser una simple censura del régimen, sino que siempre fue constructiva puesto que, si bien cuestionó al Poder Ejecutivo, al mismo tiempo, según sus parámetros, intentó mostrar cómo debía ser y cómo debía de comportarse el gobierno; testimonio de ello fue una de las crónicas musicales, donde planteó la posición pasiva del poder ante las artes, las cuales eran para Facundo un medio para educar a la población; en este texto, Cuéllar se aventuró al grado de dar un ejemplo de lo que él emprendería si tuviera parte activa en la toma de decisiones del Estado:

¿Pues qué por fin diríamos si fuéramos gobierno? Ya se ve que es difícilillo decir algo en tal predicamento; nos declaramos ineptos para tan alto puesto, porque ni aun en el terreno de la suposición podemos dar palotada: pero porque no se crea que nos andamos por las ramas y recordando a Sancho Panza, allá va esa y salga lo que saliere, pues al fin nos hemos propuesto fingir por un momento que gobernamos.

Señores fundadores y mantenedores, profesores... (aunque saliera con muchos *ores*) de la Sociedad Filarmónica Mexicana: yo, presidente de la República ya hace diez años, con otros cuatro en lontananza, si acaso, complacido y satisfecho con vuestros adelantos y patriotismo... Aquí haría yo que mi Ministro de Relaciones me redactara un considerando muy elocuente, después del cual diría yo aquello de *he venido en decretar* (que es una frase muy bonita) y decretaba: Primero.— Regalarle a la Sociedad un edificio bueno de esos que se confiscan luego, y que andan hoy con que si lo compro o no lo compro, y en sí pago o no pago, y todas esas cosas.

Segundo.— Le daría yo algo de mosca en efectivo, para que la pobrecita Sociedad pagara algunos picos, porque ahí donde la ven ustedes tan fastuosa y tan elegante, tiene sus droguitas como todo hijo de vecino; luego le da por comprar pianos, como si los necesitara mucho, y luego no alcanzan las cuotas de los socios; y los señores de la junta que se empeñan en que la Sociedad no se acabe, y dan en que sería una lástima, y empeñan su crédito, y luego hasta dan conciertos y nos tienen arrobados una noche, por dos duros, para ver si pagan.

Pero esto sería largo y un poco feo para artículo de decreto, pero mi ministro me lo corregiría y saldría bueno[...]

Por tanto mando, etcétera — *Benito Juárez*.— al C. Ministro, etcétera.¹²

En otro artículo, José Tomás de Cuéllar ofreció su concepción ideal del Estado: al hablar de los ayuntamientos, planteó la necesidad de un gobierno ilustrado que se dedicara a satisfacer las necesidades de los ciudadanos. A este respecto, sostuvo que los regidores que comandaban los destinos de la nación tenían que ser hombres capaces de conducir a cada comunidad y, por ende, al país hacia el progreso; esto sólo se lograría a través de la propia educación de los hombres en el poder y, del grado de ilustración que alcanzaran los colaboradores de cada una de las dependencias de la administración:

Siempre hemos creído que los Ayuntamientos son naturalmente el órgano de la prosperidad y del progreso de los pueblos, como la corporación inmediatamente representante de sus necesidades.¹³

¹² Véase APÉNDICE, texto 6: Facundo, "El concierto de anoche".

¹³ Para Cuéllar el poder municipal lo abarcaba todo, por lo que lo definió como el encargado de "la policía, las cárceles, la instrucción pública, los hospitales, las aguas, ríos, acequias, puentes y calzadas, los teatros, los paseos, y en suma, todo el conjunto de las necesidades de la vida social: un pueblo bien puede existir y estar en paz sin gobierno; pero acabarfa, con la falta absoluta de organización municipal"

De esta manera, la autoridad, por tener mayores conocimientos, estaría capacitada para resolver, por medio de la razón y su ilustración, los problemas de los demás. Sólo los más aptos, los más instruidos descubrirían la llave del servicio comunitario y podrían guiar a los ciudadanos hacia un futuro prometedor, es decir que, según Cuéllar, esta élite gubernamental ilustrada sería la que finalmente lograría cambiar las costumbres y harían progresar a los pueblos:

En la marcha de la civilización, es natural que los hombres superiores, los que han aprendido en el ejemplo de los pueblos que marchan adelante, las vías del progreso; que los hombres más pensadores e ilustrados sean los que comuniquen sus ideas, e impulsen a los que se detienen en su camino. La reunión de hombres ilustrados y de buena intención en una capital, forma la corporación municipal, y bajo las ideas de adelanto de los concejales, se mejoran las condiciones de la población; pero en los pueblos cortos, que es en donde más se necesita de la acción municipal, los Ayuntamientos están formados de hombres por lo general incapaces de salir de la rutina establecida por sus antepasados; así es que a esos pueblos los vemos con tristeza condenados a conservar su triste condición por muchos años, víctimas de la inercia y la ignorancia de sus Ayuntamientos[...] ¿Qué esperanza de mejora ni de progreso puede ofrecer un pueblo en el que su Ayuntamiento está compuesto de hombres que apenas saben leer, y que no sólo no tienen la más remota idea de progreso, sino que repelen todo aquello que tienda a innovar lo que encontraron establecido?¹⁴

Sumado al problema de un gobierno sin educación, Cuéllar observó también que la situación se agravaba debido a que las comunidades estaban pobladas en su mayoría por indígenas. Facundo afirmó que la propensión de los indios al descuido y a la ignorancia les impedía desarrollarse. A diferencia de Altamirano y Ramírez que pugnaron por la integración de los indígenas al país, principalmente a través de la educación, Cuéllar vio en los indios una raza abyecta y no creyó en su capacidad de perfectibilidad:

es una cualidad inherente a la raza pura del indio, el no procurar el mejoramiento de su condición, ni aspirar a las comodidades de una vida mejor; hay indios que

(Véase APÉNDICE, texto 13: José T. de Cuéllar, "El poder municipal").

¹⁴ *Idem.*

tienen más de lo necesario para vivir cómodamente, pero el aumento de sus fondos no los hace cambiar de costumbres: si cargó carbón o cortó leña, ha de morir cargando carbón o cortando leña, aun cuando tenga mil oportunidades de emanciparse de esa esclavitud voluntaria.¹⁵

El contrapeso de la figura del indígena, según Cuéllar, sería el regidor, persona ilustrada y con cierto capital que dirigiría sin otro tipo de intereses la corporación municipal:

Para ser regidor se necesita tener por notoriedad mayor ilustración relativamente a la masa común del pueblo, tener cierto capital y bienestar privado, que permita a un hombre no ocuparse tanto de sí mismo que no pueda ocuparse de los demás; tener patriotismo y abnegación suficientes para prestar servicios gratuitos, molestos e incasantes, en obsequio de otros.¹⁶

Como se observa, Facundo escribió este editorial para plantear un nuevo orden en la dirección de país, que amparado en la educación llevaría a México, lógicamente, hacia el progreso; con ello, el escritor se descubrió como un hombre de transición que oscilaba entre un desconsolador pasado y un futuro promisorio. Como ya mencioné en el capítulo anterior, la educación era considerada el camino de redención social y sólo a través de ella se transformaría a la sociedad desde la raíz. Cuéllar, sabedor de su misión, primero desde el periódico y después desde sus novelas propuso cambios en las diferentes esferas sociales y, esperó encontrar eco en sus compañeros periodistas, para que ellos también, desde sus tribunas, propugnaran por el cambio:

entre tanto esperamos que si en estas nuestras pobres ideas la prensa encontrare algo que pueda ceder, como nosotros creemos, en bien del país, se ocupe alguno de nuestros ilustrados colegas en ampliarlas suficientemente, no dudando que con tan eficaz apoyo logremos ver coronados nuestros buenos deseos.¹⁷

Facundo trasladó después estas mismas ideas a su novela *Ensalada de pollos*, donde también sugirió cambios que esperaba repercutieran en el comportamiento de sus lectores y por ende, de

¹⁵ *Idem.*

¹⁶ *Idem.*

¹⁷ *Idem.*

la sociedad en general; de ahí declaraciones como esta:

pero si en este pequeño libro habéis podido hallar, mezclado al sabor de nuestra charla, algo que haya hablado a vuestra alma [...] si os habéis detenido un momento a contemplar la situación moral del mundo, os afirmamos que esta suspensión contemplativa no será estéril en resultados, y acaso veais más claro el porvenir a la débil luz de la Linterna Mágica.¹⁸

Bajo este ideal de un gobierno ilustrado, Cuéllar abordó uno más de los problemas políticos nacionales: la burocracia.¹⁹ En "¿Qué hago con mi voto?", aparecido el 21 de septiembre de 1867, el autor por un lado, hizo una revisión de las entretelas del acontecer político de la década de la historia de México, que va de 1857 a 1867 y, por otro, a través de las palabras con las que se autodefinió un empleado del gobierno: "yo no soy un sabio, pero en realidad, para ser empleado no se necesita saber; teniendo uno una persona que lo proteja",²⁰ Facundo logró plasmar la falta de preparación y el grado de ignorancia de muchos de los servidores públicos que, como ya indiqué, según el autor, deberían de ser los más ilustrados para hacer progresar a la sociedad.

Frecuentemente Cuéllar, para ponerse a salvo, se sirvió tanto de la ironía como del humor al abordar cuestiones políticas del momento; así generalmente, Facundo acostumbraba disfrazarse de otras voces para poder criticar sin tener problemas con la autoridad. En el caso del artículo al que he referido, "¿Qué hago con mi voto?", el escritor, por medio del diálogo imaginario que sostuvo con un joven y que fue transcrito por un supuesto cajista, consiguió que su personaje se autoexpusiera como un mal de la sociedad. Cuéllar, con este recurso, se deslindaba de cualquier responsabilidad por sus comentarios sobre el acontecer político, y, con

¹⁸ José T. de Cuéllar, *Ensalada de pollos*, p. 226.

¹⁹ Véase APÉNDICE, texto 3: Facundo, "¿Qué hago con mi voto?".

²⁰ *Idem.*

la declaración final que hace al cajista: "No le hace: al fin un cajista no tiene necesidad de cuidar su reputación literaria",²¹ pone a salvo también su oficio de escritor.

Otros de sus escritos donde encontramos este recurso son el poema "Audiencia", publicado el 22 de noviembre de 1867, ahí la voz que sirve de escudo a Cuéllar es la de un viejo soldado que se está muriendo de hambre y pide al ministro de guerra un poco de ayuda para sobrevivir:

*Sólo un momento
sea permitido
que yo concluya
con esta danza;
manda ordenanza
que yo no arguya,
pero ya el hambre
me hace elocuente,
ya de repente
me da calambre;
pronto me muero.
¡Señor Mejía!
¿Qué dice usted?
-Que no hay dinero.²²*

Y la epístola "El crédito público", 30 de noviembre de 1867, en la cual es un español el que expone los problemas hacendarios y las consecuencias que los contribuyentes experimentaron una vez restaurada la República.

Cuando *le hacen a usted*, por ejemplo, contribuyente, cuando le piden a usted, cuando le quitan algo; entonces los señores del Gobierno no se equivocan, le piden a usted en virtud de las circunstancias de la guerra y de las leyes; le quitan a usted, porque de alguna parte lo han de tomar, y porque usted lo tiene y el Gobierno no.²³

²¹ *Idem.*

²² Véase APÉNDICE, texto 21: Facundo, "Audiencia".

²³ Véase APÉNDICE, texto 22: Facundo, "El crédito público".

En ambos casos el escritor planteó los problemas políticos y sociales que encaró la nueva administración, sobre todo en el segundo, donde "un acreedor del gobierno", como apareció firmada esta carta y que Cuéllar aparentemente sólo se encargó de reproducir, manifestó la incompetencia del Estado para resolver las dificultades de la pasada economía de guerra, asimismo, al plantear su problemática, puso de manifiesto las arbitrariedades que se sucedieron una vez restablecida la paz:

mi señora suegra, que es tan buena, me aconseja que me haga financiero como si fuera ministro, para salir de todos mis acreedores, y no así como quiera, sino remediándome por lo pronto; hasta me ha hecho esta observación que no carece de fundamentos: convertir al acreedor en deudor es la más completa resolución aritmética que pueda idearse. La santa de mi suegra tiene razón cuando me dice: ¿tienes muchos acreedores? *pues "cóbrales"*, como dice el gobierno; tú o yo diríamos: *pues "págales"*; pero tú y yo no hemos estudiado finanzas; con el tres por ciento que les cobres a tus acreedores, te remedias, y más te remedias todavía si no les pagas, cosa que muy bien puede sucederte a ti con el gobierno: conque dar que vienen dando, refaccionando a tu favor los créditos de tus acreedores, aunque el gobierno no te pague; esto no ha de ser inmoral, supuesto que lo hace el gobierno, y lo que es más, lo dice y lo publica en letras de molde: ya ves, hijo mío, qué útiles son las finanzas.²⁴

Para José T. de Cuéllar la crítica iba encaminada al cambio, por lo que siempre resaltaba el vicio o el problema, por medio de la burla o la ironía, con lo cual, como se ha podido observar, buscaba incidir en el comportamiento del gobierno y de la sociedad y, así, contribuir en la reedificación de México.

b) La guerra

Cada una de las revueltas a las que se enfrentó el país, contribuyó a forjar un desolado panorama nacional, porque la guerra, según Facundo, no sólo trajo el atraso de la sociedad en todas sus facetas, sino que también destruyó las esperanzas y las vidas de muchos mexicanos. Dentro de

²⁴ *Idem.*

este mismo tema y en relación con la estructura del ejército, Cuéllar criticaba las distintas jerarquías del poder militar que sólo condecoraban y rendían homenaje a los altos mandos, sin reconocer la importancia que cada soldado tuvo en la lucha; esto último resultaba contraproducente, pues mermaba el espíritu patriótico de la tropa. Facundo, quien en 1847 fue alumno del Colegio Militar, con la voz del poeta rescató a los soldados caídos; a modo de protesta, clamó por el reconocimiento de los "mártires sin nombre" y, a través de sus versos, los revivió para la memoria de la patria:

*¡Ay! ¡ni la Patria, no! sólo ha encontrado
en ese campo, insignias, una espada
del jefe graduado:
entre soldados, nada...
La fama allí eligió a los generales;
y los demás fusiles son iguales.
¡Triste fin del pequeño junto al grande,
por más que por ser grande tenga empeño!
La gloria es del que mande;
el olvido del pequeño.²⁵*

Más tarde, en 1869 desde las páginas de *La Ilustración Potosina*, Cuéllar volvió sobre el tema de la guerra y sus terribles consecuencias, a las cuales sumó la funesta influencia de política, como un elemento que acaparaba la atención de los mexicanos y no permitía el desarrollo de la sociedad; nuevamente, el escritor predicó la necesidad de cambios sustanciales, pero que no estuvieran emparentados con las armas, sino con el arte, el comercio, etcétera.²⁶ El escritor no concibió la lucha armada como un elemento de transformación, sino más bien como un factor que retrasaba el advenimiento del progreso.²⁷ Posteriormente, en su novela *Ensalada de pollos*,

²⁵ Véase APÉNDICE, texto 1: José T. de Cuéllar, "A los mártires sin nombre. Canto elegíaco".

²⁶ Cfr. José T. de Cuéllar, "Revista", en *La Ilustración Potosina*, p. 106.

²⁷ Cfr. Belem Clark de Lara, "Estudio preliminar. IV. Los géneros. 5. Crónica. A. 'El negro fantasma de la política'", *op.cit.*, pp. 66-70.

Facundo dio vida a Jacobo Baca, figura degradada que representó las condiciones de atraso que experimentó el país durante la guerra; asimismo, de este personaje se sirvió el autor para describir a un grupo de soldados que se lanzaba a la guerra por necesidad, para ganar dinero y que, lejos de ser útiles a la patria, terminaban como delincuentes. Contrapuesta a esta figura, Cuéllar glorificó a los patriotas que verdaderamente luchaban por la libertad de la nación.

Aburrido don Jacobo de buscar destino, y más aburrido de no hallarlo, pensó en una cosa[...]: lanzarse a la revolución. Esta idea acariciada en medio de la ociosidad y de los vicios, es el calor con que la madre discordia empolla a sus hijuelos; esta idea ha sido el prólogo de muchas popeyas, así como el primer paso en la senda del crimen [...]. Respetamos aunque no aludiendo a don Jacobo, esta misma idea de lanzarse a la revolución, cuando es engendrada por el noble arranque del patriotismo.²⁸

En cada uno de estos textos, como se ha señalado, Facundo cuestionó distintos aspectos de la lucha armada, ya fuera en la poesía, en la crónica o en la novela, señaló los vicios de la clase militar para lograr un cambio en la sociedad y, en especial, en la estructura del poder.

c) Las costumbres²⁹

Uno de los grandes tópicos que atraviesa la obra de Cuéllar, como lo señala Guillermo Prieto en su "Prólogo" a la segunda época de la *Linterna Mágica*, es el retrato de las costumbres,

²⁸ José T. de Cuéllar, *Ensalada de pollos*, p. 4.

²⁹ Uno de los rasgos o casi el único que la crítica privilegia de la obras de Cuéllar es este costumbrismo, que dejó en sus páginas la mejor descripción del México juarista. Sobre esta cuestión puede verse *Cien años de novela mexicana*, de Mariano Azuela, p. 98; *Las corrientes literarias de la América hispánica*, de Pedro Henríquez Ureña, donde se describen las novelas de Facundo como cuadros de costumbres ampliados, p. 151; *La expresión nacional*, de José Luis Martínez, p. 303; *Historia de literatura mexicana. Desde los orígenes hasta nuestros días*, de Carlos González Peña, quien afirmó que: "aunque [Cuéllar] cultivó otros géneros fue en la novela y en el artículo de costumbres donde encontró la fama", p. 246; *Historia de la literatura mexicana*, de Julio Jiménez Rueda, que al igual que el anterior, sostuvo que: "en ninguno de los géneros cultivados por él llega a tener la importancia que en la hechura de pequeños cuadros de costumbres", p. 178; *Historia de la novela mexicana en el siglo XIX*, de Ralph E. Warner, p. 36; y *Letras parias*, de Manuel Sánchez Mármol, que definió a Cuéllar como: "un novelador costumbrista, y a este respecto viene a ser como el continuador de Fernández de Lizardi", p. 86.

donde el autor se dedicó a pintar con fino lápiz el comportamiento de los mexicanos y, sobre todo, de la clase media; dice Fidel:

usted narra lo que veía: son las de usted las novelas hechas de la clase media que se roza con la alta y con la ínfima; sus personajes no descienden, sino pocas veces, la escalera.³⁰

Facundo describió en especial los medios sociales que conocía, casi siempre dentro del ámbito urbano; de ahí que las costumbres vayan íntimamente relacionadas con el dibujo de la ciudad, de sus fiestas y reuniones; así también, Cuéllar pintó los tipos que esta sociedad producía, "personajes a través de los cuales se describe, satiriza o comenta toda clase psicológica, social, profesional o local".³¹

Carlos Monsiváis afirma que si algo normaba el entusiasmo liberal era la certeza de una realidad nueva que se construiría al nombrarla, de una nación que se lograría transformar si se le describía críticamente, de las conductas improductivas que se corregirían si se vieran puestas en ridículo.³² Este entusiasmo alentó también la obra de Cuéllar, quien por medio de estos cuadros o relatos de costumbres³³ buscaba participar en la edificación de una nueva nación;

³⁰ Guillermo Prieto, "Prólogo a la edición de la segunda época de La Linterna Mágica", en B. Clark de Lara, *op.cit.*, p. 143. Fidel en este mismo texto marcó las diferencias entre Cuéllar y él, y autodefinió su misión como escritor: "concebí el propósito, a que no he faltado nunca, de descender a la más ínfima de la sociedad, de desantrañar su educación brutal y sus vicios, de poner de relieve sus buenas y sus malas cualidades" (G. Prieto, *op.cit.*, p. 142).

³¹ Margarita Ucelay Dacal, "'Escenas' y 'tipos'", en Iris M. Zavala, *Historia crítica de la literatura española. T. V: Romanticismo y realismo*, p. 354.

³² Carlos Monsiváis, "Prólogo" a Juan Bautista Morales, *El Gallo Pitagórico*, p. XIX.

³³ Sobre "el cuadro de costumbres" siga las características que ofrece Evaristo Correa: a) "la extensión [...] suele limitarse al patrón establecido para el artículo de revista o de periódico", b) brevedad, c) carente de un desarrollo dramático, d) aparición de personajes genéricos, y a partir de ellos se logran "analizar sus reacciones, contar sucesos reales, describir lugares concretos", e) "en su modalidad retrospectiva, es muy frecuente que el cuadro típico se entrecruce con la divagación histórica, necesaria en muchos casos para la comprensión de lo expuesto" (Cfr. Evaristo Correa Calderón, "El cuadro de costumbres", en I. M. Zavala, *op.cit.*, pp. 350-352).

intentaba también, moralizar, enseñar y, sobre todo, transformar, dar a los mexicanos la opción de nuevas costumbres que, puestas en ejercicio, erradicaran los viejos vicios.³⁴

En el texto "El Día de Muertos", que apareció en *El Correo de México* el 2 de noviembre de 1867, Facundo describió la fiesta religiosa consagrada a los difuntos, a través de ella criticó a la Iglesia y la manera cómo los mexicanos celebraban esta festividad. Las creencias, afirmaba Facundo, con el tiempo habían perdido su sentido prístino al permitir su comercialización, lo que en consecuencia, había ocasionado que los creyentes se relacionaran con la muerte de una manera frívola e indiferente; esta actitud, con el paso de los años, había provocado el decaimiento de los valores morales.

Cuéllar, sin dejar de ser un creyente, participó del intento de secularizar los espacios de la sociedad y, constituyéndose en un sacerdote del mundo laico puso constantemente en relieve los defectos de las distintas comunidades, en este caso los de la corporación eclesiástica, para corregir las costumbres.³⁵

Hoy celebra la Iglesia la conmemoración de los fieles difuntos: quiere decir, que se acuerda de los que le pertenecen y se olvida de los que no le importan: reza por los fieles, que los que no lo fueron con su pan se lo coman: hace muy bien la Iglesia, supuesto que a lo tuyo tú. Jesucristo murió por todos, e instituyó la oración por todos, pero era Jesucristo, y sería muy pretensioso para la Iglesia el querer parecersele absolutamente.³⁶

Sin embargo, como he venido señalando, en la mayoría de los temas que Facundo abordó en su obra, no sólo se suscribió a la crítica, sino que también elaboró soluciones. En cuanto a las

³⁴ Al hablar de esta generación Huberto Batis menciona que: "amaron sus recién creadas costumbres a falta de tradiciones que pudieran respetar" (H. Batis, *op.cit.*, p. 151).

³⁵ Cfr. C. Monsiváis, "De la santa doctrina al espíritu público (sobre las funciones de la crónica en México)", en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 35 (1987), p. 760.

³⁶ Véase APÉNDICE, texto 14: Facundo, "El Día de Muertos".

festividades religiosas, Cuéllar pugnó, años más tarde, porque fueran sustituidas por celebraciones cívicas.

el clero hábil y conocedor enseñó al pueblo a amar a Dios en los maitines y las vísperas, pero con su correspondiente acompañamiento de luces, procesiones, vendimias, trajín, lujo, comercio y demás circunstancias atenuantes de la penitencia [...] El gobierno pretende que el pueblo ame la Constitución, sin rodearla de ninguno de estos atractivos que tienen el prestigio de hacer amar al ignorante [...] Sustitúyanse las fiestas religiosas con fiestas cívicas [...] Y así como en otro tiempo el divertirse en una procesión, traía la deducción moral de que sólo el acto de convivir era mérito para el cristiano, hoy la asistencia a la *fiesta del trabajo*, engendraría en todos los concurrentes la idea de glorificar el trabajo como un de los preceptos divinos, y como la gran palanca de la humanidad para conquistar la vida, la riqueza, la ciencia y la felicidad.³⁷

En el cuadro de costumbres "El Día de Muertos", a los ojos de autor, las fiestas religiosas se habfan convertido ya en una verbena sin más importancia que gastar o ganar dinero, lucir un vestido nuevo o encontrarse con un pretendiente en el cementerio.³⁸ Para contraponer este decaimiento de valores, Facundo creó dos figuras antagónicas: Piedad que representaba, en su dolor por la pérdida de un ser querido, el sentimiento genuino hacia la muerte y la virtud que debía de regir el comportamiento de las mujeres,

³⁷ José T. de Cuéllar, "Revista", en *La Ilustración Potosina*, pp. 201-202.

³⁸ En varias de sus novelas, Cuéllar abordó el tema de la falta de recogimiento y la indiferencia de los creyentes durante las festividades religiosas, sobre todo en la *Historia de Chucho El Niño*, donde, al presentar a tres personajes, comentó irónicamente: "Matiana, Vicenta y Susana contribuyen con fe ardiente y celo religioso al culto, con el producto de sus industrias respectivas[...] Hacen todos los días sus cuentas, y convienen en que nueve días del novenario y ocho de la octava, son diecisiete, da tanto trabajo como lucro, y de tanta animación como alegría" (José T. de Cuéllar, *Historia del Chucho El Niño*, p. 19). Es interesante observar cómo en cierto momento, el mismo Cuéllar consideró positivo el dinamismo económico que propiciaban las fiestas religiosas: "El pueblo mexicano durante tres siglos recibió sus impresiones de las repetidas y suntuosas fiestas del culto externo, al que estaba consagrado[...] más de la tercera parte del tiempo útil[...] Innumerables transacciones mercantiles en pequeña y en alta escala estaba en espera de la inmediata fiesta religiosa[...] ¡Cuánta falta nos hace un gobierno que aprendiera a gobernar a un pueblo con igual prestigio y con la misma influencia, pero con una diferencia esencialísima: La educación civil[...] (José T. de Cuéllar, "Revista", en *La Ilustración Potosina*, pp. 200-201).

viuda y huérfana hace tres años; cosió munición cuatro semanas, y repartió su jornal a los pobres. Comió muy mal y no duerme porque llora. ¡Pobre Piedad! no va al Zócalo; todavía es hermosa: ésta es de las fieles que se esconden para no celebrar a los muertos; no está de acuerdo con los otros fieles. ¡Qué infidelidad!³⁹

y Lola, quien:

Hace tres días que va y viene, sale, entra y prepara todo un arsenal de dijes y blondas. Ha tenido que comprar dos velas gordas para su papá difunto; unos dulces para regalarle a *ese*, y unos botines de a cinco duros de lo más lindos, para darle gusto a una persona; estrena crinolina, corsé y trajes; tienen que ir al panteón y al Zócalo; la llevarán a los tóteres; sabrá, por fin, a qué atenerse con respecto a N: cenará en Fulcheri sopa de ostiones, y el pobre de H se dará al diablo. Ella, en cambio, se dará a Dios en la mañana y a la sopa de ostiones en la noche. Lola es una fiel de lo más encatadora. Piedad, su prima, es diferente, es pobre y piensa de otro modo. Lola no trata a su prima.⁴⁰

Por medio de este discurso contrastante, Facundo buscaba poner de manifiesto los diferentes comportamientos y emitir su juicio final, Piedad como su nombre lo indica es una mujer piadosa, diferente porque, alejada de la moda y de las prácticas mundanas, se recluye y conserva los preceptos cristianos; Lola en cambio es frívola e indiferente, y se dedica a gozar en vez de sufrir por la pérdida de sus seres queridos.

En casi toda su obra, Cuéllar dirigió su *Linterna Mágica* para buscar este tipo de ejemplos que descubrieran las conductas viciosas y, al ridiculizarlas pretendía educar y

³⁹ *Idem*. Esta búsqueda de la virtud, puesta además en una figura femenina, fue reelaborada una y otra vez por Facundo, el mejor ejemplo de ello es Isolina, quien "murió pura, víctima de su honor y de su memoria: en ese aroma imperecedero, único homenaje digno a la virtud y al amor" (Facundo, *Isolina la ex-figurante (Apuntes de un apuntador)*, La *Linterna Mágica*, t. II, p. 249).

⁴⁰ Véase APÉNDICE, texto 14: Facundo, "El Día de Muertos". Años después, en 1882, Cuéllar siguió criticando la comercialización de las fiestas religiosas, que aún ocupaban un lugar importante en la sociedad mexicana: "Pero la cristiandad [...] ha visto venir el día de tan triste aniversario, pensando en todo, menos en el dolor de la Virgen, hasta llegar a convertir al Viernes de Dolores en viernes de placeres" (Facundo, "El Viernes de Dolores", en *Artículos ligeros sobre asuntos trascendentales*, La *Linterna Mágica*, t. XXII, p. 21-22).

moralizar,⁴¹ ya que, consideraba que las costumbres tenían que responder al nuevo ser de México, a su ser republicano y liberal, por lo tanto era necesario derrumbar las tradiciones ligadas al decaimiento de los valores morales; así, lo que Facundo ofreció en sus críticas fue un nuevo acervo de usos laicos.

En los escritos de Facundo, el retrato de las costumbres va acompañado de ciertos personajes o tipos que aparecen como producto de la sociedad y que, al mismo tiempo, la definen.⁴² Mediante la descripción de ciertos rasgos y comportamientos distintivos, Facundo construyó estos tipos, los cuales eran personajes colectivos que englobaban a los distintos estratos y vicios sociales. Los cuadros o historias en donde se presentan estas figuras generalmente terminan con una moraleja o en la manifestación de una llaga social que había que despreciar y, más tarde erradicar.

Ejemplo claro es el escrito "¿Que hago con mi voto?, que apareció el 21 de septiembre de 1867, donde Cuéllar, con una sonrisa, pintó los defectos de un empleado del gobierno que trabajó para todas las administraciones posibles, sin importarle si éstas eran conservadoras o liberales, nacionales o extranjeras. La indiferencia de este sujeto ante los avatares políticos y sociales de México, así como su falta de ilustración y de conocimientos son las características que lo definen:

⁴¹ A este respecto comenta Carlos Monsiváis: "el costumbrista, que por sólo serlo es un moralista, castiga riéndose, desea captar el conjunto a través de la minucia" (Carlos Monsiváis, "Prólogo" a Juan Bautista Morales, *El Gallo Pitagórico*, p. XXI).

⁴² En su "Prólogo" a la *Linterna Mágica*, Cuéllar afirma que su aparato luminoso le permite ver a las figuras que describe en grupos, y como tales, los personajes que aparecen en sus novelas representan vicios o defectos colectivos: "Creando encontrarme algo bueno, he dado por desgracia con que mi aparato hace más perceptibles los vicios y los defectos de esas figuritas, quienes, por efecto óptico, se achican aunque sean tan grandes como un grande hombre, y puedo abarcarlas, en grupos, en familia, constituidas en público, en congreso, en ejército y población" (Facundo, "Prólogo" a *Ensalada de pollos*, pp. XV-XVI).

- Y vea usted si soy desgraciado; apenas salió el señor Zuloaga, me quitaron el empleo, bajo el frívolo pretexto de que no servía yo para nada. Espíritu de partido, y nada más[...]

- No, no señor, qué razón; yo no soy un sabio, pero en realidad, para ser empleado no se necesita saber; teniendo uno una persona que lo proteja, como a mí don Félix[...]

- El jefe de mi sección me recomendaba la ortografía; me decía que no conocía yo mi idioma, y todo no era más que porque habfan quitado a su sobrino para colocarme a mí[...]

- Después serví con el señor Juárez, con este mismo don Benito que se ha hecho tan grande[...]

— Pero vino aquella noche en que se fue el Gobierno, y me volví a quedar sin empleo[...]

- Vinieron los franceses[...]

- Oiga usted, que época tan buena, digo para mí, porque ya sabe usted que no soy político, yo no entiendo nada; en teniendo un empleo, no me meto en que gobierne Juan o Pedro, que me paguen y tenga yo para vestirme decentemente, y nada más; porque como usted verá, yo no soy capaz de conspirar.⁴³

Otra de las figuras que Cuéllar recreó en estos artículos fue la del jugador. Visto como una lacra social, de origen principalmente ciudadano, el jugador llevaba dentro el germen de la degradación.

El vicio del juego, según Cuéllar, transformaba a los hombres en harapos humanos:

La imagen de un conocido de todo México se nos presenta, la estamos viendo: es un hombre que bien puede tener treinta y cinco años o cincuenta, porque la representación de la edad se pierde en las sombras de una fisonomía siniestra, donde las huellas de un vicio dominante dibuja líneas y produce sombras extrañas: este hombre tiene una dentadura asquerosa, y es además una de esas dentaduras montadas al aire, expuestas siempre, que ponen de manifiesto la insuficiencia de los labios para cubrir aquellos huesos amenazadores: este hombre no se peina, no se lava, no se cepilla, casi no se viste, o mejor, no se desnuda, porque su ropa forma parte de aquel cuerpo medio encorvado; se identifica la levita con la corbata, y ésta con la camisa, los pantalones con los pies y el sombrero con el cabello: felpa, terciopelo, cuero, paño y bretaña, se parecen:

⁴³ Véase APÉNDICE, texto 3: Facundo, "¿Qué hago con mi voto?". Este tipo de personajes acomodaticios y sin ideas políticas, que buscaba "destino", es decir, algún empleo, son comunes en la obra de Facundo. En *Ensalada de pollos*, por ejemplo, la figura de Pedrito, hermano de Concha, muestra a un pollo callejero que busca un acomodo a través de la protección de un general. Pedrito, según Cuéllar, "era una piedra en el edificio social que esperaba su destino; buscaba un albañil que lo 'colocara', y como no estaba labrada, debía ser colocada detrás de otras piedras" (José T. de Cuéllar, *Ensalada de pollos*, p. 19).

todo es homogéneo a fuer de una unión de dos años; todo aquello con sus miembros dentro, en el dintel de una puerta o al borde de un inodor[o]; este haz de harapos va precedido de una cabeza humana, donde no hay más que una idea: el juego.⁴⁴

Facundo hizo una descripción detallada para demostrar los alcances de esta lacra social y, como posteriormente lo realizó en casi todas sus novelas, dibujó con minucioso preciosismo la perdición de sus tipos, para constrarla con imágenes que representaban la virtud; ésta una vez perdida desfiguraba el rostro de los hombres. La función de estas representaciones del vicio era crear en el lector una acción de repudio.⁴⁵ Cabe mencionar que, aunque el juego no era el tema principal del texto, pues éste iba dirigido a celebrar el triunfo de la oposición sobre la Convocatoria, es decir algo mucho más inmeditado, el autor no perdió la oportunidad de moralizar y ejemplificar, poniéndose a prueba él mismo en contra de este mal. Al desviar la mirada del suceso cotidiano hacia este vicio, Facundo sobrepasó el nivel de la simple noticia e intentó ir más allá, es decir, ilustrar a sus lectores poniendo el dedo sobre una llaga social. El propio narrador se percató de haber virado el rumbo original del texto:

Pero no es eso lo que nos habíamos propuesto; corrió nuestra pluma, y seguimos con nuestra imaginación al hombre; pero ya que lo conocisteis, figuraos si tendremos horror al juego, y de si nuestro temor de parecérnosle, será fundado, cuando hemos dado el primer paso en esa senda, y no así como quiera, sino que como, hemos dicho, hemos ganado, quiere decir, estamos muy expuestos a engolosinarnos con el triunfo.⁴⁶

⁴⁴ Véase APÉNDICE, texto 7: Facundo, "Popularidad de la Convocatoria".

⁴⁵ Al respecto, Carlos Monsiváis comenta que: "Durante un período prolongado el detallismo exhaustivo de los cronistas, sirve a un propósito central: contribuir a la forja de la nación describiéndola y, si se puede, moralizándola" (Carlos Monsiváis, "Prólogo" a *A ustedes les consta. Antología de la crónica en México*, p. 26).

⁴⁶ Véase APÉNDICE, texto 7: "Popularidad de la Convocatoria". Cabe señalar que este juego de imaginación es una de las características de la literatura y el periodismo de Cuéllar. Asimismo, es interesante apuntar que Facundo para construir sus textos intercala pequeñas historias de cada uno de los personajes y después regresa al hilo de la narración, a la historia central, en el caso de que exista, ya que, en ocasiones, sólo va hilvanando las vidas de los personajes sin un hilo conductor. Facundo utiliza

Este personaje del jugador ocupó otras páginas de Facundo, como ejemplo encontramos el soneto que se incluyó en la publicación de la primera Velada Literaria, que se publicó a fines de 1867;⁴⁷ en ambos escritos el autor quiso, por medio del retrato de las costumbres, participar en la reconstrucción del país; así como transformar a la sociedad.

d) El progreso de la nación

En relación con el progreso material de México, Cuéllar, en *El Correo de México*, exploró espacios físicos de la urbe, asimismo, relató los acontecimientos sociales del momento, recorrió las carreteras, observó los avances de los trabajos del ferrocarril, y habló de los periódicos gobiernistas que atacaban a la oposición.⁴⁸ Si bien es cierto que muchas de las referencias que aparecieron en estos escritos estaban relacionadas con un momento específico, por lo que muchos de los personajes o de los sucesos sólo pueden descifrarse al contextualizar los textos,

también un narrador que va controlando los "vuelos de la pluma" del escritor, que generalmente se relacionan con cuestiones didácticas o morales.

⁴⁷ En este folleto vio la luz una poesía titulada "El jugador", firmada por Facundo: "¡Oro! No hay más allá! - Paloma mfa/ Acepta esa diadema de brillantes/ ¡Qué linda estás así! - La circunstancia/ Pueden pasar - ¡Espléndida es la orgfa!/ ¡Más oro aún! - ¡La suerte! - Volverfa/ A apostar cien escudos a la de antes./ ¡Oro! - ¡Vino! - Mujeres deslumbrantes./ - ¡Que venga pronto a avergonzarse el dfa!/ ¡Maldito tres!... ¡Ingrata! ¿así me dejas?! - No tengo más - Un robo - con dinero/ Escaparé - ¡Perd! - Siguen las quejas. - ¡Qué muera! ¡Lo maté! - ¡Perd! el tercero!/ ¡Un dolor! - ¡Tengo sed! - ¡Por qué te alejas?! - Un pedazo de pan, porque me muero!..." (Facundo, "El jugador", en Guillermo Prieto, *et. al.*, *Veladas Literarias. Primera Velada*, p. 32). Posteriormente, fue también incluido en *La Ilustración Potosina*, p. 188 (Cfr. José T. de Cuéllar y José Marfa Flores Verdad, *La Ilustración Potosina*, p. 188).

⁴⁸ Véase APÉNDICE, texto 8: Facundo, "Primera carta de Facundo a Próspero"; otros de los textos donde abordó las cuestiones sociales y políticas de actualidad fueron: texto 15: José T. de Cuéllar, "Contrastes" y texto 12: Facundo, "Un banquete en el Tívoli". En este último, Facundo relató la comida que se dio en honor del general Escobedo, donde brillaron, junto con las armas triunfantes, las letras. En esta crónica, Cuéllar introdujo ciertos valores que hacen pensar en el país que buscaba construir; por un lado, el autor enalteció las glorias de los republicanos y las convirtió en ejemplos a seguir y, por el otro, jugó con las composiciones que se improvisaron en el banquete, como un modo también de enseñar las bondades de la letra. Lo que se mira a trasluz es que las virtudes pertenecían, según Facundo, a los combatientes que regresaron a la capital y que comenzaron a participar en la reconstrucción de la nación; mostrarlos pareciera tener el fin primero de enseñar lo que se debía hacer o lo que para Cuéllar debía de realizar un buen patriota.

también resulta importante señalar que, en su crítica de las condiciones del país, Cuéllar dejó un testimonio del México de su momento y de la misión de reconstrucción nacional, a la cual siempre se abocó. En consecuencia, varios de los artículos que vieron la luz en *El Correo de México* contienen pasajes donde se describen y, al mismo tiempo, se cuestionan las condiciones de la nación. Un ejemplo es el texto "Primera carta de Facundo a Próspero", 18 de octubre de 1867, en el cual el escritor, al hablar del ferrocarril, el gran símbolo del progreso, se mofó de los supuestos adelantos materiales del país:

En cuanto a progreso, caminamos: desde que hay ferrocarril se llega a Puebla más tarde y se paga más, pero en cambio se divierte el viajero y lo distraen los boleteros con pedirle el boleto cada cinco minutos y con parar cada dos leguas, porque ¿cómo se ha de quedar uno sin conocer todos los paradores? Después sigue la diligencia para acabar con la ilusión, y a las doce de la noche ya está uno en Puebla: ¡y luego dirán que no son obras útiles los ferrocarriles! ¿qué más ventaja que llegar a Puebla a medianoche? En tiempo del gobierno español se llegaba temprano, pero estábamos muy atrasados: hoy la compañía inglesa ha gastado muchos millones para proporcionarnos esas ventajas: los maldicientes pretenden que el vapor entre nosotros es una ventaja, pero ¡que chasco se llevan!⁴⁹

José T. de Cuéllar mostró la necesidad de ciertas mejoras en el desarrollo de la Ciudad, pues ésta era el crisol donde se observaban los adelantos de la nación; la urbe se convertía en un

⁴⁹ Véase APÉNDICE, texto 8: Facundo, "Primera carta de Facundo a Próspero". Años después, Cuéllar criticó los resultados del progreso que tanto añoraba, pues según el autor: "México tiene ahora muchas razones para alegrarse: su prosperidad entre otras, y su decadencia moral", y en otro artículo afirmó: "parece condición ineludible del progreso humano el acrecentamiento y la prosperidad del vicio" (Facundo, "Nuestras cosas" y "Las prosperidades", en *Artículos ligeros sobre asuntos trascendentales*, La linterna Mágica, t. IX, pp. 221 y 243 respectivamente). Con respecto al progreso y a los ferrocarriles, en su novela *Los fuereños*, Facundo cuestionó la importancia de este transporte, así como las consecuencias morales que su aparición le ocasionó al país; su personaje Cadelaria comenta: "Con razón le tenía tanto horror al ferrocarril, porque por los ferrocarriles es por donde vienen todas esas cosas, todas esas mujeres y todas esas prostituciones de la mentada civilización de las capitales como México" (José T. de Cuéllar, *Los fuereños*, p. 305).

reflejo del grado de progreso que México había alcanzado.⁵⁰

En la obra de Cuéllar la ciudad es también un testigo de la historia de nacional, así lo muestra el texto "Monólogo del Zócalo", 7 de noviembre de 1867, en el cual la plaza principal de la Capital, como en una fábula, cobra vida y adquiere personalidad:

— ¡Ay! ¡ay! ¡mi historia es lastimera! ¿qué he hecho yo para que así me trate la suerte? No parece sino que yo, y no mis padres, he de ser responsable de las muchas talegas que dizque han gastado en mi educación.⁵¹

Transformado en un personaje, espejo de los diferentes gobiernos, el Zócalo relata su historia hasta el año de 1867; así, Cuéllar humaniza y hace hablar a la Plaza de la Constitución, para que ésta exponga sus carencias y alce la voz para pedir mejoras urgente en su arreglo:

Ya estoy fastidiado de tantos cambios y de tantos pisotones: ¿hasta cuándo me pondrán algo encima?, aunque sea un monumento que pueda contar, dentro de cinco siglos, la Independencia de México. Mientras no me tapen la boca, aunque sea con una columna, me he de considerar en mi derecho para poner el grito en el Cielo.⁵²

Como complemento de esta pieza, en "Las bancas de fierro", 19 de noviembre de 1867, Facundo se convierte en un personaje que transita por el Zócalo, describe sus correrías y los diálogos que escuchó en cada uno sus rincones, dejando un testimonio de las diferentes figuras de la ciudad: unos amantes, una familia numerosa que juega en las bancas de la Plaza Mayor, unos diputados en ciernes, cuyo diálogo demuestra su falta de preparación y sirve para dar voz a la crítica de autor.⁵³

⁵⁰ Posteriormente, Facundo siguió haciendo crónica de la Ciudad en sus novelas; describió los espacios más concurridos por la sociedad mexicana de la época, y sobre todo, el espacio del Zócalo, donde se paseaban todas las clases sociales (Véase, J. T. de Cuéllar, *op.cit.*, p. 270).

⁵¹ Véase APÉNDICE, texto 16: Facundo, "Monólogo del Zócalo".

⁵² *Idem.*

⁵³ Véase APÉNDICE, texto 20: Facundo, "Las bancas de fierro".

Los espacios en la obra de Facundo siempre acompañan de cerca a los personajes; por ser el escenario donde se desarrollan las historias y se observa el progreso de la nación, Facundo hizo un detallado dibujo de la Ciudad. Como cronista la recorrió y como narrador la describió; así, a través de la urbe se distingue a una sociedad que se encontraba en el proceso de recuperar sus espacios, de los cuales el autor se apropia para después darles vida en sus escritos.

e) El teatro y otras manifestaciones artísticas

En la sección de "Variedades", Facundo presentó varias crónicas de actos culturales, ya fueran obras de teatro, conciertos o reuniones literarias;⁵⁴ en ellas, el cronista no se limitó a hacer una relación sucinta de los hechos, sino que también enjuició la calidad de los distintos espectáculos y a las personas que concurrían a ellos; asimismo, por medio de estos pequeños artículos, Facundo se empeñó en exponer la importancia del arte como un vehículo para ilustrar a los hombres y alentar el progreso de los pueblos. Cuéllar sostenía que mediante la literatura, la música o el teatro se podía educar a los mexicanos.

El arte dramático, según Cuéllar, representaba un medio civilizador,⁵⁵ pues la gente al ver retratados los vicios en el escenario, tomaría conciencia de sus propios comportamientos, y por esta proyección cambiaría, virando el rumbo hacia la virtud.⁵⁶

⁵⁴ Sobre cuestiones teatrales véase APÉNDICE, texto 17: Por todos los artículos sin firma José T. de Cuéllar, "Teatros", texto 25: Facundo, "Revista" y texto 19: Facundo, "El teatro y los cócoras"; musicales, texto 6: Facundo, "El concierto de anoche"; y literarias, texto 24: Facundo, "Revista".

⁵⁵ "Alguna vez nos hemos ocupado de esta diversión, considerándola como un medio civilizador; y al contemplar la suma de elementos que brotan naturalmente en nuestro pueblo, lamentamos de corazón la falta de una organización conveniente en la explotación de esos mismos elementos diseminados, abatidos e imperfectos" (Véase APÉNDICE, texto 19: Facundo, "El teatro y los cócoras").

⁵⁶ A este respecto, también Vicente Riva Palacio concibió a la comedia como uno de los géneros que más aportaba a la moralización de la sociedad; afirmaba que: "El teatro sirve como escuela moral práctica, encomiando la virtud y haciendo odioso el vicio [...] La comedia [por su parte] critica y [se] burla [de] costumbres de la sociedad y [de] pequeños vicios que, sin ser infracción de leyes divinas o humanas molestan al prójimo [...] y que pueden fácilmente corregirse, con la agudeza de un chiste y con

Sin embargo, este arte enfrentaba, según Facundo, múltiples obstáculos en México, entre ellos se encontraba que sólo podían acudir a él las clases pudientes, y no la gran mayoría:

El pueblo, ávido de goces y de instrucción, se agolpa a las altas galerías haciendo un esfuerzo en sus pequeñas operaciones financieras, y participa también de los grandes espectáculos: en este orden de cosas los teatros no se llenan, la gente va por costumbre, el pueblo se retrae, las empresas se sostienen apenas, y nada se avanza.⁵⁷

Derivado de lo anterior, Facundo criticaba, en su crónica "El teatro y los cócoras", 16 de noviembre de 1867, las malas condiciones en las que se hallaba este arte, pues por aquellos tiempos, señaló, sólo se presentaban espectáculos en los jacalones, los cuales eran teatros de muy mala calidad que se instalaban por el Día de Muertos, donde confluía toda la sociedad mexicana sin importar la clase. Las funciones que se exhibían en estos lugares, según el autor, no ayudaban en nada a la moralización de la gente.

Cuando volví a la Capital me encontré con la noticia de los jacalones: ya sabes, el *velorio* de todos los años; ya verás que conservamos nuestras costumbres, especialmente las malas, y esto es que dizque no somos conservadores; los espectáculos que se preparan son sólo dignos de un pueblo rabón, y con todo, serán, ya lo verás, la delicia de la sociedad elegante y de todos; habrá títeres para concederle al vulgo una vez al año la prerrogativa de ver a los hombres pequeños; habrá malos sainetes, más mal representados, como si se tratara de política o de elecciones, y se cerrarán los grandes teatros para abrir los pequeños; no podrá haber ni ópera ni concierto como el último, porque hay títeres; todos estaremos muy contentos, como se trata de recordar a los muertos, y en estos tiempos en que se vive por milagro, según verás por los periódicos que hayas podido haber

un verso fácil, pero significativo, que los espectadores recogen y conservan en la memoria, o con el nombre de un personaje que viene a ser la representación de aquel defecto" (Vicente Riva Palacio, "Juan de Dios Arias", en *La misión del escritor. Ensayos del siglo XIX*, p. 297). Esta era una concepción de la comedia heredada del mundo clásico, ya Aristóteles había señalado que: "La comedia es, como se dijo, retrato de los peores, sí; más no según todos los aspectos del vicio, sino sólo por alguna tacha vergonzosa que sea risible; por cuanto lo risible es cierto defecto y mengua sin pesar y daño ajeno, como a primera ojeada en sensible una cosa fea y disforme sin darnos pena" (Aristóteles, *Arte poética*, p. 32)

⁵⁷ Véase APÉNDICE, texto 19: Facundo, "El teatro y los cócoras".

a las manos por esos mundos.⁵⁸

Otro de los males que aquejaba al teatro era el público mal educado, en este caso los llamados cócoras; estas figuras juveniles, dibujadas por Facundo como "lacras sociales", eran "jóvenes finos" que se dedicaban a escandalizar en las funciones, por lo que mucha gente, sobre todo del género femenino, se abstenía de concurrir a los escenarios:

esa turba de jóvenes mal educados e insustanciales que se llaman cócoras a sí mismos, y que no tienen más entretenimiento que dar idea de sus malas costumbres y afectar superioridad de cultura en un lugar que creen favorecer con su presencia. La vanidad de esos jóvenes que pretenden pertenecer en su edad de aspiraciones a mejor sociedad que a la que en realidad pertenecen, piensan encubrir su propia condición, constituyéndose en cócoras, en mofadores sin gracia y sin talento, perjudicando con su insoportable presencia al público y al empresario.⁵⁹

En este texto, el autor encontró el espacio propicio para denunciar el mal ejemplo de la juventud, y abogar "por el caído, por el escarnecido y por el pobre, y [señalar] con el dedo entintado de la prensa esa llaga social",⁶⁰ es pues, por medio de la letra que el escritor cumplía con su misión de transformador de las costumbres. Al ser testigo y juez de los acontecimientos, el literato podía por un lado, corregir y por el otro, señalar el camino hacia el futuro.

Cuéllar también en sus novelas abordó el tema del arte dramático, el mejor ejemplo de esto es *Isolina la ex-figurante*, donde el narrador repite una y otra vez la gran importancia de este arte en el progreso y en el desarrollo de los mexicanos; asimismo, la novela centra su crítica en los actores que desvirtuaban y entorpecían la función educativa y moral del teatro, por lo que el narrador emite juicios como el siguiente:

⁵⁸ Véase APÉNDICE, texto 8: Facundo, "Primera carta de Facundo a Próspero".

⁵⁹ *Idem.*

⁶⁰ *Idem.*

es un error juzgar al teatro como un lugar de corrupción, cuando su verdadero objeto es enseñar la moral con ejemplos prácticos, pero por desgracia nuestras sociedades modernas se han acostumbrado a ver el teatro de un modo de telón para fuera, y de otra manera muy distinta entre bastidores[...] ¡Pobre condición humana! Crea el ingenio de gracia el teatro, elevan las naciones templos a la moral y a las buenas costumbres, y las sacerdotisas de esos templos, encargadas de mantener el fuego sacro, minan como sabandijas inmundas los cimientos del edificio donde se enseña a amar, a perdonar y a bendecir, y forman una cloaca al vicio y un foco a las infamias. México está pasando en estos días la más escandalosa de las decadencias. El teatro está muriendo en la disipación y en la crápula.⁶¹

Cabe mencionar que José Tomás de Cuéllar fue una gran defensor del arte dramático, como lo demuestra el establecimiento del Liceo Mexicano y de su compañía teatral en 1867. Dentro del Liceo Mexicano se crearon diversas secciones, una de ellas tuvo el encargo de hacer un proyecto para un nuevo reglamento de teatros, con el cual, entre otras cosas, se buscaba defender los derechos de los actores nacionales y crear escuelas donde estos pudieran ampliar sus conocimientos; asimismo, se encargaría de luchar por los derechos de autor y la propiedad literaria.⁶²

En relación con la literatura, como ya he mencionado, Facundo hizo la crónica de la primera Velada Literaria, en la cual, al hablar de las las bondades de la paz, mencionó también

⁶¹ Facundo, *Isolina la ex-figurante (Apuntes de un apunador)*. La Linterna Mágica, t. I, pp. 252-253.

⁶² Belem Clark de Lara, "Estudio preliminar. V. José T. de Cuéllar. Semblanza biobibliográfica" a *La Ilustración Potosina*, pp. 90-91. En 1867, José Tomás de Cuéllar tuvo la idea de crear una compañía teatral, para tal efecto, reunió a algunos artistas y poetas; así logró fundar el Liceo Mexicano, que asumió como misión primordial, promover el adelanto del arte en general y en especial el dramático. El Liceo se instaló el 4 de agosto en el salón de actos del antiguo Colegio de San Juan de Letrán. Manuel Serrano participó como uno de los actores principales de la compañía; el elenco estuvo conformado también, por las primeras actrices, Marfa de los Ángeles García, Amelia Estrella del Castillo; el maestro de música y director de zarzuela, Donato Estrella; el primer actor y director de escena, Gerardo López del Castillo; las damas jóvenes, Joaquina Estrella, Matilde Dalmau, Dolores Estrella, Cristina Dalmau, Carolina Estrella; los actores, Eugenio Gutiérrez, Juan Martínez, Desiderio Guzmán, Julián Arsinas, Ignacio Izaguirre, Rafael Estrella, José López, Mariano Osorno y Benito Valdés. Manuel Serrano actuó, posteriormente en otras compañías teatrales, parecidas a la de Eduardo González (Cfr. Enrique de Olavarría y Ferrari, *op.cit.*, t. II, pp. 737-739, 823).

el papel primordial de un grupo de hombres de letras y de espada, que habían llevado a cabo la gran empresa de rescatar la libertad del país y que, ahora, en tiempos más tranquilos, por medio de la letra, se abocaban a la reconstrucción del país y a sembrar las nuevas costumbres.⁶³

Todas las manifestaciones artísticas, según muestra Cuéllar, estaban íntimamente unidas al cambio, pues a través de ellas se podía ilustrar a la gente; era pues, como todo lo que tuviera que ver con educar, un modo de alcanzar el progreso y la felicidad.⁶⁴

f) La educación y la juventud

Como se ha podido observar, la mayor preocupación de Facundo giró alrededor de la educación, entendida como el gran proyecto que atravesaba todos los espacios sociales y por la cual se lograría transformar al país hacia el progreso y la felicidad colectiva. En este sentido fueron varios los escritos donde Cuéllar vertió su pensamiento educativo, no sólo en sus artículos de periódico sino, también, posteriormente en sus novelas. En *El Correo de México* Facundo publicó "El azar. Estudios morales", 25 de septiembre de 1867, texto donde esbozó sus ideas sobre esta cuestión, ideas que se mantuvieron constantes en el resto de su producción. Partiendo del azar, Facundo reflexionó acerca de conceptos como la razón/sin razón, educación/ignorancia, inteligencia/fatalidad. La razón, según Cuéllar, debería de ser la luz que guiara el

⁶³ Al describir a los concurrentes, Facundo los definió como: "Los defensores de nuestras libertades patrias [...] eran los mismos que llenaban aquellos asientos de regreso al hogar doméstico, cerrando el tormentoso paréntesis de la revolución para entrar de nuevo a la vida social y a los goces de la amistad y la inteligencia" (Véase APÉNDICE, texto 24: Facundo, "Revista").

⁶⁴ Esta idea social del arte como vehículo educativo, tal vez la heredó Facundo de su maestro Ignacio Ramírez, quien sostenía que: "Entre los animales capaces de la instrucción[...] ninguno, bajo la influencia de ésta, sufre tan variadas y sorprendentes modificaciones como con el arte" (Ignacio Ramírez citado por Carlos Monsiváis, en "Ignacio Ramírez, educador", en *Obras completas* de Ignacio Ramírez, t. 6, p. V).

comportamiento humano; la duda, a su vez, sería el primer paso para acceder al conocimiento del mundo. Sin embargo, el gran problema del hombre, afirmaba Facundo, era la conformidad y la indiferencia ante lo que no podía explicarse, es decir, su incapacidad para cuestionarse y utilizar su raciocinio:

Quando la inteligencia humana encuentra un vacío en la esfera de lo que abarca y de lo que comprende, la razón pugna por explicárselo, y a falta de un resultado más satisfactorio, bautiza su duda, inventa una palabra, y el hombre se da por satisfecho, y su nueva palabra pasa de generación a generación sin que la duda primitiva se desvanezca. El hombre, orgulloso de ser la criatura predilecta, se avergüenza de su ignorancia y se disculpa, y cuando duda cree que tiene razón, y cuando algo no comprende cree explicárselo satisfactoriamente con una palabra "el acaso"; y cuando algo malo le sucede que no previó, pretende paliar su ceguera y exclama: "el azar"; y cuando no puede prevenir un resultado se contenta con abandonarse "al azar", lo cual es una dulce conformidad que prueba la bondad del corazón del hombre.⁶⁵

Para demostrar que la barrera del acaso se podía derrumbar, Facundo se dedicó en este texto a analizar el porqué unos mexicanos era liberales y otros no: la respuesta a este enigma la descubrió en la cuestión educativa. En principio, Facundo dividió la enseñanza en dos estadios: uno, el de la educación que se mamaba en la casa junto con la leche materna y, dos, el de la

⁶⁵ Facundo más adelante llegó a la conclusión de que: "El azar existe donde no ha existido un hecho previsto, donde no hay ni lo que se buscaba ni lo que debía de ser; existe antes del desengaño, y ha tenido tanto poder en el mundo, que no sólo ha dejado formar hombres serviles, sino que ha fundado una secta cuyos miembros se llaman fatalistas, y dictó a los mahometanos estas palabras: 'está escrito'. Donde no existe una convicción, el azar coloca un error. El azar se aprovecha de todas las inteligencias descuidadas, de todas las educaciones a medias, de todos los caracteres débiles, de todos los cerebros vacíos, y precede siempre la acogida del error, del fanatismo, y en lo general de todas las ideas desechadas por el buen juicio y por la instrucción" (Véase APÉNDICE, texto 4: Facundo, "El azar. Estudios morales"). En casi todas sus novelas, Cuéllar analizó este tema; así vemos que sus personajes sufren por su falta de raciocinio, y sobre todo, por su mala educación. En sus *Artículos ligeros sobre asuntos trascendentales* (1882-1883 y 1892) también se abocó a la defensa de la razón como base del conocimiento y afirmó: "Si el hombre no tuviera por norma de sus actos sino la razón, la lógica y el juicio con exclusión de toda tendencia a lo imposible y a los sobrenaturales, sería más dueño de sí mismo, y podría prevenir la mayor parte de sus desgracias" (Facundo, "El pulpo", en *Artículos ligeros sobre asuntos trascendentales*, La linterna Mágica, t. IX, p. 120).

instrucción que debía de proveer el Estado y, que se adquiría en la escuela.⁶⁶ Para ejemplificar lo anterior, Facundo relató la vida de un niño de buena familia llamado Arturo,⁶⁷ quien desde un principio recibió una educación deficiente y una instrucción incompleta, ya que se crió en los brazos de una nodriza libertina y posteriormente, recibió una mala instrucción en un colegio francés; como consecuencia

Este pollo ya está apto para gastar buena parte de su fortuna, sin riesgo de gastar su inteligencia, que para nada le sirve, teniendo coches, caballos, muchos amiguitos; ya está seguro de hacer más de cuatro fechorías, fiado en aquello de "hago bien, tengo dinero". A esta edad ya está lo suficientemente educado para aborrecer a todos los hombres de color moreno y para aprender todas las necesidades posibles. En vez de leer la historia de México, ha leído novelas francesas.⁶⁸

La educación para Cuéllar era una tarea que debía de iniciarse desde muy temprana edad, para que el hombre desde pequeño pusiera en juego sus conocimientos y pudiera tener acceso a otras esferas del saber y de la sociedad.⁶⁹ La ideas de Cuéllar a este respecto se relacionan íntimamente con la definición de Ilustración que expliqué en el capítulo anterior; para él, el

⁶⁶ Para una visión más amplia de estos conceptos, véase el artículo "El carácter y la educación", en *Artículos ligeros sobre asuntos trascendentales*, La Linterna Mágica, t. X, p. 26.

⁶⁷ Tal vez se podría ver en este Arturo el germen de lo que sería uno de los personajes más importantes de *Ensalada de pollos*.

⁶⁸ Véase APÉNDICE, texto 4: Facundo, "El azar. Estudios morales". En el mismo tono Facundo describió el destino del personaje de *Ensalada de pollos*: "[Arturo] no necesitaba buscar destino, y bien podía como Pedrito, no saber nada, supuesto que tenía dinero, [...] bien podía emplear su tiempo como mejor le pareciese, de manera que, en general, no lo empleaba en nada, y podía ser vago sin título y sin riesgo" (José T. de Cuéllar, *Ensalada de pollos*, pp. 25-26).

⁶⁹ Tanto en *Ensalada de pollos* como en la *Historia de Chucho El Niño*, novelas con una intención didáctica más clara, Cuéllar derivó de la instrucción el destino de sus personajes. En la primera comentó que: "La razón, que es siempre una consecuencia, parte de las premisas, y estas premisas, formadas desde la cuna hasta la pubertad, imprimen en el hombre, por lo general, su posterior carácter" (J. T. de Cuéllar, *op. cit.*, p. 56). En la segunda, comparó la niñez con una oruga, pues "este es el período de la nutrición, del desarrollo y del trabajo para el provenir [...] Buscad pues, el origen de todos los males, en el fondo de vuestro período de oruga y lo encontraréis" (José T. de Cuéllar, *Historia de Chucho El Niño*, pp. 255-256).

hombre era un ser prefectible, que mediante el uso de la razón podía progresar y encontrar la felicidad:

La observación, el estudio, el análisis, el discernimiento y la instrucción, pueden a veces apenas formar a un hombre; y el que ha llegado a cierta edad como nuestro pollo, sustituyendo a la observación, la indiferencia; al estudio, la pereza; al análisis, la conformidad y a la instrucción, la ignorancia, estará siempre muy lejos de conocer los verdaderos derechos del hombre y de sentir el legítimo orgullo de la criatura humana que con la luz de la inteligencia divina alumbró sus tinieblas y se abre paso entre los demás seres de la creación, en pos de un más allá supremo y anhelado. El que se queda atrás en esta marcha progresiva de la humanidad, es el mendigo orgulloso que no recoge las migajas del banquete, negando su hambre, como el ignorante niega su ignorancia. Éste es uno de los hombres abandonados al azar; el azar tiene que hacerlo todo.⁷⁰

El azar relacionado con la ignorancia, la indiferencia y las costumbres tradicionales, al decir de Facundo, liberal por convicción, impidían que el hombre progresara, pues lo mantenían atado a un destino comandado por la fe y la inactividad:

Las ideas de más fácil acogida entre los hombres débiles, son las sancionadas por la rutina, y las que van precedidas por la fe; las añejas preocupaciones, el fanatismo, una idea grotesca acerca de la Divinidad, forjada por antepasados ignorantes, la perversión de un culto y el absurdo. Las ideas de la ilustración, de reforma, de progreso, las nuevas lecciones de la experiencia, la proscripción de antiguos errores, son acogidas por las inteligencias superiores, por los ánimos fuertes, y por todos aquellos cerebros tiernos pero bien dispuestos, en los que el azar no ha tenido tiempo de dejar penetrar como impresión primera las ideas contrarias. El azar dejó formar retrógrafos serviles y casquivanos. La educación formó progresistas, liberales y sabios.⁷¹

En este proceso de perfectibilidad al que abría las puertas la instrucción, según Facundo, el ejemplo de los padres resultaba clave, pues eran ellos los que contaban con las armas para

⁷⁰ Véase APÉNDICE, texto 4: Facundo, "El azar. Estudios morales".

⁷¹ *Idem.* Posteriormente, en su novela *El pecado del siglo*, Cuéllar sostenía que: "La superstición, como todas las aberraciones del espíritu humano que están lejos de la santa razón y de la verdad, una vez apoderándose de la fantasía convierte a los hombres más resueltos en seres medrosos y mezquinos [...] La superstición convierte a los hombres en niños, como la ciencia convierte a los niños en hombres" (José T. de Cuéllar, *El pecado del siglo*, en *La novela del México Colonial*, t. I, pp. 223 y 270 respectivamente).

despejar la mente de sus hijos. De ahí la gran importancia de las figuras paternas y maternas en la obra de Cuéllar, pues sus acciones y conductas repercutían directamente en la conformación del carácter de los personajes jóvenes de sus historias.⁷²

Finalmente, Facundo concluyó el texto con una de las consignas que pueden aplicarse a la mayoría de sus personajes:

la mayor parte de los males que aquejan al hombre provienen del hombre mismo, por el imperfecto desarrollo de su inteligencia o de su educación.⁷³

Relacionado íntimamente con el mundo de la educación apareció en la obra de Cuéllar la presencia de la juventud. Para Facundo la juventud era el espacio idílico que el escritor había perdido y, donde todo estaba en potencia, en posibilidad de cambiar y transformarse por medio de la ilustración; era la mitad del camino entre el nacimiento y la muerte, en ella se podía virar de rumbo y trocar las costumbres:

¡La juventud! La edad del desarrollo físico y moral del hombre, el vigor de la vida, la presentación de los horizontes, el sonreír de la naturaleza, delicioso intervalo entre la ignorancia del niño y el desencanto del hombre.⁷⁴

La juventud para Facundo se presentaba como la esfera donde el educador y el escritor podían actuar e influir para corregir y componer los vicios.

Si en el ensayo sobre el azar Cuéllar trató principalmente sobre la instrucción del

⁷² Esta función formativa de los padres fue una de las grandes preocupaciones de Cuéllar, en *La Linterna Mágica* habitan personajes poco virtuosos que casi siempre heredaron de sus progenitores las malas costumbres, las cuales, fraguan sus destinos. Para Facundo la verdadera función de los progenitores era: "desarrollar en el alma tierna e impresionable de un niño los gérmenes del bien, las nociones de la virtud y las tendencias a la moral" (J.T. de Cuéllar, *op. cit.*, p. 205).

⁷³ Véase APÉNDICE, texto 4: Facundo, "El azar. Estudios morales". En su novela *Los mariditos*, Facundo abordó este tema, y concluyó que: "a nosotros se nos antoja que todo en esta vida, tiene una razón de ser, y que de la mayor parte de los males que nos aquejan nosotros tenemos la culpa" (José T. de Cuéllar, *Los mariditos*, p. 97).

⁷⁴ Véase APÉNDICE, texto 5: Facundo, "La juventud. Estudios morales".

hombre, sobre cómo éste debía conocer y enfrentarse al mundo con el arma de su razón, en otro de sus textos, "La juventud" publicado el 27 de noviembre de 1867, Facundo abordó el tema de la ilustración de las mujeres, ligada estrechamente a los conocimientos que emanaban de la naturaleza, es decir, como ya he mencionado antes con respecto a la madre, el papel que se le confería al sexo femenino estaba unido a la sabiduría de la naturaleza, a la intuición y sobre todo a la virtud. Para Cuéllar el hombre ejemplificaba la parte racional de la relación, mientras que la mujer, como su complemento, prestaba a la pareja la belleza y la intuición:

Todo tiene en la joven una expresión particular, como si la naturaleza no olvidara ningún detalle para decirle al hombre, satisfecha: copia [...] La mirada de la joven fluctúa entre la serenidad del descuido y la volubilidad chispeante de la inteligencia.⁷⁵

La mujer, según Facundo, "tiene el instinto del arte y del tipo" y "se siente inclinada hacia [...] el prestigio de lo bello", por el contrario, el sexo masculino cuidaba más el ejercicio de la razón y del conocimiento; sin embargo, la juventud, considerada ésta como un período de transición, "prefiere no analizar [y] se conforma con al exterioridad y no busca la esencia de las cosas, porque eso es propio de los viejos".⁷⁶

Cuando la belleza no iba acompañada de la inteligencia o de este tipo de intuición, la mujer, según Facundo, servía de estatua, mas no de musa ni de progenitora. En el poema "Bonita, tonta y fría" Cuéllar rompió el ideal romántico de la mujer presentando a "Paca La Divina" que, aunque era hermosa, no entendía los cantos del poeta. En este caso, la belleza vacía de contenido le parecía al autor un desperdicio y una frivolidad, tal vez esto podría aplicarse a su propia literatura. Paca, que encarna a la belleza, se transforma, a los ojos del

⁷⁵ *Idem.*

⁷⁶ Véase APÉNDICE, Texto 24: Facundo, "Revista".

escritor, en una figura hermosamente grotesca al carecer de instrucción, en una escultural piedra sin sentido:

*Zumbéle en verso primero,
que es un medio que a mi ver
tiene a veces más valía
en un pecho de mujer;
háblele después en prosa
que es más fácil de entender,
poniéndome hasta el alcance
de su mano y de su pie...
Salióme con una pata
en estilo descortés,
con incoherencia supina
de supina estupidez.⁷⁷*

Como se observa, los temas antes expuestos formaron parte del ideario literario de Facundo. Temas y ejes rectores, sobre todo en las cuestiones relacionadas con la educación, el arte y las costumbres, que conformaron el acervo de preocupaciones que Cuéllar trabajó en la mayor parte de sus escritos, desde los distintos géneros en los cuales incursionó y que se encuentran relacionados con la concepción que el autor tuvo de la literatura y de su misión como escritor.

⁷⁷ Más adelante el poeta se despidió de la bella Paca: "Queda en paz, lujo de forma,/ negativa de mujer;/ voy a escribirte un romance/ y te lo vengo a leer,/ a ver si cuando lo escuches/ dices: "no comprendo a usted"./ Adiós, y si tienes alma,/ en paz y descanso esté" (Véase APÉNDICE, texto 23: Facundo, "Bonita, tonta y frfa").

V. Conclusiones

1. A modo de conclusión. Facundo y la misión del escritor

En 1867, en *El Correo de México*, José Tomás de Cuéllar cantó las glorias de los héroes nacionales; sin embargo, no dedicó sus versos a los padres de la patria, sino más bien a los soldados que murieron sin ser coronados por la nación, quienes perdieron la vida durante las continuas batallas y de los cuales no se conocieron ni los nombres. A estos "mártires sin nombre" dedicó Cuéllar sus versos porque, según el escritor, el poeta debía de ser la memoria del pueblo, de los olvidados y de la historia; sólo las palabras del cantor rescataban a los combatientes muertos:

*Por eso en este memorable día
de consagradas, fúnebres memorias,
la voz de mi poesía
ensalza vuestras glorias.
Y al esparcir mis cantos a los vientos,
os conquistó un laurel de pensamientos.¹*

El poeta, sostenía Cuéllar en este poema, al rescatar el recuerdo de los caídos, les otorgaba la paz del reconocimiento; así, sus grandes empeños no habían sido inútiles, pues la memoria colectiva a la cual representaba el vate dejaba testimonio de su existencia:

*No saben quiénes son; mas mi poesía
os cubre con amor bajo sus alas,
y su plegaria envía
a las etéreas alas,
¡porque a mi ejemplo, eternecido el hombre
ruegue a Dios por las víctimas sin nombre!²*

¹ Véase APÉNDICE, texto 1: José T. de Cuéllar, "A los mártires sin nombre. Canto elegíaco".

² *Idem.*

El poeta, según se muestra en este texto de 1867, no sólo contenía el saber histórico, sino que también se erigía como un ejemplo para la sociedad, por lo que, como diría tiempo después el autor, debía de ser una figura equilibrada entre la razón y el sentimiento:

Desde la época de la poesía frívola, desde que causa sueño Anacreonte y se bosteza con Meléndez Valdez, el poeta moderno debe, por llamar la atención, ser tan filósofo como poeta y tan moral como correcto.³

De igual modo, el escritor público, como se autodenominó Facundo, era el receptáculo del acontecer político y social, como tal, dejaba sus ideas plasmadas en el papel con el fin de transformar las costumbres; ejemplo de esta concepción del escritor, lo encontramos en su texto "Popularidad de la Convocatoria", donde, al hablar del vicio del juego, comentó:

La pasión del juego no es nuestro fuerte: muy al contrario, hemos sido sus constantes enemigos, y hemos tenido ocasión de dedicarle sendos desahogos, en prosa y verso por más señas, desahogos que al menos nos han dejado la honrilla de haber sido declamadores moralistas.⁴

Como "declamador moralista" el escritor buscó incidir en la realidad y, por ende, su misión fue la de ser forjador de la conciencia pública. La obra de Cuéllar basó sus contenidos en el proceso de ser testigo y juez del desarrollo de la sociedad y de sus costumbres; como testigo, el escritor, observó y recreó los espacios y personajes urbanos y como juez intentó, con su *Linterna Mágica*, colección que nació años después, iluminar y moralizar a la sociedad, es decir, quiso educarla, corregirla. La imagen del escritor como vigilante de la realidad llevó a Cuéllar a concebir a la literatura como un producto social que reflejaba las condiciones de la nación; así lo expresó en 1869 en su texto "La literatura nacional", donde expuso con mayor precisión sus ideas sobre este arte y la misión del literato.

³ José T. de Cuéllar, "Revista", en *La Ilustración Potosina*, p. 333.

⁴ Véase APÉNDICE, texto 7: Facundo, "Popularidad de la Convocatoria".

En este ensayo Facundo hizo una revisión panorámica de la historia de la literatura mexicana, ligada estrechamente a los acontecimientos políticos y militares de México. En el siglo XVII, según la concepción de Facundo, el poeta no tenía "una misión que llenar, ni glorias que cantar", pues la sociedad en la que se desenvolvía no estaba consolidada y, existía a partir de las costumbres instituidas por España, por lo tanto, carecía de voz propia. En este espacio restringido, las letras eran sólo un divertimento: "El estudio de las letras era considerado, todavía en el siglo pasado, como un juego de ingenio, como un pasatiempo despreciable y de ninguna utilidad".⁵

Cuéllar afirmaba que, si bien había existido una literatura en la época colonial, ésta no tenía nada de nacional, ya que se había desarrollado como un extensión de la española y, en consecuencia, había copiado sus mismos vicios, a decir del autor, ése era el caso de Sor Juana.⁶

El poeta hasta el siglo XVIII, afirma Cuéllar, fue un bufón sin conciencia de los acontecimientos que lo circundaban. Al no tener una función social, el vate se encontraba en los límites de la sociedad como un paria y no como un integrante de la comunidad: "No se concebía al poeta sino como al hombre que sabe hacer reír, como al saltimbanqui que saber hacer suertes; de manera que era ajeno a toda gravedad e incompatible hasta con la posición social".⁷

⁵ José Tomás de Cuéllar, "La literatura nacional" en *La Ilustración Potosina*, p. 6.

⁶ Al describir el desarrollo de la literatura nacional, Cuéllar hizo la división tajante entre la Colonia y la era independentista, y despojó a los escritores del primer período de cualquier tipo de función, pues esta negación justificaba la nueva misión de los escritores, la de ser testigos y constructores de la nueva sociedad. Sin embargo, Ángel Rama en *La ciudad letrada* apunta la importante función del letrado durante la Colonia, como parte fundamental en el sostenimiento del poder (Cfr. A. Rama, *La ciudad letrada*, p. 26).

⁷ J.T. de Cuéllar, *op.cit.*, p. 6. Otros escritores del siglo XIX compartieron con Facundo esta visión del escritor en la Colonia. Guillermo Prieto, por ejemplo, sostuvo a este respecto que: "la poesía e

Según Cuéllar, esta visión del escritor como "ente extraño y ridículo" pervivió hasta los primeros años del siglo XIX:

Todavía en el tercera década de este siglo, el poeta era considerado como un ente extraño y ridículo, sobre el cual caía el escarnio de lo que en México se llamaba nobleza y aristocracia[...] el nombre de poeta sonaba como sinónimo de pobre y sucio en aquellos círculos.⁸

Y no fue sino hasta la lucha de Independencia cuando esta figura comenzó a adquirir importancia y renombre. Con la emancipación de la Metrópoli un nuevo orden social surgió; así, los escritores, Cuéllar se refirió sobre todo a los autores liberales de la primera mitad del siglo pasado, pudieron vislumbrar un espacio nacional al cual describir y cantar.⁹

Paralelamente al desarrollo de la figura del literato, del poeta, del creador, la literatura, como la nación, buscaba sus separación definitiva de la tutela ibérica. La Independencia, según Facundo, trajo la liberación del país y con ella la búsqueda de una expresión propia, que no pudo fructificar plenamente debido a las constantes guerras que asolaron al país; no obstante, se alcanzaron algunos avances en este campo: la Academia de Letrán (1836) y el Liceo Hidalgo (1850).

José Tomás de Cuéllar concibió a la literatura mexicana como un largo proceso de

forzoso repetirlo, era vista como un desahogo de las ocupaciones serias, tímida y vergonzante aparecía a la sombra del anónimo: las ideas de que los poetas no tenían más porvenir que el hospital, de que eran sucios, gembundos y pueriles, convertían este nombre en apodo, y a las ilusiones de gloria, esa hiel de ridículo les quitaba todo encanto y seducción" (Guillermo Prieto, "Algunos desordenados apuntes que pueden considerarse en cuanto se escriba la historia de la bella literatura mexicana", en *La misión del escritor. Ensayos del siglo XIX*, p. 112).

⁸ J. T. de Cuéllar, *op.cit.*, p. 10.

⁹ Cabe mencionar que este momento coincidió con el nacimiento del romanticismo en Hispanoamérica, como parte de la emancipación política y cultural de la metrópoli. "España deja de ser el tamiz de la cultura europea que pasa a Hispanoamérica y otras influencias notorias aparecen para ejercer directamente su 'prestigio cultural'" (Emilio Carilla, *El romanticismo en América Hispánica*, t. I, p. 48).

escisión de la voz española que se inició entrado el siglo XIX,¹⁰ y que obtuvo grandes frutos, según Cuéllar, a partir de 1867 y los años siguientes, mismos que representaron "la primera época verdaderamente floreciente de las letras en México".¹¹ En esta nueva sociedad que surgió con la restauración de la República, Facundo definió a la literatura "no sólo [como] el termómetro de la civilización, sino [también como] el reflejo de la historia de los pueblos".¹² Este "termómetro de la civilización" y "reflejo de la historia de los pueblos" era por lo tanto testigo y protagonista de los sucesos, memoria y presente al mismo tiempo:

[La literatura] es como la voz inmortal de las grandes catástrofes y de las transformaciones seculares, es el acento expresivo de los sacudimientos y de las revoluciones, que suena desde los siglos más remotos hasta la más remota posteridad.¹³

Como portador de esa "voz inmortal", el creador, para Facundo, tuvo la misión de ser el gran observador que recreó y registró los sacudimientos colectivos, y participó activamente en la

¹⁰ Cuéllar no fue el único escritor que apoyó esta teoría, Guillermo Prieto afirmó que no era posible culpar a la literatura mexicana de haber sido sólo un eco de la española, puesto que "nuestra sociedad no era sino una fracción degradada de la de los descendientes de Pelayo". Prieto, al igual que Facundo, marcó los primeros intentos de lograr una literatura nacional a partir de la Independencia, esfuerzos como la Academia de Letrán y el Liceo Hidalgo fueron impulso importante en este proceso; sin embargo, las condiciones del país, según Fidel, no fueron propicias para el nacimiento de una literatura nacional, puesto que ésta: "no puede ser obra de un hombre, ni de determinado número de años, y en las sociedades modernas, en que por los vehículos de la imprenta, el comercio y otros, hay reciprocidad de ideas, para que una literatura adquiera un tipo especial, es forzoso que las producciones de otros países se modifiquen, se aclimaten, y por sucesión de trabajos, se transformen y conviertan en literatura característica de un pueblo" (G. Prieto, *op. cit.*, pp. 111, 119). Todavía para el año de 1868, Altamirano escribió en sus *Revistas literarias* que la literatura mexicana sólo se dedicaba a imitar la literatura española.

¹¹ J.T. de Cuéllar, *op. cit.*, p. 21.

¹² *Ibidem*, p. 5. Altamirano definió también a la literatura como: "la expresión, el termómetro verdadero del estado de la civilización de un pueblo", y puntualizó, "sin duda, podía añadirse que también ella relata al vivo las pasiones, las amarguras y las esperanzas de una generación" (Ignacio Manuel Altamirano, *Obras completas. Escritos de literatura y arte*, 2, vol. XIII, p. 159).

¹³ J. T. de Cuéllar, *op. cit.*, p. 5.

construcción del ser nacional;¹⁴ así, para el autor, el escritor se convirtió en el gran educador que describió las costumbres, los vicios y que propuso reformas en todos los ámbitos sociales, sobre todo en la educación.¹⁵

Ya en sus colaboraciones en *El Correo de México*, Cuéllar asumió su tarea de vigilante de la sociedad, misión que mantuvo vigente en su *Linterna Mágica*. En el "Prólogo" a esta colección de novelas puntualizó su proceso de escritura al explicar el fondo de su obra:

debo decirle que hace mucho tiempo ando por el mundo con mi linterna, buscando, no un hombre como Diógenes, sino alumbrando el suelo como los

¹⁴ Esta generación de escritores, que representó el segundo romanticismo mexicano, en la que Emilio Carilla situó a los nacidos entre 1830 y 1840, estaba impregnada totalmente de las ideas de Larra y de Víctor Hugo. Heredó, en parte quizá, de este último su "romanticismo social". Víctor Hugo afirmó: "Hoy en día el escritor ha reemplazado al sacerdote, alguien recoge la luz del altar y la derrama en el seno de los pueblos [...] Una hoja de papel, frágil instrumento de una idea inmortal, puede nivelar el globo" (Roger Picard, *El romanticismo social*, p. 66). Al igual que la mayoría de estos hombres, Larra confiaba en que la "ilustración", que dotaría al pueblo español de nuevos conocimientos y espíritu, [rompería] por sí misma las viejas estructuras y [establecería] pautas de progreso" (Susan Kirkpatrick, "La evolución de Larra", en I. M. Zavala, *op.cit.*, p. 120).

¹⁵ En cuanto a los temas que se privilegiaron en esta nueva etapa de la literatura mexicana, se encuentran las cuestiones históricas, que si bien propiciaban que el pueblo de México entendiera el proceso histórico del país, tuvieron también la función de mostrar al exterior la realidad nacional. Altamirano pedía la vuelta al pasado indígena y el retrato del paisaje nacional, pues los mexicanos debían tomar el pincel para pintar su realidad y sus nacientes costumbres, y así derrumbar las imágenes falsas que el extranjero había creado de ellas (I. M. Altamirano, *op.cit.*, p. 38). Lo primero fue descubrir el paisaje, pintar la naturaleza y los espacios nacionales porque en ellos se encerraba la esencia de lo propio, y a partir de eso se podría ir definiendo el ser nacional. En este sentido, con la visión global de casi todo un continente, Emilio Carilla menciona que, dentro de los temas que el romanticismo hispanoamericano trata, el de la descripción del paisaje fue uno de los más logrados y que mejores frutos dio: al contrario de los europeos, que llegaron a dibujar lugares exóticos, los americanos pintaron su entorno, su realidad, como una forma de apropiarse de los espacios. Esta identificación de los americanos con el paisaje, los llevó a consolidar sus ideas de emancipación, ya que pudieron, lejos de la tutela de España, descubrir los nuevos espacios de la realidad y conformar con ellos su identidad nacional. (Cfr. E. Carilla, *op.cit.*, t. II, pp. 10, 32). Con respecto a la forma y el contenido de la literatura nacional, estos escritores se preocuparon más por su mensaje que por el cuidado de las formas; le apostaron a educar por medio de sus creaciones, por lo tanto, aunque la lengua la habíamos heredado de España, era necesario adecuarla a las circunstancias del país y enriquecerla con los modismos de cada lugar, como también se hizo en otras partes de América, porque: "la lengua debe reflejar la naturaleza, el espíritu y las costumbres de un pueblo, y la lengua española era ya pequeña para reflejar la naturaleza, el espíritu y las costumbres de los pueblos americanos" (Ignacio Manuel Altamirano, *op.cit.*, 2, vol. XIII, p. 210).

guardas nocturnos, para ver lo que me encuentro; y en el círculo luminoso que describe el pequeño vidrio de mi lámpara, he visto multitud de figuritas que me han sugerido la idea de retratarlas a la pluma. Creyendo encontrarme algo bueno, he dado por desgracia con que mi aparato hace más perceptibles los vicios y los defectos de esas figuritas.¹⁶

Cuéllar, armado de su linterna, intentaba captar las escenas y los usos cotidianos del pueblo, y como un personaje alejado, que miraba desde arriba a sus pequeñas creaciones, analizaba y juzgaba sus actos y ante todo, por medio de la letra, se ocupaba de corregir "los pefiles del vicio y la virtud".¹⁷

Mauricio Magdaleno afirma que Facundo quería que le creyeramos a él y no a sus personajes,¹⁸ por lo que en el "Prólogo" de la *Linterna Mágica*, Facundo explicó claramente el objetivo final de sus novelas, objetivo siempre relacionado con la recepción del texto y su incidencia en la realidad:

cuando el lector, a la luz de mi linterna, ría conmigo y encuentre el ridículo en los vicios y en las malas costumbres, o goce con los modelos de la virtud, habrá conquistado un nuevo prosélito de la moral y de la justicia.¹⁹

Como ya quedó demostrado, Cuéllar trató, con esta conquista, de educar por medio de la ejemplificación y, buscó erradicar los malos usos sociales establecidos casi siempre por una instrucción deficiente y por el fanatismo religioso, ofreciendo un proyecto civilizador. Facundo consideraba también que, una vez secularizados los espacios políticos del país, podría realizarse

¹⁶ José T. de Cuéllar, "Prólogo a la *Linterna Mágica*" en *Ensalada de pollos*, p. XV.

¹⁷ Facundo le comenta al supuesto cajista: "Yo que he copiado a mis personajes a la luz de mi linterna, no en drama fantástico y descomunal, sino en plena comedia humana, en la vida real, sorprendiéndoles en el hogar, en la familia, en el taller, en el campo, en la cárcel, en todas partes; a unos con la risa en los labios, y a otros con el llanto en los ojos, pero he tenido especial cuidado en la corrección de los perfiles del vicio y la virtud" (J.T. de Cuéllar, *op.cit.*, p. XVI).

¹⁸ Mauricio Magdaleno, "Prólogo" a José Tomás de Cuéllar, *La Linterna Mágica*, p. XI.

¹⁹ J.T. de Cuéllar, *op.cit.*, p. XVII.

la misma labor con las tradiciones nacionales y así, conducir al hombre por este camino al uso de la razón y del conocimiento, con lo cual el escritor cumpliría con su misión de contribuir en la construcción de un nuevo conjunto de conductas que definieran lo mexicano, lo nacional. Costumbrista y moralista, juez y testigo, Cuéllar deseaba divertir al enseñar; apelaba a crear en el lector la inclinación hacia el cambio, hacia la virtud: "la conciencia [...] se sienta frente a nosotros [...] con la esperanza de ser oída para que pensemos en enmendarnos",²⁰ lo que repercutiría directamente en la transformación de una sociedad que se encontraba en plena formación y crecimiento.

La importante presencia de *El Correo de México* durante el inicio de la República Restaurada evidencia las condiciones políticas y sociales, en las cuales se desarrolló la producción literaria de un conjunto de escritores liberales que, alejados de las esferas gubernamentales y blanco de la represión política, emprendieron la ardua tarea de crear una literatura nacional que, según sus parámetros, respondiera a las necesidades de la sociedad.

José Tomás de Cuéllar, figura representativa de este período, cultivó en sus escritos una literatura, donde la crítica social iba dirigida al mejoramiento de las condiciones de la Nación; a través de su colaboración en *El Correo* es posible apreciar también la gran misión que significó para estos literatos participar, a través de la letra, en la reedificación de México.

²⁰ José Tomás de Cuéllar, *El pecado del siglo*, en *op.cit.*, p. 231.

**I. Bibliografía de José Tomás de Cuéllar
consultada para este estudio**

Cuéllar, José T. de, *Historia de Chucho El Niño y La Noche Buena*, 2 ed. Edición y prólogo de Antonio Castro Leal. México, Porrúa, 1975, 349 pp. (Colección de Escritores Mexicanos, 45)

-----, *Baile y cochino. Ensalada de pollos. Los fuereños*. Pról. de Manuel Escurdía. México, Promexa Editores, 1979, 338 pp. (Clásicos de la Literatura Mexicana)

-----, *Los mariditos*. México, La Matraca, 1982.

-----, *El pecado del siglo*, en *La novela del México Colonial*, t. I, 4 ed. Estudio preliminar, sel., biografías, notas preliminares, bibliografía general y lista de los principales acontecimientos de la Nueva España de 1517-1821 por Antonio Castro Leal. México, Águilar, 1986, pp. 197-401.

-----, *La Ilustración Potosina. Semanario de Literatura, Poesía, Novelas, Noticias, Descubrimientos, Variedades, Modas y Avisos. 1869*. Edición facsimilar de Ana Elena Díaz Alejo, estudio preliminar, notas, índices y cuadros de Belem Clark de Lara. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Estudios Literarios, 1989, 338 pp.

-----, *Ensalada de pollos y Baile y cochino*. Pról. y ed. de Antonio Castro Leal. México, Porrúa, 1991, 379 pp. (Colección de Escritores Mexicanos, 39)

Colección La Linterna Mágica (2a época):

VIII. Cuéllar José T. de, *Poesías*. Santander, Blanchard y Compañía, 1890, 315 pp.

IX. Facundo, *Artículos ligeros sobre asuntos trascendentales I (1882)*. Santander, Blanchard y Compañía, 1890, 269 pp.

X. Facundo, *Artículos ligeros sobre asuntos trascendentales II (1882-1883)*. Santander, Blanchard y Compañía, 1891, 232 pp.

XI y XII. Facundo, *Isolina la ex-figurante (Apuntes de un apuntador) (1871)*. Santander, Blanchard y Compañía, 1891, 2 t.

XV. Cuéllar, José T. de, *Versos*. Santander, Blanchard y Compañía, 1891, 315 pp.

XX. Facundo, *Vistazos (Estudios sociales)*. Santander, Blanchard y Compañía, 1892, 266 pp.

XXII. Facundo, *Artículos ligeros sobre asuntos trascendentales. Segunda Serie*. Santander, Imprenta y Litografía de L. Blanchard, 1892, 298 pp.

2. Bibliografía de consulta general

- Abreu Gómez, Ermilo, "Prólogo" a José T. de Cuéllar, *Páginas escogidas*. Sel. y pról. E. A. G. México, Oásis, 1965, pp. 8-18 (Colección Literaria Servet, El Mundo Moderno, 20).
- Altamirano, Ignacio Manuel, *Historia y política de México (1821-1882)*. Pról. de Ángel Aceves Saucedo. México, Partido Revolucionario Institucional, Comisión Nacional Editorial del CEN, 1985, 140 pp.
- , "Bosquejos. Escuela moderna", en *Bosquejos de educación para el pueblo: Ignacio Ramírez e Ignacio Manuel Altamirano*. Sel., introd. y notas de Ma. Teresa Bemúdez de Brauns. México, Secretaría de Educación Pública, 1985, pp. 139-158.
- , "Bosquejos. La escuela en 1870", en *Bosquejos de educación para el pueblo: Ignacio Ramírez e Ignacio Manuel Altamirano*. Sel., introd. y notas de Ma. Teresa Bemúdez de Brauns. México, Secretaría de Educación Pública, 1985, pp. 83-98.
- , "Bosquejos", en *Obras completas. Crónicas*, 3. Sel. y notas de Carlos Monsiváis. México, Secretaría de Educación Pública, 1987, t. IX, pp. 9-21.
- , "De todo un poco", en *Obras completas. Crónicas*, 3. Sel. y notas de Carlos Monsiváis. México, Secretaría de Educación Pública, 1987, t. IX, pp. 57-81.
- , *Obras completas. Escritos de literatura y arte*, 1 y 2. Sel. y notas de José Luis Martínez. México, Secretaría de Educación Pública, 1988, tomos XII-XIII, 310 y 356 pp.
- , *Obras completas. Estudios sobre educación*, 1. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1989, t. XV, 361 pp.
- , *Obras completas. Periodismo político*, 1. Sel., pról. y notas de Carlos Román Célis. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1989, t. XVIII, 412 pp.
- , *Obras completas. Diarios*. Sel. y notas de Catalina Sierra. México, Secretaría de Educación Pública, 1992, t. XX., 490 pp.
- , *Obras completas. Epistolario*, 1. Ed., pról. y notas de Jesús Sotelo Inclán. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1992, t. XXI., 407 pp.
- Álvarez, Jesús Timoteo y Ascensión Martínez Riaza, "El periodismo y la formación de los Estados Nacionales", en *Historia de la prensa hispanoamericana*. Madrid, Mapfre, 1992, pp. 115-178. (Colecciones Mapfre 1492, 10)
- Álvarez de Testa, Lilian, *Ilustración, educación e Independencia. La ideas de José Joaquín*

Fernández de Lizardi. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1993, 288 pp.

Araguren, José Luis, "La crisis de reajuste de la antigua a la nueva forma de existencia", en Iris M. Zavala, *Historia crítica de la literatura española. T. V: Romanticismo y realismo*. Barcelona, Crítica, 1982, pp. 54-59.

Aristóteles, *Arte poética*, 5 ed. Madrid, Espasa Calpe, 1976, 144 pp. (Colección Austral, 803)

Azuela, Mariano, *Cien años de novela mexicana*. México, Eds. Botas, 1947, 227 p.

Batis, Huberto, "Estudio preliminar" a *Índices de 'El Renacimiento'*. *Semanario Literario Mexicano (1869)*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Estudios Literarios, 1963, pp. 7-161.

Bermúdez de Brauns, María Teresa, "Introducción" a *Bosquejos de educación para el pueblo: Ignacio Ramírez e Ignacio Manuel Altamirano*. Sel., introd. y notas de Ma. Teresa Bermúdez de Brauns. México, Secretaría de Educación Pública, 1985, pp. 9-12.

-----, "Una población instruida, base de la sobrevivencia nacional. 1857-1876", en *Historia de la alfabetización y de la educación de adultos en México. De Juárez al cardenismo. La búsqueda de una educación popular*, t. 2. México, Secretaría de Educación Pública/INEA/El Colegio de México, 1994, pp. 186-239.

Bravo Ugarte, José, *Periodistas y periódicos mexicanos (hasta 1935. Selección)*. México, Jus, 1966, 111 pp. (México Heróico, 58)

Cándido, Antonio, "Literatura e historia", en Ana Pizarro (coord.), *Hacia una historia de la literatura latinoamericana*. México, El Colegio de México/Universidad Simón Bolívar, 1987, pp. 168-173.

-----, "El derecho a la literatura" y "Crítica y sociología", en *Ensayos y comentarios*. Sao Paulo, Editora de UNICAP, Sao Paulo/FCE, 1995, pp. 149-173, 175-188.

Castro Leal, Antonio, "Estudio preliminar" a *La novela del México Colonial*, 4 ed. México, Aguilar, 1986, t. I, pp. 9-28.

Clark de Lara, Belem, "Estudio preliminar" a José T. de Cuéllar y José María Flores Verdad, *La Ilustración Potosina. Semanario de Literatura, Poesía, Novelas, Noticias, Descubrimientos, Variedades, Modas y Avisos. 1869*. Edición facsimilar de Ana Elena Díaz Alejo, estudio preliminar, notas, índices y cuadros de... México, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Estudios Literarios, 1989, pp. 17-161.

Correa Calderón, Evaristo, "El cuadro de costumbres", en Iris M. Zavala, *Historia crítica de la literatura española. Romanticismo y realismo*. Barcelona, Crítica, 1982, t. V, pp. 349-354.

Cosío Villegas, Daniel, *Historia moderna de México. La República Restaurada*, 2 ed. México, Hermes, 1959, 3 tomos.

Cosío Villegas, Daniel, Ignacio Bernal, *et. al.*, *Historia mínima de México*. México, El Colegio de México, 1973, 179 pp.

Chiaramonte, José Carlos, "Prólogo" a *Pensamiento de la Ilustración. Economía y sociedad iberoamericanas en el siglo XVIII*, 2 ed. Caracas, Ayacucho, 1992, pp. IX-XL. (Biblioteca Ayacucho, 51)

Díaz, Lilia, "El liberalismo militante", en *Historia general de México*, 3 ed. México, El Colegio de México/Harla, 1988, t. 2, pp. 819-896.

Díaz y Alejo, Ana Elena, "Introducción" a *Índices de 'El Nacional'. Periódico literario mexicano (1880-1884)*. Elaborados por A. E. D. A. y E. P. V. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Estudios Literarios, 1961, pp. 5-17.

Domínguez Ortiz, Antonio, *Las claves del Despotismo Ilustrado 1715-1789*. Barcelona, Planeta, 1990, 118 pp.

García Cortés, Adrián, *Historia de la Plaza de la Constitución*. México, Departamento del Distrito Federal, Secretaría de Obras y Servicios, 1974, 107 pp. (Colección Popular Ciudad de México, 12)

García Núñez, Luz, "La legislación de imprenta en México", en *IV Centenario de la imprenta en México. Conferencias sustentadas en su conmemoración*. México, Asociación de Libreros de México, 1939, pp. 439-453.

González, Luis, "El liberalismo triunfante", en *Historia general de México*, 3 ed. México, El Colegio de México/Harla, 1988, t. 2, pp. 897-1015.

González Peña, Carlos, "Cuarta parte. De la consumación de la Independencia a 1867" y "Quinta parte. De 1867 a 1910", en *Historia de literatura mexicana. Desde los orígenes hasta nuestros días*, 2 ed. México, Cultura y Polis, 1940, pp. 149-200, 201-279.

Gortari K., Yuri de, *La imagen de la mujer en una novela de José T. de Cuéllar. "Historia de Chucho El Niño"*. México, s.e., 1977, 17 pp.

Hamann, Brigitt, *Con Maximiliano en México. Del diario del príncipe Carl Kevenhüller. 1864-1867*, traducción de Angélica Scherp. México, Fondo de Cultura Económica, 1989, 237 pp. (Sección Obras de Historia)

Hartenbush, Juan Eugenio, *Los amantes de Teruel*. Ed., introd. y notas de Salvador García. Madrid, Castalia, 1971, 192 pp. (Clásicos Castalia, 37)

Henríquez Ureña, Max, *Breve historia del modernismo*. México, Fondo de Cultura Económica, 1954, 544 pp.

Henríquez Ureña, Pedro, *Las corrientes literarias de la América hispánica*, trad. de Joaquín Díez-Canedo. México, Fondo de Cultura Económica, 1949, 340 pp. (Biblioteca Americana)

Jiménez Alarcón, Concepción, "Prólogo" a Ignacio Manuel Altamirano, *Obras completas. Escritos sobre educación*, 1. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1989, t. XV, pp. 11-37.

Jiménez Rueda, Julio, "Capítulos XII-XVIII", en *Historia de la literatura mexicana*. México, Botas, 1934, pp. 144-219.

Kirkpatrick, Susan, "La evolución de Larra", en Iris M. Zavala, *Historia crítica de la literatura española. T. V: Romanticismo y realismo*. Barcelona, Crítica, 1982, pp. 119-124.

León, Virginia, "Introducción" a *La Europa Ilustrada*. Madrid, Itsmo, 1989, pp. 13-77.

Lepidus, Henry, *The history of mexican journalism*. Missouri, University of Missouri, 1928, 87 pp. (The University of Missouri Bulletin, 4)

López Serrano, Francisco, *Los periodistas republicanos y su participación en la lucha contra la Intervención Francesa y el Imperio de Maximiliano*. México, Secretaría de Educación Pública, 1969, 134 pp.

Magdaleno, Mauricio, "Prólogo" a José Tomás de Cuéllar, *La Linterna Mágica*, 3 ed. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1973, pp. V-XIII. (Biblioteca del Estudiante Universitario, 27)

Magdaleno, Vicente, "Cuéllar y la novela del XIX", en Salvador Novo, *et.al.*, *La vida y la cultura en México al triunfo de la República en 1867*. México, Ediciones Bellas Artes, 1968, pp. 45-56.

Martínez, José Luis, "Prólogo" a *Poesía romántica*. Sel. de Alf Chumacero. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1973, pp. VIII-XVI. (Biblioteca del Estudiante Universitario, 30)

-----, *La expresión nacional*. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1993, 467 pp. (Cien de México)

Miranda Cárabes, Celia, "Estudio preliminar" a *La novela corta en el primer romanticismo mexicano*. Estudio preliminar, recopilación, ed. y notas de..., con un estudio de Jorge Ruedas de la Serna. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1985, pp. 7-51. (Nueva Biblioteca Mexicana, 96)

La misión del escritor. Ensayos del siglo XIX, organización y presentación de Jorge Ruedas de la Serna. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Estudios Literarios, 1996, 417 pp.

Monsiváis, Carlos, "De la santa doctrina al espíritu público (sobre las funciones de la crónica en México)", *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 35 (1987), pp. 753-771.

-----, "Prólogo" a Juan Bautista Morales, *El Gallo Pitagórico*. Guanajuato, Gobierno del Estado de Guanajuato, 1987, pp. IX-XXVIII.

-----, "Ignacio Manuel Altamirano, cronista", en Ignacio Manuel Altamirano, *Obras completas. Crónicas*, I. México, Secretaría de Educación Pública, 1987, t. VII, pp. 9-25.

-----, "Ignacio Ramírez, educador", en Ignacio Ramírez, *Obras completas*. México, Centro de Investigación Científica Jorge L. Tamayo, 1988, t. 6, pp. V-XIII.

-----, *A ustedes les consta. Antología de la crónica en México*. México, Era, 1989, 366 pp.

Montesinos, José F., "Mesoneros Romanos: los límites del costumbrismo", en Iris M. Zavala, *Historia crítica de la literatura española. T. V: Romanticismo y realismo*. Barcelona, Crítica, 1982, pp. 357-363.

Monterde, Francisco, *Bibliografía del teatro en México*. México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1933, 649 pp. (Monografías Bibliográficas Mexicanas, 28)

Novo, Salvador, *et. al.*, *La vida y la cultura en México al triunfo de la República en 1867*. México, Ediciones Bellas Artes, 1968, 255 pp.

O'Gorman, Edmundo, *La supervivencia política Novo-Hispana. Reflexiones sobre el monarquismo mexicano*, 2 ed. México, Condumex, 1969, 93 pp.

Ocampo de Gómez, Aurora M. y Ernesto Prado Velázquez, *Diccionario de escritores mexicanos*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Estudios Literarios, 1967, 422 pp.

Ochoa Campos, Moisés, "De Fernández de Lizardi a *El Siglo XIX*", en *Reseña histórica del periodismo mexicano*. México, Porrúa, 1968, pp. 105-110.

Olavarría y Ferrari, Enrique de, *Reseña histórica del teatro en México. 1538-1911*, 3 ed., ilustrada y puesta al día de 1911 a 1961, pról de Salvador Novo. México, Porrúa, 1961, t. 5. (Biblioteca Porrúa, 21)

Otero, Gustavo Adolfo, "La ciudad republicana (1850-1880)" y "La ciudad finisecular", en *El periodismo en América: Esquema de su historia a través de la cultura latino-americana (1492-*

1946). Lima, PTCM, 1946, pp. 95-110 y 111-122.

Pacheco, José Emilio, "A 150 años de la Academia de Letrán", en *Memoria de El Colegio Nacional*, 11:5 (1986), pp. 59-72.

Peñalosa, Joaquín Antonio, "*La Ilustración Potosina*", en *Literatura de San Luis Potosí del siglo XIX*. San Luis Potosí, Universidad Autónoma de San Luis Potosí, 1991, pp. 111-122.

Perales Ojeda, Alicia, *Asociaciones literarias mexicanas (siglo XIX)*. México, Imprenta Universitaria, 1957, 275 pp.

Pérez-Maldonado, Carlos, *Condecoraciones mexicanas y su historia*. Monterrey, s.e., 1942, 212 pp.

Pérez Martínez, Héctor, *Facundo en su laberinto*. México, Ediciones del Cincuentenario de la Biblioteca Nacional de México, 1934, 38 pp.

-----, *Juárez. El Impasible*, 5 ed. México, Espasa-Calpe Mexicana, 1969. (Colección Austral, 531)

Picard, Roger, *El romanticismo social*, 2 ed., trad. de Blanca Chacel. México, Fondo de Cultura Económica, 1987, 363 pp.

Prado Velázquez, Ernesto, "Introducción" a *Índices del 'El Domingo'*. *Revista Literaria Mexicana (1871-1873)*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Estudios Literarios, 1959, pp. 7-13.

Prieto, Guillermo, *Memorias de mis tiempos*. México, Patria, 1958, 557 pp.

-----, "VIII. Apéndice, 2. "Prólogo de Guillermo Prieto a la edición de la segunda época de la *Linterna Mágica*", en Belem Clark de Lara, "Estudio preliminar" a José T. de Cuéllar y José María Flores Verdad, *La Ilustración Potosina. Semanario de Literatura, Poesía, Novelas, Noticias, Descubrimientos, Variedades, Modas y Avisos. 1869*. Edición facsimilar de Ana Elena Díaz Alejo, estudio preliminar, notas, índices y cuadros de Belem Clark de Lara. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1989, pp. 141-144.

-----, "Algunos desordenados apuntes que pueden considerarse cuando se escriba la historia de la bella literatura mexicana", en *La misión del escritor. Ensayos del siglo XIX*, organización y presentación de Jorge Ruedas de la Serna. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1996, pp 111-124.

Prieto, Guillermo, *et. al.*, *Veladas Literarias. Primera Velada*. México, Imprenta de Díaz de León y Santiago White, 1867.

Quirarte, Martín, *Historiografía sobre el Imperio de Maximiliano*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1970, 263 pp. (Serie de Historia Moderna y Contemporánea, 9)

Rama, Ángel, *La ciudad letrada*. Hanover, Ediciones del Norte, 1984, 176 pp.

Ramírez, Ignacio, "Instrucción pública", *Bosquejos de educación para el pueblo: Ignacio Ramírez e Ignacio Manuel Altamirano*. Sel., introd. y notas de Ma. Teresa Bemúdez de Brauns. México, Secretaría de Educación Pública, 1985, pp. 28-46.

Reed Torres, Luis, "Capítulo VIII: Del centralismo a la Guerra con los Estados Unidos (1836-1848)", "Capítulo X: La prensa en la Intervención y el Segundo Imperio (1861-1867)", y "Capítulo XI: de Juárez a don Porfirio (1868-1879", en Luis Reed Torres y María del Carmen Ruiz Castañeda, *El periodismo en México: 500 años de historia*, 3 ed. corregida y actualizada. México, Edamex, 1995, pp. 151-170, 197-210, 211-228.

El Renacimiento. Periódico Literario (México, 1869). Edición facsimilar y presentación de Huberto Batis. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1979.

Reyes, Alfonso, "II: La crónica", en *Letras de la Nueva España*. México, Fondo de Cultura Económica, 1948, pp. 43-55. (Tierra Firme, 40)

Reyes de la Maza, Luis, *El teatro en México durante el Segundo Imperio (1862-1867)*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1959, 238 pp. (Estudios y Fuentes del Arte en México, 10)

Riva Palacio, Vicente, "Juan de Dios Arias", en *La misión del escritor. Ensayos del siglo XIX*, organización y presentación de Jorge Ruedas de la Serna. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1996, pp. 295-303.

Rivas Velázquez, Alejandro, "Sor Juana en la República Restaurada", en *Volumen conmemorativo de los 50 años del Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios*. México, El Colegio de México. (en prensa)

Rivera Cambas, Manuel, *México pintoresco, artístico y monumental*. México, Reforma, 1880, 5 tomos.

Roeder, Ralph, *Juárez y su México*, 2 ed. México, Fondo de Cultura Económica, 1993, 1101 pp.

Ross, Stanley, "Introducción" a *Fuentes de la historia contemporánea de México: periódicos y revistas*, t. I. México, El Colegio de México, 1965, pp. VII-LV.

Ruedas de la Serna, Jorge, "La novela corta de la Academia de Letrán. Formas de la novela

romántica europea", en *La novela corta en el primer romanticismo mexicano*, estudio preliminar, recopilación, ed. y notas de Celia Miranda Cárabes. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1985, pp. 53-71. (Nueva Biblioteca Mexicana, 96)

-----, "Presentación" a *La misión del escritor. Ensayos del siglo XIX*, organización y presentación de... México, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Estudios Literarios, 1996, pp. 7-13.

Ruiz Castañeda, María del Carmen, *El periodismo político de la Reforma en la ciudad de México. (1854-1861)*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1950, 112 pp.

-----, *La prensa. Pasado y presente de México (catálogo selectivo de publicaciones periódicas)*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1987, 237 pp.

-----, "Capítulo VII: La prensa durante el Primer Imperio y la República Federal (1821-1835)", "Capítulo IX: La prensa después de la Guerra con los Estados Unidos. La prensa en la época de la Reforma (1848-1861)", y "Capítulo XII: La prensa durante el Porfiriato (1880-1910)", en Luis Reed Torres y María del Carmen Ruiz Castañeda, *El periodismo en México: 500 años de historia*, 3 ed. corregida y actualizada. México, Edamex, 1995, pp. 127-150, 171-195, 229-262.

Ruiz Castañeda, María del Carmen y Sergio Márquez Acevedo, *Catálogo de seudónimos, anagramas, iniciales y otros alias usados por escritores mexicanos y extranjeros que han publicado en México*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1985, 290 pp.

Santacilia, Pedro, "Del movimiento literario en México", *Las Letras Patrias*, 1954, núm. 1, pp. 5-71.

Selbod, Rusell P., "La filosofía de la Ilustración y el primer romanticismo", en Iris M. Zavala, *Historia crítica de la literatura española. Romanticismo y realismo*. Barcelona, Crítica, 1982, t. V, pp. 20-27.

Sierra, Carlos, *La prensa liberal frente a la Intervención y el Imperio*. México, Secretaría de Hacienda y Crédito Público, 1962, 205 pp.

Sierra, Justo, "El maestro Altamirano", en *Obras completas. T. 3: Crítica y artículos literarios*, 3 ed. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1984, pp. 380-385. (Nueva Biblioteca Mexicana, 51)

-----, *Obras completas. T. 13: Juárez: su obra y su tiempo*, 2 ed.. Edición anotada por Arturo Arnáiz y Freg. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1991, 590 pp. (Nueva Biblioteca Mexicana, 61)

-----, *Evolución política del pueblo mexicano*. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1993, 406 pp.

Skirius, John, "Este centauro de los géneros", en *El ensayo hispanoamericano del siglo XX*, traducción del prólogo David Huerta. México, Fondo de Cultura Económica, 1981, pp. 9-32.

Tarr, F. Courtney, "El joven Larra", en Iris M. Zavala, *Historia crítica de la literatura española. T. V: Romanticismo y realismo*. Barcelona, Crítica, 1982, pp. 110-115.

Ucelay Dacal, Margarita, "'Escenas' y 'tipos'", en Iris M. Zavala, *Historia crítica de la literatura española. T. V: Romanticismo y realismo*. Barcelona, Crítica, 1982, pp. 354-357.

Urbina, Luis G., *La vida literaria de México y La literatura mexicana durante la guerra de la Independencia*, 3 ed. Edición y prólogo de Antonio Castro Leal. México, Porrúa, 1986, 407 pp. (Colección de Escritores Mexicanos, 27)

Vigil, José María, "Algunas observaciones sobre la literatura nacional" y "Algunas consideraciones sobre la literatura mexicana", en *Estudios sobre literatura mexicana*, t. I, recopilación, introducción y notas de Adalberto Navarro Sánchez. Guadalajara, Ediciones el Caetera, 1972, pp. 3-16, 17-53.

Warner, Ralph E., *Historia de la novela mexicana en el siglo XIX*. México, Antigua Librería Robredo, 1953, 123 pp. (Clásicos y modernos, Creación y Crítica Literaria, 9)

Woldenberg, José, "Zarco: liberal y periodista", en *Francisco Zarco*. Sel. y pról. de José Woldenberg. México, Cal y Arena, 1996, pp. 15-63.

Zea, Leopoldo, *El positivismo y la circunstancia mexicana*. México, Fondo de Cultura Económica/Secretaría de Educación Pública, 1985, 188 pp. (Lecturas Mexicanas, 81)

3. Hemerografía de consulta general

A. Periódicos

1. *El Boletín Republicano*. Periódico Independiente. Nabor Chávez y Lorenzo Elízaga, editores propietarios. Lorenzo Elízaga, redactor en jefe [agosto-diciembre, 1867].
2. *El Constitucional*. Periódico Político y Literario, de Artes, Industria, Teatros, Anuncios, etc., etc. Gregorio Pérez Jardón, redactor en jefe y propietario [agosto-diciembre, 1867].
3. *El Correo de México*. Periódico Republicano e Independiente. Luis G. Rubín, impresor. Ignacio M. Altamirano, redactor en jefe. Guillermo Hinojosa, administrador. José T. de Cuéllar, responsable por todos los artículos sin firma [hasta el 26 de noviembre de 1867]. Ignacio Ramírez, Guillermo Prieto, Alfredo Chavero, José T. de Cuéllar, Manuel Peredo e Ignacio M. Altamirano, redactores [septiembre-diciembre, 1867].
4. *El Diario Oficial del Gobierno Supremo de la República*. José Díaz Covarrubias [hasta el 1° de diciembre] y Luis G. Ortiz [desde el 2 de diciembre hasta diciembre], redactores en jefe [septiembre-diciembre, 1867].
5. *El Globo*. Manuel M. Zamacona, redactor responsable [octubre-diciembre, 1867, enero-febrero, 1868].
6. *La Iberia*. Periódico de Política, Literatura, Ciencias, Artes, Agricultura, Comercio, Industria y Mejoras Materiales [septiembre-diciembre, 1867].
7. *El Monitor Republicano*. Diario de Política, Artes, Industria, Comercio, Modas, Literatura, Teatros, Variedades y Anuncios. J.M. del Castillo Velasco, redactor en jefe [julio-diciembre, 1867].
8. *La Orquesta*. Manuel C. Villegas, H. Iriarte y C. Escalante, editores. Vicente Riva Palacio, jefe de redacción [junio-diciembre, 1867].
9. *El Siglo XIX*. Pataleón Tovar [hasta el 1° de diciembre] y Francisco Zarco [desde el 2 de diciembre 1867 hasta mayo de 1868], redactores en jefe [julio-diciembre, 1867, enero-mayo 1868].
10. *La Sociedad Mercantil*. Periódico de Religión, Política, Literatura, Artes, Ciencias, Industria, Comercio, Tribunales, Agricultura, Teatros, Modas y Revista General de Prensa Europea. Agustín Elguea, editor responsable y propietario [septiembre-diciembre de 1867].

B. Artículos

1. Altamirano, Ignacio M., "Revista de la semana", *El Siglo XIX*, séptima época, año 25, t. VI, núm. 177 (7 de enero de 1868), pp. 2-3.
2. -----, "La quinta Velada Literaria", *El Siglo XIX*, séptima época, año 25, t. VI, núm. 207 (6 de febrero de 1868), pp. 2-3.
3. Bustamante, G. F., "Editorial. Introducción. El periodismo", *El Monitor Republicano*, quinta época, año 17, núm. 4676 (1° de julio de 1867), p. 1.
4. Chavero, Alfredo, "Editorial. La prensa", *El Siglo XIX*, séptima época, año 25, t. VI, núm. 116 (30 de julio de 1867), p. 1.
5. Elfzaga, Lorenzo, "Prensa nacional. *El Boletín Republicano*. Libertad de imprenta", *El Siglo XIX*, séptima época, año 24, t. V, núm. 16 (30 de julio de 1867), p. 2.
6. Gager, Carlos de, "Espíritu de la prensa", *El Constitucional*, segunda época, año 4, t. 6, núm. 871 (1° de agosto de 1867), p. 3.
7. G[onzaga] Ortiz, Luis, "Revista de la semana", *El Siglo XIX*, séptima época, año 24, t. V, núm. 150 (11 de diciembre de 1867), p. 3.
8. -----, "Revista de la semana", *El Siglo XIX*, séptima época, año 24, t. V, núm. 157 (18 de diciembre de 1867), pp. 2-3.
9. -----, "Revista de la semana", *El Siglo XIX*, séptima época, año 25, t. VI, núm. 183 (13 de enero de 1868), pp. 2-3.
10. -----, "Revista de la semana", *El Siglo XIX*, séptima época, año 25, t. VI, núm. 190 (20 de enero de 1868), p. 2.
11. Sin firma, "Oficial", *El Boletín Republicano*, núm. 42 (18 de agosto de 1867), p. 1-2.

APÉNDICE

1)

A los mártires sin nombre.
Canto elegíaco.¹

¿Cómo es que ni un acento se levanta
en el monte ni en la árida llanura,
y ni una insignia santa
la triste sepultura
marca, de los que fueron en un día
fuerte defensa de la patria mía?
¿Cómo es que en los estériles collados
se evaporó la sangre derramada,
y en sitios desolados
creció yerba doblada
por el cuerpo de un bravo moribundo
que a esa yerba legó su adiós al mundo?

¹ José T. de Cuéllar, "Varietades. A los mártires sin nombre", en *El Correo de México*, t. I, núm. 14 (17 septiembre 1867), pp. 2-3.// Esta poesía apareció años después recopilada en *La Literna Mágica. Versos*, Segunda época, tomo XV. Santander, Blanchard y Compañía, 1891, pp. 171-177. Se registran las variantes que existen entre estas dos versiones.

Resulta importante recordar que José Tomás de Cuéllar participó como cadete, en la defensa de H. Colegio Militar del Castillo de Chapultepec en 1847, cuando la invasión norteamericana; de esta experiencia "brotaron las raíces nacionalistas que Cuéllar manifestó a lo largo de toda su obra y de todas sus publicaciones" (Belem Clark de Lara, "Estudio preliminar. Introducción" a *La Ilustración Potosina*, p. 22). Cuéllar ingresó al mundo literario en 1848, con la lectura de una composición en el primer aniversario del Liceo Hidalgo, el tema de dicho texto, de algún modo emparentado con el que presentamos, fue en recuerdo de los héroes de Chapultepec que lucharon contra el enemigo en 1847. Cuéllar, al parecer, buscaba con este tipo de composiciones un reconocimiento para los héroes escondidos y olvidados de la historia patria; homenaje, que al menos, los Niños Héroes no tuvieron sino hasta 1952, año en el que se les erigió un monumento, en el Bosque de Chapultepec.

Ni una cruz, ni un "aquí" le dedicaron,
ni un adiós sus amigos le ofrecieron;
todos le abandonaron;
los suyos se volvieron;
y la tierra y el tiempo y el rocío
la losa bordan del sepulcro frío.
Cual si el tiempo quisiera presuroso
borrar la huella de la tumba triste,
crece el pasto abundoso
y aquel cuadrado viste,
robándole a los hombres la memoria
y el "hasta aquí" de la olvidada historia
y la madre y el padre y el hermano
"¿en dónde, en dónde?" con afán preguntan,
y en el inmenso llano
entrambas manos juntan,
y a Dios, tan sólo a Dios, en su plegaria
encomiendan la losa funeraria.
Retornan al hogar, y el desconsuelo
en su escuálido rostro se retrata,
y la piedad del Cielo
su espíritu dilata...

¡Esperanza divina del cristiano,
bálsamo sí, del corazón humano!
¡Tronchada flor con cáliz de esperanza,
con tallo de vigor, era un guerrero!
Soñaba bienandanza,
y el matador acero
segó su juventud y sus amores,
trocados por sus últimos dolores.
¡El dolor de la muerte!.. dolor mudo,
supremo, que nos deja la conciencia
del ser que corta un nudo;
penumbra de existencia,
crepúsculo dudoso de infinito,
ideas de ángel, lucha de precito...
patria, amor, libertad en lontananza,
vigor y fe para luchar triunfando,
y en medio a la matanza
sentirse agonizando,
caer, sufrir, gritar, tirar la espada,
sentirse pisotear; después... la nada...
¡Oh fugitiva historia del valiente!
¡Oh ignorada epopeya del soldado,

que el mundo indiferente,
cual átomo arrojado
al abismo, ni ve, ni una memoria
de hechos tales consígnase en la historia!
Cuántos en el fragor de la batalla
luchando como buenos sucumbieron;
la horrísona metralla
cortó de los que fueron
cual la hoz del segador ¡ay! ¡tantas vidas!
¡Tristes! de los demás desconocidas.
¡Hasta la fama, hasta la gloria acaso
parciales son del mundo indiferente!
¿Les falta en ese caso
laurel para una frente?
¿Qué destino fatal sus losas cubre
que aún de justicia la mirada encubre?
¡Fatal destino pérfido del hombre!
¡Confundido morir con sus corceles!
¡Oh víctimas sin nombre,
aquí están mis laureles,
y si en el campo vuestra tumba hallara,
con mi copioso llanto la regara!

Y la patria ¿do está? ¿por qué no calma
el llanto que derrama desvalido
el huérfano, que el alma
con íntimo gemido
destroza, y de la patria va implorando
consuelo su miseria demostrando?
¡Ay! ¡ni la patria, no! sólo ha encontrado
en ese campo, insignias, una espada
del jefe graduado:
entre soldados, nada...
La fama allí eligió a los generales;
y los demás fusiles son iguales.
¡Triste fin del pequeño junto al grande,
por más que por ser grande tenga empeño!
La gloria es del que mande;
el olvido al pequeño.
Esta es la dura ley que rige al hombre;
es la ley de las víctimas sin nombre.²
Por eso en este memorable día
de consagradas, fúnebres memorias,
la voz de mi poesía

² "Esta la ley" por "Es la ley".

ensalza vuestras glorias.
Y al esparcir mis cantos a los vientos,³
os conquisto un laurel de pensamientos.
Y si la voz de los que el mundo moran
atraviesa los lóbregos desiertos,
y cuando tristes lloran
los escuchan los muertos,
llegue en la brisa a vuestra huesa fría
la sentida expresión de la voz mía.
¡Paz! ignoradas víctimaspreciadas,
flores de ayer, con esplendor y vida,
hoy secas y tronchadas
por segur homicida.
Descanso y paz ¡oh mártires queridos!
Muros de nuestra vida derruidos...
¡Descanso y paz! las auras vespertinas
muevan de vuestras tumbas olvidadas,
como tropas de ondinas,
las plantas arraigadas
en la pesada tierra que os sepulta
y vuestros hechos de valor oculta.

³ "espacir" por "espacer".

Vuele mi voz en el rumor del viento
y recorra besando la llanura,
llevando un pensamiento
a cada sepultura.

Y acaso, acaso en cada lecho abierto
más blanda paz le proporcione al muerto.

No saben quiénes son; mas mi poesía
os cubre con amor bajo sus alas,
y su plegaria envía
a las etéreas salas,

¡porque a mi ejemplo, enternecido el hombre
ruegue a Dios por las víctimas sin nombre!

2)

Trabajos sordos¹

Ayer recibí una esquelita que me entregó una criada: era de una señora cuyo nombre debo callar: me citaba; fui en el acto lleno de emoción.

— Señora, estoy a los pies de usted.

— Gracias, Facundo.

— ¿Está usted mala?

— No; desesperada.

— ¿Por qué?

— ¡Oh, es horrible!

— ¡Cómo!

— Figúrese usted que lo cité.

— ¿Sí?

— Por medio de una esquelita.

— ¿Como la mía?

— Exactamente.

— Pero ¿a cuántos?

— ¡Ay! yo quisiera tener veinte.

— ¡Es posible!

— Pero ¿creerá usted que soy tan desgraciada que no tengo más que tres?

— ¿Y le parecen a usted pocos?

¹ Facundo, "Variedades. Trabajos sordos", en *El Correo de México*, t. I, núm. 16 (19 septiembre 1867), pp. 2-3.

- Si no tengo ni para empezar.
- ¡Señora!..
- Y si todos me van dando calabazas...
- ¡Pero señora!
- ¡Ah! Usted no será como el otro, ¿no es verdad?
- No, señora; puede usted jurar...
- Bien; usted me consolará, porque no puedo conformarme con esta infamia.
- En efecto.
- Yo creo que no merezco...
- ¡Ah! no, señora; una persona tan amable y tan hermosa...
- Pues a pesar de eso, me burló infame. Figúrese usted que vino, me declaré en el acto, se lo dije todo, y él se comprometió conmigo.
- ¿Sí?
- Sin dificultad.
- Ya lo creo.
- Estaba yo loca de contento; estaba yo segura de su constancia; hasta llegó a decirme estas palabras: "cómo no, si es usted tan encantadora".
- Y no mentía; a mí también me parece usted...
- Tan segura estaba, que se lo dije a mi marido.
- ¿A su marido de usted?
- Sí.
- ¿Y qué?

- Contentísimo.
- Conque... ¡Cáspita!
- Me dio su palabra de venir en la noche...
- ¿Y no vino?
- Mi marido y yo le esperábamos llenos de júbilo.
- Ah... con razón no vino.
- No, Facundo, me escribió estas palabras: "No cuente usted conmigo".
- Pero es que su marido de usted... era un inconveniente.
- Usted cree...
- Naturalmente.
- ¡Ah qué idea!: pues mire usted; no le diré que usted ha venido: se lo ocultaré todo; ¡ah! tiene usted razón; mi marido no presta garantías; ya me lo había sospechado.
- No, es verdad.
- Tiene usted razón... conque aquí, usted y yo solos... ¡ah! con usted tendré dos. ¿Está usted conforme, Facundo?
- Vea usted... dos...
- ¡Nada más! pero si Dios me ayuda, tendré veinte.
- ¡Señora!
- ¡Ah! siquiera por galantería, ¿qué le cuesta a usted, Facundo? Usted no es capaz de desairarme.
- No, ya se ve que no; pero...
- Pero ¿qué?

- El otro...
- Pero nuestra causa es la misma.
- Ese es el mal. Señora, creo que estoy tocando el violón: ¿me hace usted favor de decirme para qué me necesita?
- ¡Cómo para qué! para lo que necesito al otro, para lo que necesito a mi marido, y a todos los mexicanos.
- Pero señora, ¿cree usted que yo entre en el número, así como uno de tantos?
- ¿Por qué no? ese es el favor que solicito de usted precisamente.
- ¡Ay señora; en comandita!..
- Vamos, no sea usted escrupuloso.
- Tiene usted razón; estoy a sus órdenes.
- ¡Oh! gracias, gracias.
- Y ahora, ¿qué?..
- Que ya soy feliz.
- ¿Ya?
- No le hago a usted la injusticia de creer que tenga dos palabras, Facundo.
- ¡Ah!, no, señora; ya ni hablemos de eso.
- ¿Su casa de usted?
- Vea usted, yo vendré...
- ¡Ah! si usted tiene inconvenientes...
- Sí, señora, soy casado.
- Y su mujer de usted...

- Es intransigible.
- No se parece a mi marido.
- Ya se ve que no.
- Pues bien, es igual; aquí trabajaremos.
- Sí, sí, lo que usted guste.

Aquí hubo una pausa: el silencio se hacía embarazoso; mi bella parecía satisfecha y tranquila. No sabía yo qué hacer ni por dónde anudar la conversación; pensaba decirle que era muy simpática, muy ardiente, pero su frialdad me retraía; quería tomarle una de sus manecitas, caídas sobre su rica falda de moiré negro; quería dirigirle una mirada que me sacara del apuro, hasta que rompió el silencio de este modo:

- ¡Oh! don Benito, don Benito; no hay otro hombre que nos haga felices.
- ¿Qué dice usted, señora?
- Que casi estoy enamorada de don Benito.
- Entonces yo...
- ¡Ah! usted tiene su lugar, usted ha ofrecido ayudarme.
- ¿Yo, señora? ¿a qué?
- A sacarlo, a elegirlo presidente.²

Yo no sé de qué color me puse, pero encontré al fin una salida, que era lo único que buscaba, y prorrumpí en exclamaciones para que mi aria de violón no saliera tan destemplada:

- Sí señora; don Benito es el hombre de la situación; cuente usted conmigo; sabe usted que en ese concepto seré de usted hasta la muerte.

² Véase "Capítulo I", en el presente trabajo.

- Bien, gracias, Facundo; cuento con su voto.
- ¡Cómo no, si es usted tan encantadora!
- Adiós.
- ¿Cuándo nos veremos?
- Siempre, a todas horas.
- ¿No quiere usted tomar café?
- No, no, señora, ya es después; acabo de hacer lo mismo.
- ¿Por qué se va usted tan pronto?
- Tengo que escribir un articuliillo para *El Correo de México*, que se titulará: "Trabajos sordos". A los pies de usted
- Adiós, Facundo, y gracias.

3)

¿Qué hago con mi voto?¹

Uno de nuestro cajistas es taquígrafo: es un muchacho muy vivo que recomendamos al futuro congreso, donde se han de decir cosas que no sean para escritas: esto es el fuerte de nuestro joven; traslada al papel todo lo que oye, y parece mujer según lo curioso; y como es todavía un pobre pollo, no distingue lo que se puede decir de lo que no se debe decir, y de repente escribe unas cosas de poner tablados.

Ayer, quitados de la pena, nos entregábamos a nuestras tareas periodísticas: nuestra redacción tiene una vidriera que da a las cajas, residencia de nuestro taquígrafo cajista, que desde allí nos acecha y nos espía como gato enamorado.

Recibimos una visita; era un joven que habla quedito, de pelo lacio, de maneras finas, aunque un tanto entumido: nos hizo un reverente saludo, y se sentó a nuestro lado, cargando su sombrero, por más que quisimos evitarle la molestia: al fin, poniéndose colorado, dijo:

— ¿Usted es el señor Facundo?

— Servidor de usted.

— Vengo a hacer a usted una consulta.

— Me tiene usted a sus órdenes.

— Ha de saber usted que soy muy desgraciado, soy de esos hombres sobre los que pesa una fatalidad desconocida, y no hago cosa que me salga bien: mi mamá dice que me salé desde que juré la Constitución, porque yo soy liberal desde el año 57.

¹ Facundo, "Variedades. ¿Qué hago con mi voto?", en *El Correo de México*, t. I, núm. 18 (21 septiembre 1867), p. 3. La información que explica este artículo, se encuentra en el "Capítulo I" del presente trabajo.

— ¡Ah!

— Precisamente desde que soy empleado, a pesar de que había pensado no tener opinión, porque esto de la política es una cosa muy expuesta, y que lleva a los hombres por el camino de la perdición.

— Cierto.

— Lo del juramento de la Constitución me costó hasta lágrimas, porque mi mamá me aseguró que sabía de buena letra que estaba yo excomulgado; pero como la pobrecita tiene tanta *varalta* con los padres y tantas relaciones, consiguió que entrando a ejercicios y con algunas comuniones posteriores, quedara yo medio rehabilitado para con su Divina Majestad; pero apenas me puse bien con Dios, me puse mal con el gobierno, y me quitó el empleo: mi mamá dijo que mejor, pero yo estuve en una posición desesperante; ya usted verá que un hombre sin empleo es una alma en pena.²

— Cierto.

— En México no se puede vivir sin empleo, y yo no le diré a usted que me moría de hambre, pero dejé de ser elegante, que es peor; más tarde me colocó el señor Zuloaga;³

² En 1857, las iglesias se convirtieron en los centros de defensa de los bienes y privilegios eclesiásticos, los religiosos desde sus púlpitos condenaban los principios de la Constitución y como medida de represión, sólo absolvían a los fieles que públicamente la rechazaban. El gobierno por su parte, ejerció también presión y despidió a todos aquellos que se negaran a jurar la Carta Magna (Cfr. Lilia Dfaz, "El liberalismo militante", en *Historia general de México*, p. 840)

³ Félix Ma. Zuloaga (1813-1898). Político y militar sonorenses, antiguo colaborador de Santa Anna. Proclamó el Plan de Tacubaya sobre este acontecimiento véase "Capítulo 1. 2. Juárez: portaestandarte de la Constitución", en el presente trabajo. Electo presidente por el partido conservador el 21 de enero de 1858, ejerció dicho cargo hasta el 2 de febrero de 1859, año en el que fue sustituido por el general Miguel Miramón. Durante su gobierno se anulaban todas las leyes decretadas en contra de los privilegios del clero, y se restituyó en sus empleos a todos aquellos que hubieran sido despedidos por no jurar la Constitución de 1857 (Cfr. Luis González, "El periodo formativo" en *Historia mínima de México*, p. 110 e Ignacio M. Altamirano, *Historia y política de México. 1812-1882*, pp. 63-64).

no ha habido un presidente mejor que ese.

— ¿Lo colocó a usted?

— ¡Sí, sí señor, me dio un empleo, y bueno; como era compadre de mi mamá!

— ¡Ah! con razón.

— ¡Era tan bueno!, aquel día de las barajas se enfermó mamá de derrame de bilis.

— Con razón.

— Y vea usted si soy desgraciado; apenas salió el señor Zuloaga, me quitaron el empleo, bajo el frívolo pretexto de que no servía yo para nada. Espíritu de partido, y nada más.

— No tenían razón.

— No, no señor, qué razón; yo no soy un sabio, pero en realidad, para ser empleado no se necesita saber; teniendo uno una persona que lo proteja, como a mí don Félix.

— Cabalmente.

— El jefe de mi sección me recomendaba la ortografía; me decía que no conocía yo mi idioma, y todo no era más que porque habían quitado a su sobrino para colocarme a mí.

— Eso sucede siempre.

— Pues señor, me quitaron otra vez.

— ¡Qué desgracia!

— Después serví con el señor Juárez, con este mismo don Benito que se ha hecho tan grande; y a propósito, ¿sabe usted que lo han declarado benemérito de las Américas?⁴

⁴ En el año de 1865, cuando Benito Juárez se encontraba en Paso del Norte, en uno de los momentos más críticos de la lucha liberal, se enteró de que "en Colombia el Congreso acababa de declararlo Benemérito de las Américas y de colocar su retrato en la Biblioteca Nacional en homenaje a sus méritos y como modelo para la juventud colombiana" (Ralph Roeder, *Juárez y su México*, p. 882).

- Sí, ya lo sé.
- Pero vino aquella noche en que se fue el Gobierno, y me volví a quedar sin empleo; ¿qué iba yo a hacer por esos mundos dejando a mi mamá?
- Hizo usted bien.
- ¿Verdad que hice bien? ¡Ah! cuánto gusto tengo de encontrarme con un hombre como usted, señor Facundo, que me aprueba todo lo que hago.
- Sí señor, todo.
- Vinieron los franceses.
- Aquí va lo bueno.
- Oiga usted, que época tan buena, digo para mí, porque ya sabe usted que no soy político, yo no entiendo nada; en teniendo un empleo, no me meto en que gobierne Juan o Pedro, que me paguen y tenga yo para vestirme decentemente, y nada más; porque como usted verá, yo no soy capaz de conspirar.
- Ya se ve.
- Ni de tirar a ningún gobierno.
- ¡Imposible!
- Ni de seguirle mal a nadie.
- Cierto.
- De manera que a pesar de todo lo que decían de los extranjeros, ¿yo qué tenía que ver?
- Por supuesto.
- Lo que quería era un empleo: ya don Benito no me había de colocar, a pesar de que

quería mucho a mi padrino de confirmación; porque don Benito se iba a la guerra: así es que busqué entre mis otras relaciones y las de mamá, quien me recomendará. A poco tiempo estuve en grande, había dos chambelanes que visitaban a mi mamá, y... por poco pertenezco a la corte; me hice uniforme, y por poco como con el emperador; pero cate usted que la cosa cambia y abajo empleo, precisamente cuando estaba yo tan endrogado con Salín;⁵ pero yo soy muy vivo.

— ¡Mucho!

— Y me fui a presentar, diciendo que no había servido al Imperio, que lo que había servido era mi empleo, y que yo había trabajado por el sueldo, y que no era yo ni traidor, ni nada, sino que siempre había sido empleado: me apuntaron y me fui muy consolado, porque el señor que me apuntó parece que estaba convencido de mi inocencia, porque me saludó muy risueño y... ya le he dicho a usted que soy muy vivo.

— Sí señor, ya me lo dijo usted.

— Pues desde luego a ver a don Sebastián, y luego a don Benito, y cartas y cartas, y pedí mi rehabilitación, y como tengo tan buenos resortes...

— ¿Se la dieron a usted?

— Sí, pero en partes.

— ¿Cómo?

— Sí: primero me volvieron los derechos de ciudadano, porque ¡creará usted que hasta eso me habían quitado!

⁵ "Avisos. Rafael Salín. Sastrería 2a. calle de Plateros, núm. 10" (Sin firma, "Avisos", en *El Siglo XIX*, séptima época, año 24, t. V, núm. 81, 3 octubre 1867, p. 3).

- ¡Qué pícaros!
- Y después, a pedir la otra rehabilitación, la del empleo.
- Esa es la que importaba.
- Cabal, porque ¿qué hacía yo con derechos y sin empleo? Ya ve usted que con la segunda rehabilitación bastaba.
- Cierto.
- Pero todo es así en nuestro país.
- Todo.
- Al fin me dieron la otra.
- Bueno. ¿Y el empleo?
- También.
- Pues es usted un hombre feliz.
- Sí señor, pero estoy en un conflicto.
- ¿Cuál?
- Lo del voto. ¿Qué hago con mi voto?
- ¡Ah!
- Tengo que votar.
- Es claro.
- Y votar por o en contra de las reformas de la Constitución, y vengo a consultar a usted si será bueno no votar ni por ni contra.
- ¡Eso! lo mejor de los dados...
- Porque ya ve usted que estas cosas... uno no sabe, y luego salen con quitarle a uno

el empleo.

— Eso es atroz.

— Si voto en contra, don Benito dirá que soy un inconsecuente, y si voto a favor, dicen los periódicos que eso es barrenar la Constitución, y sabe Dios que yo no quiero barrenar nada. ¿Conque no voto?

— No, no vote usted; tal vez su voto no haga falta.

— Muy bien.

— Perdone usted; pero me falta material: voy a escribir, porque ya es muy tarde.

— Señor Facundo, tantísimas...

Acto continuo entró nuestro cajista.

— ¿Material? le preguntamos. — No, no señor; vea usted esto... — Nos espiabas...

— Sí señor, todo al pie de la letra.

— Pues pon eso que has escrito en "Variedades".

— ¿No lo lee usted?

— Ya no hay tiempo.

— ¿Y si sale malo?

— No le hace: al fin un cajista no tiene necesidad de cuidar su reputación literaria.

4)

El azar¹
Estudios morales

Ha tiempo que nos ha dado por graves, y se nos ha metido en las mientes escribir sobre varios temas para los que se necesita ser muy sabio y muy profundos en varias materias; pero como si a tal perfección esperamos llegar, bien larga la llevábamos, y nos quedaríamos tal vez sin escribir algunas cosas que nos ocurren, nos lanzamos desde luego a la arena, y merced a la indulgencia de nuestros lectores y a lo desapercibidos que pasaremos de los que no nos lean, nos saldremos al fin con haber dado nuestra *barrileteada* de escritores públicos, que ha sido en todos tiempos una honrilla bien apetecible.

El azar es ahora nuestro tema; tantas cosas se le deben al azar y tantas cosas se le achacan, que ya con unas y con otras bien se hace digno de los honores de un artículo escrito al azar.

Cuando la inteligencia humana encuentra un vacío en la esfera de lo que abarca y de lo que comprende, la razón pugna por explicárselo, y a falta de un resultado más satisfactorio, bautiza su duda, inventa una palabra, y el hombre se da por satisfecho, y su nueva palabra pasa de generación a generación sin que la duda primitiva se desvanezca. El hombre, orgulloso de ser la criatura predilecta, se avergüenza de su ignorancia y se disculpa, y cuando duda cree que tiene razón, y cuando algo no comprende cree explicárselo satisfactoriamente con una palabra "el acaso"; y cuando algo malo le sucede que no previó, pretende paliar su ceguera y exclama: "el azar"; y cuando no puede prevenir un resultado se contenta con abandonarse "al azar", lo cual es una dulce conformidad que prueba la bondad del corazón del hombre.

¹ Facundo, "Variedades. El azar. Estudios Morales", en *El Correo de México*, t. I, núm. 21 (25 septiembre 1867), pp. 2-3.

Esto nos ha sucedido a nosotros cuando hemos querido explicarnos algunas cosas, y por averiguar si las cosas, que no hemos podido averiguar son cosas sólo nuestras o cosas inaveriguables, nos remitimos por medio de este artículo a nuestros entendidos lectores, para que nos saquen de la duda.

Una de las cosas que no hemos podido averiguar es el por qué unos mexicanos son liberales y otros no. Esto, como se ve, es una duda, y como tal estaríamos autorizados a bautizarla con una palabra, y esta palabra tendría que ser *el azar*, y aquí estaba terminada nuestra tarea; pero como solemos ser tercos en materia de averiguar lo que no nos explicamos fácilmente, y como la tal palabra hace tiempo que nos anda sacando de nuestras casillas, protestamos contra la fría conformidad, y entramos en materia, para lo cual contamos con la ayuda del pacífico lector.

Tomad un niño, lo cual es tomar las cosas muy atrás; pero todas las cosas empiezan por el principio; tomad a un niño, pero ha de ser un niño más bonito que los niños pobres, porque siendo hijo de padres ricos, el niño será más bonito que otros, porque desde aquí empiezan las diferencias; envolvedle en batista y confiadle a una nodriza con gran sueldo y grandes pretensiones, a una nodriza con facultades extraordinarias, a fin de que pueda quebrantar a su capricho las leyes de la casa e imponer su voluntad a los amos, y a las visitas y a los demás criados: dejad crecer al niño hasta los siete años sin oponeros a sus caprichos y a sus impertinencias; compradle juguetes de gran valor para que los rompa, y dejadlo crecer sin más que amarlo con un amor ciego y sordo. No permitáis que lo bese el hijo de la cocinera, y cuando queráis asustarlo para que no llore, enseñadle un pobre. Después, buscad un establecimiento de educación, pero que no sea dirigido por mexicanos, sino por franceses,

aunque no sepan nada, y especialmente que no hablen español: mientras más rico sea el niño, menos debe exigírsele que aprenda: a los niños pobres se les debe castigar hasta con la cuarta, pero a los ricos que pagan una gran pensión para que no los castiguen, es necesario respetarlos.

Este niño estará en la escuela más tiempo que los otros y aprenderá menos, y cuando ya sepa francés al grado de decir muchos galicismos en español, no necesita más; ya es todo un pollo parecido a uno de esos que un hombre cualquiera entregaría a la cocina, pero que un gallero pagaría a peso de oro; quiere decir, de un mérito relativo. Este pollo ya está apto para gastar buena parte de su fortuna, sin riesgo de gastar su inteligencia, que para nada le sirve, teniendo coches, caballos, muchos amiguitos; ya está seguro de hacer más de cuatro fechorías, fiado en aquello de "hago bien, tengo dinero".

A esta edad ya está lo suficientemente educado para aborrecer a todos los hombres de color moreno y para aprender todas las necedades posibles. En vez de leer la historia de México, ha leído novelas francesas.

No concurre a ninguna función patriótica, porque son funciones de balde, y se mortifica de entrar al salón sin pagar, y además, en esos días van al teatro tantos *léperos*, que está insoportable.

Si toma un periódico, exclama antes de leerlo:

— ¡Qué insípidos están los periódicos! no traen nada.

Sólo por el Paseo de Bucareli tiene una afición decidida; no puede vivir sin ir al paseo; el paseo en la tarde es como la misa los domingos. Nunca va temprano a la ópera. En resumen, este chico logra conservar su bella cabeza perfectamente vacía cuando no la tiene ya completamente llena de errores y preocupaciones.

La vida del hombre es tan corta, que necesita poner en juego su capacidad desde niño para ir acumulando en su cerebro la mayor suma de conocimientos y de observaciones que forman después al hombre filiado entre los hombres pensadores.

La observación, el estudio, el análisis, el discernimiento y la instrucción, pueden a veces apenas formar a un hombre; y el que ha llegado a cierta edad como nuestro pollo, sustituyendo a la observación, la indiferencia; al estudio, la pereza; al análisis, la conformidad y a la instrucción, la ignorancia, estará siempre muy lejos de conocer los verdaderos derechos del hombre y de sentir el legítimo orgullo de la criatura humana que con la luz de la inteligencia divina alumbró sus tinieblas y se abre paso entre los demás seres de la creación, en pos de un más allá supremo y anhelado. El que se queda atrás en esta marcha progresiva de la humanidad, es el mendigo orgulloso que no recoge las migajas del banquete, negando su hambre, como el ignorante niega su ignorancia. Éste es uno de los hombres abandonados al azar; el azar tiene que hacerlo todo.

Este hombre, que no ha fijado sus ideas sobre ninguna materia, está dispuesto a aceptar la primera opinión que al azar escuche.

— Los republicanos son detestables; esa demagogia desenfrenada es la ruina del mundo.

— Cabal, exclamará nuestro pollo; y la palabra demagogia, sin sentido para él, la encontrará antipática, supuesto que el señor Marques la pronunció con tanta indignación.

Nuestro hombre visita a las señoras RR. que son riquísimas; una de estas señoras tiene una hija muy linda a quien galantea, y en una de esas conversaciones que se entablan entre dos personas que porque no saben nada se entienden, forma Arturo una parte de su profesión de fe política.

— ¡Qué dice usted que puros tan infames! exclama Cristina; yo jamás amaría a un hombre de esos.

— Tiene usted razón, Cristina; ser puro es propio de la gente ordinaria. Nosotros, quiero decir, la gente decente, no podemos transigir con los malvados. Y dígame usted ¿la rosa que le di ayer?

— Está en mi tocador, Arturo.

— Me hace usted feliz. Estoy seguro que si fuera yo liberal, la habría usted tirado.

— Por supuesto.

Después Arturo habla con los dependientes de un gran almacén, que son sus amigos; son la aristocracia mercantil. Son cuatro pollos vestidos a la inglesa, todos cortos de vista; son una especie de mezcla entre francés, español e inglés; son tipos de nacionalidad desconocida, a pesar de ser mexicanos; pero ni ellos tienen que ver con México, ni México los ha registrado nunca en el número de sus ciudadanos; también estos niños son hechura del azar: — francés, inglés, teneduría de libros, Paseo de Bucareli, y cien pesos cada mes. Los encerró su papá en una jaula de rejas verdes, y los colocó junto a una caja de fierro; todo lo demás es griego para estos jóvenes: no hablan de México sino para denigrarlo estúpidamente; dos de estos tipos fueron a París y volvieron; comen en la fonda y son amigos de Arturo, tan amigos, que son casi sus maestros; de ellos aprendió Arturo de memoria algunas frasesitas que acomoda siempre que puede; y entre los amigos que cree inferiores a él, desarrolla una locuacidad admirable por su puesto, que no es para referirla; pero en medio de personas caracterizadas, sólo se atreve a lanzar de vez en cuando sus frases estudiadas, como por ejemplo: "sí esto no es país"; "ésta es la nación más atrasada del mundo". "¿Creerá ud. que el cochero de casa es lector?" "El

libertinaje y el escándalo, ¡oh *mon Dieu!* si es insufrible", etcétera, etcétera.

Arturo por el azar fue rico, por el azar aceptó la primera idea política, y por azar la sancionó con sus cuatro amigos: buen tonto será si se pone ahora a estudiar libros y libros; mejor es ir a paseo al Tívoli² o enamorar a Cristina; ir a la hacienda, colear y volver a la ciudad. Si tiene rentas, ¿para qué necesita otra cosa? Habladle de instituciones, de la felicidad de los pueblos, del orgullo nacional, y lo tendréis violentado y molesto; sacará el reloj mientras le habláis, y os dejará con la palabra en la boca, para ir a hablar con su sastre o a que lo peine madame. Este joven no es liberal por el azar.

El azar existe donde no ha existido un hecho previsto, donde no hay ni lo que se buscaba ni lo que debía de ser; existe antes del desengaño, y ha tenido tanto poder en el mundo, que no sólo ha dejado formar hombres serviles, sino que ha fundado una secta cuyos miembros se llaman fatalistas, y dictó a los mahometanos estas palabras: "está escrito".

Donde no existe una convicción, el azar coloca un error. El azar se aprovecha de todas las inteligencias descuidadas, de todas las educaciones a medias, de todos los caracteres débiles, de todos los cerebros vacíos, y precede siempre la acogida del error, del fanatismo, y en lo general de todas las ideas desechadas por el buen juicio y por la instrucción.

El azar es incontrastable, es una idea abstracta, y domina y prevalece siempre; ante él se estrella todo, hasta la gloria y la fortuna; no hay un hombre que no le tema, no hay un valiente que lo venza, sirve de disculpa a los errores propios, detiene a las almas débiles, y

² El Tívoli del Eliseo fue un conocido sitio de recreo en la Ciudad de México, durante las últimas décadas del siglo XIX y primeros años del siglo XX. Se encontraba situado en la esquina de las calles de Puente de Alvarado y la entonces calle de los Guardas (hoy Insurgente Centro). Ocupaba un terreno de 6,000 m², en el que se edificaron diversas construcciones dedicadas a restaurantes, salones de baile, boliches y quioscos.

engendra la irresolución.

A medida que el hombre es más ignorante, está más expuesto: el azar le presentará inopinadamente una idea que acogerá porque no tiene fuerza para resistirla, ni criterio robusto para desecharla.

Las ideas de más fácil acogida entre los hombres débiles, son las sancionadas por la rutina, y las que van precedidas por la fe; las añejas preocupaciones, el fanatismo, una idea grotesca acerca de la Divinidad, forjada por antepasados ignorantes, la perversión de un culto y el absurdo. Las ideas de la ilustración, de reforma, de progreso, las nuevas lecciones de la experiencia, la proscripción de antiguos errores, son acogidas por las inteligencias superiores, por los ánimos fuertes, y por todos aquellos cerebros tiernos pero bien dispuestos, en los que el azar no ha tenido tiempo de dejar penetrar como impresión primera las ideas contrarias.

El azar dejó formar retrógados serviles y casquivanos.

La educación formó progresistas, liberales y sabios.

Si muchos padres de familia hubieran dado al azar la debida importancia, hubieran cultivado la inteligencia de sus hijos para no dejar crecer la cizaña.

Por eso hemos creído siempre que es imponente y terrible la responsabilidad de un padre: él tiene que dar cuenta al mundo del ser que engendró y de cuya suerte se hace el árbitro absoluto.

Tened un hijo, con una hermosa frente, con una inteligencia clara; contemplad en él los gérmenes que harán del niño un hombre grande, un héroe; y aherrojad su mente, atadle a vuestra ignorancia, espantadle con el infierno, sofocad sus instintos, hacedle temblar con vuestra tos, no le dejéis hablar, castigadle si pregunta, despreciad sus deseos de saber, permitidle

solamente una capillita por diversión, haced de la oración una costumbre, y restringid los avances de su inteligencia en un círculo tiránico de poder y de respeto; no lo dejéis levantar la frente y el pensamiento; el Cielo y el Infierno... silencio... humillación... Sus primeros pecados son dignos de la condenación eterna; pintadle a Dios con el rayo de la venganza, con la espada de la justicia como el Señor de los ejércitos, y cuando en aquella frente radiante de vida y alegría, veáis cruzar una sombra que la empaña; cuando ya no levante con libertad sus párpados el niño, decidle que tiene vocación, y tonsuradlo, y moríos en seguida con la vanidad de haberos quitado un hijo por darlo a la Iglesia. No nosotros, Dios se encargará de resucitaros para que veáis vuestra obra y tembléis. El niño, aún dentro de su círculo de hierro, llegará a ser hombre si prevalece su vigor y su inteligencia; romperá sus cadenas, y lucharán el hombre y el sacerdote. ¿Quién triunfará?

Si sus hierros fueran más fuertes que su espíritu, morirá dentro de ellos como la planta abandonada indefinidamente bajo de un vaso.

Este niño, este sacerdote, dirá que todo aquello que lo indujo a abrazar un estado que mil veces ha repugnado, que la ignorancia de sus padres, la sujeción de su juventud, la tiranía de su educación y todas las consecuencias, son obra exclusivamente de su destino, y quedará muy satisfecho.

El fatalismo, como todo lo que no está sujeto al análisis y al juicio del hombre, es un deslumbramiento que nos hace cerrar los ojos y bajar la cabeza. Cuántos hombres disculpan sus errores y sus faltas con estas palabras: "*la fatalidad*".

Una mujer que fue arrastrada por sus pasiones al abismo de la prostitución, porque en su alma no inculcaron la virtud, responde al grito de su conciencia: "*la fatalidad*".

Un hombre que buscó el resultado que más halagaba sus pasiones en vez de buscar el que más convenía a su bienestar, exclama al verse arrebatado al mal por sus errores: "la fatalidad".

Creemos, finalmente que existe algo fuera de la esfera de poder del hombre, que se llama azar; pero no todo lo que al hombre le sucede tiene el azar la culpa; la mayor parte de los males que aquejan al hombre provienen del hombre mismo, por el imperfecto desarrollo de su inteligencia o de su educación, y para que el hombre reconozca que todavía le está vedada una parte muy considerable de la sabiduría infinita.

5)

La Juventud¹**Estudios Morales**

Las analogías entre la vida del hombre y la vida de las plantas, inducen a graves meditaciones, y presentan al observador por consecuencia necesaria, el cuadro final de esta existencia, con el aspecto de la duda de un viajero que no sabe a dónde va.

¡La juventud! la edad del desarrollo físico y moral del hombre, el vigor de la vida, la presentación de los horizontes, el sonreír de la naturaleza, delicioso intervalo entre la ignorancia del niño y el desencanto del hombre; apogeo de la vida, oasis del viajero, lozana juventud, eres como la flor recién abierta en la mañana; todo es para ti; el aire, la luz, el rocío, la armonía, el cielo.

Mirad esa joven: apenas empiezan ciertas líneas de la niña a modificarse en su rostro; es un modelo indefinible que cierra un poco los labios, que hace más recta la línea de la frente, que parece que se extiende como el pétalo de una azucena con una tensión que proviene de la abundancia de savia y de la pureza del aire; su cabellera es abundante y sedosa, y hasta se quiebra en ondas como esas flores ricas en pétalos que el vulgo llama dobles; el calor de aquella vida joven, hace ondular la seda, no conforme con caer, sino que necesita caer con gracia como en homenaje a la belleza; los tejidos de aquel cutis en su reciente expansión, son más transparentes, y la sangre que corre ligera los inyecta a la menor impresión; un espejo, una cinta, un hombro desnudo, el crujido de la seda, el tacto de una blonda, el aroma del tocador, son otras tantas impresiones misteriosas que hacen colorear aquellas mejillas por intervalos

¹ Facundo, "Variedades. La juventud. Estudios Morales", en *El Correo de México*, t. I, núm. 23 (27 septiembre 1867), pp. 2-3.

repentinos, como el cambiante rojo del prisma o como la intermitencia del fósforo de la luciérnaga. Apenas hay un encanto más poético y delicado que esa coloración fugitiva, que ese carmín de una diafanidad indefinible.

Todo tiene en la joven una expresión particular, como si la naturaleza no olvidara ningún detalle para decirle al hombre, satisfecha: copia.

La mirada de la joven fluctúa entre la serenidad del descuido y la volubilidad chispeante de la inteligencia. Se podría decir que hay impresionabilidad en esa mirada, porque si esa joven nos ve, lo hará con indiferencia, pero si os mira y la miráis, os comprenderá inmediatamente: por eso sólo una mujer resiste una mirada; una joven se doblaba como la flor sometida a un foco de luz.

La sonrisa es uno de los encantos más exquisitos; la sonrisa de una joven que tiene, por decirlo así, el resabio de la niña y la intención de la mujer, es como el aroma de la flor; no se parece más que al aroma mismo, y es como el aroma que jamás hostiga, que se le busca siempre, que se aspira con avidez y que se recuerda: aunque la inspiración del aroma pertenezca al olfato, y la de la sonrisa a la vista, se identifican en el modo de conmovernos. Una mirada, una mejilla que se enciende, o una sonrisa, estas tres impresiones delicadas han engendrado las más terribles pasiones, han despertado los sentimientos más vehementes. Tal es la armonía de los seres, que una de esas ráfagas tenues engendran un incendio, que unas de esas emanaciones fugitivas avasallan a un hombre, lo sujetan con una tiranía irresistible; no hay poder, no hay razón; aquella gota de rocío detuvo una corriente; aquella débil flor humilló al roble; la naturaleza ufana, armonizó esos extremos, y se regocija de vencer al fuerte con el débil.

La flor, sin saberlo, nos encanta; la mujer, cuando lo sabe, nos ama, y por una

maravillosa previsión la mujer no ama sino cuando adivina que han de amarla; su primera impresión de amor es siempre una respuesta. Debe haber un lenguaje misterioso sin frases y sin sonidos, como el lenguaje de las flores; ese lenguaje es infinito; si se escribiera sería un volumen, y no obstante no tiene más que dos frases: "me amas", "te amo", pero estas frases no están escritas ni formadas con caracteres, sino que fluctúan, nacen, bullen, aparecen, brillan, son emanaciones, son aromas, son movimientos, son galas, roces, efluvios, hechizo... vagan al derredor de una cintura que se mece como un vástago, se oyen en una nota de música, se adivinan en una mirada, se sorprenden en el ruido de unos pasos, se dibujan en una sombra, se beben en un aroma y se escriben en un éxtasis.

Hay como un convenio ignorado entre dos almas, que se sanciona con un "sí" simultáneo.

La juventud es como un vasto jardín sin lontananzas: el alma ahí encerrada vive consigo misma y de sí misma. Sólo así puede ser feliz el hombre; si viera más allá, acabaría la juventud, vendría el hombre que ve llegar al anciano, y tras de él la eternidad.

¡Oh dulce juventud, sueña en el jardín, entre tus flores, tus fuentes y tus brisas: tu cielo es azul, tu alfombra verde, tu cáliz néctar, tu vida hechizo, ilusión risueña, sueño de amor entre la cuna y el sepulcro!

6)

El concierto de anoche¹

Espéndido estuvo el gran concierto: como lo habíamos anunciado, fue uno de los espectáculos más brillantes que ha habido en el hermoso Teatro Nacional.² La concurrencia fue numerosísima, al grado de faltar localidades para las personas que no se anticiparon a sacar sus boletos.

Reinaba la animación y la alegría; en primer lugar porque no había franceses, cuyos uniformes matizaban en otro tiempo las reuniones como con manchas de sangre: en el teatro anoche no había más que mexicanos, y llamaba la atención uno que otro oficial mexicano con uniforme. Las señoras se disputaban la palma en atractivo y galas; eran en los palcos guirnaldas de gasas, flores, perlas brillantes, blondas y plumas, dejando ver sonrisas, semblantes hechiceros, manos pequeñas y pechos de alabastro. Merecidas guirnaldas animadas para coronar

¹ Facundo, "Variedades. El concierto de anoche", en *El Correo de México*, t. I, núm. 27 (2 octubre 1867), p. 2.

² En la noche del 1° de octubre, la Sociedad Filarmónica Mexicana llevó a cabo su "Segundo Gran Concierto", en él se estrenaron la *Marcha de Zaragoza* y la *Marcha republicana* creadas por Aniceto Ortega, a instancia de la Sociedad Filarmónica, ya que según sus propias palabras: "México no posee [hasta ese momento] una marcha verdadera y exclusivamente nacional, pues no tienen ese carácter la de Herz ni el *Himno de Nunó*"; así se someten a la opinión del público ambas composiciones, en busca de una marcha que represente el sentimiento de los mexicanos. La *Marcha de Zaragoza* consigue la victoria. El programa del Concierto estuvo compuesto por las siguientes obras: **Primera parte.** I. Obertura a dos orquestas de la ópera *Ema d'Antiocha*, de Mercadante; II. Coro de la ópera *Macbeth*, de Verdi; III. *Terzetto* de *Lucrecia Borgia*, de Donizetti; IV. Fantasías sobre temas de *Un ballo in maschera*, de Verdi; V. *Duetto* de la ópera *Poliuto*, de Donizetti; VI. *La invocación vespertina*, de Donizetti; VII. Obertura de la ópera *Zampa*, de Hérold; VIII. Gran coro, escena y vals de la ópera *Fausto*, de Gounod; XI. Sinfonía himno *¡Dios salve la patria!*, de M. Morales. **Segunda parte.** I. Coro de la ópera *Ildegonda*, de M. Morales; II. *Duetto* de la ópera *Ildegonda*, de M. Morales; III. Adagio y vacaciones de *Semiramide*, de Rossini; IV. Cuarteto de la ópera *Rigoletto*, de Verdi; V. *La caza del ciervo*, de L. de Rille; VI. 1° *Marcha de Zaragoza* y 2° *Marcha republicana*, de Aniceto Ortega; VII. Plegaria y gran coro del Mercado de la ópera *Muda di Portici*, de Auber ("Diversiones públicas. Gran Teatro Nacional", en *El Siglo XIX*, séptima época, año 24, t. V, núm. 79, 1° octubre 1867, p. 3).

el genio y el talento.

En las lunetas el sexo feo se extasiaba en mayoría, pero como a manera de tábanos zumbaban por aquí y por allá algunos pollos, de esos que han brotado últimamente como langosta, como palomitas de san Juan; pollos del género miope, ignorantes los más, empalagositos los unos, insustanciales otros, estirados todos, trigueñitos aquellos, de pelo enmarañado otros: estos pollos, en cuyos oídos suena como ruido del otro mundo el cacareo de las gallinas, están aturdidos, están en la edad de creer que ellos son los que les gustan a ellas, y no viceversa, de manera que la música anoche para los pollos, era verdadera música celestial, quiere decir, que no le entendían. ¡Qué habrían de entender! si allí estaba Lola, y Concha, y Luisa y Juanita, y aquella del bonito pie, y la otra del peinado rojo, y Josefina y Anita, y todas, todas y a cual más lindas: en resumen, los pollos estaban aturdidos porque tenían la música por dentro.

¡Lástima! si hubieran sido menos los zumbadores, aquel ramillete hubiera sido como los de los maestros en este género de obras del arte: los pintores de flores, generalmente no terminan su ramillete, sino colocando sobre las hojas algunos insectos; esto, sobre ser conforme con la naturaleza, puesto que esos insectos viven entre las flores, le da a la obra la armonía del contraste y la verdad del natural, pero son uno que otro: anoche eran muchos los insectos, al grado de tapar algunas hojas del ramillete.

En cuanto a la ejecución de las magníficas piezas, ¿qué diremos? Por más que tengamos el honor de pertenecer a la Sociedad Filarmónica,³ no expondremos nuestra reputación en la

³ La idea de formar una asociación de esta índole surgió de las reuniones, que se realizaban en la casa de Tomás de León, proyecto que culminó con la creación de la Sociedad Filarmónica Mexicana, fundada el 14 de enero de 1866 por el propio León, Aniceto Ortega y otros músicos y compositores. Al

calificación aventurada de un semitono ni de un compás: ¡paso a los maestros! y nosotros pegamos nuestras banderas. Nosotros estuvimos encantados, porque sin dejar de contemplar a ratos a las bellas en justo tributo a la galantería, había una cosa que nos hacía entregarnos a más hondas cuanto halagadoras reflexiones: un pueblo que recobra su gloria y sus derechos, un pueblo que triunfa de la tiranía del extranjero, y que se estrecha en una noche para cantar sus glorias. Artistas de corazón, de genio, y patriotas, que enseñan la música a los niños, y con las notas les inculcan el amor por esta patria desgraciada. Señoritas mexicanas cuya esmerada educación las lleva al templo del arte, y cuyo amor al arte las hace pisar el escenario sin ambición mezquina, sino por filantropía y por patriotismo; una sociedad filarmónica, en fin, que ofrece a México un espectáculo encantador, presentando una falange de artistas mexicanos, y trescientos discípulos, niñas pobres que tendrán un porvenir, y serán tal vez la honra de México recorriendo el mundo como la Peralta;⁴ un público que acude gozoso ofreciendo sus *óbolos* a la angustiada caja de la Sociedad, que no paga sueldos ni despilfarra, sino que da la educación a la juventud, y nos deleita a costa de sus sacrificios personales.

Y por último, un gobierno que *va*, que *ve*, que *oye*, que dice *bien*, y que no dice: *toma*.

Nosotros si fuéramos gobierno (que Dios nos libre), diríamos: — ¡Qué hermoso estuvo el concierto!.. pero esto se puede decir sin ser gobierno... entonces preguntaríamos: ¿Con qué fondos cuenta esa Sociedad Filarmónica? También esta pregunta se puede hacer sin ser gobierno.

principio se le dio asilo en el patio de los Naranjos de la Escuela de Medicina, posteriormente se trasladó al antiguo Convento de San Francisco; hasta que en octubre de 1867, Benito Juárez cedió a la Sociedad el edificio de la antigua Universidad. Su primer presidente fue Manuel Siliceo (Cfr. Enrique de Olavarría y Ferrari, *Reseña histórica del teatro en México. 1538-1911*, t. I, p. 713-714).

⁴ Ángela Peralta (1845-1883), llamada "El Ruiseñor Mexicano", debutó en 1860 en el Gran Teatro Nacional; a principios de 1861 marchó a Europa, en donde obtuvo considerables éxitos. Tras de sus triunfos en Italia, regresó a México en 1865. Murió, víctima de cólera, durante una gira en Mazatlán.

Pues diríamos: ¡Esta Sociedad debe tener muchos gastos!

¿Y qué? La observación sería buena, pero puede hacerla cualquier pelagatos.

¿Pues qué por fin diríamos si fuéramos gobierno?.. Ya se ve que es difícilillo decir algo en tal predicamento; nos declaramos ineptos para tan alto puesto, porque ni aun en el terreno de la suposición podemos dar palotada: pero porque no se crea que nos andamos por las ramas y recordando a Sancho Panza, allá va esa y salga lo que saliere, pues al fin nos hemos propuesto fingir por un momento que gobernamos.

Señores fundadores y mantenedores, profesores... (aunque saliera con muchos *ores*) de la Sociedad Filarmónica Mexicana: yo, presidente de la República ya hace diez años, con otros cuatro en lontananza, si acaso, complacido y satisfecho con vuestros adelantos y patriotismo... Aquí haría yo que mi Ministro de Relaciones me redactara un considerando muy elocuente, después del cual diría yo aquello de *he venido en decretar* (que es una frase muy bonita) y decretaba:

Primero.— Regalarle a la Sociedad un edificio bueno de esos que se confiscan luego, y que andan hoy con que si lo compro o no lo compro, y en sí pago o no pago, y todas esas cosas.

Segundo.— Le daría yo algo de mosca en efectivo, para que la pobrecita Sociedad pagara algunos picos, porque ahí donde la ven ustedes tan fastuosa y tan elegante, tiene sus droguitas como todo hijo de vecino; luego le da por comprar pianos, como si los necesitara mucho, y luego no alcanzan las cuotas de los socios; y los señores de la junta que se empeñan en que la Sociedad no se acabe, y dan en que sería una lástima, y empeñan su crédito, y luego hasta dan conciertos y nos tienen arrobados una noche, por dos duros, para ver si pagan.

Pero esto sería largo y un poco feo para artículo de decreto, pero mi ministro me lo

corregiría y saldría bueno.

Artículo tercero... No; basta de artículos, porque saldría éste más feo que el otro.

Por tanto mando, etcétera — *Benito Juárez*. — al C. Ministro, etcétera.

Hasta aquí la prosa vil: siguen los versos que poblaron anoche el ámbito del teatro, cual si todas las flores que están pintadas en el techo se hubieran deshojado al eco de los pianos.

"A las alumnas del Conservatorio de la Sociedad Filarmónica
Mexicana"⁵

Bandada de avecillas de voz canora,
la vida es por vosotras halagadora:
hijas todas del arte de la armonía,
ramillete de flores del Mediodía,
cantad ufanas,
capullos de las rosas americanas.

Con infantil donaire dad a los vientos
de vuestras voces puras, castos acentos;

⁵ Este poema apareció publicado en otros periódicos como parte de la reseña del Concierto, por ejemplo, en Sin firma, "Crónica de México. Versos", en *La Iberia*, t. II, núm. 166 (5 de octubre de 1867), p. 3; Sin firma, "Crónica Musical. Gran concierto público de la Sociedad Filarmónica Mexicana", en *El Monitor Republicano*, quinta época, año 17, núm. 4758 (4 de octubre de 1867), p. 2, y en Sin firma, "Noticias sueltas. Versos", en *El Boletín Republicano*, núm. 81 (3 de octubre de 1867), p. 2. Sin embargo, esta poesía no forma parte del tomo de *La Linterna Mágica*, en la que José T. de Cuéllar editó sus poesías: *La Linterna Mágica. Segunda Época. Poetas*. Imprenta y Litografía de El Atlántico, Blanchard y Compañía, Santander, 1890.

que yo cantar quisiera, con lira de oro,
el inefable canto de vuestro coro;
la patria mía
se regocija al eco de esa armonía.

Como del fresco cáliz de blancas flores
brotan aromas blandos y embriagadores,
así de vuestras almas, niñas galanas,
brotan los sentimientos de mexicanas.

Dios desde el cielo,
si cantáis a la patria, ve vuestro anhelo.

Pimpollos delicados de los jardines,
falange vaporosa de serafines,
de esos festivos coros, por cada acento
se engendra en vuestros pechos un sentimiento;
y vendrá un día
en que améis como yo amo, la patria mía.

De ese divino arte que amáis gozosas
y de que sois capullos, seréis las rosas;

Bethoven y Bellini⁶ tan puro anhelo
inspiran, conmovidos, desde su Cielo;
y a un pueblo ufano
le transmitís las notas de ausente hermano.

Creced, niñas gentiles; poblad los vientos
con vuestros peregrinos dulces acentos,
y escribirá la historia gratos anales
porque ensayáis, pñando, cantos marciales.
Cantad ufanas,
que envidia son del mundo las mexicanas.

Octubre 1° de 1867

José T. de Cuéllar

⁶ Vincenzo Bellini (1802-1835) compositor italiano, aunque sus primeras creaciones fueron misas, salmos y sinfonías, realmente halló su vocación al componer óperas. Entre sus obras se encuentran *Bianca y Fernando* (1826), *Il Pirata* (1827), *La Sonnambula* y *Norma* (1831); fue el predilecto del público hasta fines del siglo XIX.

7)

Popularidad de la Convocatoria¹

Nuestro editorial del día 11 de septiembre, correspondiente al núm. 9 de este periódico, fue la introducción que Facundo, nuestro compañero de redacción, escribió al frente de un gran paquete que contenía mucho de lo que se ha publicado en contra de la Convocatoria; y hoy, este nuestro apreciable compañero, nos ha traído lo siguiente que es la conclusión de su artículo comenzado hace un mes.

La pasión del juego no es nuestro fuerte: muy al contrario, hemos sido sus constantes enemigos, y hemos tenido ocasión de dedicarle sendos desahogos, en prosa y verso por más señas, desahogos que al menos nos han dejado la honrilla de haber sido declamadores moralistas; pero la malhadada política nos hizo prevaricar y dimos al traste con nuestro sistema de abstención, y caímos en el garlito; jugamos, y no así como quiera, sino que jugamos y ganamos, que en eso está el peligro; porque entonces es cuando se le toma afición al vicio, y cuando en busca de aquella emoción tan agradable del que gana, vuelve uno a las andadas y después no hay razón posible, no hay poder humano que quite a un hombre del tapete verde: ¡qué horror! La imagen de un conocido de todo México se nos presenta: la estamos viendo: es un hombre que bien puede tener treinta y cinco años o cincuenta, porque la representación de la edad se pierde en las sombras de una fisonomía siniestra, donde las huellas de un vicio dominante dibuja líneas y produce sombras extrañas: este hombre tiene una dentadura asquerosa, y es además una de

¹ Facundo, "Popularidad de la Convocatoria", en *El Correo de México*, t. I, núm. 33 (9 octubre 1867), p. 2.

esas dentaduras montadas al aire, expuestas siempre, que ponen de manifiesto la insuficiencia de los labios para cubrir aquellos huesos amenazadores: este hombre no se peina, no se lava, no se cepilla, casi no se viste, o mejor, no se desnuda, porque su ropa forma parte de aquel cuerpo medio encorvado; se identifica la levita con la corbata, y ésta con la camisa, los pantalones con los pies y el sombrero con el cabello: felpa, terciopelo, cuero, paño y bretaña, se parecen: todo es homogéneo a fuer de una unión de dos años; todo aquello duerme con sus miembros dentro, en el dintel de una puerta o al borde de un inodor: este haz de harapos va precedido de una cabeza humana, donde no hay más que una idea: el juego. Este harapo humano toma en sus manos cien onzas de oro relucientes, las pone en la mesa y las pierde; este hombre ha podido ser feliz y hacer felices a otros, pero para él la felicidad no es siquiera el dinero, sino el juego. Si esto no lo viéramos, se nos tacharía de visionarios, pero este es jugador. Pero no es eso lo que nos habíamos propuesto; corrió nuestra pluma, y seguimos con nuestra imaginación al hombre; pero ya que lo conocisteis, figuraos si tendremos horror al juego, y de si nuestro temor de parecérsosle, será fundado, cuando hemos dado el primer paso en esa senda, y no así como quiera, sino que como, hemos dicho, hemos ganado, quiere decir, estamos muy expuestos a engolosinarnos con el triunfo; sólo que en obsequio nuestro debemos advertir que no hemos jugado dinero ni sobre tapete verde, ni a las cartas; simplemente hemos jugado por pasatiempo una partida de dominó con el Gobierno, de quien la primera ficha fue la Convocatoria; nosotros nos armamos de buenas fichas, o sean artículos contra la Convocatoria, las jugamos y ganamos la partida; estamos victoriosos, pues ya todos saben que lo de las Reformas hizo un fiasco redondo; bien es que no fue más que una pregunta suelta del C. Presidente, pero un coro de *noos*, más robusto que el de los 300 alumnos del Conservatorio, ha contestado, y nosotros,

amantes como el que más a los coros, hicimos el acompañamiento con los artículos de la prensa independiente, de que para la debida constancia hacemos hoy el:

Índice de artículos en contra de la Convocatoria, publicados en varios periódicos y reproducidos en el 'Correo de México' bajo el título "Popularidad de la Convocatoria".

Artículos de

La Montaña, Puebla.

La Hoja Suelta, *Idem*.

La Sombra de Arteaga, Querétaro.

La Época, Guanajuato.

La Restauración, Morelia.

La República, Jalapa.

La Convención, Guanajuato

La Idea Liberal, Zaragoza.

La Verdad, *Idem*.

La Luz del Siglo, San Luis.

El Espíritu del Siglo, San Luis.

La Época, Guanajuato.

La Revista Mercantil, San Luis.

La Prensa, Guadalajara.

Protesta de los vecinos de Jaripitío.

El Centinela, Monterrey.

Petición de los vecinos de Irapuato.

La Convención, Guanajuato, petición.

La Constitución, San Luis.

La Prensa, Guadalajara.

La Sombra de Arteaga, Querétaro.

La Voz del Pueblo, Saltillo.

El Defensor de la Reforma, Zacatecas.

La Libertad de México, Aguascalientes.

La Unión Liberal, Guadalajara.

El Pueblo, Guadalajara.

El Siglo XIX.

La Campana, Sombrerete.

Carta de Salamanca.

La Montaña, Puebla.²

² Todos los artículos mencionados por Cuéllar, se publicaron en *El Correo de México* desde principios de septiembre hasta finales de octubre, bajo "Popularidad de la Convocatoria": t.I, núm. 10 (12 de septiembre de 1867), p. 2; núm. 11 (13 de septiembre de 1867), p. 2; núm. 12 (14 de septiembre de 1867), p. 3; núm. 13 (16 de septiembre de 1867), p. 2 (en este número aparecieron los artículos de *La República* y *La Convención* juntos); núm. 15 (18 de septiembre de 1867), p. 2 (se publicaron juntos los textos de *La Idea Liberal* y *La Verdad*); núm. 16 (19 de septiembre de 1867), p. 2 (*La Luz del Siglo* y *El Espíritu del Siglo*); núm. 17 (20 de septiembre de 1867, p. 2 (*La Época*, *La Revista Mercantil*, *La Prensa* y la Protesta de los vecinos de Jaripitfo); núm. 18 (21 de septiembre de 1867), pp. 2-3 (*El Centinela*, Petición de los vecinos de Irapuato y *La Convención*); núm. 20 (24 de septiembre de 1867), pp. 1-2 (*La Constitución* y *La Prensa*); núm. 22 (26 de septiembre de 1867), pp. 1-2 (*La Sombra de Arteaga* y *La Voz del Pueblo*); núm. 23 (27 de septiembre de 1867), pp. 1-2 (*El Defensor de la Reforma* y *La Libertad de México*); núm. 24 (28 de septiembre de 1867), pp. 1-2 (*La Unión Liberal* y *El Pueblo*); núm. 26 (1° de octubre de 1867), p. 2; núm. 28 (3 de octubre de 1867), p. 3; núm. 29 (4 de octubre de 1867), p. 2. El texto de *La Montaña* de Puebla no fue localizado debido a que el número 30 de este periódico está perdido.

8)

Primera carta de Facundo a Próspero¹Mi querido Próspero:²

Supuesto que me pides noticias de todo lo que pasa en esta populosa capital, voy a complacerte, no sin reservarme el duplicado de la presente, porque ya sabes que he perdido la fe en el amor y en el correo,³ que son dos niños ciegos que saben más de lo que les han enseñado.

Nos hemos quedado encomendándote a todos los santos del Cielo, por más que esto no se use, porque estamos seguros de que te van a pasar muchas cosas: en primer lugar, va a ser el súbito de un cochero de diligencias, que no son otra cosa los pasajeros para estos bajás de chaparreras: ¡mira tú que contagiosa es la autocracia! ya habrás notado que hay cierta analogía entre un trono y un pescante: vas a travesar esos senderos pedregosos, esa sucesión de lodazales y precipicios, ni más ni menos que si fueras a la gloria, o que si tuvieras ambición de ser presidente; luego te darán de comer malo y caro, y llegarás molido y admirándote de haber salvado el pellejo: en cambio te recibirán muy bien las muchachas de Guadalajara, que son muy

¹ Facundo, "Variedades. Primera carta de Facundo a Próspero", en *El Correo de México*, t. I, núm. 41 (18 octubre 1867), p. 2.

² Detrás del seudónimo de Próspero estaba la pluma de Ignacio M. Altamirano, que en aquellos momentos se encontraba de viaje en la ciudad de Guadalajara (Cfr. Marfa del Carmen Ruiz Castañeda y Sergio Márquez Acevedo, *Catálogo de seudónimos, anagramas, iniciales y otros alias usados por escritores mexicanos y extranjeros que han publicado en México*, p. 14 y Sin firma, "Gacetilla. El C. Ignacio M. Altamirano", en *El Monitor Republicano*, quinta época, año 17, núm. 4765, 12 de octubre de 1867, p. 3).

³ En la prensa de la época, se publicaron varias quejas en contra de la Oficina de Correos ocasionadas por la constante desaparición de periódicos destinados a distintos puntos de la República; por lo que los redactores, no perdían ninguna oportunidad de reclamar al servicio postal sus faltantes: "Siguen extraviándose los periódicos. Por lo visto, hay muchos amantes a la lectura en los caminos: deseárfamos saber sus nombres para remitirles gratis la suscripción, y que lean, pero que no arrebaten" (Sin firma, "Gacetilla. Correo", en *El Correo de México*, t. I, núm. 13, 18 septiembre 1867, p. 3).

lindas y muy amables, y te encontrarás muy dulcemente indemnizado de tu peligroso viaje. Plegue a Dios que llegues sin comparecer ante los bandidos, lo cual es más difícil que llegar al poder por vías legales.

Por acá estamos bien, cada día mejor; dicen que el señor presidente actual es muy bueno, y lo reeligen, y tienen razón: uno de los que me han dicho que es bueno el señor Juárez, es un empleado del Imperio, y dos electores que compraron reloj se hacen lenguas de don Benito: Gómez Flores también decía que era bueno, pero ya no lo dice, porque se acabó el *Voto del Pueblo*⁴ desde que acabaron las elecciones. *El Continental* sigue diciendo también cosas buenas de don Benito y aplaudiéndolo todo, y parece que está muy contento: una de las muy pocas cosas que no le han gustado, fue *El Jorobado* en verso, y es que creo no le gustan los versos:⁵ ya ves que según eso, estamos bien. Te diré que en lo general la prensa está tranquila y también contenta, después de hablar de la Convocatoria; ¿qué ha de hacer ahora? se ocupa de los perros: ¡si vieras cómo se ha debatido la cuestión de los animales! Masson hasta les ha hecho versos, *La Iberia* ha dicho muchos chistes sobre el mismo asunto, y Gabino ha escrito sobre el buen

⁴ M. Gómez Flores redactor en jefe del *Voto del Pueblo*, periódico oficialista que apoyaba la candidatura de Benito Juárez a la presidencia. El 17 de octubre de 1867 se anunció la desaparición de esta publicación, por causa eminentemente políticas: "Leemos en *La Sombra de Arteaga*: 'Cuentan los periódicos que al *Voto del Pueblo* le llegó la hora final: así era de esperarse. Después de las elecciones un *Voto* más era lo mismo que *al asno muerto la cebada al rabo...*' (Sin firma, "Gacetilla. Necrología", en *El Correo de México*, t. 1, núm. 40, 17 octubre 1867, p. 3).

⁵ En los primeros días del mes de octubre de 1867 se presentó en el Teatro Principal, el "famoso drama de grande aparato y refundido", *El Jorobado* adaptado en verso por el escritor Enrique de Olavarría y Ferrari. ("Diversiones públicas", en *El Boletín Republicano*, núm. 81, 3 de octubre de 1867, p. 4). El estreno de esta obra suscitó una polémica periodística entre *El Continental* y *El Boletín Republicano*, debido a que el primero se lanzó de lleno en contra de esta puesta en escena y de su adaptador, al que llamó falto de "sentido común" y mal versificador; por su parte, *El Boletín* emprendió una cruzada de salvamento y publicó en su "Gacetilla" todas las opiniones favorables a que dio lugar dicha obra (Cfr. Sin firma, "Noticias sueltas. Falta de sentido común", en *El Boletín Republicano*, núm. 84, 6 de octubre de 1867, p. 2 y Sin firma, "Noticias sueltas. *El Jorobado*", en *El Boletín Republicano*, núm. 87, 10 de octubre de 1867, p. 2).

trato a todos los animales; de todo esto se ha ocupado la prensa después de haber atacado la Convocatoria.⁶

Ya sabrás lo de Zamacois ¿Conoces a Zamacois?⁷ Pues se publicaron unos versos con

⁶ René Masson (1795-1869) librero, comisionista, comerciante y periodista francés. Publicó la columna "Olla podrida", posteriormente editada bajo el título *Olla podrida condimentada en México. Colección de todos los remitidos que desde 1844, y en varios periódicos de México, publicó bajo diferentes seudónimos como los de Grilles, Gogo, Anti-Pierna-Seca y otros muchos René Masson*. Fundó en 1861, el periódico *Trait d'Union*. Se suicidó en 1869, en Tacubaya. El primer artículo que publicó en favor de los perros apareció en *El Monitor Republicano*, bajo el seudónimo "El de la olla", en él se destacaba la importancia del cuidado de los perros (Cfr. El de la Olla, "Gacetilla. ¿Se habla de perros? ¡Aquí estoy, ADSUM, me viola!", en *El Monitor Republicano*, quinta época, año 17, núm. 4734, 6 de septiembre de 1867, p. 3).

En el periódico *La Iberia* aparecen varios artículos en contra de los perros y de su adorador René Masson; de forma irónica se vincula el problema de la anarquía en el mundo canino, con la situación política del país, es decir, con los resultados de las elecciones y de la Convocatoria: "No sabemos si esos animalitos tendrán cuestiones políticas, si tendrán que dilucidar asuntos parecidos a la cuestión franco-prusiana, o si estarán en tiempo de elecciones; lo cierto es, que la Discordia ha sacudido su emponzoñada cabellera sobre ellos" (Sin firma, "Crónica de México. Otra vez los perros", en *La Iberia*, t. II, núm. 168, 8 de octubre de 1867, p. 3). La defensa que René Masson hizo de los perros, provocó una oleada de pequeñas notas en los periódicos en las que se mofaban de sus composiciones poéticas: "Sabemos que le están agradecidos todos los perros sucios, pendencieros, vagabundos y escandalosos, que son la deshonra de su raza; pero nos consta que los perros decentes, los juiciosos, los perros en fin, del orden están profundamente descontentos con el señor Masson, porque alienta con toda la autoridad de su talento, de su profesión y de sus años, el libertinaje de los perros libertinos (Sin firma, "Crónica de México. Los perros", en *La Iberia*, t. II, núm. 176, 17 de octubre de 1867, p. 3). Sin embargo, lo que asoma también en las noticias, es que el crecimiento incontenible de los perros callejeros, representaban un verdadero problema para los ciudadanos, y sobre todo para los transeúntes de la Capital: de ahí que se publicaran llamados urgentes a las autoridades.

Gabino F. Bustamante (1816-1871), médico, político y periodista, colaboró con varios periódicos de la época, en 1867 se encargaba de los editoriales de *El Monitor Republicano*; inventor de las pastillas de Anacahuite (Cfr. Sin firma, "Crónica de México. Pastillas de Anacahuite", en *La Iberia*, t. II, núm. 193, 6 de noviembre de 1867, p. 3). El artículo que José T. de Cuéllar menciona, apareció el 10 de octubre en *El Boletín Republicano*, Gabino F. Bustamante, sin defender a alguna especie en particular, intentó concientizar a sus lectores sobre la importancia del buen trato a los animales, que constantemente eran sacrificados en nombre de la humanidad; se manifestó en contra de la brutalidad y del abuso de poder que los hombres ejercieron sobre los animales y propuso crear leyes que los protejeran (Gabino F. Bustamante, "Editorial. Sobre el trato que se debe dar a los animales", en *El Boletín Republicano*, núm. 87, 10 de octubre de 1867, p. 1).

⁷ Niceto de Zamacois (1820-1885), escritor español, desde muy pequeño se trasladó a México, donde alcanzó gran fama por sus trabajos literarios; en 1867 colaboraba, como redactor en jefe, en el periódico *La Sociedad Mercantil*. Entre sus obras se encuentran: *Historia de México, Entretenimientos poéticos, Ecos de mi lira, Los misterios de México, Un ángel desterrado del Cielo*.

su nombre; eran unos versos contra tí y contra muchos de nuestros amigos; pero resultó que no era Zamacois el autor, porque toda la prensa dijo que Zamacois era incapaz de escribir esas groserías, y hasta él mismo lo dijo; y después, entre quién será y quién no será, se hicieron los comentarios. ¡Crearás que hubo quien se atreviera a decir que esos versos eran de un de los señores ministros! Ya sabes lo que es el terreno de las suposiciones, y sobre todo las malas lenguas.⁸

En cuanto a ladrones, no te asombres, hay muchos; por lo mismo te digo que no te asombres; y los periódicos han dado en la manía de que hay ladrones porque no hay policía, como si no pudiera existir uno sin el otro; bien puede haber las dos cosas, policías a quienes les paguen, y ladrones que se paguen por su mano; en esto no hay inconveniente, y ¡mira lo que son las cosas! yo no sé por qué ha cundido tanto la fama de las riquezas del clero, porque hasta los ladrones lo saben; roban de preferencia las iglesias,⁹ y los malditos ya no tienen maldito el

⁸ Cabe mencionar que los versos no fueron publicados en *La Sociedad Mercantil*, sino en otros periódicos, como *El Correo de México* y que aparecieron con la firma de Niceto Zamacois, pero sin el nombre de la imprenta que los editó; por lo que no podían ser considerados como válidos, a pesar de ello, el escritor español envió una carta a los periódicos para negar la autoría de dicha poesía. La composición versaba de este modo: "Mamá Cartera"/ Versos de circunstancias, para cantarse en la música de *Mamá Carlota*./ I. El largo Zamacona/ y el negro Altamirano,/ comprenden ya que en vano/ hacen la oposición;/ y dicen afligidos/ en hora lastimera:/ *Adiós, mamá cartera,/ adiós, mi tierno amor*./ II. Los otros periodistas,/ a su programa fieles,/ ladrando cual lebreles/ repiten la canción,/ diciendo, arrepentidos/ de su ambición rastrera:/ *Adiós, mamá cartera,/ adiós, mi tierno amor*./ III. Pérez Gallardo rabia,/ Riva Palacio llora,/ y su perdón implora/ el buen Pérez Jardón;/ que el pueblo los conoce/ y canta a su manera:/ *Adiós, mamá cartera,/ adiós, mi tierno amor*./ IV. El lego García Pérez,/ Buenrostro, El Nigromante,/ Del Río, y Bustamante,/ se agitan con furor/ oyendo que los chicos/ repiten por do quiera:/ *Adiós, mamá cartera,/ adiós, mi tierno amor*./ V. Benítez compra coche,/ caballos y brillantes,/ y hasta se pone guantes/ que nunca los usó:/ Pero Porfirio tarda.../ y el tal se desespera: *Adiós, mamá cartera,/ adiós, mi tierno amor*. Niceto Zamacois (Sin firma, "Gacetilla. Gracias sueltas de *La Sociedad Mercantil*", en *El Correo de México*, t.1, núm. 32, 8 octubre 1867, p. 3).

⁹ *La Sociedad Mercantil* publicó sobre los robos de las iglesias: "La parroquia de Santa María fue robada en la madrugada del domingo 22 del próximo pasado septiembre. Los ladrones forzaron el sagrario con un barbiquín, y se robaron el copón y algunos otros objetos de valor [...] se ha dicho que los ladrones quisieron empeñar el copón en algunas casa de empeño; pero que sus dueños no quisieron tomarlo" (Sin firma, "Gacetilla. Robo sacrilego", en *La Sociedad Mercantil*, primera época, t. 1, núm.

escrúpulo por las cosas sagradas; se les ha llegado su día a los cálices y a los copones, nada más que por lo de la plata; el clero se va a ver precisado a mandarlos a hacer de *gutapercha*, hoy que todo se hace de esa materia que representa al *yankee*: un día de estos hacen electores de *gutapercha*.

En cuanto a progreso, caminamos: desde que hay ferrocarril se llega a Puebla más tarde y se paga más, pero en cambio se divierte el viajero y lo distraen los boleteros con pedirle el boleto cada cinco minutos y con parar cada dos leguas, porque ¿cómo se ha de quedar uno sin conocer todos los paradores? Después sigue la diligencia para acabar con la ilusión, y a las doce de la noche ya está uno en Puebla: ¡y luego dirán que no son obras útiles los ferrocarriles! ¿qué más ventaja que llegar a Puebla a medianoche? En tiempo del gobierno español se llegaba temprano, pero estábamos muy atrasados: hoy la compañía inglesa ha gastado muchos millones para proporcionarnos esas ventajas: los maldicientes pretenden que el vapor entre nosotros es una ventaja, pero ¡que chasco se llevan!¹⁰

En cambio hay ferrocarril con mulas; en ese no está uno expuesto a morir aplastado por uno de tantos percances como han sucedido en el de vapor de San Ángel;¹¹ pero bien puede

40, 1º octubre 1867, p. 2).

¹⁰ Desde los años treinta se había intentando construir una línea ferroviaria de México a Veracruz, sin mayores resultados que pequeños tramos de vía, con los que se llegó a 1867; por lo que se vio la necesidad de continuar y culminar dicha obra, cuestión que marcó uno de los retos del gobierno de Juárez: aumentar los kilómetros de vía y lograr unir el Puerto con la Capital. Durante este año ya funcionaban dos tramos de esta ruta, uno de ellos iba de Veracruz a Paso del Macho y el otro de México a Apizaco; este último de vital importancia, porque la siguiente estación en el camino llegaría a la ciudad de Puebla. Según el itinerario que marca José T. de Cuéllar era posible, en aquel tiempo, tomar el ferrocarril a Apizaco y de ahí, viajar en una diligencia hasta Puebla, puesto que el tramo del ferrocarril correspondiente a esta ciudad, se inauguró hasta 16 de septiembre de 1869, y no en 1867. (Cfr. Francisco R. Calderón, *La vida económica, en Historia moderna de México. La República Restaurada*, t. II, pp. 608-670).

¹¹ El accidente que menciona José Tomás de Cuéllar, ocurrió el 12 de octubre de 1867, en el viaje de las doce del día, de San Ángel a Coyoacán, a diez metros del puente del río de Panzacola. Un vagón

a uno sucederle lo que a mí hace poco: figúrate que se me puso mudarme a Tacubaya, y mandé mi menaje por delante: ¡plugiérame haberlo dejado aquí siempre! me ha dejado sin una silla, porque la maldición del ferrocarril le llegó a mis muebles: has de saber que hay un carro para muebles, y como es para muebles que no hablan, los tratan mal, y como los muebles no entienden maldita la cosa de círculos, aprovechan los empresarios para este carro las ruedas ochavadas, y las que por el uso o la mala fundición quedan oblongas; así es que mis pobres muebles caminaron de aquí a Tacubaya sobre melones. ¿Nunca te has figurado el movimiento de un carruaje sobre elipses en lugar de círculos? pues ni te lo figures, porque no vaya la casa de diligencias a introducir esa mejora, que es lo único que falta: mis muebles no dijeron nada en todo el camino, pero al llegar, su elocuencia muda me partió el corazón, por más que aquello no fuera más que una desconsoladora cuestión de forma.

En cuanto a mi persona, que merecía más miramientos, siquiera porque hablo, me llevé buen chasco. Salimos tirados por dos escuálidas mulas, que más parecían pensionistas por su aire de abatimiento y resignación, que animales útiles. Al principio tiraron como tiramos todos al principio: con brío, como ministro nuevo; pero a poco se declararon incompetentes al doloroso recuerdo del pesebre, y como no comían, no jalaban: en este punto la lógica de las mulas es igual a la lógica de los hombres: qué tal será donde ni el látigo es argumento. Las mulas se pararon, y yo creo que hicieron bien; y lo que sucede siempre cuando no todos tiran parejo, remolcaron nuestro vagón a otro tirado por mulas más bien pagadas, y las cesantes se quedaron

de primera clase y dos de segunda se salieron de su carriles; se creyó que debido a un grueso palo que estaba sobre los rieles. Hubo cinco personas lesionadas, a saber "cuatro contusos y una señora lastimada" (Cfr. Sin firma, "Crónica de México. El accidente del ferrocarril", en *La Iberia*, t. II, núm. 174, 15 octubre 1867, p. 2 y Sin firma, "Noticias nacionales. Ferrocarril de Chalco", en *El Siglo XIX*, séptima época, año 24, t. I, núm. 91, 13 octubre 1867, p. 1).

tomando el aire de San Fernando: mientras caminamos en línea recta, nuestras salvadoras se portaron bien, pero en la curva de San Fernando fue mucha tesorería para tan flacos hombres, y paramos, y se cambiaron los papeles, los pasajeros arrastramos el vagón hasta sacarlo de la curva, de lo cual deben haberse regocijado las mulas y la empresa: de ésta no te podré decir nada, porque no la vi, pero en cuanto a las mulas, me pareció notar que se ruborizaban. Yo también me he declarado defensor de los animales desde que leí el artículo de Bustamante:¹² ojalá y otro tanto le sucediera a la empresa y a los dueños de coches del sitio y de carretones; pero esos señores no han de leer periódicos, y hacen bien a fe mía, ¡porque luego lee uno unas cosas!...

Inútil es decirte que prescindí de vivir en Tacubaya.

Cuando volví a la Capital me encontré con la noticia de los jacalones: ya sabes, el *velorio* de todos los años; ya verás que conservamos nuestras costumbres, especialmente las malas, y esto es que dizque no somos conservadores; los espectáculos que se preparan son sólo dignos de un pueblo rabón, y con todo, serán, ya lo verás, la delicia de la sociedad elegante y de todos; habrá úteres para concederle al vulgo una vez al año la prerrogativa de ver a los hombres pequeños; habrá malos sainetes, más mal representados, como si se tratara de política o de elecciones, y se cerrarán los grandes teatros para abrir los pequeños; no podrá haber ni ópera ni concierto como el último, porque hay úteres; todos estaremos muy contentos, como se trata de recordar a los muertos, y en estos tiempos en que se vive por milagro, según verás por los periódicos que hayas podido haber a las manos por esos mundos.

Nuestro periódico sigue bien, no le han hecho nada todavía, sino los del correo; será por

¹² Ver nota 8, en el presente texto.

el nombre; porque ¿creerás que no llegan nuestros paquetes? Estoy buscando un empeño para estos señores, porque lo que es la prensa está ya cansada de declamaciones inútiles.

Se me olvidaba decirte que *La Sociedad Mercantil* está defendiendo al clero; ya sabrás por supuesto quién es *La Sociedad Mercantil*.¹³

Te recomiendo los artículos del Nigromante: el maestro se desempeña a las mil maravillas. Ha hablado del clero y de Juan José Baz.¹⁴

¹³ En *La Sociedad Mercantil* participaban, como editor responsable y propietario Agustín Elguera y, como redactor en jefe Niceto de Zamacois, sin embargo los editoriales aparecen sin firma. (Cfr. *La Sociedad Mercantil*, primera época, t. I, núm. 48, 10 de octubre de 1867, p. 4). Como resultado de los artículos que publicó Ignacio Ramírez en *El Correo de México*, *La Sociedad Mercantil* presentó cuatro editoriales, en los que se intentó refutar punto por punto, las afirmaciones que El Nigromante hizo sobre el clero. El primero apareció el 3 de octubre de 1867, en él se defiende el derecho de voto, que Juárez devolvió a los ministros de la Iglesia, como ciudadanos mexicanos; contra lo que se rebelaron los liberales opositoristas. El segundo, con fecha del 4 de octubre, es una continuación del anterior, en él se aborda también la condición del Papa como dictador de la Iglesia y de sus miembros, por lo que los liberales consideran innecesaria su participación en las elecciones, ya que el poder civil no existe para ella; sin embargo el editorial intenta derrumbar este argumento, diciendo que el Papa es soberano mas no dictador, el clero por haber nacido en el territorio nacional tiene o debe tener los mismos derechos. El tercero y el cuarto giran sobre los mismos temas. (Cfr. Sin firma, "Editorial. *El Correo de México* y el clero mexicano", en *La Sociedad Mercantil*, primera época, t. I, núms. 42-43, 3 y 4 de octubre de 1867, pp. 1-2, pp. 1-2; Sin firma, "Editorial. *El Correo de México* y nosotros", en *La Sociedad Mercantil*, primera época, t. I, núm. 48, 10 de octubre de 1867, pp. 1-2; Los Redactores, "Editorial. *El Correo de México* y el Sumo Pontífice", en *La Sociedad Mercantil*, primera época, t. I, núm. 55, 18 de octubre de 1867, pp. 1-2).

¹⁴ El primer texto que Ignacio Ramírez escribió con este tema, pertenece a un paquete de editoriales, en los que el escritor mostró su sentir, sobre las reformas que intentó e hizo el gobierno de Juárez. En este artículo, Ramírez discutió sobre si el clero tenía o no derecho de votar, sobre si eran o no ciudadanos mexicanos los miembros de la Iglesia, cuando sólo parecían obedecer los mandatos del Papa. El segundo, contestó el texto publicado por *La Sociedad Mercantil*, en él se exponían algunos principios a los que se sometían los eclesiásticos, en especial al celibato, como ley antinatural, que provocaba una serie de atropellos. El tercero, versaba sobre la dictadura que el Papa ejerció en todo lo relacionado con la religión y sus componentes. La dictadura como tal, presuponía, según Ramírez, un orden constitucional suspendido, que conducía al absolutismo; el monarca se convirtió en la autoridad suprema; sin embargo, como sucedió con el clero mexicano, la lejanía del centro de poder, llevaba a la anarquía (Cfr. Ignacio Ramírez, "Editorial. El clero", en *El Correo de México*, t. I, núm. 23, 27 de septiembre de 1867, p. 1; "Editorial. El Clero. Primera contestación a *La Sociedad Mercantil*", en *El Correo de México*, t. I, núm. 31, 7 de octubre de 1867, p. 1; y "Editorial. El Papa es dictador. Contestación segunda a *La Sociedad Mercantil*", en *El Correo de México*, t. I, núm. 37, 14 de octubre de 1867, p. 1).

El 3 de octubre de 1867, Ignacio Ramírez escribe otro editorial para *El Correo de México*, en

En mi siguiente te contaré muchas cosas. Hasta otra vez mi querido Próspero; sabes que como siempre soy tu adicto y apasionado.

el que critica y explica la posición política de Juan José Baz, gobernador del Distrito Federal, que en aquellos momentos apoyó la candidatura, y posteriormente la reelección, de Benito Juárez; que tanto malestar le produjo a la oposición, de la que era miembro Ignacio Ramírez (Cfr. Ignacio Ramírez, "Editorial. Carta del C. Juan José Baz", en *El Correo de México*, t. I, núm. 28, 3 de octubre de 1867, p. 1).

9)

Sección científica¹

Acústica

Un amigo nuestro, que se ha consagrado a profundos estudios en ese ramo de la física, ha inventado un aparato muy ingenioso y completo, que da por resultado la repetición en eco, no sólo de las últimas sílabas de una palabra, sino de períodos enteros: hemos asistido a uno de sus últimos experimentos, y he aquí el resultado:

Lefmos en voz alta lo siguiente:

"A LA SIMPÁTICA ARTISTA MEXICANA MANUELA GÓMEZ DE PINEDA"²

Y el eco contestó:

Más te valiera no haber nacido.

"Si el mismo verde escuchara tu voz,
daría mil gracias al eterno Dios".

Eco.- Pero si el mismo Diablo a ti te oyera,

¹ Por todos los artículos sin firma, José T. de Cuéllar, "Variedades. Sección científica", en *El Correo de México*, t. I, núm. 47, 25 de octubre de 1867, p. 2.

² Manuela Gómez de Pineda y Francisco Pineda se iniciaron en la ópera, dentro de la Compañía de Bruno Flores, quién en 1863 conformó un grupo operístico con sus alumnos y discípulos. Esta Compañía se presentó en el Gran Teatro el 28 de noviembre de 1863, en honor de Maximiliano y Carlota. Posteriormente, actuaron en la celebración del 15 de Septiembre de 1867, meses después de la victoria del gobierno liberal; ese mismo año y después de su éxito del 15 de Septiembre, se dedicaron a poner óperas en la Ciudad de México, el 23 de octubre presentaron *La Traviata* en el Teatro Nacional, como un homenaje a Benito Juárez (Cfr. Enrique de Olavarría y Ferrari, *Reseña histórica...*, t. I, p. 673, t. II, pp. 741-742).

de fijo que ni el Diablo te admitiera.

"Paisana encantadora, humilde canto
en tu ópera te doy lleno de llanto".

Eco.- Y no sabes que torpe alarido,
en vez de canto salió gruñido.

"Libre republicana sin duda eres,
yo te creo la excepción de las mujeres".

Eco.- Y tú, mocho feroz, de extraños nombres,
de la fábula el grajo entre los hombres.

"Cantatriz, tu talento bien resalta,
hermana singular de la Peralta".

Eco.- Avestruz, tu talento es muy supino,
hermano singular de Bertoldino.

"Al concederte la existencia Dios,
Contempló que en el Cielo falta tu voz".

Eco.- Al querer inspirarte el rubio *Dios*,
vio que faltaba en un corral tu voz.

"Melíflua Manuelita, del corazón
recibe pobres versos sin ficción."

Eco.- Poeta del demonio, fanfarrón,
¿dónde estás para darte un coscorrón?

"La humanidad en su mirar ardiente
la aureola de la gloria ve en tu frente".

Eco.- Y el público, al oír tus torpes quejas,
lo tonto te conoce en las orejas.

"Al escuchar tu voz en *La Traviata*,
se ensancha el corazón, tu voz nos mata".

Eco.- Y al escucharte, no hay quien no concluya
que el *cólera* nos causas con la tuya.

"El *Ruiseñor Azteca* sin duda eres,
a la patria de Hidalgo das placeres".

Eco.- Mochuelo del Parnaso, tus primores
a la musa de Carpio dan sudores.³

"Si en todo el Interior te han admirado,
en México también te han ensalzado".

Eco.- Si aquí cambiamos tus sentidos tonos,
en Europa te encierran con los monos.

"Escucha mi cantar perla exquisita,
prosigue en tus estudios, Manuelita".

Eco.- Tú comienza a leer el alfabeto
para no verte en tan risible aprieto.

³ Manuel Eulogio Carpio Hernández (1791-1860), médico, traductor y poeta romántico mexicano. Su primera poesía, "Oda a la Virgen María", la publicó en el *Calendario de Galván*, en 1832; muchas otras creaciones suyas de tema religioso, vieron la luz en esta publicación. En 1849, José Joaquín Pesado reunió en un tomo su obra poética. Como médico, se dedicó casi toda su vida a la cátedra y formó parte del grupo que constituyó la primera Academia de Medicina de México (Cfr. Julio Jiménez Rueda, *Historia de la literatura mexicana*, pp. 156-157).

"Desde lejanos países, Angelita,
te saluda esta noche Manuelita".

*Eco.- Y a ti, desde la tumba, grita Esopo:
Tu luces como hay Dios, poeta topo.*

"Si en Milán un día escuchan tus cantares,
sin duda olvidarán crueles pesares".

*Eco.- (En el colmo de la desesperación.)- Y a ti,
si acaso vuelves a decir tantos desatinos,
te damos la Cruz de Guadalupe.⁴*

⁴ Los señores de la Cruz de Guadalupe eran los imperialistas; esta orden mexicana se creó poco después de la consumación de la Independencia. Agustín de Iturbide propuso a la Junta Provisional Gubernativa, que se premiara de alguna forma al ejército insurgente; de ahí surgió la idea de crear una o dos órdenes militares; ya que aunque se hubieran reconocido las hazañas de ciertos oficiales, era necesario que hubiese, conforme a la práctica de todas las monarquías, distinciones y honores con qué retribuir el mérito de cada persona, según sus circunstancias. De este modo se instauró la Orden Imperial de Guadalupe en 1822; todos los miembros de esta orden debían ser católicos, apostólicos y romanos, de buena reputación social y, además, soldados distinguidos. A la caída de Iturbide la orden desapareció; hasta la llegada del general Santa Anna, quien la restituyó en 1853, y que sucumbió junto con el gobierno santannista en 1855. Nuevamente en 1863, fue desenterrada del olvido por la Regencia nombrada por los franceses y por el gobierno de Maximiliano; finalmente con el fusilamiento del Emperador la orden murió. La Cruz de Guadalupe estaba compuesta por una cadena de oro de eslabones, formados por águilas explayadas y con corona imperial, alternadas con pequeñas coronas de laurel y palma, dentro de las cuales se encontraban grabadas las iniciales de Agustín de Iturbide; de ella pendía una medalla de 80 mm de diámetro, de donde salía ocho grupos de rayos terminados en punta, sobre ellos, al centro estaba colocada la Cruz (Cfr. Carlos Pérez Maldonado, *Condecoraciones mexicanas y su historia*, pp. 28-34).

10)

Himno Marcial¹

Era fuerza que estando de moda las marchas guerreras, los bravos traidores que aún no transigen con la República y la Libertad, tuviesen un himno que cantar, y allá va él:

CORO

A la lid, a la lid imperiales
con Almonte la lengua afilad,
y las uñas sacad cual puñales
y valientes la bolsa atacad.²

1 a

De la patria de Hidalgo (don Pepe)
de Escudero la clásica tierra,
¿dónde está el imperio y la guerra?
¿do Lacunza y el gran chambelán?³

¹ Por todos los artículos sin firma José T. de Cuéllar, "Variedades. Himno Marcial", en *El Correo de México*, t. I, núm. 48 (26 octubre 1867), p. 2.

² Juan Nepomuceno Almonte (1803-1869) militar y diplomático; desde muy joven ingresó a la milicia, federalista al principio de su vida política, se afilió al partido conservador en 1850. En 1856 el presidente Ignacio Comonfort lo nombró ministro de México en Londres y posteriormente en París. Al triunfo del partido liberal, del que fue adversario en la Guerra de los Tres Años, salió del país. Ya en Europa, participó en el ofrecimiento de la corona a Maximiliano, a nombre del pueblo mexicano. A su regreso a la Capital, publicó un plan proclamándose el jefe máximo del Poder Ejecutivo, desconociendo así al presidente constitucional Benito Juárez. Maximiliano lo hizo objeto de varias distinciones, en 1866 lo nombró su representante oficial ante Napoleón III, con esta misión viajó París, para solicitar al monarca que mantuviera su apoyo militar en México. A la caída del Imperio, Juan Nepomuceno Almonte se exilió en París.

³ José Manuel Hidalgo Esnaurrizar (1826-1896) político y diplomático. Combatió contra la Intervención Norteamericana en 1847, lo que le valió el nombramiento de agregado diplomático en Londres. Posteriormente se trasladó a Madrid, en donde conoció a la viuda de Montijo y a su hija, la próxima emperatriz de Francia, Eugenia de Montijo, en quien influyó para lograr la imposición de un príncipe europeo en México. Junto con Gutiérrez Estrada y Juan Nepomuceno Almonte trabajó en Europa para establecer una monarquía en el país, por lo que tiempo después, formó parte de la comisión que

¿Qué hicieron las damas y los pajes?

¿qué la guardia de belgas y autriacos?

vedlos ¡ay! extenuados y flacos

sin hallar una torta de pan.

CORO

A la lid, a la lid imperiales, etcétera.

2 a

El palacio do en horas felices

su talento lució Pancho Mora,

y lo hallaban la noche y la aurora

en brillante y eterno festín;⁴

ya lo invaden los bárbaros puros;

ofreció la corona mexicana a Maximiliano. Al implantarse el Imperio, lo nombraron embajador de México en París. Años después, José Hidalgo regresó al país, pero sólo para romper sus relaciones con el Emperador, al que presentó su renuncia irrevocable como diplomático, y volvió a París, en donde finalmente murió.

Pedro Escudero y Echánove (1818-1897), diputado liberal por el estado de Yucatán, en el Congreso Constituyente de 1856-1857; posteriormente se inclinó por la causa imperialista. En 1864, Maximiliano lo nombró ministro de Justicia; a él se debe la ley que fijó el término y procedimientos para revisar las adjudicaciones de los bienes eclesiásticos, y que declaró válidas las que se habían hecho en las Leyes de Reforma.

José María Lacunza (1809-1869) poeta y abogado, fundador con Juan Nepomuceno Lacunza, Manuel Tossiat Ferrer y Guillermo Prieto de la Academia de Letrán. Fungió como ministro de Relaciones Exteriores, en uno de los gobiernos de Joaquín Herrera (1848-1851), y durante el Imperio de Maximiliano. Al triunfo de la República, se exilió en La Habana, donde murió.

⁴ Francisco Serapio Mora diplomático mexicano; ingresó en el servicio en 1842 como oficial de la Legación en París, en 1846 ascendió al puesto de Secretario. En 1853 como ministro, presentó sus credenciales al gobierno imperial de Luis Napoleón, cargo que desempeñó hasta la llegada de José Ramón Pacheco. Durante el gobierno de Santa Anna se le confió la Legación en Nueva Granada, Venezuela y Ecuador. Después de catorce años de ausencia, Mora regresó a México y se convirtió en el maestro de ceremonias de la corte de Maximiliano. Publicó *Crédito de México contra la República que compusieron en Colombia y contestaciones que sobre él se han cruzado entre la Secretaría de Relaciones Exteriores de Nueva Granada y la Legación residente en Bogotá y Guía del amansador de caballos y del picador.*

cual de Atila los fieros jinetes
 lo profanan haciendo banquetes
 a que asista un señor don Quintín.

CORO

A la lid, a la lid imperiales, etcétera.

3 a

Ya no hay zuavos, ya no hay palatinos,
 un cuartel es el regio palacio,
 y sin tino recorren su espacio
 mil trapientos de facha infernal.

Con su puro allá pasa Zambrano,
 acá viene Izaguirre el adusto,
 aquí Baz con su calva da susto
 cuando cruza la entrada imperial.⁵

⁵ Juan A. Zambrano, tres veces ministro de Hacienda en el gobierno de Benito Juárez (1860), en 1867 se le nombró jefe de los Bienes Nacionalizados (Cfr. Sin firma, "Gacetilla. El C. Juan A. Zambrano", en *El Constitucional*, segunda época, año 4, t. VI, núm. 876, 6 de agosto de 1867, p. 3).

Manuel Izaguirre fungió como tesorero general del gobierno liberal, en su éxodo por el Norte y al restaurarse la República (Cfr. Sin firma, "Gacetilla. El Sr. Izaguirre", en *El Monitor Republicano*, quinta época, año 17, núm. 473, 13 de agosto de 1867, p. 3).

Juan José Baz (1820-1887) político y militar liberal mexicano, participó activamente en la defensa de la Capital, en 1847, como jefe del Estado Mayor y de la Guardia Nacional. Durante el gobierno de Mariano Arista fungió como regidor del Ayuntamiento; en uno de los gobiernos de Santa Anna (1853), participó como asesor del gobierno, puesto que pronto abandonó, debido a algunas diferencias con el presidente, que no dudó en exiliarlo. Al triunfo del Plan de Ayutla regresó a México y se le nombró gobernador del Distrito Federal. Tomó parte, como diputado, en el Congreso Constituyente; posteriormente, por el golpe de Estado de Ignacio Comonfort, se le encarceló, más no por mucho tiempo, ya que logró escapar para unirse a la causa de Benito Juárez. Nuevamente gobernador del Distrito en el gobierno de Juárez, a la llegada de los franceses se exilió en los Estados Unidos, en donde solicitó ayuda para la causa liberal. Al restaurarse la República asumió su antiguo cargo, convirtiéndose en uno de los

CORO

A la lid, a la lid imperiales, etcétera.

4 a

Ya no hay caja central, no hay tesoro,
ni una mano imperial que lo bote;
los ingleses caminan al trote;
no hay Birjan que nos dé ni un real.

De la gloria nos queda el camino
con sus coches, sus cargas y arrieros.
Al camino valientes guerreros
o a pedir la peseta al portal.

CORO

A la lid, á la lid imperiales
con Almonte la lengua afilad,
y las uñas sacad cual puñales
y valientes la bolsa atacad.

11)

*L'Independence Mexicaine*¹

Este es el título de una revista política y comercial que aparece antes de la salida de cada paquete, escrita por el señor P. Arnold de Thier.² El objeto de este género de revistas es como se comprenderá fácilmente por sus propias condiciones, enviar a Europa y los Estados Unidos, un resumen de la política y el comercio, a fin de que los periodistas y comerciantes del extranjero estén al tanto de lo que aquí pasa en quince días, con respecto a estas dos importantes cuestiones.

La fecundidad de estas materias llena en la quincena más de veinte periódicos diarios sólo en la capital; así es que al extraerlos, abunda lo escrito, al grado de que un pliego de papel de cartas es insuficiente para contener todo lo que se pudiera decir de la quincena.

Esto que escribimos hoy nosotros, debe haberlo pensado ya muy bien el señor P. Arnold de Thier al escribir su revista, tanto que debe haber desechado muchas noticias, para dar lugar en los estrechos límites de su revista a las más importantes; y no obstante, es singular lo que al señor Thier le ha llamado la atención el robo de la casa del señor Pedreguera, al grado de copiar íntegra la minuciosa relación del hecho que publicó la *Sociedad Mercantil*, lo cual nos ha

¹ J.T.C., "Editorial. *L'Independence Mexicaine*", en *El Correo de México*, t. I, núm. 52 (31 octubre 1867), p. 1.

² Arnold de Thier editor de *L'Independence Mexicaine*, publicación francesa que salió a la luz el 10 de octubre de 1867, en la que se resumían y enviaban al extranjero los acontecimientos más importantes de la quincena, sucedidos en México. En principio se vendía en las oficinas del periódico *La Iberia*, posteriormente también, en la Segunda de Correo Mayor y en las casa de los señores Dubois (2a. calle de San Francisco y calle Lerdo núm. 3) e Isidro Devaux (2a. calle de San Francisco) (Cfr. Sin firma, "Gaceta. *L'Independence Mexicaine*", en *El Correo de México*, t. I, núm. 48, 26 octubre 1867, p. 2 y en Sin firma, "Crónica de México. *L'Independence Mexicaine*", en *La Iberia*, t. II, núm. 169, 9 octubre 1867, p. 3).

sugerido, como mexicanos amantes del buen nombre de nuestra patria, algunas reflexiones.³

Uno de los oficiales de la expedición francesa que tuvo ocasión de ir a Francia y volver a México, contaba en un café, luciéndose en denigrar *al país conquistado*, e improvisando un cuento de hadas para hablar de París, que allí no se conocía la palabra *robo*, ni la palabra *ladrón*, y tuvo que explicar su significación a los franceses, porque como el oficial había estado aquí, ya sabía a que atenerse en esas materias.

Como se ve de la preinserta gasconada, el oficial estaba en su derecho al hablar como en *país conquistado*, tanto más, cuanto que él mismo era uno de los civilizadores que nos mandaba Napoleón; pero como por suerte, que no nos cansamos de bendecir, ya se fueron esos

³ "Eran las seis de la tarde del domingo último, cuando unos hombres se presentaron en la casa núm. 8 de la calle de Cadena, en que vive don Miguel Pedreguera. Al llegar al zaguán [los ladrones], presentaron al portero una orden escrita, pero falsa, que se lefa que eran agentes de la policía, y que iban a catear la casa, por orden de la autoridad. El portero, no dudando de unos hombres que se presentaban, cuando aún era de día, de una manera tan imperiosa, los dejó entrar; pero pronto conoció el engaño porque en un instante se vio sujetado por tres de ellos, mientras los otros cerraban la puerta de la calle, amarrado con una cuerda y conducido a un cuarto donde lo encerraron, lo mismo que a todos los criados, que con él estaban. Hecha esta operación [...] subieron la escalera, y se presentaron al señor Pedreguera con la misma orden de catear la casa, le pidieron las llaves de las cómodas, de los roperos y de la caja. El señor Pedreguera iba a hacer algunas observaciones, pero no tuvo lugar para ello, porque en el mismo instante se vio sujetado, amenazado de muerte si daba voces, y conducido a un cuarto donde le encerraron. A ese mismo cuarto fueron conducidas después todas las personas de la familia, y dos monjas exclaustadas que tenía hospedadas en su casa el señor Pedreguera [...] Los ladrones se apoderaron de dos mil pesos que habfa, de muchas alhajas y de otras cosas de valor que encontraron en las cómodas [...] Serfan las siete de la noche, cuando el sereno de la calle [...] notó una cosa que llamó su atención. La puerta del zaguán de la casa del señor Pedreguera estaba entornada y contra lo de costumbre, el farol del patio [...] estaba sin encenderse. El sereno, extrañando aquello, se acercó a la puerta, la empujó, y al abrirla, notó un silencio completo y una oscuridad absoluta que le alarmaron; llamó al portero, y nadie respondió. Entonces se dirigió a la encuadernación de enfrente, del honrado y excelente individuo señor Mancera, y le comunicó sus sospechas [...] El señor Mancera que acababa de llegar de Tacubaya, tomó una arma, y se dirigió al núm. 8 en compañía del sereno y sospechando, lo mismo que éste [...] corrió a llamar a unos soldados, mientras el sereno hizo lo mismo con los serenos. Estos y aquéllos llegaron: se pusieron centinelas en la puerta para que nadie saliera, se registró la casa, y se encontraron al portero y a su familia amarrado y se dirigieron a las habitaciones del señor Pedreguera, al cual hallaron encerrado en unión de todos los de la casa en el cuarto en que los hicieron entrar los ladrones" (Sin firma, "Editorial. Policía", *Sociedad Mercantil*, primera época, t. I, núm. 46, 8 octubre 1867, pp. 1-2).

graciosos oficiales, ya nos sentimos un poco mejor, sin los miles de censores que venían a hacernos felices, y desde que fracasó esta obra caritativa, empezamos a ser verdaderamente felices a nuestro modo. ¡Gracias a Dios!

Pero las intervenciones y las pestes siempre dejan miasmas que se van evaporando con el tiempo, y la salubridad pública aconseja hacer fumigaciones.

¿Hasta cuándo se acabará el prurito en algunos extranjeros de denigrar a México? En todas partes se roba, en todas partes hay crímenes; pero México, que por desgracia ha sido el blanco de la maledicencia, está expuesto todavía a que sus ladrones llamen mucho más la atención que los de La Habana, por ejemplo, cuyos diarios traen en su gacetilla incesantemente noticias de ese género.

Si el señor Thier encontró conveniente salirse en su revista de los límites de la política y el comercio para dar otras noticias, ¿por qué no eligió de las buenas y no de las malas? ¿Por qué no habló de la beneficencia, de la caridad, del patriotismo, del valor o del talento? Los mexicanos no somos extraños a esas virtudes; se puede hablar de esas cosas al hablar de nosotros, sin ser parcial, y esto, sobre todo, hubiera hecho honor a los buenos sentimientos del señor Thier, porque hubiera pagado un tributo a la galantería que debe todo extranjero a la hospitalidad del país que lo recibe.

Durante la intervención, teníamos la Martinica y nos *callaban*; pero ahora tenemos libertad y hablamos. Antes eramos extranjeros en nuestra patria y mandaban los franceses: ahora creemos que ya se trocaron los papeles, y en vez de procedimientos bárbaros, usamos de la cortesía y urbanidad para rogar a nuestro estimable señor Thier, que no nos ponga en mal en el extranjero, sin negarle por esto el derecho que tiene de decir lo que le plazca y de dar las

noticias que más le agraden, especialmente cuando no tenga con que llenar su revista, porque la prensa es libre y es libre el pensamiento.

No pretendemos por eso que si el señor Thier omite la noticia de robo, el robo no se sepa; pero creemos que los periodistas, al dar ese género de noticias, deben llevar el objeto de denunciar los hechos criminales a la policía, para que aumente su vigilancia y para que se corte el mal; pero nunca para dar mala idea de la sociedad en que viven, ni para escandalizar al mundo con la relación de acciones reprobadas.

Claro es que al publicar una noticia de robo para enviarla a Europa, no ha de ser con objeto de que lo sepa la policía de aquí, sino para que se rían allá.

Nos inclinamos a creer, sin embargo, que el señor Thier obró ligeramente y no con malicia, al dar preferencia en su revista para enviar a Europa, al robo de la casa del señor Pedreguera; pero el señor redactor disculpará nuestra susceptibilidad si se pone en nuestro caso: él abogará por su patria, como nosotros abogamos por la nuestra, que deseáramos fuera el modelo de las naciones.

12)

Un banquete en el Tívoli¹

Ayer varios amigos del general Escobedo lo han obsequiado con una comida en el Tívoli.² Reinó la mayor armonía y fraternidad entre los convidados, y fue una de esas amenas reuniones que dejan un grato y profundo recuerdo. La charla, que según Alejandro Dumas, es el género más difícil y apreciable de la conversación, era la expresión de tantos sentimientos, de tantas ideas patrióticas y humanitarias y profundas, que bajo la forma ligera de la locución familiar, bajo la de la sincera confianza o con el calor del epigrama, se vertían conceptos que hubiera recogido ansioso el cronista, el novelista y el historiador.

Un general aguerrido, valiente y respetado; un soldado republicano cuya figura se destaca en la última contienda con todo el prestigio del hombre de fe y de corazón, departe sin pretensiones y sin ostentación entre sus amigos, y refiere sencillamente sus batallas, y de sus labios se desprende un raudal de datos preciosos para la historia, una suma ignorada de hechos heroicos, de episodios gloriosos, de raras hazañas: abre con elocuente ingenuidad ante sus amigos el álbum de su memoria donde están trazados los grandes y sublimes rasgos de nuestros soldados, de nuestros voluntarios, de los que mueren al frente del enemigo con la fe del mártir, del pueblo, vilipendiado por la aristocracia.

¹ Facundo, "Variedades. Un banquete en el Tívoli", *El Correo de México*, t. I, núm. 52 (31 octubre 1867), p. 3.

² Mariano Escobedo (1826-1902) militar, combatió siempre en las filas liberales; ya fuera durante la Intervención Norteamericana de 1847 o en la Guerra de los Tres años. Durante la Guerra Intervención Francesa logró sus mayores victorias, primero en las Cumbres de Acultzingo y luego en la batalla del 5 de Mayo en Puebla; posteriormente en la frontera organizó al Ejército del Norte, con el que recuperó gran parte del territorio nacional. En su camino al sur sitió a Maximiliano en Querétaro. Al restaurarse la República gobernó en dos ocasiones el estado de San Luis Potosí, y una el estado de Nuevo León. Continuó prestando sus servicios a los gobiernos de Juárez y Lerdo de Tejada; llegó a ser nombrado ministro de Guerra en 1876. Luchó contra Porfirio Díaz, y al triunfo de éste se exilió.

El hombre de Estado, el financiero, el historiador, el periodista y el poeta, mezclan sus observaciones, sus aseveraciones y su juicio, y se generaliza una conversación familiar interesante y animada, fecunda en datos preciosos para el cronista.

Los generales Escobedo, Vélez y Canto, y los coroneles Altamirano y Doria, hablaban de la guerra y bosquejaban cuadros interesantes; evocaban recuerdos patrióticos y revelaban detalles interesantes; los señores Lafragua, Cardoso, Payno y Yáñez, hablaban de la paz, de la unión liberal, de la historia, de México y de su porvenir.³ Arias, el simpático redactor de *La*

³ Francisco A. Vélez (1835-1919), estudió en el Colegio Militar de Chapultepec, en 1846 se incorporó a la Guardia Nacional de Orizaba como subteniente; participó en la defensa de Veracruz ante la invasión de 1847, se distinguió en este combate, porque al caer el asta que sostenía la bandera, la tomó y se convirtió en su portaestandarte. Durante la Reforma militó con los conservadores; a su derrota, y bajo el Decreto de Amnistía del 22 de diciembre de 1861, se separó de las fuerzas conservadoras. En 1866 luchó contra la Intervención Francesa, y en 1867 se unió al general Riva Palacio, con el que participó en el sitio de Querétaro; a él se debió la toma del Convento de la Cruz que ocasionó la rendición de la plaza.

Benigno Canto (1832-1873) militar, se distinguió durante la Guerra de Intervención Francesa y participó en el sitio de Querétaro. En 1868 fusiló a José María Patón, a quien Benito Juárez había perdonado su rebelión en favor de Jesús González Ortega; acto que tuvo como consecuencia su encarcelamiento en Durango, y posteriormente en la Ciudad de México, en donde fue procesado y condenado a muerte en 1871; sin embargo le conmutaron la sentencia por diez años de cárcel, en donde murió.

Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893), como militar, participó en la Revolución de Ayutla, en la Guerra de Reforma y en la de Intervención Francesa. Como hombre público, desempeñó diversos puestos; electo diputado cuatro ocasiones, en 1861 dirigió desde la tribuna la oposición contra Juárez; fungió también, como procurador general de la República, fiscal, magistrado, presidente de la Suprema Corte de Justicia, oficial Mayor del Ministerio de Fomento, y ocupó el Consulado General de México en España (1889) y en Francia (1890). Al triunfo de la República dedicó su vida a la enseñanza, a las letras y al servicio público.

Juan Doria (1840-1869) abogado y militar, secretario de gobierno en Nuevo León; como jefe político y comandante militar de Linares organizó una fuerza de caballería que ofreció al general Mariano Escobedo. Creó, junto con el teniente coronel Hipólito Chávez, el Cuerpo de Cazadores de Galeana. Sirvió como secretario al general Escobedo en Nuevo León, con cargo semejante lo acompañó al sitio de Querétaro, en el que tuvo un excelente desempeño. Al restaurarse la República se le nombró oficial mayor de la Secretaría de Guerra; murió siendo gobernador del estado de Hidalgo.

José María Lafragua (1813-1875) abogado, miembro prominente del partido liberal; desempeñó varias veces la cartera de Relaciones Exteriores bajo los gobiernos de Ignacio Comomfort, de Benito Juárez y de Sebastián Lerdo de Tejada. Al triunfo de la República fue nombrado magistrado de la Suprema Corte de Justicia, cargo que desempeñó hasta su muerte. Perteneció a numerosas asociaciones científicas, literarias y políticas; fue el primer director de la Biblioteca Nacional. Autor de los Códigos

Sombra, improvisaba chispeantes sonetos con consonantes forzados,⁴ que el señor Lafragua servía como platillo favorito a los poetas; y *El Nigromante*, inspirado y locuaz, tenía un pensamiento profundo para cada una de las fases de aquella charla, un epigrama para cada pensamiento, y una idea nueva que encadenar a cada idea. La historia y la política, los grandes hombres y los pequeños, las graves cuestiones y las vaciedades, las viandas y los convidados, todo esto inspira al Nigromante, y solo a él, de manera que lanza su inimitable andanada de epigramas y de apreciaciones originales. No era posible delante de él la gravedad; a la cuestión más grave le ponía cascabeles.

Como mera reunión enciclopédica de ideas grandes y de cosas pequeñas, de versos, de

Civiles y de Procedimientos Civiles de su época; así como colaborador en la redacción del *Código Penal*.

Joaquín Cardoso (1803?-1880) abogado, diputado, senador y magistrado de la Suprema Corte de Justicia; rehusó el puesto de secretario de Relaciones, pero aceptó ser director de la Biblioteca Nacional de México, cargo que portó hasta su muerte. Gran conocedor de la literatura latina, organizó un círculo de estudio al que pertenecieron José María Lafragua y Guillermo Prieto, entre otros.

Manuel Payno (1810-1894), participó activamente en la política nacional, en 1842 fue nombrado secretario de la Legación Mexicana en Sudamérica; ocupó la cartera de Hacienda durante los gobiernos de Joaquín Herrera e Ignacio Comonfort, en 1857 se le acusó de propiciar el golpe de Estado de este último, por lo que se le procesó y eliminó temporalmente de las cuestiones políticas. Restaurada la República, en 1867, se le nombró diputado, puesto que desde esa fecha ocupó varias veces; en 1882 siendo senador partió para París, en 1886 fungió como cónsul en Santander y después en España; a su regreso a México en 1892, siguió en su puesto en el Senado.

Mariano Yáñez (1795-1881) abogado, dos veces ministro de Relaciones Exteriores, primero de enero de 1851 a abril del mismo año, posteriormente de octubre de 1852 a diciembre del mismo; y Secretario de Hacienda en 1851, dentro del gobierno del general Mariano Arista. En 1867 fue electo diputado al Congreso de la Unión (Cfr. Sin firma, "Gacetilla. El Congreso", en *El Correo de México*, t. I, núm. 61, 11 de noviembre de 1867, p. 3).

⁴ Juan de Dios Arias (1828-1886) poeta, periodista y militar. Se inició en las letras en 1844, escribiendo para *El Continental*; en 1856 publicó *La Pata de Cabra*, colaboró en *La Orquesta* y en *La Sombra*. Miembro del partido liberal, diputado al Congreso Constituyente de 1856-1857, ejerció los cargos de oficial mayor de la Secretaría de Relaciones y secretario de la Legación de México en Washington. Ingresó al ejército, donde alcanzó el grado de coronel, participó en el sitio de Querétaro como colaborador cercano del general Escobedo. Escribió *Reseña histórica del ejército del Norte durante la Intervención Francesa*, México, 1867; y colaboró en la redacción del tomo cuarto ("México Independiente"), en *México a través de los siglos*; empresa que no pudo ver terminada, ya que murió antes, por lo que la concluyó Enrique de Olavarría y Ferrari (Cfr. Álvaro Matute, "Estudio introductorio", en Justo Sierra, *Evolución política del pueblo de México*, p. 16).

ocurrencias y de recuerdos, se habló de todo; a moción del señor López Meoqui, se consagró un recuerdo a las víctimas del desastre de Matamoras,⁵ y después de hecha una lista, el señor Cuéllar dio cuenta con ella del modo siguiente:

Señores: muchos desgraciados lloran en estos momentos, porque el huracán les arrebató en media hora su bienestar. Nosotros damos tregua a nuestras risas, para consagrarles un recuerdo, y llevamos la mano al bolsillo para ofrecerles un socorro.

He aquí la lista de los donativos

Señor don José María Batis	100
" Francisco Gochicoa	25
" Joaquín Alcalde	5
" J.M. Castillo Velasco	10
" Juan A. Doria	20
" I.M. Altamirano	20
" Francisco A. Vélez	20
" José María Lafragua	10
" Miguel Morales Puente	25
" Constantino Escalante	5

⁵ Miguel López Meoqui, periodista y escritor, publicó sus artículos en contra de la Intervención Francesa y del Imperio dentro de la páginas del *El Siglo XIX* (Cfr. Carlos Sierra, *La prensa liberal frente a la intervención y el Imperio*, p. 26, 89).

El desastre que se menciona en el artículo, sucedió el 8 octubre de 1867, las noticias fueron llegando poco a poco: "Por telégrafo se ha recibido en esta capital la noticia de haber estallado a las orillas de Bravo un espantoso huracán que ha destruido casi enteramente a Matamoras, Bagdad, Brownsville y otras poblaciones de aquella comarca. El gobierno ha dictado inmediatamente las medidas necesarias para socorrer a las víctimas de la catástrofe, y al efecto ayer salieron de Veracruz tres buques con dinero y otros auxilios" (Sin firma, "Crónica de México. Huracán", en *La Iberia*, t. II, núm. 179, 20 de octubre de 1867, p. 3).

	192
" Juan de Dios Arias	20
" Juan de D. de las Cuevas	5
" Benigno Canto	40
" Manuel Payno	10
" Mariano Yáñez	20
" Gral. Mariano Escobedo	50
" Ignacio Ramírez	10
" Joaquín Cardoso	10
" Guillermo Valle	10
" Jesús Medina	5
" Quintín Douglas	5
" G. Mackintosh	10
" Patricio Dueñas	5
" Miguel López Meoqui	5
" José T. de Cuellar ⁶	5

⁶ Francisco de Paula Gochicoa (1825-1908), participó en el gobierno de Benito Juárez como director de Contribuciones, contador de Hacienda y ministro de este ramo, durante la ausencia de Guillermo Prieto. Acompañó al presidente Juárez durante su lucha contra los franceses. En la primera estancia de Porfirio Díaz en el poder, se hizo cargo de la dirección del Nacional Monte de Piedad.

Joaquín Alcalde (1833-1885) abogado, auditor de guerra en Sinaloa; en 1854, a las órdenes de Santa Anna fue diputado general y secretario de Fomento. Afiliado al partido liberal tomó parte en las reformas iniciadas por Benito Juárez.

José María Castillo Velasco (1820-1883) abogado, periodista y político, perseguido por los conservadores, debido su ideas liberales. Fungió como secretario de gobierno del D.F. y como diputado al Congreso Constituyente de 1856, formó parte de la Comisión Redactora de la Constitución de 1857. Dirigió y escribió en *El Monitor Republicano*. Durante la Guerra de Intervención luchó, con el grado de coronel, en el sitio de Querétaro. Secretario de gobernación y director de la Escuela Nacional de Jurisprudencia en 1871; trabajó por la fundación de varios centros educativos, como la Escuela de Artes y Oficios para mujeres y la Normal.

La redacción del *Correo de México*, en la calle del Ferrocarril núm. 8, quedó designada para recibir las cuotas.

El señor general Escobedo brindó porque los diplomáticos, los hombres de Estado y la prensa, recibieran de manos del soldado que vuelve del campo de batalla, la obra de nuestra regeneración, para que mientras el talento la consolide, el soldado guarde su espada en el hogar doméstico.

Reproducimos dos de los sonetos que se improvisaron en la mesa, no siendo de los mejores, pues los otros no hemos podido haberlos a las manos.

El señor Cuéllar improvisó el siguiente soneto, con las consonantes del señor Lafragua:

Miguel Morales Puente, diputado electo por el distrito de Tlanepantla, en 1867 (Cfr. Sin firma, "Gacetilla. Elecciones", en *El Correo de México*, t. I, núm. 32, 8 de octubre de 1867, p. 3).

Constantino Escalante (1836-1868) dibujante y caricaturista político, antes de cumplir los treinta años ya era considerado el caricaturista más notable de México. Dibujó en varias publicaciones de la época, pero fue en *La Orquesta* donde dejó sus mejores creaciones. Murió en un accidente ferroviario, ocurrido entre México y Tlalpan.

Ignacio Ramírez (1818-1879) ocupó múltiples cargos dentro de distintas administraciones, en 1846 fue secretario de Guerra y Hacienda en el Estado de México, en 1852, secretario de Gobierno de estado de Sinaloa, al que posteriormente, representó como diputado; participó en el Congreso Constituyente de 1856; en 1861, obtuvo la cartera de Justicia e Instrucción Pública y de Fomento; más tarde formó parte del tercer Congreso Constituyente, que se reunió en 1863. En 1867 el Congreso lo nombró magistrado de la Suprema Corte de Justicia, cargo que desempeñó durante doce años. Durante el primer gobierno de Porfirio Díaz fue ministro de Justicia e Instrucción Pública.

Guillermo Valle (+ 1886) abogado, gobernador de Tlaxcala y magistrado de la Suprema Corte de Justicia. En 1867, participó como diputado y secretario en el Congreso de la Unión (Cfr. Sin firma, "Gacetilla. El Congreso", en *El Correo de México*, t. I, núm. 61, 11 de noviembre de 1867, p. 3).

G. Mackintosh comerciante, dueño de una de las firmas más importantes del siglo XIX (Cfr. Guillermo Prieto, *Memorias de mis tiempos*, 396).

No se encontró ninguna referencia sobre las siguientes personas: José María Batis, Juan de D. de las Cuevas, Jesús Medina, Quintín Douglas y Patricio Dueñas.

No es extraño que salga chusco el
 si en vez de Payno he de decir
 mas yo, que nada tengo de
 de Lafragua me cubro con el

Escribir un soneto no da
 a quien no es negro, cuarterón ni
 en el nombre de Dios, que es Uno y
 el soneto tendrá sabor de

A digerirlo vais como el gran
 que no como nosotros come en
 hasta que del muertero dura

En este mundo nuestras cuentas
 y ya que hablo de cuentas,
 que nos diga un soneto el buen

Y el señor Alcalde improvisó la siguiente contestación, también con las consonantes que le dio el señor Lafragua.

Un tormento me encargas, buen
 que de él me libre bondadoso

canto,
Paño;
divino,
manto.
espanto
albino;
Trino,
santo.
boa,
balde,
coa.
salde:
Gochicoa,
Alcalde.

Ramírez,
Yáñez:

¡Natural y figura!⁷ no te
ni por verme valiente tú te

Te ruego que con saña no me
quisiera ser el mayordomo
pero inútil será, que aunque me
es posible ¡oh Cuéllar! que me

Vendrá en mi ayuda el chaparrito de
(esto de chaparrito causa
— somos en nuestro pueblo pobres
— No lo seréis, si con mi arrojo
romper las huestes que no son
¡dijo, y triunfó! miradlo, es

ensañes
admires.

mires:
Ibáñez;
arañes,
inspires.

Arias:
miedo)
parias.
puedo
contrarias,
Escobedo.

El señor Altamirano dijo: que la circunstancia de hallarse en esta capital el héroe del Norte y el representante del Occidente (general Canto), indicaba un gran objeto en favor del país, puesto que semejantes ciudadanos, tanto en la guerra como en la paz, no habían dado nunca un paso inútil, y sin atreverse a descubrirlo en toda su verdad, creía que se trataba de mejorar la condición del soldado que guarda nuestra frontera, y que será tal vez en el porvenir el primer héroe o la primera víctima. Que se podía augurar que de hoy en más ese benemérito soldado, no tendrá, durante su servicio, por prest el pan de la miseria; si muere, por único

⁷ El señor Alcalde se refiere a la obra de José Tomás de Cuéllar, *Natural y figura*, sobre esta obra véase "Capítulo IV, 1. La presencia de Facundo en *El Correo de México*", p. 69, n. 5.

monumento el oculto osario del campo de batalla, y si se inutiliza, por recompensa la ingratitud; sino que la consideración nacional, merced a los esfuerzos de los caudillos del Norte y de Occidente, sabrá dar al pobre soldado de México el bienestar de que disfrutaban los soldados de las naciones cultas.

Este convite, en fin, ha sido, como lo dijimos al principio, una de las reuniones más animadas y agradables, por las chispeantes muestras del talento de la mayor parte de los concurrentes, con la debida excepción de nuestro individuo.

13)

El poder municipal¹

Siempre hemos creído que los Ayuntamientos son naturalmente el órgano de la prosperidad y del progreso de los pueblos, como la corporación inmediatamente representante de sus necesidades. Considerada detenidamente la importancia de los ramos municipales, se verá que toda mejora material y todo adelanto debe emanar de la corporación municipal: el atraso de los pueblos depende exclusivamente de la mala organización de sus Ayuntamientos. La institución de éstos es sabiamente combinada, y no habría más que ceñirse a sus prescripciones, y observar las ordenanzas vigentes, para que cada pueblo recibiera el impulso que necesita para levantarse de la abyección y el abatimiento. La autoridad municipal debe atender desde las diarias y más apremiantes necesidades de una población, hasta las grandes obras de mejoramiento, lujo y comodidad; desde el aseo e higiene pública, hasta la práctica regularizada y constante de la beneficencia y de la caridad.

Ninguno de los ramos municipales, ni el más insignificante al parecer, y bajo cualquier punto de vista que se le juzgue, deja de ser la representación de una necesidad urgente, de un deber de la autoridad y de un acto de civilización.

La policía, las cárceles, la instrucción pública, los hospitales, las aguas, ríos, acequias, puentes y calzadas, los teatros, los paseos, y en suma, todo el conjunto de las necesidades de la vida social: un pueblo bien puede existir y estar en paz sin gobierno; pero acabaría con la falta absoluta de organización municipal.

¹ José T. de Cuéllar, "Editorial. El poder municipal", en *El Correo de México*, t. I, núm. 53 (1 noviembre 1867), p. 1.

Si el ministerio de Gobernación mandara practicar una visita indistintamente a algunos Ayuntamientos, tendríamos de un golpe la más completa explicación del atraso de los pueblos. En la marcha de la civilización, es natural que los hombres superiores, los que han aprendido en el ejemplo de los pueblos que marchan adelante, las vías del progreso; que los hombres más pensadores e ilustrados sean los que comuniquen sus ideas, e impulsen a los que se detienen en su camino. La reunión de hombres ilustrados y de buena intención en una capital, forma la corporación municipal, y bajo las ideas de adelanto de los concejales, se mejoran las condiciones de la población; pero en los pueblos cortos, que es en donde más se necesita de la acción municipal, los Ayuntamientos están formados de hombres por lo general incapaces de salir de la rutina establecida por sus antepasados; así es que a esos pueblos los vemos con tristeza condenados a conservar su triste condición por muchos años, víctimas de la inercia y la ignorancia de sus Ayuntamientos.

¿Qué esperanza de mejora ni de progreso puede ofrecer un pueblo en el que su Ayuntamiento está compuesto de hombres que apenas saben leer, y que no sólo no tienen la más remota idea de progreso, sino que repelen todo aquello que tienda a innovar lo que encontraron establecido? Esto parecería exagerado si nouviéramos presente y conociéramos ya la índole del indio: es una cualidad inherente a la raza pura del indio, el no procurar el mejoramiento de su condición, ni aspirar a las comodidades de una vida mejor; hay indios que tienen más de lo necesario para vivir cómodamente, pero el aumento de sus fondos no los hace cambiar de costumbres: si cargó carbón o cortó leña, ha de morir cargando carbón o cortando leña, aun cuando tenga mil oportunidades de emanciparse de esa esclavitud voluntaria: él gastará con gusto cien pesos un viernes Santo, para vestirse de Pilatos y vestir a sus compadres, pero el martes

de Pascua subirá al monte tan pobre y tan satisfecho como siempre, a cortar su leña para tener maíz, que es casi su única necesidad. Pues bien; un Ayuntamiento compuesto de capitulares poco más entendidos que este tipo, ¿podrá introducir mejoras materiales en su pueblo? ¿comprenderá siquiera las necesidades de la población, cuando casi no comprende las suyas? ¿podrá entender que debe mejorar la condición de sus hermanos, cuando no se cuida de mejorar la suya? ¿Cuándo progresará un pueblo con un Ayuntamiento de esa clase? Cuando desaparezca esa y tal vez otras generaciones, y los hombres que vayan naciendo sean más útiles porque han seguido por ley natural el impulso general, pero lento y tardío; y no obstante podría encontrarse un remedio más pronto y eficaz si se estudia esta cuestión que nos hemos atrevido a proponer, a fin de que personas de más saber que nosotros, la esclarezcan con apreciables luces.

Para ser regidor se necesita tener por notoriedad mayor ilustración relativamente a la masa común del pueblo, tener cierto capital y bienestar privado, que permita a un hombre no ocuparse tanto de sí mismo que no pueda ocuparse de los demás; tener patriotismo y abnegación suficientes para prestar servicios gratuitos, molestos e incesantes, en obsequio de otros: ya se verá que con razón es título honorífico y de buen ciudadano desempeñar un cargo de esta especie. ¿Y podemos gloriarnos de que todos los que actualmente son regidores en los pueblos tienen esas raras prendas? Si a tal altura hubiéramos llegado, seríamos felices. Entre los elegidos y elegibles hay varias clases: unos que desean figurar, y otros que desean que no se acuerden de ellos: unos que ven en la regiduría ocasión de medrar de figurar y de asumir una cierta suma de poder que explotar en beneficio propio, y otros para quienes es una molestia insoportable y fastidiosa ocuparse de lo que no les concierne personalmente. Los primeros ya dejan conocer que sacrificarán el interés común al privado, por egoísmo y por ambición; y de los segundos

puede asegurarse que dejarán obrar a los primeros por conveniencia y por pereza: he aquí el más importante de los poderes en manos de los hombres menos a propósito para hacer el bien. Es cosa probada por la experiencia que cuando alguna corporación marcha regularmente y hace algo, es debido a los esfuerzos de uno o dos de sus miembros animados de buena fe, del espíritu de progreso y adelanto, y sólo la iniciativa de un hombre basta para hacer caminar a una corporación municipal, y esto es muy explicable: una buena idea es secundada por los regidores ambiciosos para embozar su fin privado, y por los morosos para disimular su pereza, y porque al fin de la obra todos puedan decir: esto hemos hecho; que es la única recompensa a que puede aspirar un concejal.

El Ministerio respectivo debería fijar su atención en esta cuestión de vital importancia, y con pocos se obtendrían resultados favorables que harían caminar a México rápidamente por las vías del progreso. Debería establecer el Ministerio una gran sección especial de Ayuntamientos, y proceder, por ejemplo, de esta manera: nombrar un empleado inteligente y activo para cada Ayuntamiento, con el carácter de visitador, pagado por el Ayuntamiento que visite. Este visitador llevará una instrucción especial para encaminar los trabajos municipales conforme a las ordenanzas, que en muchos Ayuntamientos son todavía desconocidas, a pesar de su antigüedad y de practicarse en todas partes, a lo menos su espíritu y prescripciones generales. Este visitador practicará su visita a cuatro corporaciones en un año, promoviendo en cada población en tres meses el aumento de fondos municipales con la creación de propios y arbitrios, dando el impulso conveniente a todos los ramos y promoviendo todas las mejoras a que se preste la localidad y las circunstancias.

Creemos que una visita de tres meses a cada Ayuntamiento, practicada por persona

entendida, y con sujeción a una instrucción general sabiamente meditada por el Ministerio, imprimiría un movimiento de muchísima importancia a cada población, dejando así establecida la emulación de las corporaciones, que desde luego sentirían el saludable influjo de un gobierno que vigile por los intereses y el adelanto de los pueblos.

En otro artículo apoyaremos nuestra opinión con algunos datos que hemos recogido sobre el particular: entre tanto esperamos que si en estas nuestras pobres ideas la prensa encontrare algo que pueda ceder, como nosotros creemos, en bien del país, se ocupe alguno de nuestros ilustrados colegas en ampliarlas suficientemente, no dudando que con tan eficaz apoyo logremos ver coronados nuestros buenos deseos.

14)

El Día de Muertos¹

Hoy celebra la Iglesia la conmemoración de los fieles difuntos: quiere decir, que se acuerda de los que le pertenecen y se olvida de los que no le importan: reza por los fieles, que los que no lo fueron con su pan se lo coman: hace muy bien la Iglesia, supuesto que a lo tuyo tú. Jesucrito murió por todos, e instituyó la oración por todos, pero era Jesucristo, y sería muy pretensioso para la Iglesia el querer parecersele absolutamente. Rezar por todo es caritativo y es cristiano, tanto más, si los infieles son enemigos de la Iglesia, y con más razón todavía, si ya se murieron.

¿Por qué no reza hoy la Iglesia por los fieles y por los infieles difuntos?

Por varias razones, según creemos: en primer lugar, porque la Iglesia sabe lo que hace y está en su derecho al escoger en el cementerio a los muertos de su devoción, cuando reza espontáneamente, sin que le paguen, porque cuando reza por cuenta ajena, quiere decir, del deudo, el deudo es el que manda, y como el deudo es uno de los fieles, paga por cuenta de los fieles finados y no de los infieles, de lo que resultan los infieles lo más mal jugados que pueda imaginarse.

Conformémonos con esta infidelidad de la Iglesia con respecto a los infieles, que por el hecho de serlo, se chupan el dedo; con lo cual parecen muy resignados en su doble calidad de infieles y muertos.

Todos rezan hoy por los fieles difuntos, y por la manía de hacer contrapeso al mundo, hoy sólo nosotros nos acordamos de los difuntos infieles; ¡pobres difuntos! ¡como si la

¹ Facundo, "Variedades. El Día de Muertos", en *El Correo de México*, t. I, núm. 54 (2 noviembre 1867), p. 3.

infidelidad en este pícaro mundo fuera crimen tan raro que ni en la tumba se perdona! Que meta cada quisque la mano en su pecho, incluso la Iglesia, y nos diga si no le acusa la conciencia de haber cometido algunas infidelidades; apelo, en primer lugar a todos los maridos: la infidelidad, ya en estos en estado crónico, es la más tolerada de las infidelidades, en cambio de que la infidelidad opuesta, la de la revancha, la femenina, en fin, es la más anatematizada de todas las infidelidades, y llamarle crónica, aunque lo sea, es un escándalo, y no estigmatizarla es inmoralidad, y siquiera disimularla es corrupción.

Hay otro género de infidelidad heroica, infidelidad de charreteras: estos infieles se llaman disidentes y pueden ser hasta generales. Con estos infieles suele la Iglesia entrar en transacciones especialmente cuando se mueren y necesitan algo.

Para todos estos infieles pedimos algo, *su ofrenda, su calavera*, su oración; ¿o será una infidelidad según la Iglesia que seamos fieles a Jesucristo? ¡Dios no lo permita!

¿Si resultara que confundimos a los fieles con los infieles y que trasgiversáramos las palabras?

Todos los que en estos días rezamos vamos a la iglesia, encendemos velas, comemos más fruta y más dulce que los otros días; los que vamos al Zócalo, a los títeres y a otras partes, somos fieles; y no así como quiera sino fieles incorregibles; somos fieles a la costumbre, en primer lugar, fieles a la contribución personal de un día de muertos, porque gastamos más de lo que tenemos sin poner el grito en el cielo (aunque recemos), y sin necesidad de ministro ejecutor, ni facultad coactiva: somos fieles a las preocupaciones y fieles a nuestras infidelidades, que en estos días precisamente nos pintamos solos para cometerlas, y ya se verá que somos tan fieles, tan fieles que no somos capaces de cometer una infidelidad ni con nuestras infidelidades.

La Iglesia está muy contenta de sus fieles, y los fieles estamos muy contentos de serlo.

¡Qué vivan los muertos!

Si la Iglesia no hubiera querido que en este día recordáramos juntos a los muertos, no se hubiera alborotado este cotarro y los muertos estarían en paz, que es lo que necesitan; pero la Iglesia soltó la palabra: "reecemos por los muertos".

— ¡Qué bueno! dijo doña Chole; a levantar mi jacalón. — ¿Para rezar? — No, ¡qué disparate! para los títeres. — ¿Fieles? — No señor, de palo.

¡Los muertos! Supuesto que vienen los muertos, dice un godo, súbele dos reales a los azúcares.

Voy a estrenar el día de muertos, dice una bailarina, unos porabajos y unos zapatitos, capaces de enloquecer al dean. — El día de muertos tendré la dicha de ver en algún cementerio a mi novia. Y así sucede, se encuentran en Santa Paula,² y se enamoran más los fieles amantes delante de los fieles difuntos.

No te daré el beso que me has pedido, hasta después de muertos. — ¿Me lo juras? — Te lo juro, bien mío. ¡Qué felicidad! ¡Qué fidelidad!

El día de muertos es el gran día de las infidelidades de los fieles.

Veamos como: — Lola es muy linda: tiene unos ojos subversivos y un modo de andar, de lo más majo, y como no somos afectos a hacer retratitos, nos conformamos con decir que tiene mucho *aquel*.

² El panteón de Santa Paula, fundado por el arzobispo Haro Peralta, fue donado al Hospital de San Andrés, para enterrar en él a los muertos sin deudos. Comenzó a funcionar en 1784, contaba con 260 varas de largo y 141 de ancho, y se hallaba en los terrenos de la parroquia de Santa María La Redonda. En 1836 fue declarado cementerio general para toda la ciudad, a raíz de esto se ampliaron sus tierras considerablemente; en 1858 quedó semiderruido a consecuencia de un temblor y en 1871 se clausuró (Cfr. Manuel Rivera Cambas, *México pintoresco, artístico y monumental*, p. 62).

Hace tres días que va y viene, sale, entra y prepara todo un arsenal de dijes y blondas. Ha tenido que comprar dos velas gordas para su papá difunto; unos dulces para regalarle a ese, y unos botines de a cinco duros de lo más lindos, para darle gusto a una persona; estrena crinolina, corsé y trajes; tienen que ir al panteón y al Zócalo; la llevarán a los títeres; sabrá, por fin, a que atenerse con respecto a N: cenará en Fulcheri sopa de ostiones,³ y el pobre de H se dará al diablo. Ella, en cambio, se dará a Dios en la mañana y a la sopa de ostiones en la noche. Lola es una fiel de lo más encatadora. Piedad, su prima, es diferente, es pobre y piensa de otro modo. Lola no trata a su prima.

Piedad, es viuda y huérfana hace tres años; cosió munición cuatro semanas, y repartió su jornal a los pobres. Comió muy mal y no duerme porque llora. ¡Pobre Piedad! no va al Zócalo; todavía es hermosa: ésta es de las fieles que se esconden para no celebrar a los muertos; no está de acuerdo con los otros fieles. ¡Qué infidelidad!

¡Pobres difuntos! el mundo no os deja descansar, os despierta cada año para revolver vuestras cenizas; os fastidian con el ruido de los títeres, os insultan con sus carcajadas, profanan vuestra memoria con sus mentidas preces, os llaman la atención los fieles para que veáis sus infidelidades, y cubren vuestra losa con flores para que no los veáis, y alumbran vuestro sepulcro para no veros, y os vuelven la espalda declarándoos bien muertos. ¡Oh mundo! ¡oh sarcasmo! ¡oh infidelidad! ¡oh muerte!

³ La casa de recreo de Fulcheri se encontraba en un principio, en la calle del Coliseo Antiguo; después, durante la Intervención Francesa cambió de sitio; posteriormente se instaló en la esquina de la cuarta calle de Providencia y el Paseo de Bucareli. Este establecimiento tenía, por sobre otros negocios, la ventaja de contar con las bellezas del campo, pero sin estar enteramente fuera de la ciudad; desde ella se podían observar la ciudad y los pueblos aledaños (Cfr. Ema Cosío de Villegas. "La vida cotidiana", en *Historia moderna de México. La República Restaurada*, t. III, p. 491-492).

Bajo este rubro, el apreciableísimo redactor de *La Orquesta*,² inserta los párrafos de una carta del señor general Escobedo al C. Presidente Benito Juárez. En esta carta, dicho señor general, se manifiesta disgustado de la oposición,³ y contiene apreciaciones que podríamos combatir victoriosamente; pero no siendo nuestro ánimo ni el tema de este artículo refutar la opinión del señor Escobedo, sino la de la *Orquesta*, entramos de lleno a esta cuestión, no sin la más profunda cortesía de nuestra pluma, hacia el autor del artículo que nos ocupa.

Al calce de los párrafos de la mencionada carta, inserta con no muy sana intención nuestro travieso colega, lo que Facundo, a propósito del banquete del Tívoli,⁴ dijo a favor de

¹ José T. de Cuéllar, "Editorial. Contrastes", en *El Correo de México*, t. I, núm. 56 (5 noviembre 1867), p. 1.

² *La Orquesta* se comenzó a publicar en 1º de marzo de 1861, bajo la dirección de Carlos Casarín, a su muerte en 1863, pasó a las manos de Hilarión Frías y Soto y de Constantino Escalante. En 1867, el redactor en jefe era Vicente Riva Palacio, y sus editores Manuel C. Villegas, Hesiquio Iriarte y Constantino Escalante. Se canceló su circulación en 1877.

³ Los párrafos que *La Orquesta* insertó de la carta del general Escobedo fueron los siguientes: "He visto la grita que han levantado los periódicos de la Capital con motivo de la Convocatoria, he leído también los de los demás estados de la República, y multitud de cartas que me han escrito personas de todas clases, inclusive varios amigos, relativas todas al último asunto. Los primeros me han alarmado *porque siempre he tenido la creencia de que ni dicen lo que sienten, ni hacen lo que dicen*: y respecto a los segundos, les he contestado que la nación nos tiene empleados como soldados para hacerla respetar del extranjero, estándonos prohibido tomar parte en las discusiones políticas del país. Por lo que respecta a mí, el gobierno no debe de estar persuadido de que quiero mejor pasar *por un idiota, que por uno de tantos discoloros aspirantes*. Estas han sido siempre mis ideas, las mismas que he hecho observar a mis jefes quienes saben que no deben mezclarse en la política, ni aun externar sus opiniones, cualesquiera que éstas sean. En mi concepto nada hay más natural, que esas *mismas personas discoloras que han habido siempre en el país sigan siéndolo cuando tienen la creencia de que la magnanimidad del gobierno es debilidad*. Estoy persuadido de que conocedores de esta verdad el señor Presidente y su gabinete, sabrán obrar con la energía que es necesaria, en mi humilde juicio, para consolidar la paz en la República" (Sin firma, "Pitos. Contrastes", *La Orquesta*, tercera época, t. I, núm. 38, 2 noviembre 1867, p. 3).

⁴ Se insertaron en este artículo de *La Orquesta* cuatro párrafos, los tres primeros y el octavo, del texto de José Tomás de Cuéllar, "Un banquete en el Tívoli", véase APÉNDICE, texto 12: Facundo, "Un banquete en el Tívoli" (Sin firma, "Pitos. Contrastes", *La Orquesta*, tercera

C. general Escobedo, e inserta también otro parrafito de nuestra "Gacetilla",⁵ en que dimos la bienvenida a dicho señor general, y al calce de todo estas palabras:

"Es inútil cualquier comentario".

Este modo de censurar, este parangón, esta manera de asentar dos premisas, cerradas por un "¿qué habrá usted dicho?" es efectivamente dramático, naturalmente fácil y propio para llenar dos columnas de periódico, pero es lógicamente falso.

No pareciendo suficiente lo escrito, la pluma necesitó del lápiz, y el guapo Constantino pintó una copa champagnera, en que se lee: "*aquí yace la oposición*; murió en un convite", y como testigo presencial firmó —C. Escalante— al calce de la copa.

Tanto el articulado, o mejor dicho, la inserción de los párrafos, y el dibujo, no dejarían nada que desear si contuviesen una verdad; pero ambas cosas están basadas en una equivocación involuntaria, por parte de nuestro buen amigo el redactor en jefe de *La Orquesta*.

De que el señor Escobedo se expresara mal de la oposición en una carta dirigida al C. Presidente, no se infiere que los que escribimos periódicos oposicionistas, debiéramos negar para siempre al señor Escobedo sus cualidades como militar, ni mucho menos suprimir las demostraciones amistosas que nos merece su persona, y que nos obligan a manifestar las leyes de la buena sociedad y cortesanía.

Nosotros no combatimos a las personas, sino las ideas, y nunca hemos creído que una

época, t. I, núm. 38, 2 noviembre 1867, p. 3).

⁵ A continuación el párrafo que *La Orquesta* copió de la "Gacetilla" de *El Correo de México*, sobre la llegada del general Escobedo a la Capital, que apareció el 30 de octubre de 1867: "Ha llegado a esta capital la noche del 27 y está alojado en el Hotel Iturbide. Damos la más cordial bienvenida al héroe del Norte, cuyo viaje, como todos los suyos, no tiene por objeto más que el bien de su país en general y especialmente el de los [...] Estados que se hallan bajo su protección" (Cfr. Sin firma, "Gacetilla. El benemérito General Escobedo", en *El Correo de México*, t. I, núm. 51, 30 de octubre de 1867, p. 3, y Sin firma, "Pitos. Contrastes", en *La Orquesta*, tercera época, t. I, núm. 38, 2 noviembre 1867, p. 3).

opinión contraria en política deba privar a un hombre de las consideraciones sociales, ni la oposición tiene por objeto sembrar los odios personales, ni romper las prescripciones de la urbanidad.

El señor Escobedo y todos los mexicanos somos libres para formar en política nuestra opinión, pero si el señor Escobedo y nuestros demás amigos no vacilan por esto en tendernos su mano, concediéndonos su buena amistad, nosotros no vemos inconveniente en aceptarla y en corresponderla, sin que de esto se deduzca que al ofrecerles a nuestra vez la mano, les sacrifiquemos nuestra opinión.

El mismo señor redactor de *La Orquesta*, cuya buena educación es una de sus prendas, ha hecho en sociedad lo mismo que nosotros con personas notoriamente contrarias a sus opiniones, y entendemos que ninguno de los ilustres miembros de la prensa de la Capital, niega hoy a ninguno de sus contendientes en política, las consideraciones que en la buena sociedad son un deber de todo caballero.

Sea por ejemplo: los señores redactores del *Diario Oficial* deberían ser para los escritores de oposición, según el sistema del *Pájaro Verde*, (de funesta memoria) nuestros enemigos irreconciliables, y *La Orquesta* sabe muy bien no hay uno solo de los periodistas que rehúse la amistad de esos señores, y por el contrario, son acogidos por todos con la simpatía y el aprecio de que son dignos.

Asegura *La Orquesta* que la oposición murió en un convite. — Si sus altos conocimientos en el contrapunto nos lo permiten, nos tomaremos la libertad de decirle que está semitonada.

Primero: porque la oposición sigue, a pesar de la *convivialidad*, haciendo la debida separación entre los ostiones y los artículos, entre las opiniones y el trato social, entre la amistad

y la política.

Segundo: porque *El Correo de México* ni ha cambiado ni cambiará de política en el Tívoli ni en ninguna parte; combatirá siempre lo que le parezca que debe combatir en el terreno de la discusión, no convirtiéndose por esto en un ogro insociable que rompa con toda consideración personal; y tercero, no ha muerto la oposición en un convite, supuesto que Escalante, que pertenece a ella y que fue al Tívoli, pone su nombre al calce de la copa, donde supone sepultada la oposición, que supuesto en su calidad de vivo, de convidado y de caricaturista, queda en este mundo, y muy dispuesto a seguir haciendo caricaturas contra lo que a usted y a él les parezca mal, lo mismo que nosotros quedamos para seguir escribiendo en el mismo sentido en que lo hemos hecho hasta el presente.

Finalmente, el semitono es tanto más notable, cuanto que esa misma oposición que *La Orquesta* considera muerta, estuvo en palacio en el convite al señor Ministro de Bolivia,⁶ y en ese convite se habló de la oposición, y el C. Presidente y uno de los opositoristas se dieron un abrazo,⁷ y no obstante, ese abrazo no le pareció a *La Orquesta* significativo, ni levantó por eso Escalante monumentos sepulcrales para enterrar a nadie, ni la oposición sintió por aquella gran convivialidad y aquel abrazo, ningún síntoma de debilidad ni de muerte, sino que a pesar de

⁶ El ministro de Bolivia, Quintán de Quevedo, llegó a México en los últimos días de noviembre de 1867, el banquete que se le ofreció se llevó a cabo el 22 de octubre de 1867 en el Palacio Nacional (Cfr. Sin firma, "Noticias nacionales. El banquete de anoche", en *El Siglo XIX*, séptima época, año 24, t. 5, núm. 84, 1º octubre 1867, p. 3 y Sin firma, "Crónica de México. Banquete", en *La Iberia*, t. II, núm. 181, 23 octubre de 1867, p. 3).

⁷ En las crónicas que se realizaron sobre el banquete se puede leer sobre este acontecimiento: "Hubo un incidente hermoso. El señor Juárez se acercó a brindar por el señor Altamirano, y estos dos ciudadanos competidores en el terreno de la leal discusión, pronunciaron sentidos y nobles frases. El señor Altamirano dijo que ante las naciones extranjeras, el partido liberal no tenía división. El señor Juárez elogió la oposición franca y leal que se le ha hecho" (Cfr. Alfredo Chavero, "Editorial. El convite de Palacio", en *El Siglo XIX*, séptima época, año 24, t. 5, núm. 102, 24 octubre 1867, p. 1).

reconocer en el C. Presidente una persona ilustre y por mil títulos apreciable, siguió, sigue hoy y seguirá atacando todos los actos del Gobierno que no estén conformes con nuestra opiniones, de las que nada más que la razón y el convencimiento podrían apartarnos, si por fortuna encontrásemos quien nos pruebe que estamos en un error.

El señor redactor de *La Orquesta*, según nuestro sistema, comprenderá, que a pesar de que en esta vez no estuvimos de acuerdo en una cuestión, no por eso vemos en nada interrumpidas las buenas relaciones que nos unen en sociedad, ni el aprecio y el respeto que le tributamos y que tan justamente se merece.⁸

⁸ Un día después de la publicación de artículo de José T. de Cuéllar, apareció en *La Orquesta* otro texto con el mismo nombre, "Contrastes", dedicado a Cuéllar: "Pero calma, buen colega,/ no hay que tomarlo a lo trágico/ sabemos que nadie juega/ con periódico que llega/ por un 'Nigromante' o mágico./ Que se calme Altamirano,/ que Cuéllar tome magnesía,/ que Peredo muy ufano,/ con Ramírez de la mano/ vayan a tomar iglesia" (Sin firma, "Pitos. Contrastes", en *La Orquesta*, tercera época, t. I, núm. 39, 6 noviembre 1867, p. 4).

16)

Monólogo del Zócalo¹

A cosa de las dos de la mañana de ayer, se le oyó murmurar (entre piedras porque no pudo ser entre dientes) algo por este estilo: — ¡Ay! ¡ay! ¡mi historia es lastimera! ¿qué he hecho yo para que así me trate la suerte? No parece sino que yo, y no mis padres, he de ser responsable de las muchas talegas que dizque han gastado en mi educación. Primero unos albañiles de levita formaron mis entrañas a fuerzas de golpes, porque querían hecerme buen estómago: yo tragaba vigas, pero no podía tragar a mis verdugos ni a S.A.S.²

¡Ay! ¡A pesar de que me quisieron hacer duras entrañas, no las tengo todas conmigo!

Muchos años he permanecido solo, triste, abandonado, y la yerba me crecía en la cara: algunos años los hombres se vuelven locos y se encaraman sobre mí, y soy el platillo de todas las conversaciones: he servido para aparador de calabazas en unas famosas exposiciones; ¡qué peso aquel de las calabazas! Cada vez que siento un hombre sobre mí, me acuerdo de ellas, especialmente cuando uno de esos hombres se ha subido sobre mí con un papel en la mano creyéndolo un discurso.

Naphegui me produjo una inflamación cerebral con una farola de a 17,000 pesos; y a él no le sucedió nada.

¹ Facundo, "Monólogo del Zócalo", en *El Correo de México*, t. 1, núm. 58 (7 noviembre 1867), p. 2.

² Cuéllar se refiere al presidente Santa Anna (Su Alteza Serenísima), quién puso la primera piedra de lo que sería el Zócalo, luego de que en 1843 ordenó la demolición del Parián. El terreno quedó sin escombros y el general, para adornarla, planeó poner un monumento en honor a los héroes de la Independencia; para ello convocó a un concurso, que ganó el arquitecto Lorenzo de la Hidalga, bajo su mando se niveló el piso y se levantó un basamento sobre el que se iba a erigir dicho monumento; sin embargo la obra nunca se terminó, y sólo quedó la base o el zócalo como testigo mudo de aquel intento, de ahí el nombre con el que se conoce a la ahora Plaza de la Constitución.

Todo esto me pasó después de lo de la primera piedra, que era, según todos, la promesa de mi descanso.

Pasaron muchos años, y vino de Austria una señora muy bonita, y me puso la segunda primera piedra, y me quedé así. Como todos decían que esa señora era muy buena y muy rica, tuve más esperanzas; pero se fue y he recibido muy malas noticias: ya no se acuerda de mí.

Sin duda a consecuencia de la desgracia de esa señora, vino Miranda y me puso una cataplasma de yeso: debía yo estar muy feo, porque todos se reían de mí al pasar: yo no sabía lo que era, pero por lo poco que pude notar, tenía yo encima patates de muerto, zacate seco, muchos palos y mucha mezcla: oí decir a algunos concurrentes, especialmente a los Mirandas y a los Islas, que aquello era griego, y yo creo que sí porque no le entendí.

Después me quitaron la cataplasma, que dizque costó tres mil pesos: debieron conocer los médicos o las Hermanas de la caridad, que como ya se había secado con el sol, me estaba lastimando, y en lugar de la cataplasma me echaron tierra, y empezaron a sembrar en terreno ajeno: entonces debí quedar muy bonito, porque venían muchos niños a verme y se sentaban los enamorados en unas banquitas que me hizo favor de darme el señor Trigueros.

Después, unos ingleses de pelo muy amarillo, me introdujeron tripas de fierro, por donde pasaba una cosa que huele a brea, que dicen que es gas hidrógeno, y a guisa de flores me erizaron de púas con llamas que se apagaban con el aire: me las quitaron y me pusieron otras tripas perforadas que quedaron mejores.³

Después me abrigaron con un gorro de dormir, de lienzo sucio, con una cinta tricolor

³ En 1866 se creó el paseo en el Zócalo, en el centro, Ignacio Trigueros (1805-1879) trazó un hermoso jardín con calzadas, con cuatro fuentes una en cada esquina de la plaza, 72 bancas y alumbrado de gas hidrógeno (Cfr. Adolfo García Cortés, *Historia de la Plaza de la Constitución*, p. 76).

y banderitas por remate, y le dejaron a mi gorro dos puertas: por una entran muchos elegantes con un peso en la bolsa, y por la otra salen sin el peso.⁴ No entran más que porque no me pueden ver al través de mi gorro, y para pisar la sábana de manta por donde apenas saco la cabeza, convertida en montecito con luces de gas.

Cansados los concurrentes del movimiento circular alrededor de mi cabeza, ya se sentaron, haciéndome cargar de un lado un teatro, que dicen que es de ópera en miniatura, y un mago que dicen que hace diablura y media.

Ya estoy fastidiado de tantos cambios y de tantos pisotones: ¿hasta cuándo me pondrán algo encima?, aunque sea un monumento que pueda contar, dentro de cinco siglos, la independencia de México. Mientras no me tapen la boca, aunque sea con una columna, me he de considerar en mi derecho para poner el grito en el Cielo.

⁴ Para más información sobre los teatros, véase APÉNDICE, texto 19: "El teatro y los cócoras", en el presente trabajo.

17)

Teatros¹

Con la más estricta imparcialidad, sin que influyan en nada la amistad, la simpatía, ni el atractivo de la belleza, y bajo el influjo de las impresiones causadas en nuestra alma por la ejecución de *La gracia de Dios*, en el Teatro Iturbide,² hacemos la crónica de esta función, asegurando que jamás hemos tomado la pluma con tanta satisfacción como ahora, para este objeto. Nosotros, y el resto del público, sabíamos que Amelia Estrella es una excelente actriz, calificación que alcanzó en su estreno; esperábamos de consiguiente una tarde agradable, al entregar nuestra atención y nuestro sentimiento al dominio de la encantadora joven, que de hoy más será la delicia del público: pero confesamos con gusto que el éxito superó a nuestras esperanzas. Amelia se ha mostrado esa tarde actriz inspirada, llegando directa y poderosamente al corazón, pero con seguridad, como quien sabe el camino. Nosotros, lo confesamos con orgullo; hemos llorado cuando ella quiso, y le hemos tributado en debido homenaje, y como el mejor aplauso, las lágrimas de nuestros ojos, poco acostumbrados a llorar.³

¹ Por todos los artículos sin firma José T. de Cuéllar, "Variedades. Teatros", en *El Correo de México*, t. 1, núm. 62 (12 noviembre 1867), p. 2.

² *La gracia de Dios o la perla de Saboya* (1841), drama en cuatro actos, compuesto por Gustavo Lemoine y traducido al español por Antonio García Gutiérrez (Cfr. Luis Reyes de la Maza, *El teatro en México durante el Segundo Imperio (1862-1867)*, p. 218).

El 16 de diciembre, el presidente Mariano Arista colocó la primera piedra, de lo que sería el Teatro Iturbide. Construido, gracias al financiamiento de Francisco Abreu, según los planos de Santiago Méndez y decorado por el escultor Santiago Evans; el teatro se inauguró el 3 de febrero de 1856, una noche de carnaval, con un gran baile de máscaras. La primera función teatral que el Iturbide presentó, con el drama *¿Y para qué?* de Pantaleón Tovar, se llevó a cabo el 25 de marzo de 1856.

³ Amelia Estrella del Castillo, una de las actrices más nombradas y reconocidas de la época, cada vez que realizaba una presentación, los periódicos la anunciaban como un gran acontecimiento. Así se podía leer en la prensa: "Espectáculo nacional para el domingo 10 de noviembre de 1867/ Primera presentación por la tarde, de la distinguida actriz y dama joven/ Amelia del Castillo/estando a su cargo el difícil papel de la protagonista en la sublime e interesante comedia moral/ *La gracia de Dios o La Perla de Saboya*" ("Diversiones públicas. El Teatro Iturbide", en *El Correo de México*, t. 1, núm. 59, 8 noviembre 1867, p. 3).

Amelia estuvo sublime. Brillar, creando un personaje, es gran mérito; pero arrebatarse en un carácter gastado ya, y en el que han lucido actrices de nota, es mayor mérito aún, es acopiar en un triunfo la suma de los anteriores. Largo sería marcar los momentos felices de Amelia en el papel de María, porque sería preciso repetir todas sus escenas; sin embargo, los más notables fueron la lectura de la carta, tan graciosamente deletreada; la preparación para el delirio, en que lastimaba ver aquel bello rostro en donde todo el mundo estaba leyendo los más crueles tormentos; y la vuelta a la razón, en que hacia el final de la canción, supo con admirable maestría pasar del canto a la declamación, terminando aquella magnífica escena con un grito de esos que sólo lanza una alma que siente y que debe expresar el sentimiento. Amelia debe haber quedado satisfecha de su triunfo; ya puede estar segura de reinar sobre los corazones de sus oyentes, con el irresistible influjo de su talento y de su belleza, y el porvenir le brinda un camino de flores y de laureles inmarcesible. ¡Salud a la *Estrella del teatro mexicano!*

El señor Castillo secundó dignamente a su compañera de gloria; tuvo arranques magníficos, y se conservó en toda la pieza a la altura de su papel; especialmente en la escena de la maldición, arrebató, y fue llamado con entusiastas aplausos. La señora Salazar, en el final del primer acto, estuvo muy feliz, expresó con verdad, a ella fue dirigida la llamada a la escena después de bajado el telón. La señorita Matilde Dalmau en su corto papel también estuvo perfectamente. Serrano caracterizó con inteligencia el papel de Pedro, tuvo rasgos muy cómicos, especialmente la bendición que dio a María en nombre del cura; sostuvo perfectamente la situación del último acto, y contribuyó por su parte a la buena disposición y armonía del cuadro

final; los demás actores bien.⁴ En suma, *La gracia de Dios* fue desempeñada como pocas veces puede haberse visto; la concurrencia estuvo más numerosa que de ordinario, apreció el mérito, y aplaudió mucho, llamando a la escena a la compañía, después de concluido el drama y pidiendo para los actores la diana. No deben las personas de buen gusto dejar de concurrir al Teatro Iturbide, con lo que estimularán a esos actores dignos de mejor suerte.

El concierto del sábado no dejó que desear, todas las personas que tomaron parte en él justificaron una vez más la justa reputación que han sabido adquirirse en el mundo artístico. No hacemos por consiguiente menciones especiales, pues los elogios tocan a todos por igual. Dirección, ejecución, aparato, todo estuvo digno.⁵ La concurrencia no fue tan numerosa como hubiéramos deseado para los pobres; no obstante, sabemos que les quedó una regular cantidad, que sabiamente repartida por las benéficas manos de las señoras de la Conferencia, calmarán algunos infortunios.⁶

La calamidad tiene que encontrarse siempre con su compañera la filantropía; aunque de tan distinta índole, siempre van juntas: no bien asoma la primera, tras ella aparece la segunda,

⁴ Gerardo López de Castillo, actor y director de la compañía del Liceo Mexicano (Cfr. Enrique de Olavarría y Ferrari, *Reseña histórica...*, t. II, p. 738).

⁵ El concierto al que se hace referencia en el texto, se realizó el 9 de noviembre de 1867, en el Gran Teatro Nacional. El programa se llevó al cabo en el siguiente orden: **Primera parte**, 1° Obertura a toda orquesta; 2° Duo de la ópera *Los puritanos*, de Bellini; 3° Solo de flauta con acompañamiento de orquesta; 4° *Carnaval de Venecia*, de Octaviano Valle; 5° Pieza de piano sobre el tema de la ópera *Hernani*, de Litz; 6° Aria de *Capuletos*; 7° Duo de la ópera *Lucia de Lammemoor*, de Donizetti; **Intermedio**, Canto de la *Plegaria a la caridad*, de Octaviano Valle; **Segunda parte**, 1° *Gran Marcha Republicana*, de María Garfías; 2° Rondó de la ópera *Roberto Devereux*, de Donizetti; 3° Pieza a dos pianos, *Concordancia*, de Ascher; 3° Polaca de *Los puritanos*; 5° Pieza de pistón; 6° Canción de la ópera *El Trovador*, de Verdi; 7° Pieza de clarinete; 8° Andante del quinteto de la ópera *Lucia de Lammemoor*, de Donizetti (Cfr. "Diversiones públicas. Gran Teatro Nacional". en *El Correo de México*, t. I, núm. 59, 8 de noviembre de 1867, p. 3).

⁶ Cuéllar se refiere a las señoras que pertenecieron a la Conferencia de la Parroquia de Santa María, que se dedicaba a organizar funciones de caridad, para ayudar a los pobres.

especialmente en México, donde abundan los buenos sentimientos. Por eso, no bien llegó hasta la Capital la terrible noticia de los desastres de Matamoros, la caridad salió de madre, por decirlo así, y está poniendo en planta todos sus ingeniosos expedientes.⁷ El miércoles, por ejemplo, se da con aquel objeto una ópera en el Teatro Nacional, el *Rigoletto*, desempeñado por la Compañía Mexicana.⁸ La simpática de Manuelita Gómez de Pineda, y su esposo el señor Pineda, en representación de los demás artistas de la compañía, ofrecieron a la Junta de Socorros la mitad de los productos, sin escitativa de nadie, sino espontáneamente; este hermoso rasgo lo consignamos con placer, porque honra a sus autores, y contrasta con ciertos egoísmos.⁹ Podemos asegurar que el desempeño de *Rigoletto* será satisfactorio, y nos fundamos en que los esposos Pineda, al ejecutarla hace años, hicieron de ella el primer escalón de sus glorias artísticas. Hay además otra novedad; nuestro buen amigo el señor Mobellán ha compuesto unos versos análogos al objeto de la fiesta, que no dudamos serán tan bellos y entusiastas como los que él sabe hacer,¹⁰ y que serán leídos por la interesante Amelia Estrella de Castillo. No falta, pues, motivo, y poderoso, para llenar esa noche el espacioso salón de nuestro magnífico primer

⁷ Véase APÉNDICE, texto 12: "Un banquete en el Tivoli", en el presente trabajo.

⁸ La Compañía Mexicana de Ópera realizó su "gran función extraordinaria" la noche del miércoles 13 de noviembre de 1867, "a beneficio de los arruinados por el huracán de Matamoros y sus inmediaciones". El programa de la función fue el siguiente: "Se pondrá en escena la ópera del maestro G. Verdi, dividida en tres actos, precedida de un prólogo e intitulada: *Rigoletto o el Duque se divierte*. La ópera será [interpretada] con la música militar que requiere la escena [...] En uno de los entreactos se dará lectura a una composición análoga que el señor don Sebastián de Mobellán ha tenido la bondad de dedicar para esta función, la cual será leída por la señora doña Amelia Estrella del Castillo" ("Diversiones públicas. Gran Teatro Nacional", en *El Correo de México*, t. I, núm. 63, 13 noviembre 1867, p. 3).

⁹ Sobre el matrimonio Pineda, véase APÉNDICE, texto 9: "Sección científica".

¹⁰ Sebastián de Mobellán poeta y dramaturgo español, cónsul de España en México en 1867. Entre sus obras encontramos *El anónimo* y *Un drama de familia* (Cfr. Enrique de Olavarría y Ferrari, *op.cit.*, t. I, p. 701, t. II, p. 762).

teatro.

18)

A la memoria
del malogrado joven médico
Román García Figueroa¹

¡Es cierto! ... Inescrutable en sus arcanos

el destino del hombre.

¡Siega la flor de la esperanza un día,

y en deudos convertidos los hermanos,

van a escribir un nombre

sobre una losa fría!

¡Genio, vigor y juventud y vida

dones del alto Cielo!

al golpe de segur aborrecida

dentro la fosa quedan

cual témpanos de hielo...

¡Adiós! ¡último adiós! El cementerio

¹ J.T.C., "Folletín. A la memoria del malogrado joven médico, Román García Figueroa", en *El Correo de México*, t. I, núm. 63 (13 noviembre 1867), p. 2. El 12 de noviembre de 1867, los redactores de *El Correo de México*, anunciaron, que "en virtud de la favorable acogida" que tuvo el periódico, ampliaría la publicación con un folletín de contenido diverso: novelas por entregas, revistas de la semana, poemas, cuestiones económicas y militares; en dicho folletín, apareció el poema de José Tomás de Cuéllar, junto con la "Revista de la semana", escrita por Ignacio Manuel Altamirano (Cfr. Sin firma, "*El Correo de México*", en *El Correo de México*, t. I, núm. 62, 12 de noviembre de 1867, p. 1).

Román García Figueroa médico y militar murió la madrugada del día 11 de noviembre, después de doce días de sufrimiento a consecuencia de fiebre tifoidea. Perteneció a la Escuela de Medicina de México y al Cuerpo Médico Militar, con el que participó en el sitio de Puebla (Cfr. Sin firma, "Gacetilla. Necología", en *El Correo de México*, t. I, núm. 62, 12 noviembre 1867, p. 3, y Sin firma, "Pitos. El doctor García Figueroa", en *La Orquesta*, tercera época, t. I, núm. 4, 13 de noviembre 1867, p. 4).// Esta poesía apareció años después recopilada, sin ninguna variante, en *La Lirerna Mágica. Versos*, Segunda época, tomo XV. Santander, Blanchard y Compañía, 1891, pp. 169-170.

la desprendida lágrima recoge
con el postrer gemido;
y mañana tal vez no habrá quien moje
con llanto dolorido
aquel lugar, donde el silencio triste,
muda expresión de la terrible idea
de la muerte, entre tumbas olvidadas
en larga soledad se enseñorea.
¡Ahí queda! ¡allí está! ... Del sueño eterno
el terrible sopor, quietud le imprime,
y en tan hondo descanso
sólo el efluvio de un afecto tierno
del olvido del mundo lo redime.
Sólo la fe sublime del cristiano
puede hallar una luz como una estrella
entre el inmundo polvo de la tumba:
¡esa luz es tan bella,
que da la paz al padre y al hermano,
y hace que no sucumba
a su dolor el que ama a los que fueron!
miro esa luz, porque en el mundo fuiste
grande, bueno y leal: tu tumba sea

**urna donde recojas en el mundo
de los que te aman la inmortal idea.**

Alguna vez nos hemos ocupado de esta diversión, considerándola como un medio civilizador; y al contemplar la suma de elementos que brotan naturalmente en nuestro pueblo, lamentamos de corazón la falta de una organización conveniente en la explotación de esos mismos elementos diseminados, abatidos e imperfectos.

El teatro está destinado en México a las clases acomodadas, que son las que lo sostienen. El pueblo, ávido de goces y de instrucción, se agolpa a las altas galerías haciendo un esfuerzo en sus pequeñas operaciones financieras, y participa también de los grandes espectáculos: en este orden de cosas los teatros no se llenan, la gente va por costumbre, el pueblo se retrae, las empresas se sostienen apenas, y nada se avanza. De este estado normal se sale a veces de dos modos: o viene la ópera italiana que enriquece a un especulador, llena los almacenes del Montepío y hace sufrir a muchos pobres ricos un desfalco ruinoso,² o viene noviembre con sus teatritos y sus títeres; entonces no sólo el pueblo, sino toda la sociedad de México, acude a los jacalones a pagar un real.³

Un americano del Norte vería en esta observación una mina de oro; explotaría la idea, abriría un teatro a real y se haría rico; nosotros no somos ambiciosos, y en lugar de los millones del *yankee*, nos conformamos con la instrucción del pueblo.

Anoche hemos concurrido al teatrito de la América, levantado en el patio del antiguo

¹ Facundo, "Variedades. El teatro y los cócoras", en *El Correo de México*, t. I, núm. 66 (16 noviembre 1867), pp. 2-3.

² Los almacenes del Montepío, mejor conocidos como el Monte de Piedad, se instalaron en México en 1775, gracias a Pedro Romero de Terreros.

³ Sobre los jacalones véase APÉNDICE, texto 14: "El Día de Muertos".

Colegio del Seminario,⁴ y hemos visto con gusto, primero: que no había esa turba de jóvenes mal educados e insustanciales que se llaman *cócoras* a sí mismos, y que no tienen más entretenimiento que dar idea de sus malas costumbres y afectar superioridad de cultura en un lugar que creen favorecer con su presencia. La vanidad de esos jóvenes que pretenden pertenecer en su edad de aspiraciones a mejor sociedad que a la que en realidad pertenecen, piensan encubrir su propia condición, constituyéndose en *cócoras*, en mofadores sin gracia y sin talento, perjudicando con su insoportable presencia al público y al empresario: al público, porque las personas que de buena fe quieren divertirse con un espectáculo aun cuando sea malo, tienen que añadir a la calidad de éste, el desagrado de contemplar un grupo de pretendidos calaveras que hacen alarde de tener mala educación, y no respetando a las señoras que concurren, ni abrigando el más ligero sentimiento de caridad y consideración a las personas, tal vez muy desgraciadas, que se paran en aquellos foritos a sufrir una carrera de baqueta diaria de groserías y de insultos antes que transigir con la prostitución y con el crimen.

Nosotros hemos visto una de esas jóvenes, objeto de la saña estúpida de los *cócoras*,

⁴ Durante los meses de noviembre y diciembre la Capital de la República se vestía de fiesta, por lo que se levantaban en el Zócalo, dos o tres carpas o "jacalones", como los llama José Tomás de Cuéllar, en los que la gente podía, ver desde una función de títeres hasta bailar. "Dos se hicieron famosos en el año de 1867: el llamado Teatro de la América y el Salón Gótico, en el que se veían piezas dramáticas, espectáculos coreográficos, ejercicios gimnásticos, pantomima, ópera, prestidigitación, vistas disolventes y otra multitud cosas, sin que todo ello cueste arriba de cincuenta centavos" (Luis Reyes de la Maza, *El teatro en México durante el Segundo Imperio, 1862-1867*, p. 30). Para el 20 de noviembre de 1867, el Teatro de la América seguía presentándose con éxito en la Capital, como lo muestran las Gacetillas de algunos periódicos de la época: "Continúa la concurrencia favoreciendo este teatro, el mejor de los de su género. El domingo pasado, sobre todo, un público escogido afluyó hasta el punto de faltar lugar para estar de pie. Esto prueba lo que hemos dicho otra vez; allí hay orden, variedad en los espectáculos y empeño de complacer por parte de la empresa. Recomendamos especialmente los niños acróbatas y las vistas disolventes del señor Vargas; éstas son de lo más fino que hemos visto, especialmente el 'Sueño del soldado' y el 'Incendio de una ciudad'. Los cromótropos exceden en perfección y belleza a todo lo que en su género se ha presentado hasta ahora en México" (Sin firma, "Gacetilla. El Teatro América", en *El Correo de México*, t. I, núm. 69, 20 noviembre 1867, p. 3).

recibir llorando el precio del escarnio para comprar pan para sus hijos.

¿Qué pretenden probar estos Rfo Santo de casa de vecindad, estos montecristos, meritorios de oficina o vendedores de lienzos? ¿Que no les agrada el espectáculo? ¿que tienen mucho talento, mucho gusto y muy finas maneras? ¿por qué insultan a la miseria, a la niñez, y tal vez a la virtud? ¿porque son ricos? ¿porque son buenos? ¿porque son sensatos?

¡Cuán contraproducente es el cocorismo en los títeres! ¿y esos *cócoras* se escandalizan de la prostitución y declaman contra los ladrones? y en lugar de regalarle una moneda al pobre niño que canta, al que por amor al arte dramático da los primeros pasos en esa difícil y honrosa carrera; en lugar de conmoverse al contemplar a la angustiada madre que procura el pan para sus hijos a costa de un sacrificio, la befa, y con el derecho que le da su real y su levita, la colma de improperios y de insultos, a mansalva, hasta arrancarle lágrimas que enjuga entre aquellos palos con su raído vestido de carácter.

Los *cócoras* han querido dominar la situación y se han puesto en relieve. La sociedad los contempla disgustada; los actores y empresarios transigen con ellos por necesidad, las señoras se excusan de concurrir a los jacalones, y las personas pensadoras se entristecen al contemplar esa juventud viciada y grotesca enseñoreándose en los espectáculos públicos y dando a los extranjeros tan desventajosa idea de nuestros *liones*, de nuestros *niños finos*, de nuestros *jovencitos decentes*.

Abogamos por el caído, por el escarnecido y por el pobre, y señalamos con el dedo entintado de la prensa esa llaga social.

Como dijimos antes, en el teatro del Seminario no había *cócoras*, y en cambio había muchas señoras y familias distinguidas. Es el más aseado, más cómodo y más bien construido

de los teatritos, y se pasa allí el rato agradablemente. Como ese edificio se presta a todas las comodidades, tiene en el interior comunicación con una cantina bien provista, con un café decente y bien servido, y con una fonda donde su puede cenar por fin de fiesta.

Hay dos niños Hércules admirables, dignos de haber consumido más papel de anuncios que muchos prodigios de Chiarini el de *la alta escuela*:⁵ aquí no hay *alta escuela*, pero aquí está México, aquí están dos pequeños mexicanos que hacen en los trapecios todo lo que pueda hacer un *yankee* nutrido con ostras y *roast beef*, nacido en el aserrín y educado por especulación: estos niños hacen lo que hace Berrek y el saltimbanqui más famoso de los famosos tiempos modernos, y estos niños son pobres porque son mexicanos y porque sus compatriotas son cócoras.

Aconsejemos a nuestros amigos que vayan al Teatro de América, y notarán la diferencia que hay entre la diversión que allí se proporciona al público y la incomodidad y el disgusto que se tiene entre la repugnante cuadrilla de los cócoras.

⁵ Uno de los pocos espectáculos que sobrevivieron en 1867, durante el sitio de la Ciudad de México, fue el Circo del señor G. Chiarini. Éste dio funciones los domingos por la tarde en la Plaza de Toros del Paseo Nuevo. Posteriormente, estableció sus instalaciones en el patio del convento de San Francisco, con entrada por la calle de Gante (Cfr. Enrique de Olavarría y Ferrari, *Reseña histórica...*, t. I, p. 702 y 723). José Tomás de Cuéllar hace referencia en su artículo, a la publicidad con la que el Circo de Chiarini se anunciaba: "Gran Circo de G. Chiarini/ Miércoles 21 de agosto de 1867/ Grandes ejercicios ecuestres y acrobáticos/ El señor Chiarini montando *a la alta escuela*/ Los hermanos Nelson/ La simpática Catalina Holloway" (Cfr. "Diversiones públicas. Gran Circo de G. Chiarini", en *El Boletín Republicano*, núm. 44, 2 de agosto de 1867, p. 4).

20)

Las bancas de fierro¹

Nuestro amigo Facundo ha estado triste desde el Día de Muertos, y no nos ha querido decir la causa; ha estado callado, y cuando le preguntábamos el porqué nos contestaba lo que contestan todos aquellos a quienes se les hace la misma pregunta: "Estoy oyendo". Todos los que no dicen nada y se concentran a oír, deben hacer para su capote importantes observaciones que se comulgan egoístamente, pero nuestro amigo Facundo ha hecho otra cosa, escribir lo que ha oído, y nos remite unas cuantas hojas de su cartera en que fue escribiendo lo que pescó al pasar.

*

* * *

Fastidiado de vagar me senté en una banca de fierro del jardín de la Plaza; estas bancas son verdaderos confidentes, y dan derecho al que se sienta de oír lo que no le importa. Esta reflexión la hice a poco de haberse sentado junto a mí una joven a quien no podía verle la cara porque sus espaldas eran antípodas de las mías, pero charlaba con su compañero como si yo fuera también de fierro como la banca, y no tuve la culpa de imponerme de sus asuntos, porque parecía que se habían sentado allí para contármelos.

- ¿Ya lo ves Vicente? dijo a su compañero; te lo dije: por eso no quería venir.
- No tengo yo la culpa, contestó una voz adolescente.
- Te dije que si la encontrábamos íbamos a tener un mal rato.
- Pero son tus cosas.

¹ Facundo, "Variedades. Las bancas de fierro", en *El Correo de México*, t. I, núm. 68 (19 noviembre 1867), pp. 2-3.

— No, no son mis cosas, entiendes, son las tuyas; yo sentí que te temblaba el brazo cuando pasó, y es que todavía la quieres.

— ¡Celosa!

— ¡Pícaro! Vámonos a casa, vámonos; ¡exponerme así a salir contigo para tener este desengaño!

— Espera, ten calma y te convenceré de mi inocencia; y agregó un *mi vida* muy bajito: las varillas del asiento me transmitieron una caricia por medio de una ondulación como la de un riel de Tacubaya. En seguida vino un dulcero de esos muy empalagosos a persuadir a la amante pareja a que debía tomar almendras, que no tomaron.

Luego se instaló junto a nosotros un hombre de muy buenos pulmones que gritaba "tortitas de cuajada": el vocerrón de aquel barítono a la rústica cortaba las frases más interesantes de la pareja, y sólo pude seguir el hilo de aquel relato después de un rato.

— Esa señora, decía el joven, es mi protectora, a ella le debo el estar colocado, sin ella ¿qué sería yo? Además, bien sabes que ella es una gran señora y que yo nunca pude pensar en esos amores.

— Si tú no le hubieras probado los botines, no se hubiera enamorado de ti.

— No, no se ha enamorado. Yo siempre he creído que ha sido un capricho, porque mil veces le llevaba calzado y me lo pagaba sin probárselo; pero aquel día me dijo: — Vea usted, joven, este botín me está perfectamente: — y me mostró su pie. — Hágame usted favor, agregó viéndome de una manera singular, que siempre me queden así, estoy satisfecha.

Esto fue todo; pero ya vez que a mí ni por la imaginación...

— Sí, ya lo sé, pero no puedo verla con serenidad.

El resto de la banca fue en este momento ocupada por unos alemanes cuya conversación me hizo estornudar y pararme para buscar otro asiento sin intervención extranjera.

*

* * *

Después de una vuelta encontré una banca sola y me senté; enfrente de mí estaba una familia pobre; los chicos, las nodrizas y los papás se confundían como una mazorca sobre aquella banca; en el anverso y el reverso, todos hablaban, comían dulces, los papás iban cargados de juguetes, y era toda una fiesta de familia agrupada en una banca de fierro; pero duró bien poco esta bulla y dejaron la banca, levantándose de ella como una bandada de pájaros descuidados a la explosión de una escopeta; daban las diez. La banca estuvo sola por algunos momentos.

Después descendió del Cielo más bien que llegó a la banca, un ángel. Al principio no vi más que una nube aromatizada que tocaba las losas con una exuberante profusión de gasas blancas; mientras el aroma embriagador que se despedía de aquella nube, me hacía pensar en la voluptuosidad, una cara de ángel me hacía imaginar el Cielo: fijeme más y vi un rostro pálido, pero con una palidez transparente, que dejaba traslucir unas venas por donde circulaba fácil y ardiente una sangre pura: vi unos ojos negros con la expresión lánguida y apasionada de una hija del Oriente: llevaba aquella mujer una boneta de terciopelo negro con una plumita roja, y un manto abundantísimo de fina lana blanca.

Dos veces la luna rasgó los nebulosos crespones que la velaban, y dejando caer sus rayos plateados sobre aquella mujer, la destacó sobre el fondo de los heliotropos del jardín como la Margarita de Goethe.

Su Fausto era un señor vestido de luto riguroso, de poblada patilla recortada, de negros ojos, de semblante grave, que me pareció ser hijo de Esculapio. Casi no se hablaban, sólo se dirigían de vez en cuando frases entrecortadas y de inteligencia; parecía que ya se lo habían dicho todo: pero estoy seguro de que ella no ha oído ni una parte de lo que debía decirsele; un poeta hubiera escrito a sus pies un poema, y un pintor hubiera trabajado seis meses sobre la tela, pero aquel Fausto negro callaba, se divertía con los que pasaban y... acaso se entretenía en detener con las suyas todas las miradas que su compañera recogía: al fin se levantó majestuosamente, tomó el brazo de su compañero, y rozándonos su falda vaporosa, se alejó, dejando impregnada la atmósfera de unos de esos perfumes aristocráticos que tienen la misión de inspirar la primera idea del gran mundo.

Aquella divinidad me dejó sumergido en profundas meditaciones que me inducían a la melancolía y al recogimiento, cuando se apoderaron de mi banca algunos jóvenes: entre ellos se distinguía uno de pelo claro y rizado, largos bigotes con pomada húngara, muy bien vestido y con una voz varonil y simpática de un timbre sonoro y penetrante; él llevaba la batuta, hablaba más que todos, y saludaba más que sus compañeros: debe ser un joven muy conocido en México, especialmente en la buena sociedad, porque no había boneta ni sobretodo que no le saludara.

Nuestro joven hablaba mucho, y de todo, y casi no podíamos apuntar, a pesar de nuestra taquígraffa, más que trozos de sus locuciones.

— Acabo de ver a Julieta y la ofrecí una camelia (¡Adiós chico!) Son unos bárbaros estos titiriteros: no sé cómo puede haber gentes (Adiós viejo) que se diviertan en los jacalones (Adiós Pepe). Oye viejecito, le dijo a un pollo, no vengas a hacer la rueda a Catalina, porque es mña

(Buenas noches, señor). Miren a ese ¡qué palto lleva! ¡Adiós paltosote! apuesto a que Salín te deja sin tres quincenas² (A los pies de usted, señorita). Adiós Mela. Adiós Carolina: ¡está usted muy linda, Manuelita! ¡Adiós tú! concluyó, dando una palmada en el hombro de un transeúnte. ¿No conocen ustedes a las artistas de la ópera? hoy comí con ellas; la *prima donna* es linda (Buenas noches! ¡Adiós feo!) Roncari va a hacer una de las suyas, ya lo conocen, pero yo creo que la ópera hace fiasco (Adiós pollo).³ No le haga usted caso a éste, señorita, porque es muy enamorado, dijo al oído de una chica de ojos azules que pasaba. (Adiós, carísimo) le dijo en seguida un tenor aficionado. (Adiós general). ¡Adiós tú! hasta luego, viejos; y se fue violentamente a ofrecer el brazo a dos señoras que pasaban junto a nosotros.

*

* *

Al poco rato me acompañaron dos individuos que se pusieron a hablar a mi espalda.

— Sentémonos, dijo uno al otro, y cuéntame.

— Yo no las tenía todas conmigo, pero, chico las dietas son un bocado de Cardenal.

² Véase APÉNDICE, texto 3: "¿Qué hago con mi voto?", nota 5.

³ El sábado 3 de noviembre de 1855 se presentó por primera vez en México, la Compañía de Ópera Italiana del señor Almilcare Roncari, conformada de la siguiente manera: "*Prime donna* sopranos, Marietta Almonti y Constanza Manzini; *prima donna* contralto, Felicitá Vestvali; *comprimarias*, Marietta Pagliari, Isabel Zanini; *primeros tenores*, Leonardo Giannoni y Giovanni Tiberini; *barítono*, Eduardo Winter; *bajo*, Carlos Carroni; *segundos tenores y bajo, comprimarios*, Jaun Zanini, Miguel Jiménez, Ignacio Solares; *maestro Director*, José Winter" (Enrique de Olavarría y Ferrari, *Reseña histórica del teatro en México*, t. I, p. 633). En 1867, después de sus presentaciones en Querétaro, la Compañía llegó a la Ciudad de México: "Ha llegado a esta ciudad la gran compañía de ópera que en el espacio de un año ha visitado la mayor parte de los teatros de nuestro país, después de haber recorrido las Antillas y los Estados Unidos. Según nos aseguran, la temporada del Teatro Nacional, no empezará antes de un mes, siendo objeto de la empresa dar algún descanso a los artistas, y aprovechar el tiempo para preparar algunas de las óperas nuevas de más fama [...] si esto es cierto, nos prometemos una brillante temporada" (Sin firma, "Gacetilla. La ópera italiana del señor Roncari", en *La Sociedad Mercantil*, primera época, t. I, núm. 62, 26 octubre 1867, p. 3).

— Son una canonjía.

— Y a propósito, ¿creerás que a pesar de ser ya diputado no he leído la Constitución de 57? ¿Dónde la venden?

— Yo te prestaré la mía, que es lo único que traje.

— Bueno.

— ¡Si vieras qué miedo tengo de hablar en la cámara! Ha de ser cosa muy respetable, y ya sabes que yo no soy fuerte... vamos, no tengo el don de la palabra.

— Si hubieras estudiado gramática en San Ildefonso, como quería tu tío...

— Mi tío era un viejo estúpido.

— Pero quería que te instruyeras; hoy conocerías mejor tu idioma, serías un hombre instruido y podrías hablar en la cámara.

— Pero, en fin, no porque no sepa hablar no me han de pasar las dietas. Y será precioso vestirmos con Salín.

— Es muy caro.

— Sí, pero lo hace muy bien, y nosotros debemos presentarnos en la cámara por los menos decentemente vestidos. ¿Cuánto te lleva por el frac?

— Sesenta pesos.

— Y qué ¿es preciso el frac?

— Indispensable.

— Pues que me haga un frac.

— ¡Quién nos había de decir que fuéramos diputados!

— ¡Cómo quién! yo ya estaba seguro; tú no, porque estabas creyendo que nuestro pueblo

está compuesto de ciudadanos que distinguen las virtudes de los que deben representarlos. Eso sería el ideal de la República, chico: entre nosotros es diputado el que quiere serlo: así por ejemplo, nosotros... apuesto a que ninguno de los que nos eligieron nos conocen; pero mi *speech* al general, mi artículo aquel sobre la Convocatoria, y mis buenos amigos, he aquí mis elementos.

— Sin contar con...

— ¡Ah! por supuesto; yo creo que el dinero es el todo en este mundo. Si nos atuviéramos a que el pueblo nos eligiera espontáneamente, ya podríamos creer que el pueblo era un buen pueblo y nosotros unos grandes hombres; pero atendiendo a que hay tantos imbéciles a quienes hacen gentes las circunstancias, nosotros tenemos tanto derecho como cualquiera para decir: quiero ser diputado, y serlo, merced a que tenemos el talento de mover los alambres: no hay que desmayar; si tienen miedo de hablar, no hables, que al fin eso no es preciso; yo sí diré algo y me lanzaré a la oratoria: ya verás cómo salgo un orador sublime en fuerza de decir barbaridades.

En este momento tocó la orquesta del Zócalo la hermosísima marcha nacional *Zaragoza*, de Aniceto Ortega,⁴ y no quise oír otra cosa: cuando terminó, reinó un profundo silencio en aquel aristocrático círculo: en seguida sonó la misma marcha en un jalcón que parecía venirse abajo con los frenéticos aplausos. Me sentí al momento transportado al océano en punto intermedio entre Londres y México.

⁴ Aniceto Ortega del Villar (1825-1875) médico y compositor. Como médico figuró entre los más notables obstetras mexicanos del siglo pasado, formó parte del primer grupo de la Academia Nacional de Medicina. Dejó una reducida, pero valiosa obra publicada en las revistas de las asociaciones a las que perteneció; en uno de estos artículos narra que escribía música en los intermedios de los partos en la maternidad e incluso en su coche, mientras realizaba sus vistas a los enfermos. Como músico, además componer su conocidas *Marcha de Zaragoza* y *Marcha republicana*, participó en la fundación de la Sociedad Filarmónica Mexicana y en la redacción del reglamento del Conservatorio Nacional de Música.

21)

Audiencia,¹

Señor Ministro,
sólo venía
a ver a usía,
porque registro
tan larga lista
que hasta contrista,
de desengaños
y atroz miseria
que da sudores:
tengo a Dolores
con disentería;
mi Manuelito
no vacunado,
se me ha pintado
todo, todito
de la viruela;
mi pobre Nacha
tiene una facha
que desconsuela;

¹ Facundo, "Variedades. Audiencia", en *El Correo de México*, t. 1, núm. 71 (22 noviembre 1867), p. 3.

mi prima, en cama,
ya se sofoca,
se vuelve loca
porque se inflama
según recuerdo;
mi hijo tiene aire
por un desaire
del señor Lerdo;
de la cadera
mi hermana viuda
se enferma, y suda
con la escalera
de este palacio
tan retrechero,
y el tesorero
va muy despacio:
yo ya me aburro,
señor Ministro;
yo suministro,
como aquel burro
del zacatero,
pan y otras cosas

muy más costosas,
como el puchero,
a mi familia,
y por más que hago,
sólo empalago
con tanta homilfa:
una paguita,
señor Mejía;²
dice la tía
de Mariquita,
que usted recuerde
que soy valiente;
soy subteniente,
y allá en Rioverde³
yo me he batido
como un Atila;

² Ignacio Mejía (1814-1906) militar oaxaqueño, combatió la invasión norteamericana de 1847; fue gobernador de Oaxaca de 1852 a 1853. Participó activamente en la Revolución de Ayutla, en la Guerra de Reforma y contra la Intervención Francesa. En la defensa de Puebla, en 1863, fue hecho prisionero y enviado a Francia, a su regreso, siguió combatiendo contra el enemigo extranjero. Ministro de Guerra y Marina en los gobiernos de Benito Juárez (1855-1872) y de Lerdo de Tejada, a la caída de éste emigró a La Habana y después a Europa, volvió a México hasta 1884.

³ Rioverde, municipio del estado de San Luis Potosí, en el que se llevó al cabo, el 7 de febrero de 1861, el enfrentamiento entre las tropas liberales del general Mariano Escobedo y las conservadoras, de Tomás Mejía; el triunfo sonrió a los conservadores.

en el río Gila⁴
casi he perdido
la pierna izquierda,
y los franceses
más de tres veces
me dieron cuerda,
y me escapaba,
fiel a mi causa;
ya el señor Auza⁵
que me mandaba,
tenía ofrecido
mi nombramiento...
Sólo un momento
sea permitido
que yo concluya
con esta danza;
manda ordenanza

⁴ José Tomás de Cuéllar hace aquí una referencia al general Santa Anna y a la intervención de Estados Unidos en México, en 1847. El río Gila, localizado en el estado de Nuevo México, atraviesa el desierto de Arizona y se une al río Colorado; hasta 1848 estuvo en territorio mexicano, pero de acuerdo con el Tratado de Guadalupe Hidalgo se tomó como uno de los puntos de referencia, para delinear la nueva frontera de la República Mexicana.

⁵ Miguel Auza (1822-1892) abogado y militar, nombrado jefe liberal de las fuerzas armadas de Nuevo León y Coahuila, gobernador interino de Zacatecas. Combatió en 1861 a favor de Benito Juárez y participó en el sitio de Puebla en 1863.

que yo no arguya,
pero ya el hambre
me hace elocuente,
ya de repente
me da calambre;
pronto me muero.
¡Señor Mejía!
¿Qué dice usía?
-Que no hay dinero.

22)

El crédito público¹

Por no acertar con la solución de una carta que nuestro amigo Facundo ha recibido, nos la remite para su publicación, esperando que entre los lectores pueda haber quien haga caridad de ministrar un buen consejo. He aquí la carta:

Sr. Facundo:

Me alegraré que al recibo de ésta etcétera. Ésta sólo se reduce a decir a usted mis cuitas, a usted que es abogado de pobres y que debe tener sus dares y tomars con los señores del gobierno y con todo lo que por allá pasa; pues que nosotros los rancheros no sabemos nada de gobierno, más que en tiempo de guerra.

Figúrese usted, que desde hace catorce años me dedico a la agricultura en esta su casa, y que después de largos afanes y muchísimas privaciones y cuidados, había yo logrado hacer mi capitalito con que resistir a los reveses de la suerte, y preservar a mi larga familia de la miseria; pero he aquí, mi querido señor Facundo, que tanto sacrificio viene hoy por tierra, y que me encuentro, por lo tanto, sumergido en la mayor tribulación. Yo, en mi carácter de súbdito español, no me he metido en esas cosas de la política, al grado que no he querido tener ni opinión, por ver si así me libraba de las inevitables consecuencias de pensar en un sentido determinado; pero ni por esto me he escapado, pues hoy he venido a comprender que lo peligroso no es tener opinión del Gobierno, sino que el Gobierno la tenga de mí, y ya verá usted que de esto sí no es posible librarme; vaya usted a impedir que el Gobierno piense en usted y

¹ Facundo, "Variedades. El crédito público", en *El Correo de México*, t. I, núm. 78 (30 noviembre 1867), p. 2.

se forme de usted una opinión cualquiera; esa opinión por lo general es su ruina de usted: convendrá usted conmigo en que el Gobierno tiene pocas veces opiniones favorables acerca de las personas; pocas veces tiene la opinión de que es usted bueno para ministro o para algo, y cuando llega a tenerla, alguna vez, todavía queda expuesto a equivocarse, que es lo que sucede las más veces; y cuando lleguen *a hacerlo a Usted* algo, es porque usted no lo merece; no así cuando *le hacen a usted*, por ejemplo, contribuyente, cuando le piden a usted, cuando le quitan algo; entonces los señores del Gobierno no se equivocan, le piden a usted en virtud de las circunstancias de la guerra y de las leyes; le quitan a usted, porque de alguna parte lo han de tomar, y porque usted lo tiene y el Gobierno no.

En virtud de la ley, le quitan a usted el 5 al millar, el 10 al millar y el 15 al millar; y en virtud de las circunstancias le quitan a usted el millar por 15; pero eso sí, en obsequio de la moralidad y de la ley, le han de pagar a usted lo que da en virtud de las circunstancias porque lo que da en virtud de la ley, es de la ley y allí se queda.

Con todos estos precedentes, señor Facundo, estoy arruinado, y ya me acaban los acreedores, y no me salvaría de esta crisis más que una cosa, muy difícil por cierto; ser Gobierno. Ya ve usted que mi mal no tiene remedio, puesto que el remedio, sobre difícil, sería peor que la enfermedad.

Yo tengo un crédito contra el Gobierno, Sr. Facundo, y mis acreedores tienen muchos créditos contra mí; circunstancias que por más que parezcan idénticas, son enteramente disímbolas y contrarias, porque mientras yo no tengo vida con tantas angustias, y temo como el cólera morbus la presencia de mis acreedores, el Gobierno está tan contento y tan quitado de la pena, con todo y que debe tanto y a tantos: esto no es extraño, supuesto que como Gobierno

tienen la túnica de Cristo: vea usted la diferencia.

Viene mi sastre y me dice:

— Señor, la cuentecita.

— ¿Cuál?

— Aquella, la de...

— No recuerdo.

— La de la levita negra.

— ¡Ah! ¡sí!

Este ¡ah! ¡sí! fue el fatal reconocimiento telegráfico de mi crédito, y no me queda más recurso que pagar en efectivo.

Dichoso Gobierno, señor Facundo, a quien le es tan difícil hacer lo que yo, quiero decir, reconocer la cuenta de mi sastre.

Póngase usted en lugar del sastre y al Gobierno en lugar de usted; cambia completamente: vea usted si no lo que me pasa.

Me he arruinado ministrando forrajes, semillas, dinero, ganado, caballos y cuanto tenía en mi casa, y no crea usted que por mi voluntad, sino en virtud de la lógica de brigada, de guerrillas o de forrajista, lógica irresistible y contundente que le convierte a usted su capital, por grande que sea, en papelitos curiosos, con lo que más tarde forma usted un expediente: así lo hice yo, señor Facundo; formé mi expediente y después de formado pregunté: ¿quién me paga? Pregunté si me pagaría el Gobierno del señor Juárez, y se rieron de mí: ¡no ve usted, hombre, me dijeron, que el señor Juárez está a la luna de Valencia, y que casi todos lo han abandonado; el Gobierno, por Gobierno que sea, corre de seca en meca, y para créditos está el pobrecito!

cuando por feliz se da cuando encuentra tortillas por esos desiertos, donde pasa la vida con el señor Lerdo y el señor Iglesias², que da compasión: lo que debe hacer usted, es presentar su crédito al gobierno imperial, que ese sí que es gobierno si los hay; no ve usted cuántos coches tiene el emperador, y que ¡sólo en horquilla y pomadas se gastan 2,000 pesos en un baile! este sí es gobierno; los malquerientes y envidiosos dicen que es intruso, usurpador y no se cuántas cosas, pero no haga usted caso, sobre todo si le pagan.

— Pero vea usted, objeté; yo he ministrado semillas y forrajes a la brigada Cuéllar,³ y a todas las tropas liberales.

— ¡Y qué! El gobierno de S.M. reconocerá esos créditos, porque son contra la nación.

— ¿De veras?

² José María Iglesias (1823-1891) jurista y político, participó en la redacción de la obra *Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos*, Querétaro, 1848; y como redactor en jefe del periódico *El Siglo XIX* (1847-1850), durante tres años. Al triunfo del Plan de Ayutla, Guillermo Prieto le ofreció un puesto en la Secretaría de Hacienda; primer cargo de los muchos que ejerció en las distintas administraciones y gobiernos de la República, entre los que destacaron, ministro de Justicia, Negocios Eclesiásticos e Instrucción Pública (1857); administrador general de rentas y posteriormente de la Aduana de México (1860); oficial mayor de la Secretaría de Hacienda (1861); nuevamente administrador de la Aduana, comisión a la que renunció, para acompañar al gobierno de Benito Juárez en su exodo por el Norte (1863); ministro de Justicia (1863-1864); ministro de Hacienda (1864-1867); diputado al Congreso de la Unión (1868) y presidente de la Suprema Corte de Justicia (1873). Cuando Lerdo de Tejada se reeligió en 1876, José María Iglesias, al descubrir que las elecciones habían sido ilegales y con el argumento de hacer respetar los mandatos de la Constitución, se pronunció en contra del gobierno lerdistas y reclamó la presidencia, en su calidad de presidente de la Corte de Justicia; ante la represión del gobierno se vio obligado a salir de la Capital e instaló su supuesto gobierno en Guanajuato. Lerdo se encontraba cercado, por un lado Iglesias y su gobierno constitucional y por el otro Porfirio Díaz con el Plan de Tuxtepec; sin embargo, los enemigos se eliminaron entre ellos; los iglesistas no llegaron a un acuerdo con el general Díaz, la única salida fue la guerra y el último consiguió el triunfo. Iglesias partió para el exilio el 17 de enero de 1877. José María Iglesias logró organizar el ramo hacendario, arregló la deuda externa y nacional, regularizó el funcionamiento de las aduanas marítimas y creó la administración de bienes nacionalizados. (Cfr. Ignacio Manuel Altamirano, *Historia y política de México*, pp. 114-122).

³ Posiblemente, José Tomás de Cuéllar se refiere a la brigada del militar Rafael Cuéllar (1831-1887), quién durante la Intervención Francesa participó en el ejército del Oriente y del Centro, con el que se distinguió en el sitio de Puebla.

— No lo dude usted

— Y me puse a bailar de gusto, hice mi viaje, seguro de que los señores de la Cruz de Guadalupe⁴ habían de reconocer y pagar mis créditos. Yo me persuadí de que efectivamente era un gobierno bueno, supuesto que pagaba. Ya esto lo había leído en los periódicos como *El Pájaro Verde*, pero yo quería tener una prueba de bulto, como podrá usted figurarse. Fui a la capital y comencé mis gestiones, y en ellas estaba cuando empecé a comprender la ventaja de ser gobierno, especialmente para esto de pagar, porque no es todo que le deban a usted, sino que se lo confiesen; porque lo primero es enteramente fácil, y a eso se expone todo el que tiene algo; lo que sí es enteramente obra de romanos, es que le confiesen a usted la deuda, y cuidado con los trámites, porque en uno solo le liquidan a usted con un *no ha lugar*.

Si el gobierno fuera siquiera una persona como usted, por ejemplo, ya podía uno entenderse; pero no, señor Facundo, el gobierno no se parece a usted ni en lo blanco de los ojos, porque ¿creerá usted que después de dos meses de estar tratando con el Gobierno, todavía no le había visto la cara? Con lo primero con que me encontré cuando quise acercarme al Gobierno, fue con un hombre que estaba detrás de una puerta; era un portero: le pregunté por el Gobierno, y se rio; me dijo que no lo conocía; pero yo me figuré que lo negaban: tomé informes en los arbolitos, le pregunté después a un señor, y me contestó en alemán, y no le entendí, hasta que di con un pariente de mi mujer que había comido con el Emperador, y en consecuencia ya sabía mucho; él me dio razón del ministerio, de la sección de crédito público, de la oficina liquidataria, de la contaduría mayor, y de una porción de cosas que yo no sabía que existían. —¿Y por dónde empiezo? ¿qué hago? ¿quién me paga? —En cuanto a que le paguen

⁴ Véase APÉNDICE, texto 9: "Sección científica. Acústica".

a usted, es difícil, me decían todos, y con razón, según vi después. Un mes tuve que habérmelas con muchos señores que decían que eran empleados, y que no me podían contestar ni las cosas más sencillas, sin ver la ley que le pedían al escribiente; por fin, acertaron a poner a cada uno de mis recibos un sello y un número, y cuando ya estuvieron todos sellados, me los devolvieron, diciéndome con mucho énfasis: "*está revisado*", su crédito de usted es bueno.

Favor que usted me hace, les contesté por cortesía, y me despedí de todos los señores con quienes había hecho amistad en mi larga estancia en las oficinas.

Quedé como debe usted figurarse, muy contento con lo que me dijeron al cabo de tres meses lo que yo me había dicho ya desde aquí, que mi crédito era bueno, y me volví a mi rancho después de haber derrochado 500 pesos en baratijas, y guardé mis papeles.

Pero vino el gobierno republicano, triunfaron, como quien dice los míos, porque aunque yo no tengo opinión política por sistema, como he dicho a usted antes, era fácil que el Gobierno tuviera opinión de mí, supuesto que le había yo hecho tantos favores por fuerza, y me dije: ¿qué tal serán de buenos mis créditos donde hasta los señores de la Cruz de Guadalupe me dijeron que eran buenos? Los republicanos, en consecuencia, me van a dar un voto de gracias, y hasta me harán un buen regalito porque los he servido en la desgracia, y ahora que va el Gobierno a estar rico me sacará de mis apuros.

¡Pero ay! señor Facundo de mi alma, que de nuevo me equivoqué, y esta vez me tiene usted de los gachupines más apurados. ¿Ya habrá usted visto el reglamento de crédito público?⁵

⁵ El Reglamento de Crédito Público apareció en noviembre de 1867, en él se reconocían por buenos todos los créditos presentados por la fuerza al gobierno imperial; sin embargo, para ser reconocidos, además de tener que presentar todos los comprobantes necesarios, se debía de pagar el 3% del monto de la deuda al gobierno republicano. La medida fue amplia y ferozmente criticada por los periódicos, pues se pensó como injusta con los deudores y demasiado complaciente con el gobierno, que la llevaba al cabo sólo para obtener algún dinero, para el sostenimiento del país (Cfr. Benito Juárez, "Oficial. Ministerio

pues bien, señor Facundo, ahora estoy peor que antes, y no sólo necesito empezar de nuevo para que después de seis meses de trámites me vuelvan a decir la misma pata de que es bueno mi crédito, sino que la más negra es que tengo que dar una limosna, cohecho o refacción, que viene a ser lo mismo, para conseguir que me digan por 500 pesos lo que los imperiales me dijeron de balde, y he aquí mi situación.

Si no doy los 500 pesos, ni me oyen, ni me vuelven a decir que mi crédito es bueno, y por bueno que sea no me lo pagan. Si doy los 500 y no me pagan, después no cobro ni el crédito ni los 500, a menos que tenga que volver a pagar porque me paguen, o vuelva a pagar porque me vuelvan a decir que me han de pagar, aunque no me paguen.

¿Qué hiciera yo señor Facundo, para que me consiguiera usted un reglamentito de estos para mis acreedores? Usted que es amigo del señor Iglesias, bien puede usted encargarle uno en sus ratos perdidos, que me vendría de molde; al fin ese señor ministro que está tan ducho en esas cuestiones, lo improvisará como si fuera una oda, y me lo remite usted por el correo, o mejor con un propio para que llegue, que por tal fuerza sí daría los 500 que me quieren sacar, y ya valdría la pena de que yo a mi vez le regalara al señor ministro unos tamalitos como esos del señor Fonseca de que han hablado los periódicos.⁶

y Crédito Público", en *El Boletín Republicano*, núm. 125, 23 de noviembre de 1867, pp. 1-2).

⁶ El señor de los tamalitos era Urbano Fonseca, presidente de Estado de Maximiliano, quien presidió la junta de Orizaba, por la que el Emperador no abdicó y regresó la Ciudad de México en 1867. El señor Fonseca pertenecía a la Compañía del Ferrocarril en tiempos del Imperio; en 1867, Juárez indultó a la Compañía por haber prestado servicios al gobierno extranjero y le concedió ciertas concesiones. En la hacienda de la Condesa, propiedad del señor Martínez de la Torre se realizó la merienda de los tamalitos en honor de Juárez, organizada por el señor Fonseca. La oposición alzó la voz contra este acto conciliatorio del Presidente; en *El Correo de México*, se publicaron unos pequeños versos para conmemorar la merienda: "El tamal que me mandaste/ aunque sin decir con quién,/ no es tamal porque está bien/ no está bien porque es tamal" (Cfr. Sin firma, "Gacetilla. A tomar unos tamalitos", en *El Correo de México*, t. I, núm. 75, 27 de noviembre de 1867, p. 3; Sin firma, "Gacetilla. Aviso", en *El Correo de México*, t. I, núm. 75, 27 de noviembre de 1867, p. 3 y Sin firma, "Gacetilla. Aclaración

Haga usted todo lo posible, señor Facundo, por conseguir el reglamento; vea usted que mis acreedores no entienden de razones, y ha de ser porque no son razones de ministro, sino de ranchero, que son muy distintas.

Mi suegra me preguntaba el otro día qué cosas eran finanzas, y que si los ministros debían saber esas cosas para gobernar; y ahora con motivo del reglamento, se ha quedado asombrada de los progresos de esa ciencia, y tiene razón: mi señora suegra, que es tan buena, me aconseja que me haga financiero como si fuera ministro, para salir de todos mis acreedores, y no así como quiera, sino remediándome por lo pronto; hasta me ha hecho esta observación que no carece de fundamentos: convertir al acreedor en deudor es la más completa resolución aritmética que pueda idearse. La santa de mi suegra tiene razón cuando me dice: ¿tienes muchos acreedores? pues "cóbrales", como dice el gobierno; tú o yo diríamos: pues "págales"; pero tú y yo no hemos estudiado finanzas; con el tres por ciento que les cobres a tus acreedores, te remedias, y más te remedias todavía si no les pagas, cosa que muy bien puede sucederte a ti con el gobierno: conque dar que vienen dando, refaccionando a tu favor los créditos de tus acreedores, aunque el gobierno no te pague; esto no ha de ser inmoral, supuesto que lo hace el gobierno, y lo que es más, lo dice y lo publica en letras de molde: ya ves, hijo mío, qué útiles son las finanzas.

¡Ay! la cándida de mi suegra no sabe que si tal cosa propongo a mis acreedores, me sacan una cita por injurias, y me llamarán trapacero y bribón; no sabe que como no soy gobierno, si debo pago, y si no pago me suicido. ¡Ah! si yo fuera gobierno, señor Facundo, con qué gusto vería morir de hambre a mis acreedores, porque no me podrían hacer nada.

Consígame usted, señor Facundo, el reglamentito particular para mis ingleses, y soy capaz de obsequiar a todo el ministerio con tamalitos cernidos, de chile, de dulce y de manteca.

Besa las manos de usted su afectísimos servidor y amigo. — *Un acreedor del gobierno*

Es copia de su original que obra en mi poder.

23)

Bonita, tonta y fría¹

Esbelto y lindo su talle,
 de los talles honra y prez;
 ojos negros, pelo negro,
 buenos brazos, breve pie;
 tan gallarda y zalamera,
 con gracia y con tanto aquel,
 que es de las mozas del barrio
 con quien más tienen que hacer
 los pollos engalanados,
 los amantes de Teruel,²
 los que hacen versos acrósticos
 en pos de luna de miel,
 los célibes rezagados,
 y hasta... ¡quién lo va a creer!
 casados con cuatro hijos

¹ Facundo, "Variedades. Bonita, tonta y fría", en *El Correo de México*, t. I, núm. 88 (12 diciembre 1867), p. 3.// Esta poesía apareció años después recopilada en *La Linternia Mágica. Versos*, Segunda época, tomo XV. Santander, Blanchard y Compañía, 1891, pp. 65-70. Se presentan las variantes entre estas dos versiones.

² La leyenda de Los amantes de Teruel, Diego Juan Martínez de Marcilla e Isabel Segura, ha sido fuente de inspiración para muchos autores, sus trágicos amores fueron contados entre otros por Juan Yagüe de Salazar, Juan Pérez de Montalban (1602-1638), Tirso de Molina (1584-1648). No sabemos a ciencia cierta, cuál de estas obras llegó a manos de José Tomás de Cuéllar, pero se tiene la noticia de que la obra de teatro *Los amantes de Teruel*, de Juan Eugenio Hartzenbusch (1806-1880), se presentó en México el 30 de julio de 1856. (Cfr. Salvador García, "Introducción" a Juan Eugenio Hartzenbusch, *Los amantes de Teruel*, pp. 7-28).

adorando a su mujer;
pero Paca tiene tantos
dulces atractivos, que
vuelve loco a medio barrio,
y está a punto de volver
de remate al otro medio
si el otro medio la ve
yo, una de tantas abejas
consumidoras de miel,
al husmo de esos panales
de patitas me clavé.
Zumbéle en verso primero,
que es un medio que a mi ver
tiene a veces más valfa
en un pecho de mujer;
háblele después en prosa
que es más fácil de entender,
poniéndome hasta el alcance
de su mano y de su pie...
Y entre miradas de fuego
y entre dulce ten con ten,
puse el dedo en el termómetro

de aquel volcán. ¡Apreté!..
Con entusiasmo de bardo
casi me identifiqué
con los clásicos amantes
de Lord Byron, y después
esperaba de sus labios
el premio de mi valer,
el consuelo de mis ansias,
el bálsamo de mi bien,
y mi salvación de náufrago,
y mi merecido amén:
era su dulce mirada
muy ardiente... ¡Pero qué!
Salióme con una pata
en estilo descortés,
con incoherencia supina
de supina estupidez.
La hablaba yo de la dulce,³
de la sublime embriaguez
del amor, de esos placeres
castas flores de mi edén,

³ "La hablaba yo de la dulce" por "Le hablaba yo de lo dulce".

paraíso de delicias,
manantial de sumo bien;
le hablé de flores que aman,
de abejas que liban miel,
de céfiros que dan besos
a la rosa y al clavel,
de las ondas que murmuran
dulces ecos de placer;
en fin, de grata poesía
toda luz, toda placer.
¡Y ella! Poca la divina,
la encantadora mujer,
con voz de madre tornera
me dijo: "no entiendo a usted"
Y encajonando palabras
con helada sencillez,
me habló de la costurera,
de la cocina, y de que
le pican mucho las pulgas
que parecen alfiler;
que ella no entiende de versos
porque quién ha de creer

a poetas; que la música
es fastidiosa también,
que es ruido menos molesto
que el ruido del almirez...
¡Oh escultura detestable!
Sin duda tu padre fue
a sacarte de Laponia
para incrustarte después
en este clima de fuego,
por compensación tal vez
es tal tu frialdad notoria,
que me aventuro a creer
que en un témpano de hielo
ajustaron tu corsé,
y por cráneo un tecomate
te colocaron después;
tu sangre no se calienta,
es una sangre a *la crème!*
Quédate, pues, en tu hielo⁴
y en tu eterna lobreguez,
para adornar con tu busto

⁴ "en tu hielo" por "con tu hielo".

algún regio chapitel,
o vivir en la Academia
arrimada a una pared,
para que todo Tenorio
exclame si allí te ve,
como junto a aquel sepulcro:
*"Mármol en quien doña Inés..."*⁵
Queda en paz, lujo de forma,
negativa de mujer;
voy a escribirte un romance
y te lo vengo a leer,
a ver si cuando lo escuches
dices: "no comprendo a usted".
Adiós, y si tienes alma,
en paz y descanso esté.

⁵ "Mármol en quien Doña Inés/ en cuerpo sin alma existe,/ deja que el alma de un triste/ llore un momento a tus pies", José de Zorrilla, *Don Juan Tenorio*, 2a parte, 1º acto, 3a escena, versos 28-29.

El atrio de Catedral. — Pollo frito en la peluquería de Madame. — Veladas Literarias. — Teatro Iturbide. — Amelia. — Eduardo González.

Henos aquí a fuer de narradores con el saco repleto y dispuesto como dijimos en nuestra pasada "Revista", a contar muchas cosas que sabemos, sin que nadie nos las pregunte; pero con el derecho de entrometido en las máscaras, hablamos de lo que nos ocurre, cumpliendo con la muy honrosa misión de llevar nuestra revista de la semana.

Detrás de cada poste de los que sostienen las cadenas, ha sido plantado un árbol, como habrán visto ya cien mil transeúntes, uno de los cuales hizo para su capote casi lo mismo que si las hubiera hecho para nosotros, las siguientes observaciones: Los árboles que se plantan en las calzadas y paseos tienen por objeto dar sombra, y se procura que el follaje comience a cierta altura aglomerándolo en la copa para dejar el tronco esbelto y que no sea un obstáculo que se interponga entre los transeúntes como en un bosque. Los árboles del atrio, como plantados por el Ayuntamiento tienen todas las condiciones opuestas. El follaje de estos árboles, que algunos llaman *gigantes*, comienza desde el nacimiento del tronco. Las ramas son flexibles y propenden a languidecer e inclinarse como las de los llorones. Esperamos en Dios que con el tiempo tendremos una especie de emparrado que nos impida ver la fachada de la Catedral y todo el atrio; esperamos también que de noche especialmente, podrán ocultarse en esa espesa barrera los aficionados a lo ajeno, y sea necesario pasar por las cadenas pistola en mano, lo cual será muy dramático para el público y muy epigramático para el plantador de *gigantes*; otra de las

¹ Facundo, "Variedades. Revista", en *El Correo de México*, t. I, núm. 89 (13 diciembre 1867), pp. 2-3.

ventajas de estos árboles es que su copa, que es lo que se necesita, no sirve para nada, porque a más de ser muy fea, tiene el aspecto de una escoba, pues que la extremidad de estos árboles, por una especialidad de que se enamoró el Ayuntamiento, es enteramente distinta del resto del follaje. No nos llega la camisa al cuerpo con este plantador de gigantes, porque una mañana mete yuntas al atrio para hacer una milpa.

¿No hubiera sido mejor plantar fresnos que con el tiempo formarían una calzadita homogénea y simétrica como las de la plaza, prestando una agradable sombra y no interrumpiendo entre la vista de los transeúntes y el templo más que delgados y erguidos troncos? ¿o por tratarse de gigantes resultamos pigmeos en materia?

*

* *

Tenemos un sobrino que nos ha venido consignado del interior: este chico es muy expansivo y se ocupa en desleír sus resabios provinciales al contacto de un cuarteto de pollos mexicanos.

Ayer nos contó esto:

Tío, estoy frito: efectivamente tenía las orejitas adobadas. Figúrese usted que necesitaba cortarme el pelo, y mis amigos me llevaron a una peluquería donde hay una señorita muy elegante y muy bonita. Yo nunca había visto deidades en las peluquerías, y ésta no es una parroquiana sino más bien una mujer con partido en la negociación, porque tiene voz de mando. Entré tarareando como siempre, y al ver a aquella hermosura me quité el sombrero y dije: a los pies de usted, señorita.

Los asientos de peinar estaban ocupados, y Madame me dijo: siéntese usted; así lo hice, tío, me senté, pero tan mal, que apoyé mi cuerpo sólo en un ángulo de un banco rojo que estaba

junto a mí; el banco vaciló, sentí que iba yo a caer, y metí las dos manos para detener el banco, y solté mi sombrero que rodó por el suelo como un trompo. Al ruido sordo que esto produjo oí que gritó uno: ¡Adiós cubeta! y otro: ¡cinco pesos! Mi sombrero llegó a la puerta, lo iba a pisar un joven pero lo levantó y dijo al entrar: ¿quién riega sorbetes? A cada epigrama me subía la sangre.

— Es del señor, dijo Madame, y me miró con unos ojos burlones.

Entonces me paré y tomé mi sombrero de manos del desconocido; al volver me encontré con un espejo, y me confundí con el otro y dije inclinándome: mil gracias, caballeros; pero como mi inclinación se reprodujo, conocí mi error; tío, Madame también lo conoció, y escondía su risita debajo de un pañuelo de batista. Yo permanecía con el sombrero en la mano, y noté que era el único; me lo puse; pero entró al revés y sentí que trono al apretármelo; me lo volví a quitar, no sin perder de vista a Madame, que parece no se ocupaba más que de mí.

De una manera resuelta me levanté del banco y me encaré a un espejo para arreglarme la corbata; quise ponerme a la altura de la situación y manifestar desparpajo como el de mis amigos; el recurso era bueno: me deshice por lo pronto de mi maldito sorbete y comencé a tararear, pero me salió un gallo; tenía la garganta seca de rabia. Como había tanto silencio cuando lancé aquel gruñido, se rieron todos... y yo también, y dije: Estoy ronco.

— Sí, dijo un señor gordo desconocido.

— ¿Eres de la ópera? me dijo Pancho.

— ¿Por qué no te ajustas?

— Toma Anacahuite.²

— ¡Qué lástima de voz!

— Eres barítono.

— ¿Quién es tu maestro?

— ¡Don Chole, dijo Carlos, soltando una carcajada infernal!

Madame no pudo contenerse, y yo estaba a punto de hacer una barbaridad, cuando el maestro, sacudiendo una toalla, me invitó a sentarme; corrí a arrebujarme en el calicó, me dejé envolver en toallas, dejando sólo de fuera la cabeza: mi cara, tío, parecía una tuna, nunca me había visto tan enrisipelado; lancé un suspiro casi de consuelo, y mis tres compañeros hicieron ¡ay! ¡ay! ¡ay! parodiando los suspiros de las costureras de *La cola del Diablo*.³

Murmuré entre dientes una blasfemia, y me dejé pelar. En mi espejo estaba la cara de Madame, aquella cara linda y burlona; cuando encontraba su mirada bajaba yo los ojos. El peluquero me dejó caer el pelo sobre la frente, y al través de una nube negra me vi ridículo; probablemente Madame se estaba riendo de mí: deseaba el momento en que el maestro me quitara aquella facha, pero le pidieron guantes, y me dejó abandonado delante de mi efigie, con

² "Pastillas pectorales/ El farmacéutico que suscribe, ofrece al público y sus antiguos consumidores de dentro y fuera de la capital, sus acreditadas/ PASTILLAS DE CUAUTECOMATE./ cuya composición ha mejorado. Para comodidad de los pobres, las hay en cajitas desde cinco hasta cincuenta centavos. Se encuentran también *Pastillas y Jarabe de Anacahuite!* Ofrece igualmente que ésta su nueva botica/ sita. en la *calle de la Acequia, hoy Zaragoza junto al núm. 16*, se hará el despacho de toda medicina, con la escrupulosidad que requiere su profesión, así como también con la mayor equidad y prontitud, como lo habrán observado ya sus numerosos favorecedores". - Manuel Ochoa ("Avisos. Pastillas pectorales", en *El Boletín Republicano*, núm. 43, 20 agosto 1867, p. 4). La pastillas de Anacahuite fueron creadas por el doctor Gabino F. Bustamante (Cfr. Sin firma, "Crónica de México. Pastillas de Anacahuite", en *La Iberia*, t. II, núm. 193, 6 de noviembre de 1867, p. 3).

³ *La cola del Diablo* (1854) zarzuela en dos actos, de Cristóbal Oudrid y C. Allú, libreto de Luis Olona (1823-1863) (Luis Reyes de la Maza, *El teatro en México durante el Segundo Imperio. 1862-1867*, p. 217).

el pelo en la frente como los carboneros. Me estuve quieto, tfo, y atisbando entre mis cabellos el momento de mi transformación. Al ruido de las tijeras me hacía estas reflexiones:

Una mujer linda es un inconveniente en el tocador, porque hay ciertos momentos de puro trámite que deben pasarse a solas. Una barba enjabonada a medias o una melena dando a un hombre el aspecto de un bizonte, no son sin duda los modelos del bello ideal de las mujeres.

La mujer debe de conocer al hombre ya en escena y no en el vestuario.

Adonis poniéndose la camisa, suponiendo que la hubiera usado, era un desencanto.

Un guerrero noble, orgulloso y grande, preso de una guedeja por la media caña de un peluquero, es una desilusión.

La mujer tiene el instinto del arte y del tipo, su talento de las minuciosidades abre la puerta al desencanto. Cuando ve a un hombre bien vestido y elegante, se siente inclinada hacia él por el prestigio de lo bello; pero si ve a ese hombre consultar sus formas a un espejo o lo oye reñir con el zapatero porque las botas están anchas, es indudable que aquella mujer se ríe del ideal, porque ha podido encontrar el ridículo en lo que después la hubiera fascinado.

Nosotros, por un exceso de parcialidad y benevolencia, solemos prendarnos al sorprender uno de esos trámites en el tocador de una mujer, pero muchas veces preferimos dejarlas que nos engañen.

La juventud prefiere no analizar el espesor de las medias de una bailarina; se conforma con la exterioridad y no busca la esencia de las cosas, porque eso es propio de los viejos.

¡Si el hombre analizara desde niño, pobres mujeres!

El hombre enamorado cierra la puerta del vestuario de su amada para dejarse sorprender.

Una escena íntima entre un amante y un camarista es el sainete en el drama del amor.

En consecuencia, es muy sabia la luz que divide la *toilette* de los hombres de la de las mujeres.

*

* *

Facundo no puede prescindir de contar a sus benévolos lectores uno de los acontecimientos más notables de la semana; bien es que casi sólo a él le incumbe, y a caso sea indiscreto si se deja llevar de sus impresiones; pero en virtud de la prerrogativa de folletinista, hace hoy una confidencia pública, con el mismo derecho con que un poeta cuenta al género humano lo que sólo al poeta y a la novia del poeta le interesa, quiere decir, sus amores, sus caricias y sus ilusiones. Facundo refiere hoy a los lectores del *Correo de México*, lo que vio y lo que sintió el viernes pasado, lo mismo que un coplero contaría lo del apretón *aquel*, o lo de *aquella* sonrisa, o lo de *aquel* beso, para que los lectores leyeran las coplas sin cuidarse del apretón, de la sonrisa ni del beso.⁴

A eso de las siete y media de la noche entramos a un saloncito verdaderamente confortable, decorado según el refinamiento del gusto moderno; mullida y matizada alfombra, muelles asientos, un piano inglés, luz de esperma, mármoles y bronceos exquisitos y magníficas ediciones de obras clásicas. *La Illada* con cantos dorados, los cuentos de Perrault con bellos grabados, los clásicos latinos, los poetas, los filósofos, los libros de los sabios y los de los niños, la economía política y los cuentos de Trueba, Watel y Fray Gerundio; Voltaire y Jaimés

⁴ La reunión que reseña en este artículo José Tomás de Cuéllar, corresponde a la primera Velada Literaria realizada el 6 de diciembre de 1867, en casa de Ignacio M. Altamirano (Sobre la cronología de las Veladas, véase Capítulo II. Las asociaciones y la literatura nacional", en el presente trabajo)

Balmes⁵. Estos libros eran los adornos de las mesas y de las repisas; La Biblia en lugar de un nicho con [ma]maderas, una obra de mecánica en lugar de un mal muñeco de cera.

La aglomeración de paquetes inútiles que hemos visto en la casa de algunos ricos, convirtiendo en aparadores de mercería todos los muebles, nos ha parecido siempre un lujo de mal gusto. No necesitamos ser ingleses para reprochar a la Francia la vanidad del lujo. En muchas salas nos ha parecido notar que sobran algunas docenas de muñecos. El dueño de ellos casi no tiene donde sentarse. La salita en que estábamos nos ofrecía cómodos asientos, objetos útiles y agradable y ameno pasatiempo.

Un señor de constitución nerviosa, de mirada brillante y barba en forma de candado, se sentó al piano, dominó el instrumento con aplomo y maestría, como un maestro alemán y con la naturalidad y sencillez de Aniceto Ortega o de Contreras.⁶ Mientras ejecutaba una melodiosa

⁵ Antonio Trueba y de la Quintana (1819-1889) escritor español, llamado también "Antón de los cantares"; archivero y cronista del Señorío de Vizcaya, "hombre bondadoso y sencillo". Escribió cantares, cuentos y cuadros de costumbre, sus primeras producciones datan de 1851.

Posiblemente José T. de Cuéllar se refiere a escritor francés Pierre-Emer Wattel, autor de la obra *Derecho de gentes*. (Cfr. Ignacio Manuel Altamirano, *Obras completas. Diarios*, vol. XX, 426).

José Francisco Isla (1703-1781) jesuita y escritor español. Estudiando teología en Salamanca escribió su primer texto, denominado *La juventud triunfante*, descripción en verso y prosa de las fiestas, que los jesuitas realizaron para celebrar la canonización de san Luis y san Estanislao; a esta obra siguieron muchas más, entre ellas encontramos *La historia del famoso predicador Fray Gerundio de Campazas*, publicada en 1758; sátira sobre la situación de la Iglesia en aquella época, tuvo tanto éxito que la Inquisición prohibió y condenó su venta. El autor consciente de la polvadera que iba a levantar con su obra por ser una dura crítica a las costumbres clericales, la editó bajo el nombre de don Francisco Lobán de Salazar cura de Villagarcía de Campos. En 1766 se imprimió el segundo tomo.

Jaime Balmes (1810-1848) filósofo y publicista español; entre sus obras se encuentran *Observaciones sociales, políticas y económicas sobre los bienes del clero*, *Consideraciones sobre la situación de España*, *La religión demostrada al alcance de los niños*, *Filosofía fundamental*. Se distinguió por su gran conocimiento de la religión católica y del pensamiento del pueblo español.

⁶ José Francisco Contreras participaba como organista y pianista en los conciertos de la Sociedad Filarmónica Mexicana ("Diversiones públicas. Gran Teatro Nacional", en *El Correo de México*, t. I, núm. 37, 14 octubre 1867, p. 3). Sobre Aniceto Ortega véase, Apéndice I, texto 20: "Las bancas de fierro", en el presente trabajo.

sinfonía, uno de los concurrentes puso en nuestras manos un libro impreso en los Estados Unidos, y hojeándolo maquinalmente nos encontramos con estas líneas:

"El comandante *** celebrado en el ejército como buen jinete, se distinguió en la batalla de Olustee, en la Florida.⁷ Muerto el abanderado de su regimiento, otro oficial con el mismo fin le sucedió. Entonces el comandante *** tomó en sus manos la bandera cayendo traspasado por dos balazos de cuyas heridas apenas sobrevivió".

Aquel comandante, aquel intrépido guerrero era el pianista, quien al concluir recibió de nuestra parte el doble tributo de nuestra admiración; e insensiblemente entramos en la contemplación a que nos inducían los personajes de aquella escena de familia.

Los defensores de nuestras libertades patrias, los soldados que en los campamentos reclinaban en una piedra su cabeza fatigada en los combates; los que constantes y firmes después de las derrotas veían agotarse a su alrededor todo, menos la esperanza; los que eran llamados en las orgías imperiales bandidos y ladrones, eran los mismos que llenaban aquellos asientos de regreso al hogar doméstico, cerrando el tormentoso paréntesis de la revolución para entrar de nuevo a la vida social y a los goces de la amistad y la inteligencia.

Altamirano dejaba abandonada en una de las montañas del Sur una choza de palmas a donde no pudo llegar el fusil de la corte marcial ni el humo del Imperio, pero que estuvo siempre honrada llena y enriquecida por albergar a un hombre libre.

Riva Palacio, de regreso al seno de la sociedad abandonada cuatro años, consagró todavía en medio del bienestar que nos rodeaba un recuerdo a sus soldados, e improvisó un romance que

⁷ Olustee, villa del estado de Oklahoma, donde se efectuó la batalla del 20 de febrero de 1864, una de las más cruentas de la Guerra Civil Norteamericana.

tituló: "El Segundo Toque".⁸

Es un privilegio de las almas sensibles y nobles el placer de los contrastes. Se acordaban en medio de los placeres presentes de sus compañeros de infortunio.

Aquella reunión era la reconciliación con la sociedad escogida, era el retorno del soldado que vuelve a colgar en el armario de familia la espada de campaña, y que al sentarse de nuevo en el hogar besa a sus hijos y sus libros y reconoce con cariño todos los objetos olvidados que pudo perder para siempre. Esta expansión es la recompensa, este regreso es la victoria, algunas cicatrices o algunas canas son los laureles del triunfo.

Guillermo Prieto, que llegó de los últimos como si un criado de la presidencia no lo hubiera dejado entrar a su antigua casa, estaba por fin entre nosotros trayendo en una bolsa sus versos, en la otra su credencial: el criado que le atajaba el paso entendía probablemente más de credenciales que de versos, porque con todo y ser éstos mejores que la credencial, el maldito no se hubiera enternecido con endechas, ni más ni menos que si descendiera de vizcaíno.

Guillermo nos leyó los versos que escribía contra el Imperio. Las trovas de Fidel eran los ayes lastimeros que entona el ave en una rama al contemplar su nido por el suelo y sus hijuelos muertos.

Tristes algunas veces como el lamento de los cautivos de Babilonia; enérgicos después como la voz de Atila sobre Roma, y siempre entusiastas y siempre mexicanos. El cantor de los amores, de los placeres y las rosas, el canto erótico por excelencia, y en tono siempre,

⁸ Debido que el romance que Vicente Riva Palacio fue improvisado, nos resultó imposible encontrar rastros de él; sin embargo dicho autor recitó, además del romance, su poesía "La siesta", composición escrita en 1866 (Cfr. Guillermo Prieto, *et al.*, *Veladas Literarias*, pp. 20-21).

nos regaló con unos versos parecidos a una de nuestras libaciones de Tokay o de Pedro Jiménez.⁹ Ortiz será siempre entre nosotros el galán joven de los poetas.¹⁰

El saloncito había ya calentado su atmósfera con las llamas de las velas y del ponche, con el humo de los habanos, y casi hasta con la conversación. No parecía sino que nos acercábamos al Sur. Sentíamos esas ráfagas de viento caliente que acarician por intervalos al que desciende de la zona templada; por momentos creíamos escuchar el chirrido de las cigarras y de los tábanos, cuando el bardo de Sur, acercándose a una mesita china que habíamos improvisado de tribuna, nos leyó sus versos, o lo que fue lo mismo, nos llevó a Tierra caliente. Altamirano es maestro en el género descriptivo; y dándole a sus versos el sabor local del país, de los encantos de la naturaleza virgen y el vigor de aquellas almas nutridas con el fuego de la costa, nos condujo a la sombra de los mangles, a las hamacas suspendidas de los mameyes; nos enseñó a las ardientes mujeres de su clima, nos dio a conocer las aves de sus bosques, los cantares voluptuosos de los amantes, y la riqueza prodigiosa de su tierra.¹¹

Después de aquellas poesías ardientes y apasionadas, el ponche era casi una redundancia.

E. Olavarría, poeta español, improvisó unas seguidillas para pedir un abrazo a los

⁹ Cuéllar se refiere al vino selecto que se produce en el Monte Tokay (Hungría), descrito, según una metáfora local, como una mezcla de azúcar y fuego. Bebida cotizada en grandes cantidades de dinero, no sólo por su exquisito sabor, sino también, porque la vid de Tokay pierde todas sus cualidades si se la llega a transportar fuera de los 21 viñedos que componen su montaña de origen.

El jerez de Pedro Jiménez, se produce en Andalucía, es uno de los más famosos.

¹⁰ Luis G. Ortiz (1825-1894) periodista y escritor mexicano, director de *El Diario de Oficial*, a su regreso de un viaje a Europa en 1865. Articulista para *El Siglo XIX*, *El Renacimiento* y *El Nacional*; distinguido traductor, como autor publicó su *Poetas* (1856), *Angelina. Recuerdo de un viaje a Italia* (1871) y *El vizconde de Muhldorf* (1871). Con José Tomás de Cuéllar fue el promotor de las Veladas Literarias.

¹¹ Ignacio Manuel Altamirano leyó para aquella ocasión su poema "El Atoyac", dedicado a Vicente Riva Palacio, escrito el 2 de julio de 1864 y que se incluyó en su libro de poemas *Rimas* (Cfr. Guillermo Prieto, *op.cit.*, pp. 13-16).

mexicanos. Manuel Peredo, L. Elfzaga y A. Chavero, leyeron versos que fueron muy celebrados; los de Peredo por su originalidad y su saber clásico, y los otros por la oportunidad de la improvisación.¹²

Expansivo y epigramático el redactor de *La Orquesta*, mezclaba sus sales en la conversación. El Niromante, de cuyos labios se desprende siempre y a tiempo una saeta como los rayos de las manos de Júpiter, hacía justas apreciaciones, decía profundas verdades y amenizaba la sabrosa charla.

¹² Enrique de Olavarría y Ferrari (1844-1918) escritor español, llegó a México en 1865, en donde participó en múltiples publicaciones literarias de la época. Maestro de la Escuela Normal y del Conservatorio, participó con Juan A. Mateos, Vicente Riva Palacio e Ireneo Paz en el movimiento literario surgido a partir de la publicación *El Renacimiento* de Ignacio Manuel Altamirano. Entre sus obras se encuentran: *El tálamo y la horca* (1868), *Episodios nacionales*, serie de 36 novelas basadas en la historia de México; *Ensayos poéticos* (1871), *Reseña histórica del teatro en México* (1895), *El arte literario en México* (1887), así como su colaboración en el libro, *México a través de los siglos*, quedando a su cargo la redacción del libro IV: "México Independiente. 1821-1855".

Manuel Peredo (1830-1890) médico y escritor, participó en la fundación del Conservatorio de Música, estructuró su plan de estudios e impartió algunas cátedras en él. Figuró como redactor y colaborador en *El Semanario Ilustrado*, *El Correo de México*, *El Siglo XIX*, *El Renacimiento* y *El Domingo*. En el ramo literario, se inclinó más hacia el arte dramático, en el que se distinguió, sobre todo como crítico; sobresalió también, en el campo de la traducción, por sus trabajos con autores como Dante, Matastasio. De su inspiración sólo se conoce la obra *El que todo lo quiere* (1868).

Lorenzo Elfzaga (+ 1883) literato y periodista, traductor de varios textos, entre ellos las *Memorias de Maximiliano*, que el Emperador había publicado en alemán; y *La corte de Roma y el Emperador Maximiliano* (1870). Colaboró en el *Boletín Republicano* y en *El Domingo*. En 1867 editó sus *Ensayos políticos. Colección de artículos escritos y publicados en diversos periódicos durante la usurpación de Maximiliano*. Sólo se conoce una novela de su pluma: *Mauricio el ajusticiado o Una persecución*, publicada en 1869.

Alfredo Chavero (1841-1906) historiador, dramaturgo y abogado liberal; diputado al Congreso de la Unión, combatió contra la Intervención Francesa y el Imperio. Al triunfo de la República dirigió *El Siglo XIX*. Ejerció varios cargos, entre ellos, el de oficial mayor de la Secretaría de Relaciones Exteriores a la caída del gobierno de Sebastián Lerdo de Tejada; más tarde el de gobernador del Distrito Federal y el de director de la Escuela de Comercio. Como dramaturgo escribió sainetes, comedias, dramas, tragedias y zarzuelas, entre sus piezas encontramos *Xóchitl* (1877), *Quetzacoatl* (1878), *El duqueito*, *La gitana*, *La hermana de los Ávila*, *Los amores de Atarcón*, *El valle de lágrimas* (1878). Autor nacionalista y romántico que buscó en el pasado prehispánico y en el colonial sus temas. Fue uno de los autores teatrales más aplaudidos de su época. Como historiador se abocó al estudio de la historia prehispánica, conocimientos que le sirvieron para colaborar en la obra *México a través de los siglos*, elaborado en primer libro: "Historia antigua y de la Conquista".

No escasearon los brindis patrióticos. El cónsul de Chile, que era uno de los concurrentes, se sirvió pedirnos algo de lo que se lefa para remitirlo a su patria. El simpático y valiente coronel Doria tomaba parte en nuestra alegría, y el que mandaba las cargas cerradas de los cazadores de Galeana con la ferocidad de los beduinos del desierto, entre nosotros, elegante y amable, era el *gentleman* de las maneras más corteses.¹³

Agustín Lozano, tipo esmerado de elegancia y buen gusto, nos participó el importante suceso de estar terminados los trabajos preliminares y hechas las concesiones respectivas para el establecimiento de la línea telegráfica de San Luis, por cuya mejora, debida al general Escobedo, estaremos en breve tiempo en comunicación casi directa y a minutos de los Estados Unidos y de Europa. — Lozano ha sido el agente del general Escobedo cerca del Gobierno para el arreglo de este importante asunto.¹⁴

Nada faltaba a esta reunión para hacerla agradable, porque cediendo a esa propensión de la humanidad de halagar sus sentidos, como base principal de todos sus goces, no escaseaban ni el té de China, regalo de un inglés, ni las frutas secas y los *sandwich* regados con Tokay y champagne.

¹³ Sobre el coronel Doria y los cazadores de Galeana, véase APÉNDICE, texto 12: "Un banquete en el Tívoli".

¹⁴ En 1849, Juan de la Granja introdujo el telégrafo en México, para 1867 estaban en servicio varias líneas; sin embargo las del Centro se habían destruido completamente durante la Guerra de Intervención Francesa. Para principios de 1867, cuando Juárez se encontraba aún en San Luis Potosí, la comunicación era indispensable, por lo que el Presidente las mandó a componer de inmediato. Restablecida la paz, el gobierno liberal encargó al general Mariano Escobedo la edificación de una línea telegráfica de San Luis Potosí a Matamoros, pasando por Matehuala, Charcas, Saltillo, Monterrey y Linares. "La importancia de esta obra era grande, pues comunicaría la capital de la República con Estados Unidos y, a través de las líneas de éste y del cable trasatlántico, con Europa". La obra tropezó con muchos obstáculos, en 1869 sólo se habían logrado concluir los tramos de San Luis Potosí a Matehuala, y de Saltillo a Monterrey; fue hasta 1872 que la línea quedó totalmente instalada (Cfr. Francisco R. Calderón, "La vida económica", en *Historia moderna de México. La República Restaurada*, t. II, pp. 559-560).

El café, que tan importante papel hace entre las gentes de letras, era, por una exquisita atención del dueño de la casa, el famoso café de Zingas de la Cordillera de los Andes, reputado como uno de los más apreciables en el mundo.

Disculpémonos de enumerar estas poridades gastronómicas; pero no tenemos la culpa de que desde los griegos hasta nuestros días el estómago se haya acercado tanto a la cabeza, y de que en toda fiesta se empiece y se concluya por comer más que de ordinario. Ya Fígaro¹⁵ se ha quejado antes que nosotros de que la misión de una ciudad en fiesta es comerse a las otras ciudades, costumbre de que no han podido prescindir ni las edificantes y de feliz recordación comunidades religiosas de ambos sexos, que en días solemnes engullán de lo lindo conforme al Capítulo tanto de su regla, y de lo de "Bienaventurados los que han hambre y sed, etcétera".

La noche del viernes fue la primera de nuestras Veladas Literarias; la segunda será a los ocho días: nuestro apreciable compañero Próspero será el cronista de la segunda velada.¹⁶

(Concluirá)

¹⁵ Fígaro era el seudónimo Mariano José de Larra.

¹⁶ La segunda Velada se llevó a cabo el viernes 13 de diciembre de 1867, Ignacio M. Altamirano no tuvo tiempo de publicar la siguiente revista ni reseña de las Veladas, ya que *El Correo de México* se dejó de publicar el 14 de diciembre; sin embargo, más adelante, Altamirano escribió sus "Revista de la semana" en *El Siglo XIX*, en la que incluyó la descripción y crítica de algunas Veladas.

25)

Revista¹

El atrio de Catedral. —Pollo frito en la peluquería de Madame. —Veladas Literarias. —Teatro Iturbide. —Amelia. —Eduardo González.

(Concluye)

Entremos a Iturbide.² — Y a propósito, ya van entrando algunos; pero no más algunos: hay personas todavía que le preguntan a usted en México ¿quién es Amelia? Parece increíble, pero es lo cierto; y lo peor de lo cierto es lo que yo me sé.³

Nos acaba de decir un buen señor que fue a Iturbide el domingo en la tarde: —"No faltará más a Iturbide; me abono, me suscribo: Amelia es una notabilidad".

Nosotros, a fuer de observadores, nos hemos propuesto averiguar por qué esta notabilidad para unos, es desconocida completamente para otros; y nos hemos hecho varias preguntas; pero solo a nosotros mismos y con la debida reserva.

— ¿Porque es mexicana?

— ¿Porque representa en un teatro elegante y no en el de la Cordero?⁴

¹ Facundo, "Variedades. Revista", en *El Correo de México*, t. I, núm. 90 (14 diciembre 1867), pp. 2-3.

² Sobre el Teatro Iturbide, véase APÉNDICE, texto 17: "Teatros".

³ Véase APÉNDICE, texto 17: "Teatros".

⁴ Cuéllar se refiere a la actriz mexicana Soledad Cordero (1811-1847), que en un principio perteneció a al cuerpo de baile de una compañía teatral, para luego dedicarse a la actuación; como actriz ocupó un sitio privilegiado en la escena mexicana de entonces. Fue uno de los amores platónicos del escritor Ignacio Rodríguez Galván. Murió en la ciudad de Zacatecas durante una gira artística. No encontré ninguna referencia sobre si Soledad Cordero era propietaria de algún teatro, pero localicé una descripción de los teatros mexicanos de su época: "Con un alumbrado malo y escaso por haberse sustituido con velas de espermas muchos de los antiguos candiles de aceite; renegando de los peinetones de las señoras, que no permitían ver la escena a lo que tomaban asiento detrás de ellas, maldiciendo de los desórdenes a que daba lugar la entrada libre del dulcero en las cazuelas de hombres y mujeres; quejosos de los gritos del apuntador, a ello obligado por la semisordera de Bernardo Avecilla, que representaba las comedias sin saber de memoria los papeles, aplaudiendo a La Platero por bonita y por graciosa; celebrando a la Cordero por lo bien que se vestía y doliéndose de su extrema frialdad" (Cfr. Enrique de Olavarría y

— ¿Porque no tiene secretario como cantante *di cortelo*?

Vea usted lo que son las cosas, nos decía un abonado del tiempo de Palomera. Si esta muchacha hubiera dado su vueltecita por Europa y regresara hoy a la patria precedida de una media docena de párrafos de gacetilla española, estaría hoy de moda y haría su fortuna.

— Cierto, contestó un viejecito apuntador, que se ha secado en la concha como un ostión.

— Cierto, decimos nosotros, que hemos solido preguntar algo a los bastidores.

El respetable, como hemos tenido la galantería de llamar al público alguna vez, tiene sus caprichitos, lo cual se semeja a una individualidad, y tratándose de un cuerpo colectivo, casi no se podía decir que tiene caprichitos, porque capricho quiere decir la obstinación en una idea aun con la conciencia de que es contra la razón; y no obstante, *el respetable* se individualiza para tener caprichos. No afluje a Iturbide, y no tiene razón, porque a Amelia se le puede aplicar la frase que a ciertos caudillos. — Fulano es todo un programa. — Amelia es toda una compañía.

Trágica, hace derramar lágrimas, y ni la serenidad de los que envejecen en la concha del apuntador o como los ostiones, le reprochará, por ejemplo, la locura en *La gracia de Dios*.⁵

Cómica, es señora; tienen modales distinguidos; viste con Celina,⁶ y jamás se la desprende ni una flor ni una diadema; y maja, —canta una *Paloma*⁷ y "¡pobre de mí!" que así murmura el público por tener que salir del teatro.

Ferrari, *Reseña histórica...*, t. I, p. 287).

⁵ Sobre esta obra véase APÉNDICE I, texto 17: "Teatros".

⁶ Celine (en vez de Celina), modista de la época: "N.1.- 1a. Calle de Plateros- N.1./ La señora Celine, tiene el honor de participar a su elegante clientela que acaba de recibir además de muchos objetos de su profesión, un surtido exquisito y muy completo de gorros de último gusto" ("Avisos. Modas", en *El Correo de México*, t. I, núm. 53, 1 noviembre 1867, p. 4).

⁷ Habanera del maestro Sebastián de Iradier (1809-1865), que puso de moda la cantante Concha Méndez (Cfr. Luis Reyes de la Maza, *El teatro en México durante el Segundo Imperio. 1862-1864*, p. 16).

En resumen, Amelia es la artista de los mexicanos imparciales que ni se dejan seducir por bambolla extranjera ni siguen un torrente por moda y por costumbre.

En la representación de *La cola del Diablo*,⁸ apareció en la escena por primera vez la joven Adela Arsinas, de esbelto talle, maneras finas, con corta, pero dulce voz de tiple y con una inteligencia para el teatro. Nos atrevemos a recomendar a su maestro de declamación insista en sus lecciones de emisión de la voz, teoría de los sonidos y fisiología de los órganos de la voz, después de lo cual puede hacerla ejecutar ejercicios que le serán muy provechosos, dando una entonación fija a su voz que con el estudio logrará sacar de una manera irreprochable.

Siempre hemos creído que es imposible que se formen actores sin los rudimentos indispensables de este difícil arte; y ya que falta en México una escuela de declamación, los directores no deben ceñirse a poner los papeles abandonando al actor a sus propios recursos o a su vicioso sistema, sino que deben hacer comprender al que se dedique al teatro, la manera de corregir defectos que en lo general provienen de vicios en el aprendizaje, que después forman costumbres difíciles de combatir.

El señor Serrano es un actor muy concienzudo y aplicado; tiene el genio conciso, pero debe fijar su atención en la que llevamos expuesto.⁹

Recomendamos a los actores mexicanos que deseen adelantar en su carrera, el tratado teórico y práctico de la declamación por I.R. Thibout, el tratado por Bastus, el de Breton de los Herreros, y una obra muy moderna en francés que se llama *El Teatro*.

Sabemos muy bien que la mayor parte de los actores mexicanos se forman sin estudios

⁸ Sobre esta obra véase APÉNDICE, texto 24: "Revista", en el presente trabajo.

⁹ Sobre este actor véase APÉNDICE, texto 17: "Teatros".

teóricos y hasta sin modelos. Si los jóvenes que se dedican hoy a esa carrera, toman por serio el estudio de la declamación, muy en breve tendríamos actores de mérito sobresaliente, a contar con las excelentes disposiciones que para las artes tienen en lo general los hijos de México.

Hemos tenido el placer de ver a Amelia haciendo *El pilluelo de París*:¹⁰ de todos modos estamos en lo dicho: es encantadora. No recitaremos ahora sus inspirados arranques ni sus momentos de expansión sublime, sino que vamos a consignar una acción, un detalle al parecer insignificante, pero que revela a la artista que siempre en la escena no olvida ninguno de esos pequeños pormenores en que están sólo los que poseen el genio del teatro.

Llega el pilluelo a la casa del general; el avisado *gamin* no había pisado sin duda ningún salón, pero llevado de sus nobles y bellos sentimientos, va en pos de una reparación del honor de su pobre familia. El muchacho es enérgico y hasta sublime: cuando necesita apartarse del general para que éste hable con Elisa, el pilluelo se retira al fondo de la habitación: en este instante hay cierto recogimiento muy natural en el muchacho; se identifica con la solemnidad de aquel acto en el que el pilluelo tiene tan importante papel: la verdad está aquí en todas las maneras de Amelia. El pilluelo debió sentir la necesidad de no moverse, a la vez que el cansancio natural, después de tantas fatigas retrocede sin desviar; su atención del general; ve un sillón inmediato y maquinalmente se sienta; pero el pícaro se hunde en los resortes y experimenta una sorpresa desconocida; vuelve en sí de su repentino aturdimiento, y siempre fijo en el general, tentalea el asiento y se decide a sentarse en la orilla del sillón, gravitando sobre la madera y no sobre los resortes. Hemos dicho que esto parece una puerilidad; pero en estos

¹⁰ *El pilluelo de París* (1836), comedia en dos actos, escrita por Jean Francois Alfred Bayard, traducida al español por Juan Lombia (Cfr. Luis Reyes de la Maza, *op.cit.*, p. 214).

detalles no están más que los verdaderos artistas. Amelia es una artista de corazón y de talento.

*

* * *

Por fin, viene Eduardo González. Nos escribe de La Habana este simpático e hidalgo español, apasionado amigo de los mexicanos.¹¹ Un trozo de su última carta dice así:

"Su carta fecha... hace mayor y más constante mi gratitud hacia cuantos se interesan por un *pobre diablo* que aquí ha cometido el delito de amar a sus hermanos de México y tiene la *avilantez* de proclamarlo. Ni un periódico quería hacerse cargo de cierta carta que yo quería publicar, rindiendo justicia y haciendo pública mi afición y gratitud a México. Lo conseguí por último del *Alba de Villactara*, y el señor gobernador tachó la prueba y retiró el comentario de la redacción y mi carta, reprendiendo además por haber pensado en ello. Así pues, me he contentado con que la población, toda y con avidez y gusto, hayan leído vuestras tiras y correspondencia. En esta ciudad, en toda la isla hay muchas simpatías por vuestras *libertades*

¹¹ Eduardo González actor español, llegó a México en 1865 con la compañía dramática formada por el primer actor y director José Ortiz y Tapia, y por la primera actriz Matilde Duclós, quienes habían decidido unirse para formar una empresa teatral, que respaldarían con sus triunfos en Sudamérica y en Cuba. En un principio, la compañía abrió un abono por quince funciones en el Teatro Imperial; sin embargo, debido al alto costo de las presentaciones, nunca visto en México, así como por la mala calidad de los actores, la temporada fue un fracaso y la compañía tuvo que despedirse de la Capital del país, sin dejar más que un mal sabor de boca. Eduardo González, que figuraba como "otro primer actor y segundo de la compañía", decide permanecer en México y logra formar su propio grupo teatral, compuesto casi en su totalidad por artistas nacionales, con el que debutó, en el Teatro Iturbide en diciembre de 1865. La compañía estuvo conformada de la siguiente manera: "Directores Eduardo González y Manuel Osorio; actriz primera, Elvira Agüero; cómica, Marí Mayora; damas jóvenes, Pilar Mazo, Dolores Nava; característica, Antonia Sánchez; primer actor de carácter, Miguel Rodríguez Gabutti; característico, Corneli Serrano; primer actor cómico, Enrique Sánchez Osorio; primer galán joven, Eduardo Irigoyen; actores, Eugenio Gutiérrez, Luis San Juan, Francisco Domínguez Mendoza, Manuel Freire" (Cfr. Enrique de Olavarría y Ferrari, *op.cit.*, t. II., p. 745). El grupo teatral no dejó de trabajar, aunque con diversos actores y en distintos teatros, hasta 1871, año en el que el actor español enfermó de gravedad y tuvo que salir del país, "con un bien ganado capital en el bolsillo" (Luis Reyes de la Maza, *op.cit.*, p. 24).

e *independencia*, porque ya van dos.

Insertamos a continuación varios párrafos tomados de periódicos de La Habana, relativos a la compañía con que nuestro amigo Eduardo González viene a México.

Los pobres de Madrid. — Ante una numerosa concurrencia se puso el domingo en escena este drama, desempeñado por los señores González, Robreño (Joaquín), Daza, Irigoyen Miguel y Robles y las señoras Mayora, Verdinois, Tapia, Armentas y Planas, esmerándose cada cual en interpretar bien sus respectivos papeles, y distinguiéndose como siempre, el señor González, a quien el público justamente llama su *favorito* autor.

Teatro. — Brillante fue el desempeño de la preciosa obra de López de Ayala, *El tanto por ciento*,¹² representada el martes último en el coliseo de Dolz, por la compañía de Eduardo González. Este merece los mayores elogios por su excelente dirección, pues nunca hasta entonces habíamos visto poner en escena la pieza en cuestión con el aparato que observamos esa noche, y que es exactamente el que pide el autor de aquella, lo cual prueba que González se para hasta en los más mínimos detalles en obsequio del buen éxito. — La simpática, modesta e inteligente señora Belaval,¹³ que lo repetimos con gusto, es la mejor actriz que ha visitado a

¹² Adelardo López de Ayala (1828-1879) dramaturgo español, funcionario del Ministerio de Gobernación, ministro durante la Restauración y presidente del Congreso. Debutó en el mundo del teatro en 1851 con la obra *Un hombre de Estado*, a ésta le siguen muchas más, entre las que destacan: *El tanto por ciento* (1861), en la que el interés resulta derrotado por el amor; *El tejado de vidrio* (1856), *El nuevo Don Juan* (1863). Su teatro se distingue por su naturalidad, su realismo, así como por su matiz moralizante.

¹³ Pilar Belaval (+1875) actriz española, perteneció a la Compañía de Eduardo González, que llegó a México, junto con Eduardo Irigoyen, en 1868. "La Belaval encantadora por su talento y su gracia, era una artista de mérito sobresaliente, y así lo acreditó en *Un drama nuevo*, *La compañera de la Almudaina*, *Los soldados de plomo*, *La cruz del matrimonio*, *El tanto por ciento* y otras muchas; su *vis* cómica se acreditó en *Lo positivo*, *La escuela de las coquetas* y *Jugar por tablas*; simpática de figura, con ojos expresivos, graciosa boca y correcto cuerpo, llevaba el lujo del vestir hasta el refinamiento" (Cfr. Enrique de Olavarría y Ferrari, *op.cit.*, t. II, pp. 761-762, 906).

Villaclara, y sin embargo no se titula eminencia, obtuvo un triunfo completo; fue aplaudida con entusiasmo; se le arrojaron palomas, coronas y flores; y por fin cuando se retiraba del teatro, después de concluida la función, la acompañó a su casa gran número de personas al son de la orquesta de Ramos. — La señora Mayora caracterizó perfectamente a la criada. — La señora López hizo bien la Petra. — Los señores González, Irigoyen y Sánchez Osorio nada dejaron que desear; los demás que tomaron parte en la representación trabajaron bien. — A la conclusión del segundo acto y a la del tercero fueron todos llamados a la escena en medio de estrepitosos bravos.

Por no cansar la atención de nuestros benévolos lectores, omitimos la inserción de otros párrafos, todos en armonía con los anteriores y que prueban una vez más que el inteligente autor E. González se hace en todas partes acreedor al cariño de cuantos lo rodean.

Sea bienvenido a nuestros brazos, porque el teatro de México le reserva pingüe cosecha de aplausos y laureles.

26)

Despedida¹

Depositamos sobre el altar de la patria nuestra pluma de periodistas, con el despecho de que nuestros afanes han sido infructuosos, supuesto que los hombres de la Convocatoria han triunfado contra nosotros y contra las mismas instituciones fundamentales: breves meses bastarán para hacernos justicia.

Parece que las preocupaciones españolas deben sobrevivir a todos nuestros cataclismos: ni Hidalgo, ni la Reforma, ni la Intervención Francesa, han logrado abrirnos los ojos para contemplar con cuánta rapidez nuestras costumbres y leyes han envejecido: ¡en nuestro consorcio con la decrepitud, nuestras mismas esperanzas nacen con canas!

Estamos persuadidos de que debemos evitar hasta la sombra de la tutela que habíamos reconocido en la Europa; y entregamos nuestros caminos y nuestras rentas marítimas al antojo de desconocidos extranjeros. Sabemos que el positivismo tiene la antorcha de la ilustración; y nos empeñamos en buscar las sombras de la metafísica y los abismos de legislaciones que el mundo ha derogado por vergonzosas e infucas. Declaramos la soberanía de los estados; y les disputamos sus negocios y sus rentas. Proclamamos la necesidad del jurado; y un alcalde de montera dispone de la vida de algunos infelices. Nos regocijamos orgullosos porque han desaparecido las huestes francesas; y en las Hermanas de la Caridad respetamos temblando las vivanderas que Saligny nos impuso con amenazas. Hemos retrocedido a la época de don Joaquín

¹ "Editorial. Despedida", en *El Correo de México*, t. 1, núm. 90 (14 diciembre 1867), pp. 1. Esta nota apareció en primera plana, firmada por La Redacción del periódico: Ignacio Manuel Altamirano, Ignacio Ramírez, Guillermo Prieto, Alfredo Chavero, José Tomás de Cuéllar y Manuel Peredo.

Herrera².

No pertenecemos a los veintidós inmaculados; padecemos, por lo mismo, como el vil pueblo durante el abominado Imperio; como la desgraciada muchedumbre, alimentamos algunas ilusiones, y como todos los buenos liberales, no podemos disimular nuestro descontento cuando en la escena política no contemplamos ningún cambio: ¡en vez de Tornel,³ Lerdo!

No estamos solos en la República; pero en el mundo de los negocios somos una minoría. Muchos editores del periodismo se hacen prudentes en cambio de impresiones; por la tribuna se pasea la cartera ministerial, como una promesa para la adulación romántica y erudita; insisten en llamarse sabios algunos hombres que no tienen más mérito que andar pegados a un libro o a un teodolito, como los mendigos extranjeros a una caja de música; las elecciones se hacen de orden suprema; el pueblo se ha divorciado de sus autoridades, y nosotros, que somos pueblo, vamos a consultar con los nuestros, para volver a la lucha con nuevas inspiraciones y con nueva fuerza. Nosotros, que nos respetamos a nosotros mismos hasta no saber teología, respetamos también a nuestros enemigos: no los turbaremos en su victoria; veremos a distancia y en silencio la realización de sus proyectos: es un espectáculo digno de estudio una república federativa y

² Joaquín Herrera (1792-1894) militar, participó en varios de los ataques en contra de los insurgentes durante la Guerra de Independencia; posteriormente perteneció al ejército de Agustín de Iturbide, en el que figuró como general brigadier. Tiempo después, debido a su ruptura con Agustín de Iturbide, fue encarcelado, acusado de revoltoso y conspirador; a la caída de la monarquía se le ofreció el puesto de ministro de Guerra (1823-1824), con este cargo logró crear el Estado Mayor del Ejército y modernizar el armamento de la infantería. Después de ejercer algunos puestos oficiales, Santa Anna lo nombró ministro de Guerra (1833-1834). Cuatro veces presidente de la República, dos como interino en 1844, y dos como presidente constitucional en 1845 y 1848, puesto que ocupó hasta 1851, en el que subió al poder Mariano Arista.

³ José María Tornel y Mendivil (1789-1883) militar, participó en las filas insurgentes desde 1813, se adhirió al Plan de Iguala en 1821, bajo las órdenes del general Santa Anna, a quien sirvió como secretario; posteriormente ocupó el mismo cargo bajo la tutela de Guadalupe Victoria. Diputado al Congreso Federal y al mismo tiempo gobernador del Distrito; oficial mayor de la Secretaría de Guerra y Marina en 1832, cartera que ocupó siempre que Santa Anna estuvo en poder.

democrática, donde todo se discute y se aprueba al antojo de los ministros y de los gobernadores.

Por fortuna las naciones pueden hacerse de nuevo, lo que no lograrán nuestros héroes y nuestros sabios. Las banderías envejecen pronto, y si el demonio del periodismo vuelve a tentarnos, tenemos la esperanza de que en nuestro horizonte político ya no aparecerán los personajes del día; y no conoceremos su huella sino por los desaciertos que van dejando en su camino. Los pueblos, como las plantas, se alimentan por sus raíces; no importa que el árbol se pade, antes mejora sus frutos: volveremos cuando los nuevos ramos florezcan.